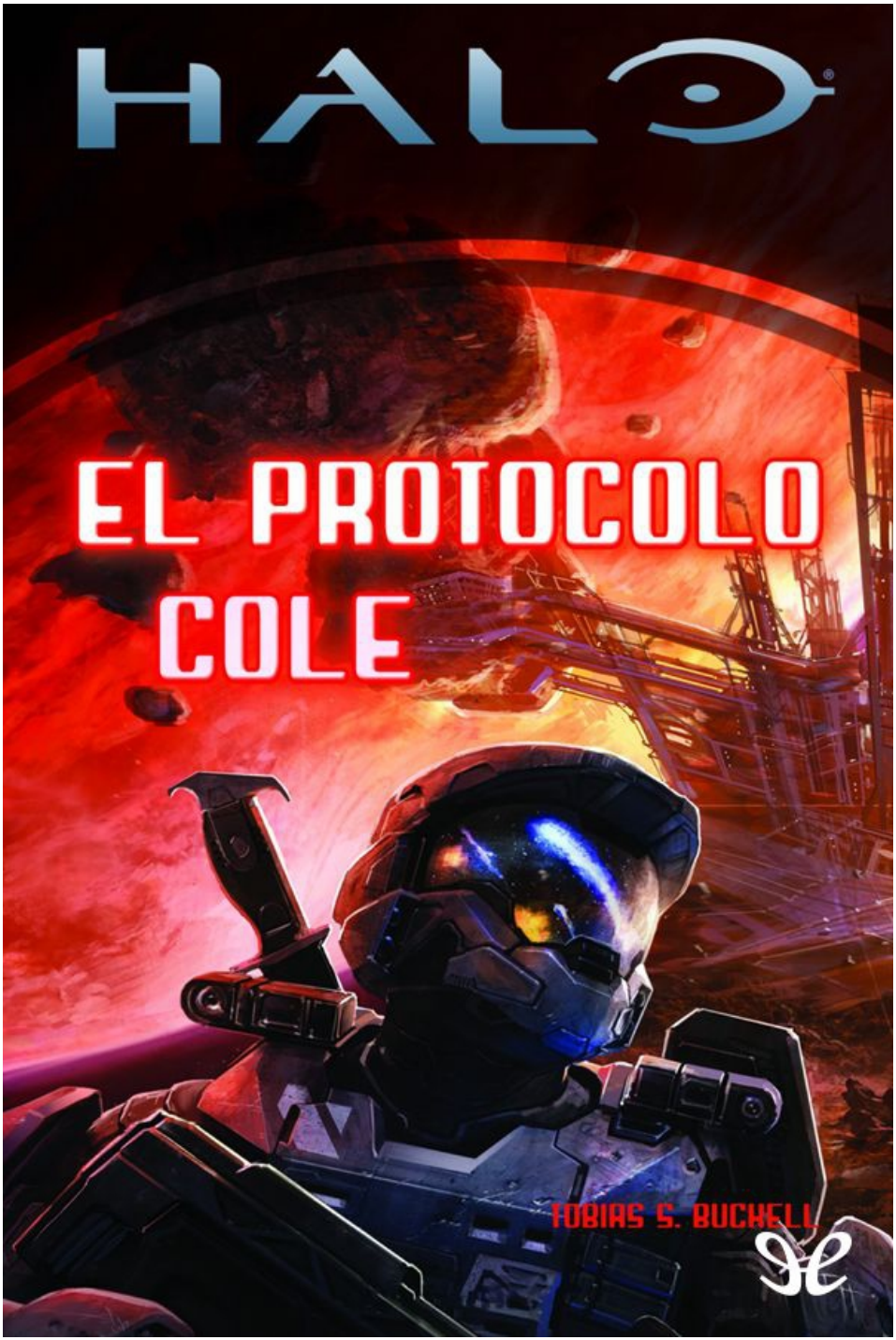
HALO
EL PROTOCOLO COLE
TOBIAS S. BUCKELL

En los primeros días de la guerra entre los humanos y el Covenant, el UNSC promulga el Protocolo Cole para impedir que la Tierra y sus colonias interiores sean descubiertas por el despiadado enemigo extraterrestre.

Entre aquellos a los que se les solicita que eliminen a la Tierra de sus datos de navegación se encuentra el teniente de la marina Jacob Keyes, a quien la ONI encomienda una misión secreta de alta prioridad.

Mientras, el Covenant sigue cristalizando los planetas ocupados por los humanos. Más allá de las colonias exteriores, en el planeta Hesiod, los supervivientes ayudados por un bastión de Insurrectos han construido un asentamiento conocido como el Rubble. Y aunque se han instalado cerca de una colonia del Covenant, todo parece ir bien.

Esta precaria tregua entre humanos y el Covenant se halla en el camino de una patrulla renegada, el equipo Gris Spartan, cuya misión es hacer estragos en las líneas enemigas.

Tobias S. Buckell

El Protocolo Cole

Halo 6

ePub r1.0
Titivillus 13.04.15

HALO

Título original: *Halo: The Cole Protocol*
Tobias S. Buckell, 2008
Traducción: Gemma Gallart

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

Para los fans de HALO en todo el mundo

PRÓLOGO

EL RUBBLE, SISTEMA OCUPADO POR EL COVENANT, 23 LIBRAE

Ignacio Delgado se escondió tras un mamparo junto a una serie de contenedores de carga, cuya pintura roja se desprendió del metal acanalado en el momento en que una descarga de plasma impactó contra él.

El metal mate tras el que se ocultaba refulgió… con diminutas gotitas fundidas chisporroteando al caer sobre la fría cubierta cerca de sus pies.

—¿Melko? —llamó por encima del acre crepitar.

La respuesta llegó tras una pausa preocupante:

—Sigo aquí.

Su copiloto consiguió colocarse tras el contenedor. Pero eso no cambiaba el problema con el que tenían que apechugar.

La bodega se extendía hacia lo alto por encima de ellos; el núcleo de un asteroide de un kilómetro y medio de longitud al que se había hecho girar lentamente hacia arriba para proporcionar gravedad y que habían ahuecado no hacía mucho. Delgado y Melko estaban de pie en la pared interior del cilindro rocoso. Las paredes de metal de la zona de carga se hundían en la roca, atestada de suministros de repuesto procedentes de otros asteroides.

Delgado sacó su pistola y presionó la empuñadura profusamente tallada y personalizada contra la mejilla. Su tío había reemplazado la culata del arma por una muy rara de madera de roble allá en Madrigal, y creado una obra de arte a partir de aquella M6 reglamentaria.

Eso fue antes de que las fuerzas de Covenant hubiesen cristalizado Madrigal. Antes de que los humanos hubiesen huido a ponerse a salvo en los asteroides que llevaba consigo el gigante gaseoso Hesiod, que los

Insurrectos que habían estado escondidos allí llamaban «el Rubble».

Delgado besó aquellas filigranas.

Disparando desde la esquina del mamparo, saltó a la seguridad del siguiente montón de contenedores.

Captó una fugaz visión de sus atacantes: extraterrestres desgarbados, altos, con aspecto de pájaro, que empuñaban pistolas de plasma con unas manos que parecían zarpas. Los ojillos redondos y brillantes de las criaturas lo miraron directamente.

Las crestas de espinosas plumas que crecían sobre sus cráneos se contrajeron. El sonido de disparos de plasma golpeó el otro lado del contenedor y reverberó a través de la bodega.

—Jackals —dijo Delgado con un estremecimiento.

Era como la mayoría de humanos llamaban a aquellos extraterrestres, aunque ellos se denominaban a sí mismos Kig-Yar. No eran más que una de las razas extraterrestres del denominado Covenant. Los que habían descubierto humanos ocultándose cerca de Hesiod en el Rubble tras la destrucción de Madrigal y, por algún motivo, escogieron no exterminarlos.

Eran criaturas tan ávidas de botín como sugería el apodo que les habían dado los humanos. En el Rubble no eran infrecuentes las incursiones de despiadada piratería por parte de bandidos Kig-Yar.

Melko Hollister se recostó en el viejo contenedor; su uniforme gris de reservista estaba salpicado de sangre.

—¿Cuántos?

—Tres.

Delgado miró a su viejo amigo con preocupación. Habían volado juntos abriéndose paso por los recovecos del Rubble y ayudado el uno al otro a regresar tambaleantes de juergas celebradas hasta altas horas de la noche durante años. Estaban tan unidos que la gente a menudo los tomaba por hermanos.

—¿Qué te ha pasado? Parece como si te hubieran atropellado.

—¿Crees que yo estoy mal? —Melko tosió—. Deberías ver al otro tipo.

Delgado mantuvo la espalda pegada al contenedor y la pistola apuntando al borde.

—¿Mataste a uno de ellos?

—Doblamos la esquina al mismo tiempo.

Melko retrocedió, arriesgándose a echar un vistazo por la esquina del otro lado del contenedor. Sostenía el revólver en la mano derecha mientras se sujetaba el estómago con la izquierda.

—Disparé la primera vez. Disparé la segunda. Y también la tercera.

—¿Y esa sangre?

—Uno de los otros Jackals hizo el cuarto disparo.

Delgado negó con la cabeza. Aquello estaba descontrolado. Introdujo la mano en el bolsillo y sacó el causante de todos los problemas que tenían: un chip diminuto, descansando en el centro de un estuche reforzado más pequeño que su pulgar.

La información que contenía jamás había sido tan especial, en la época en que el planeta Madrigal era una floreciente colonia exterior. Antes de que el Covenant lo destruyera y los supervivientes huyeran a las rocas a la deriva del Rubble. Antes de que el Mando Espacial de la Unión de Naciones los abandonara a todos. Y antes de que Delgado acabara aquí arriba.

La ubicación de la Tierra era algo conocido, enterrada en el corazón de toda nave que efectuaba los largos saltos de vuelta a las Colonias Interiores y de allí al mundo de origen.

—Toma. —Delgado entregó el chip a Melko.

En la actualidad, hasta donde todos sabían, aquel chip contenía los únicos mapas de navegación conocidos que podían llevar a alguien de vuelta. Todos los demás habían sido destruidos, erradicados mediante virus informáticos; o las naves en las que se encontraban misteriosamente inutilizadas y toda la información borrada por completo. Todo ello había sucedido aproximadamente durante la última semana.

Había cambiado las cosas de un modo radical en el Rubble.

Melko introdujo el óvalo negro en un bolsillo del pantalón.

—Los Jackals se están poniendo gallitos, tratando de entrar furtivamente aquí para conseguirlo.

Así era. Y a Delgado no le gustaba. Si bien los Kig-Yars que había en el Rubble habían sido relativamente pacíficos, e incluso habían trabajado para ayudar a construir los hábitats en los asteroides, muy en su interior, Delgado era incapaz de confiar en nada que perteneciera al Covenant. No tras ver los restos incandescentes de Madrigal desde la órbita del planeta cuando era un niño.

Lo de ahora no hacía más que confirmar una sospecha más profunda. El Covenant no tramaba nunca nada bueno, y la gente de Delgado probablemente estaba en peligro.

Así pues, para Delgado era importante impedirles el acceso a los datos de navegación a cualquier coste.

Evaluó la distancia hasta la cámara estanca desde su grupo de

contenedores.

—Echa a correr, Melko, yo los contendré. Cuando estés a bordo del *Distancia*, vuela las esclusas y sal a toda velocidad, por si acaso hay una nave Jackal aguardando. Empieza a pedir ayuda en el momento en que salgas. —Sostuvo en alto la pistola tallada—. Yo y la *Señora Síes* los contendremos.

—No puedes… —empezó a decir Melko.

—Si intento correr a la nave detrás de ti, haré que todo sea más lento; les permitirá echar a correr, también. Como mínimo, esto los confundirá. Esperarán que los dos intentemos huir hasta la nave.

Esperó.

Melko agarró el brazo de Delgado.

—De acuerdo. Pero en cuanto oigas que me suelto y que los sistemas de emergencia de anulación de automatismo cierran las puertas, esfúmate de aquí y mantente alejado de los Jackals.

Los asteroides del Rubble estaban todos conectados entre sí por tubos flexibles de acoplamiento. Cuando el *Distancia* se hubiera marchado, Delgado planeaba utilizarlos para abandonar aquella zona de almacenamiento y penetrar en el enorme complejo de asteroides.

Había manchas de sangre en el antebrazo de Delgado.

—Eso no es problema.

El sonido de algo que gateaba en lo alto de uno de los contenedores hizo que Delgado alzara la vista.

—Creo que es la hora —dijo Melko, y le entregó su sencillo revólver—. Necesitarás potencia de fuego extra.

—Gracias. Eh… —repuso Delgado—, nos vemos en el otro lado. En tres… —y extendió tres dedos.

Tres… dos…

Al llegar al uno, Melko salió disparado al frente y se abrió paso entre el laberinto de contenedores que había entre él y la cámara estanca. Delgado lo siguió a toda prisa.

El Jackal situado en lo alto del contenedor se lanzó hacia ellos, concentrado en Melko. Miró abajo, descubrió a Delgado apuntándole, y alzó su arma curva para disparar.

Demasiado tarde. Delgado presionó el gatillo tres veces y el enorme extraterrestre con aspecto de pájaro chirrió al ser alcanzado por los disparos. Sangre de color morado formó una tenue nube en el aire, y al mismo tiempo que la criatura caía de bruces, un escudo oval de energía se encendió con un parpadeo en un brazalete sujeto a su muñeca derecha.

Delgado había conseguido recorrer un pasillo hasta un hueco entre los contenedores.

Los otros dos Jackals doblarían la esquina en cualquier momento. Dejó caer al suelo el cargador vacío de su pistola con una sola mano mientras mantenía la de Melko apuntando al frente. Extrajo torpemente otro cargador del bolsillo con los dedos que todavía sujetaban a *Señora Síes*, desplazando el extremo hasta que encajó, y luego lo introdujo presionando con el pecho.

Mantuvo las dos armas alzadas, apuntando y listas, y cuando los Jackals doblaron la esquina, soltó una fulminante ráfaga de disparos. Los extraterrestres frenaron con un patinazo y volvieron a ocultarse tras el contenedor, pero no antes de devolver el fuego.

Cayeron salpicaduras de metal alrededor de Delgado, abrasándole las costillas.

Pero mientras apretaba una mano sobre piel quemada, oyó el retumbo de una descompresión fulminante procedente del otro lado de los contenedores. El aire susurró, y luego pasó rugiendo por su lado al ser succionado al vacío más allá de la cámara estanca abierta que Melko había usado al largarse.

Los Jackals abandonaron la esquina a toda velocidad, con las patas de triple articulación dando bruscas sacudidas y con los campos ovales de energía llameando mientras se abalanzaban sobre Delgado.

Éste vació los cargadores inútilmente contra sus escudos transparentes de color violeta y se irguió con los dientes bien apretados cuando ellos los bajaron para apuntarle con sus pistolas de energía.

Una borrosa masa gris cayó de un grupo de contenedores amontonados de cuatro en cuatro tras los Jackals. Unas botas enormes golpearon el suelo de roca fundida, dejando grandes marcas en él a la vez que arrojaban al aire pedazos de piedra triturada.

Delgado contempló atónito como la imponente estatua gris con el casco de visor dorado disparaba al torso del Jackal más cercano una descarga de balas, a bocajarro. Luego lanzó violentamente arriba la culata del arma y la hundió en la larga mandíbula de dientes irregulares del otro Jackal cuando éste giraba para enfrentarse a la repentina amenaza.

La criatura voló hacia atrás, mientras la sangre de color morado salía disparada en un largo arco por encima de ella.

El cuerpo flácido del extraterrestre aterrizó a los pies de Delgado con un crujido, luego resbaló por delante de él y fue a estrellarse contra el

contenedor que tenía detrás al mismo tiempo que una lluvia de sangre del Jackal regaba el suelo.

Un largo rastro de pegajosa humedad morada retrocedía hasta el alto soldado acorazado, de pie donde había estado la criatura. El blindaje de la armadura, desportillado, arañado y desgastado por el uso, se estremeció cuando se quitó el casco.

Era una mujer.

Ésta se pasó una mano cubierta por un guantelete por los tirantes cabellos recogidos hacia atrás mientras inspeccionaba su obra.

—Ahora que te he hecho un favor —dijo en una voz con un marcado acento eslavo—, supongo que me lo devolverás y me dirás adonde se dirige tu amigo en esa diminuta nave vuestra.

Delgado notó que algo pegajoso y húmedo se extendía por su costado, y lo palpó. Los dedos estaban rojos de su propia sangre. Negó con la cabeza y dio un traspié, luego se desplomó. *Señora Síes* y el arma de Melko resbalaron por el suelo lejos de él cuando las soltó.

—Maldita sea.

La mujer avanzó pesadamente hasta él y se agachó a su lado. Desplegó un pequeño botiquín y sacó un bote de bioespuma y unos cuantos vendajes de campaña. Tenía unos ojos muy azules para ser una asesina tan eficiente, pensó Delgado.

—¿Qué diablos eres tú? —preguntó, mientras ella le desgarraba la camisa para rociar la espuma, que le escoció al mismo tiempo que sellaba la herida.

—Una Spartan.

Le rodeó el torso con esparadrapo para sujetar el vendaje.

—He oído rumores sobre Spartans. Pero imaginaba que si realmente existíais, ya os habríais ido todos a las Colonias Interiores, combatiendo al Covenant para el UNSC. ¿Qué haces aquí, tras las líneas enemigas?

Satisfecha con el trabajo médico de emergencia llevado a cabo, la Spartan se recostó hacia atrás.

—Algunos de nosotros tenemos misiones más estrambóticas.

Siempre corrían rumores sobre la presencia de soldados Spartans por allí, moviéndose a hurtadillas y causando problemas. Pero la gente también decía que eran los gremlins que estaban dentro de los equipos los culpables de causar problemas aleatorios e inesperados. Era difícil de creer. Los Spartans eran como los hombres del saco para los Insurrectos.

—Vais tras los datos de navegación, ¿eh? —intuyó Delgado,

preguntándose si ésa era la razón de que estuvieran allí o si de algún modo los habían abandonado en el Rubble.

La imponente Spartan sonrió.

—Si los Jackals ponen las zarpas sobre ese chip, todo el mundo sufrirá.

Se inclinó al frente y colocó una pequeña insignia en la mano abierta de Delgado. El guantelete fue sorprendentemente cuidadoso y preciso mientras ella le cerraba los dedos con el dispositivo dentro.

—Si alguna vez queréis entregarlo, dispara esta baliza de señales, responderemos a la llamada. Desde luego lo protegeremos mejor de lo que lo estáis haciendo ahora.

Delgado negó con la cabeza. No confiaba en los Kig-Yars. Pero al UNSC tampoco se lo quería mucho por allí.

Ella suspiró.

—Una lástima.

Retrocedió rápidamente y recogió a *Señora Síes*. Le dio un par de vueltas para examinarla.

Delgado alzó la mano, y ella se lo devolvió.

—Bonita pieza.

—Mi tío le dedicó tres semanas de trabajo —respondió Delgado con un jadeo, pues el costado todavía le dolía.

—Tiene talento.

—Lo tenía.

La Spartan ladeó la cabeza, escuchando por su auricular.

—Tu equipo de apoyo ha llegado.

—Espera. —Delgado intentó ponerse en pie, pero renunció en cuanto se movió y sintió el dolor ascendiendo como una exhalación a través de él—. ¿Quién eres?

La Spartan se levantó, alzándose imponente por encima de él.

—Me llamo Adriana. Spartan Uno-Uno-Uno.

—Ignacio Delgado. —Volvió a alzar la mano—. Gracias.

Adriana estrechó con cuidado la mano que le ofrecía.

—No hay de qué, señor Delgado. Sólo recuerda esto. Yo no he estado aquí, y por supuesto no te he ayudado. No hay Spartans acechando en la oscuridad. ¿Entendido?

Ignacio no lo comprendía, en realidad. Se sentía bastante mareado. Pero asintió de todos modos. Parecía lo prudente, sentado en el suelo frente a aquel titán con su armadura.

Muy prudente.

—Bien pues, señor Delgado.

Adriana le soltó la mano y volvió a colocarse el casco. La voz que surgió de él sonó potente y ampliada.

—Adiós.

Saltó a lo alto del contenedor más cercano y luego se alejó pesadamente, dejando a Delgado aguardando a sus rescatadores.

PRIMERA PARTE

1

DESTRUCTOR «ARMAGEDDON'S EDGE» DEL UNSC, BORDES EXTERIORES, SISTEMA ECTANUS 45

De la oscuridad criogénica surgió una voz profunda, tajante, pero levemente divertida.

—¡Vamos, despierte, profesor!

Jacob Keyes se incorporó y dio su primera inhalación profunda. La estera de gel que tenía debajo se flexionó mientras él expectoraba un fluido con sabor a medicina dando boqueadas para conseguir una segunda inhalación de aire entre arcadas.

—Teniente —tosió Keyes, mientras los pulmones protestaban ante su insistencia por hablar antes de que ellos hubiesen tenido una oportunidad de vaciarse del todo—. Teniente Jacob Keyes.

En el aula era el instructor Keyes, pero ahora que volvía a estar embarcado quería que se le confiriera el rango correcto. Había trabajado duro para llegar hasta allí en los años anteriores a su asignación a la enseñanza debido a las heridas sufridas.

Estaba sentado en el interior de una cápsula alargada, una de muchas dispuestas en hilera. El resto de tripulantes del *Armageddon's Edge* empezaba justo en aquellos momentos a arrastrarse fuera de sus propias cápsulas.

Los miembros de la tripulación se ayudaban unos a otros, bromeando mientras algunos expectoraban con violencia el fluido que habían respirado

para proteger sus cuerpos del frío del sueño congelado. El oficial de guardia se puso en cuclillas junto a Keyes. Un delgado veterano de la Marina, Edgar Sykes era un hombre pálido de alrededor de cincuenta y cinco años, con cabello cano muy corto y ojos castaño oscuro que se entornaron divertidos ante la posibilidad de ponérselo un poco difícil a Keyes.

—¿Qué tal fue su cita con la esposa del almirante, teniente? ¿Hace mucho que no lo ponían en hielo?

Algunos de los otros miembros de la tripulación, ya de pie y vistiéndose, le dirigieron sonrisas burlonas. Keyes había estado en las aulas demasiado tiempo y no comprendió la broma.

—¿Perdón? —preguntó Keyes—. ¿La esposa del almirante?

Sykes indicó la cápsula.

—¿Un lecho helado?

¡Oh!, pensó Keyes. Así era como la tripulación llamaba ahora a las cápsulas. Las habían llamado simplemente «congeladores» la última vez que él había embarcado.

—No es algo que uno olvide con facilidad —dijo con voz áspera, frotándose los brazos para entrar en calor.

La frialdad de la cápsula criogénica impregnaba hasta la última célula, pero incluso peor que el helor eran las viejas heridas de la época pasada en el *Meriwether Lewis*, que al despertar le recordaron que aún seguían ahí: la quemadura de plasma que había abierto un profundo boquete en el muslo, la mano hecha pedazos y luego reconstruida, que cerró con fuerza y volvió a abrir. Lo habían marginado, y puesto al frente de un grupo de suboficiales de ojos muy abiertos representando el papel de un sargento instructor.

Se desplazó con cuidado hasta el borde de la cápsula. Las heridas se habían curado bastante bien con el paso del tiempo. Lo suficiente para que en la actualidad fueran sólo un recuerdo vago, una punzada cuando se excedía un poquitín en el gimnasio. Pero el congelador pareció haberles hecho cobrar nueva vida.

Sykes alargó una mano para ayudarlo cuando advirtió el cuidadoso movimiento de Keyes, y éste lo miró fijamente.

—¿Me estás pidiendo para salir?

Eso provocó unas cuantas risitas entre la tripulación. Sykes asintió.

—De acuerdo, Keyes. Bienvenido a bordo del *Armageddon's Edge*. —Se volvió hacia la tripulación—. ¿Qué demonios estáis mirando todos vosotros?

Las miradas se apartaron de ellos a toda prisa mientras la tripulación

reanudaba sus tareas, y el parloteo cesó.

Un bien planchado uniforme gris descansaba al lado de la cápsula de Keyes. Se lo puso, asegurándose de que llevaba prendidas las dobles barras plateadas que indicaban el rango de teniente.

Era una sensación agradable volver a vestir el uniforme, en especial en cubierta.

A medida que transcurría el tiempo desde que inició su servicio a bordo del *Meriwether Lewis* había tenido la impresión de que las posibilidades de volver a tener que ver con el puente de una nave estaban cada vez más lejos, y eso dolía.

Con todo, a los cuarenta, Keyes se aseguraba de levantarse temprano para correr dieciséis kilómetros, e iba a la sala de pesas al menos tres veces por semana. Le aterraba dejar de estar en forma.

Había aprendido, cuando habían abordado el *Meriwether Lewis*, que aquello le proporcionaba una ventaja: la de superar a sus alumnos en educación física, además de proporcionarle su respeto.

El servicio era el servicio. Si la Marina necesitaba que el teniente Jacob Keyes sirviera el siguiente par de décadas enseñando a navegantes cómo pilotar sus naves, entonces eso era lo que haría.

Todos tenían su puesto, su papel que desempeñar.

Con las fuerzas extraterrestres destruyendo un planeta tras otro, con gente dando la vida sólo para retrasarlos un poco, Keyes sentía que no había lugar para la autocompasión.

Reservaba aquellos momentos más sombríos para pensar en cosas como su hermana, allí fuera, en la colonia exterior de Dwarka. Preguntándose sobre su suerte desde el momento en que habían dejado de recibirse noticias de la colonia, que estaba demasiado lejos del UNSC para intentar siquiera defenderse.

Cuando recibió la orden de abandonar Luna, sólo dedicó el tiempo a su hija, Miranda. La última vez que había recibido órdenes de embarcar con destino a alguna parte no tenía todavía una familia propia; no era más que un joven entusiasta. Ahora pareció como si tuviera que arrancarse de allí. Se había acostumbrado a recogerla cada día y llevarla de vuelta al pequeño apartamento de la base que compartían.

Le había dado un beso de despedida a Miranda y le había dicho que tendría que quedarse en la residencia de la escuela, igual que todos los demás niños con familia sirviendo fuera.

Era una buena niña de la Marina; la verdad es que se alegró al oír la

noticia y le preguntó en qué nave iba a volar.

Alguien carraspeó detrás de Keyes. Se dio la vuelta y se encontró con un hombre que llevaba puesto el equipo completo de piloto, con el casco bajo un brazo. El piloto saludó.

—Buenos días, señor. Soy el suboficial Jeffries. Soy su transporte a tierra.

Keyes se inclinó al frente y dio unos tirones al desaliñado uniforme del piloto.

—Espero que no vuele con tanto descuido como viste.

Algunas naves, como el *Armageddoris Edge*, funcionaban un poco a su aire. Prerrogativa del capitán. Lo que importaba era el comportamiento en combate, y Keyes había oído que el *Edge* había regresado con dificultad a la Tierra, pero con orgullo, para una reparación total tras haber formado pareja con otra nave para acabar con un destructor del Covenant.

Sin embargo, Keyes sintió que no estaba de más llamar la atención sobre aquel punto.

—¿Señor?

—Si no es capaz de molestarse en abrocharse los botones, mantener la insignia en su sitio y seguir los procedimientos, ¿por qué tendría que sentirme a salvo subiendo a su pájaro?

—Señor, porque mi uniforme no tiene que dejar a soldados en zonas conflictivas, señor.

Keyes transigió un poco.

—De acuerdo, Jeffries. Veamos que tiene esperándome.

El suboficial Jeffries se aproximó a una nave de desembarco Pelican de color verde cubierta de marcas de combate colocada junto a otras dos en la estrecha plataforma de atraque del *Armageddon's Edge*. Rayos de energía habían salpicado y estriado los laterales. Keyes siguió al piloto mientras éste pasaba por debajo de las altas alas posteriores y las barquillas del motor y ascendía por la rampa al interior.

Jeffries dejó atrás cinchas, compartimientos de almacenaje y los asientos que bordeaban las paredes para trepar a la cabina de mando.

—Puede sentarse detrás de mí, señor —indicó Jeffries—. No tiene que viajar ahí atrás. No quiero sentirme solo en este viaje. Hay espacio bajo sus pies para su petate.

La rampa crujió mientras se cerraba despacio, y la bodega de la nave de desembarco quedó a oscuras.

Una vez que se cerró con un chasquido metálico, Jeffries arrojó el casco a un lado.

—No es necesario encerrarse en el traje en este viaje rutinario y sin complicaciones. No vamos a entrar en combate precisamente hoy, ¿verdad?

«No», pensó Keyes, retrocediendo a los tiempos en que había entrado en combate. Desde luego que no iban a hacerlo. Combate quería decir hombres sujetos a sus asientos, hombro con hombro, en la parte trasera, mientras zigzagueabas y hacías descender un Pelican a través de ráfagas antiaéreas. Entonces tendrías las palmas sudorosas y la respiración sería pesada en el reducido espacio del propio casco. Combate era cuando la cabina de mando en la que estabas sentado olía a sangre… y a miedo.

Keyes volvió de golpe al presente cuando Jeffries movió interruptores y pulsó teclas en la consola que tenía delante para poner en marcha el Pelican. En el asiento del copiloto, Keyes lo observaba todo con atención. Jeffries llevó a cabo la comprobación de los sistemas con una rapidez apabullante que sólo podía ser producto de la práctica y la familiaridad. Había la foto de una morena con dos chicos sujeta con cinta adhesiva al lado de la ventanilla de la cabina. Keyes la señaló.

—¿Sus hijos?

—Sí, señor. ¿Tiene usted alguno?

—Una hija —respondió Keyes.

Los cuatro motores se pusieron en marcha con una sacudida que estremeció todo el armazón del Pelican.

—Gamma 54 a *Armageddon's Edge*, la comprobación previa al vuelo es verde, sistemas nominales, plan de vuelo archivado. ¿Permiso para volar? —Jeffries sonaba aburrido.

—Gamma 54, prepárese para la trampilla —llegó la despreocupada respuesta desde el puente.

Las puertas del muelle de la nave se abrieron para mostrar el planeta situado abajo. Nubes largas y finas cubrían las desconocidas formas continentales de color verde y marrón. Keyes no había tenido tiempo de estudiar gran cosa sobre su nuevo destino; había recibido sus órdenes a la hora del almuerzo y ya lo habían despachado al *Armageddon's Edge* y congelado en una cápsula criogénica para la hora de la cena.

—¿Qué es lo que lo trae desde un lugar tan lejano como Luna a contemplar los maravillosos cielos de Chi Rho, señor?

No había mucho espacio para que un Pélican se moviera por el muelle del *Armageddon's Edge*, pero Jeffries dio más potencia a los cuatro

propulsores y el Pélican saltó hacia arriba y al frente; luego, con la misma brusquedad, dio la vuelta y se lanzó a través de las puertas del muelle.

Jeffries tenía la cabeza girada y lo miraba por encima del hombro mientras pilotaba, alardeando de que podía abandonar el muelle de la nave sin siquiera prestar atención. Keyes no dio al piloto la satisfacción de verlo estremecerse, pero lo cierto es que se sintió impresionado. La peligrosa proeza demostraba que Jeffries podía volar a ciegas. Y condenadamente bien, además.

—Órdenes, suboficial. Ordenes.

—Vamos adonde nos dicen, ¿no es cierto?

—Ya lo sabe.

Keyes echó una ojeada hacia arriba a través del cristal blindado, avistando brevemente la nave dje tamaño mediano que lo había transportado desde su sistema natal. Una serie de cráteres acribillaban la superficie de la nave, y marcas de quemaduras entrecruzaban el morro en forma de punta de flecha. A pesar de las reparaciones, permanecían visibles las cicatrices del último encuentro del navio.

El *Armageddon's Edge* fue disminuyendo de tamaño a medida que Jeffries los hacía descender ruidosamente en un largo arco en dirección a la atmósfera. El Pélican dio sacudidas y se estremeció al intensificarse el calor producido por la reentrada en la atmósfera. Franjas de refulgente rojo inundaron el aire.

—¿Sabe si hay puestos de instrucción para naves de patrulla aquí, Jeffries? —preguntó Keyes de repente.

Jeffries comprobó un monitor, y luego echó un vistazo por encima del hombro.

—¿Puestos de instrucción? ¿Aquí? Señor, Chi Rho es para reparaciones y para entrar en dique seco. Apoyo para la primera línea. No hay instrucción en este lugar. Todo lo que uno tiene que hacer es salir unos cuantos días y toparse con una patrulla Covenant de largo alcance… y obtendrás toda la instrucción que necesites.

—Eso pensaba. —Keyes miró fuera a través de la neblina roja.

Chi Rho era un mundo de las Colonias Interiores. No tan desarrollado ni tan grande como el planeta madre pero, sin embargo, el hogar de cientos de millones de personas en su continente primario y de superficie similar a la de la Tierra.

Pero Chi Rho era lo más cerca que Keyes había estado en bastante tiempo de aquella poco definida línea invisible donde los planetas pasaban

de Colonias Interiores a Colonias Exteriores.

Con mundos desperdigados tan lejos unos de otros, y siendo los viajes una aventura larga y en ocasiones peligrosa, las noticias viajaban despacio, y la mayoría llegaban a través de canales del UNSC en los últimos tiempos. Todo ciudadano sabía que el Covenant estaba destruyendo poco a poco planetas humanos desde posiciones orbitales, mundo a mundo. Tan sólo el UNSC se interponía en su camino, peleando por cada ensangrentado centímetro.

E incluso los boletines oficiales del UNSC indicaban que la mayoría de colonias exteriores habían sido destruidas; cristalizadas con armas de energía de un poder increíble, como el UNSC no había visto nunca.

Día a día durante los últimos nueve años, desde los primeros contactos con los extraterrestres, la línea del frente se había trasladado más cerca de Chi Rho y del borde exterior de las Colonias Interiores.

Keyes sabía que no era en un lugar así donde uno adiestraba a pilotos novatos.

Pero sus órdenes, extrañas como eran, decían que tenía que dirigirse a Chi Rho a toda velocidad para unas maniobras de adiestramiento.

Incluso un veterano de la Marina que obedecía toda clase de órdenes como Keyes sabía que las órdenes eran un montón de mierda. Una tapadera para algo más.

Y ese algo más podría implicar el regreso a bordo de una nave, se encontró osando esperar Keyes. Tal vez incluso el recientemente recompuesto *Armageddon's Edge*.

2

CHI RHO, SISTEMA ECTANUS 45

Jeffries abandonó su patrón de plan de vuelo y entró volando bajo por encima de un parque enorme, zarandeando violentamente las copas de los árboles con la furiosa estela que dejaba el motor. Las aves se desperdigaron a su paso, alzando el vuelo hacia el cielo en bandadas verdes y azules.

Inclinó el Pelican hacia atrás, dando más potencia a la nave para un aterrizaje espectacular y estremecedor que hizo que Keyes se aferrara a los reposabrazos del asiento. Una vez más, Jeffries alardeaba de su habilidad.

El zumbido de los motores fue cesando a medida que los apagaba, y el polvo volvió a aposentarse lentamente en el suelo. Keyes se planteó darle una buena reprimenda a Jeffries por la insólita maniobra, pero luego decidió no hacerlo.

Él no pertenecía al equipo de mando de aquel hombre. «Déjalo estar», se dijo.

—Lo estaré esperando aquí cuando regrese, señor —dijo Jeffries—. Para llevarle al siguiente lugar.

Keyes se soltó del asiento del copiloto.

—¿Adonde vamos a continuación?

—No lo sé, señor —respondió Jeffries, girando el cuerpo para mirar atrás—. Mis órdenes son esperar su regreso; probablemente, usted sabrá a donde vamos a continuación.

Keyes fue a la parte delantera de la cabina y miró por la ventanilla.

—¿Qué es todo eso?

Fuera, alrededor de la franja de tierra en la que habían aterrizado, habían hundido en el suelo hileras y más hileras de pequeñas estacas de madera. Más allá, lo que parecían tallos jóvenes de maíz asomaban a través del suelo labrado.

Pero justo cerca del bosque, que Keyes pudo advertir que había sido talado recientemente, un cartel enorme declaraba la zona como RESERVA NATURAL EX RECUERDO DE BACIGALUPI.

—Los Jardines de la Victoria —dijo Jeffries—. Granjas de la Victoria es más apropiado, imagino. Cualquier sitio donde uno pueda cultivar algo, sin importar la superficie, lo utilizamos. Las Colonias Exteriores cultivaban la mayor parte del alimento, así que aquí padecemos escasez. Le bajaré la rampa.

Keyes fue hasta la parte trasera del Pélican mientras la luz del día inundaba el interior. La rampa descendió para mostrar a un Warthog esperándolo, junto con un soldado raso totalmente cubierto de polvo y semblante enojado en traje de camuflaje caqui y con un rifle de combate colgado bajo un brazo. El soldado parecía diminuto en comparación con el voluminoso vehículo blindado todo terreno. A Keyes siempre le habían gustado las protuberancias de metal a ambos lados del cabestrante de remolque, que eran en apariencia protecciones de metal.

El soldado efectuó un saludo.

—¿Teniente Keyes?

—Ése soy yo —respondió él, asintiendo.

—Soldado Tom Gerencer. Soy su chofer durante el resto del trayecto, señor.

El marine saltó al asiento del conductor del enorme vehículo. Keyes lo siguió.

—Lamento lo del punto de desembarco, pero nuestros emplazamientos principales están invadidos por campamentos de refugiados. El tráfico está atascado, de modo que las molestias eran mayores que las ventajas. Era mejor depositarlo directamente dentro.

—¿Campamentos de refugiados?

Keyes miró fijamente al marine sentado junto a él. ¿Tan mal se habían puesto realmente las cosas? Sintió como si le hubiesen pateado el estómago. Keyes y sus vecinos se trasladaban a menudo a la Tierra para visitar a parientes o disfrutar de opíparas cenas y visitas a lugares de interés, y entretanto, aquí fuera, gran cantidad de personas vivían de un modo

precario. ¿Censuraba el UNSC tantas cosas que ni siquiera un atisbo de todo esto había llegado a la Tierra? Seguramente así era. Esto era un asunto serio.

Gerencer asintió. Condujo por una carretera de tierra, haciendo girar veloces los enormes neumáticos adherentes mientras aceleraba el Warthog en dirección a otra carretera de tierra a través de la reserva.

—Refugiados de las Colonias Exteriores, señor. No dejan de amontonarse en los puertos espaciales. No tienen ningún lugar adonde ir. Hemos cerrado estadios, zonas de aparcamiento, incluso calles enteras para ellos. Nos estamos quedando sin tiendas, sin comida, y una gran cantidad de gente se está quedando sin paciencia. Se está poniendo feo ahí fuera, señor. Me han tocado uno o dos turnos de patrulla.

—¿Patrulla? —inquirió Keyes—. ¿Por qué lleva a cabo el UNSC el trabajo de la policía?

—Los refugiados son una sangría, señor. Planeamos una batalla prolongada aquí, unas cuantas sorpresas para el Covenant si… cuando lleguen. Con los refugiados en la superficie, éstos no hacen más que agotar las provisiones y permanecer ahí fuera igual que dianas. Cada ración que obtienen es una ración que no tendremos cuando defendamos el frente. ¿Cuánto tiempo van a aguantar los mandamases el caos que hay aquí fuera?, no lo sé.

Siguieron adelante en medio de un gran estruendo, pasando por delante de varias enormes cosechadoras robotizadas JOTUN, y luego al interior de una abertura en la zona boscosa que rodeaba las tierras de labranza recién creadas.

—Casi hemos llegado —dijo Gerencer mientras daban brincos sobre rodadas y boquetes en la tierra.

Con un rugido final, el Warthog saltó al interior de un pequeño círculo de árboles. El marine puso el vehículo al ralenti sobre una zona de tierra muy transitada.

El suelo retumbó bajo ellos y los bordes se alzaron a su alrededor a medida que descendían despacio al interior de un largo pozo.

—Bienvenido al Campamento Patmos, teniente —dijo Gerencer con una sonrisa burlona—. Desde aquí planeamos cómo darle una buena tunda al Covenant cada hora del día.

Hileras de Warthogs bordeaban la pared metálica de una caverna. Acechando tras ellos en las sombras estaban las unidades blindadas de los marines, con aspecto de arañas de cuatro patas aplastadas pero

descomunalmente acorazadas, con dos pares de bandas de rodamiento delanteras y traseras y una cabina larga en la parte central. Los tubos de los largos cañones apuntaban amenazadores a Keyes. A cualquier efectivo del Covenant que aterrizara en Chi Rho le aguardaba un feroz combate. Había suficientes tanques de combate Scorpion
M808B
para formar una división completa.

—¿Teniente Keyes? —gritó una voz potente—. Me alegro de verlo.

Keyes dejó que sus ojos se adaptaran mientras escudriñaba el interior de la penumbra del enorme hangar. Una entrada entre un par de quads Mongoose derramaba luz al exterior, y había alguien en el marco de la puerta.

El teniente saltó del Warthog, con la pierna derecha hormigueando levemente. Caminó a paso ligero hacia allí, y tragó saliva. Incluso de lejos era difícil pasar por alto tres estrellas en un uniforme. Keyes sabía de quien debía de tratarse. Sólo había un vicealmirante en Chi Rho. Un hombre que se había ofrecido voluntario para ir al frente, y accedido a hacerse cargo de la defensa de cualquier colonia sin importar las posibilidades.

—Vicealmirante Jean Mawikizi. ¡Señor! Es un honor. —Keyes saludó con un gesto enérgico.

Mawikizi había librado intensas batallas perdidas en tres planetas, y lo habían sacado protestando de cada uno mientras el enemigo ya los estaba cristalizando.

Mawikizi, nervudo pero, sin embargo, bajo y de piel oscura, devolvió el saludo con una sonrisa.

—He tocado algunas teclas importantes para poder arrastrarlo con tanta rapidez hasta aquí, Keyes. —Sostuvo la puerta abierta para el teniente, y ésta se cerró de un portazo tras ellos una vez que él la cruzó—. Pasee conmigo.

Un tosco corredor excavado en la roca se extendía ante ellos. Mawikizi condujo a Keyes por delante de despachos, abriéndose camino a empujones entre soldados rasos y oficiales que se cuadraban al paso del vicealmirante.

Keyes echó una ojeada por un corredor auxiliar y vio barracones a lo lejos. Todo profundamente enterrado en el subsuelo y construido hacía poco. Mawikizi advirtió su mirada.

—Me sacaron de mi retiro en Burundi para dirigir una flota de combate a la que están haciendo retroceder casi a diario. He decidido que ese grupo no va a ir más allá de Chi Rho. Nos estamos enterrando tan profundamente como podemos, así que van a tener que bajar y hacernos salir hombre a

hombre.

—Señor, ¿qué pasa con los refugiados? ¿Y los huertos? Jamás imaginé que la cosa estuviera tan mal.

Mawikizi abrió la puerta que conducía a sus oficinas.

—Está tan mal. Hemos ordenado a los colonos locales que compartan la carga, pero ellos creen que los refugiados tuvieron su oportunidad de pelear y sobrevivir. Están encantados de proporcionarles tierras, pero los habitantes de este lugar son descendientes de supervivientes de lo que había sido un planeta duro. Nada de limosnas, sólo familias autosuficientes desplegadas por los continentes. No les entusiasma que se les ordene que compartan… no es su cultura. Ha habido algunas riñas, de modo que no podemos confiar ni en los lugareños ni en los refugiados para que patrullen. Intentamos resolver adonde trasladarlos antes de que el Covenant ataque. Y antes de que se sientan demasiado cómodos aquí.

Las oficinas del vicealmirante tenían ventanas y una terraza que daba a un pozo enorme que descendía aún más profundamente bajo tierra. Sin duda, en el fondo había almacenados Pelicans y otras naves de apoyo, aguardando para ascender en espiral y salir a combatir cuando fuese necesario.

—Pero ¿cuándo llegará el ataque? Esa es la pregunta. El Covenant empezó a cristalizar planetas hace nueve años. Podrían atacarnos el próximo mes, o transcurridos otro par de años. En algunos aspectos, teniente Keyes, somos todos hombres muertos, y lo sabemos.

Los despachos exteriores estaban inundados por el zumbido de una administración que funciona como un engranaje bien engrasado; soldados murmurando por sus micrófonos, oficiales enfrascados en la visualización de batallas holográficas; era el centro de una gran cantidad de decisiones fronterizas.

Keyes se deslizó por delante de los escritorios hasta el despacho interior, y el murmullo de actividad desapareció con un chirrido terminado en un golpe sordo de la gruesa puerta a prueba de explosivos cuando Mawikizi la cerró.

—Keyes, éste es el comandante Dmitri Zheng.

Zheng, que aguardaba junto a la mesa de conferencias del rincón del despacho del vicealmirante, se puso en pie y le estrechó la mano. Era más alto que Keyes, con pómulos prominentes, ojos grises penetrantes y la cabeza afeitada. Parecía tener aproximadamente la misma edad que Keyes.

—Zheng va a incorporarse al frente en su fragata.

El vicealmirante sonaba cansado, pensó Keyes. Cinco años en la cima debían de haberlo agotado; el militar tenía un aspecto demacrado mientras se sentaba ante la pequeña mesa de conferencias.

—Muy bien, caballeros, pongámonos a la tarea.

Mawikizi abrió un sobre y deslizó el contenido por encima de la mesa hacia Keyes.

—Todo oficial al mando a bordo de una nave de la Marina tiene que leer esto. Salió hace muy poco. La orden se está difundiendo a todos los navios y por todo el UNSC mientras hablamos.

Keyes sacó una hoja plastificada y la leyó.

ORDEN PRIORITARIA DE EMERGENCIA DEL MANDO ESPACIAL DE LA UNIÓN DE NACIONES 098831
A-1
CÓDIGO DE CIFRADO: ROJO
CLAVE PÚBLICA: ARCHIVO/PRIMERA LUZ/
DE: UNSC/NAVCOM FLOTA H. T. WARD
A: TODO EL PERSONAL DEL UNSC
ASUNTO: ORDEN GENERAL
098831A-1
(«EL PROTOCOLO COLE»)
CLASIFICACIÓN: CONFIDENCIAL (DIRECTIVA BGX)

EL PROTOCOLO COLE
PARA SALVAGUARDAR A LAS COLONIAS INTERIORES A LA TIERRA, NO DEBE SER CAPTURADO NINGÚN NAVIO O PUESTO DEL UNSC CON BASES DE DATOS DE NAVEGACIÓN INTACTAS QUE PUEDAN CONDUCIR A LAS FUERZAS DEL COVENANT A CENTROS CON POBLACIÓN HUMANA CIVIL.

SI SE DETECTA CUALQUIER FUERZA DEL COVENANT:

- ACTIVEN PURGA SELECTIVA DE BASES DE DATOS EN TODAS LAS REDES DE DATOS PLANETARIAS Y EN LAS SITUADAS EN NAVES.
- INICIEN COMPROBACIÓN TRIPLE EN PANTALLA PARA

ASEGURAR QUE TODOS LOS DATOS HAN SIDO BORRADOS Y TODOS LOS BACKUPS NEUTRALIZADOS.

- EJECUTEN CARROÑEROS VIRALES DE DATOS (DESCARGAR DESDE UNSCTTP://EPWW: PROTOCOLOCOLE / VIRTUALSCAV/ FBR.091)
- EN EL CASO DE RETIRADA ANTE FUERZAS DEL COVENANT, TODAS LAS NAVES DEBEN ENTRAR EN EL ESPACIO SLIPSTREAM CON VECTORES GENERADOS ALEATORIAMENTE NO DIRIGIDOS HACIA LA TIERRA, LAS COLONIAS INTERIORES, O CUALQUIER OTRO CENTRO DE POBLACIÓN HUMANA
- EN CASO DE CAPTURA INMINENTE POR PARTE DE FUERZAS DEL COVENANT, TODAS LAS NAVES DEL UNSC DEBEN AUTODESTRUIRSE. LA VIOLACIÓN DE ESTA DIRECTRIZ SE CONSIDERARÁ UN ACTO DE TRAICIÓN, Y EN CONFORMIDAD CON LA LEY MILITAR DEL UNSC, ARTÍCULOS JAG 845-P Y JAG 7556-L, TALES VIOLACIONES PODRÁN SER CASTIGADAS CON CADENA PERPETUA O EJECUCIÓN.

Keyes volvió a alzar la vista hacia Mawikizi.

—El almirante Colé piensa que estamos recibiendo algunos golpes serios.

Lo pensó durante un segundo y comprendió que tras la importante victoria de Colé en la batalla de Harvest, cuatro años atrás, no había habido grandes victorias.

—La orden se está divulgando por todo el UNSC. Mantener las ubicaciones de las Colonias Interiores y de la Tierra en secreto se ha convertido en una prioridad absoluta, en especial aquí, cerca del frente. Y ahí, teniente Keyes, es donde entra usted.

»Yo estaba en el consejo cuando lo dejaron fuera. Voté por que permaneciera en su nave. Lamento muchísimo la inhabilitación médica para el servicio activo.

—También yo, señor. —Keyes se masajeó involuntariamente la pierna.

—Ha sido un desperdicio en mi opinión, un simple desperdicio, haberlo dejado en un aula allá en Luna. Es un buen estratega, Keyes. He leído su expediente y estudiado el adiestramiento que recibió. Lo que es más

importante, cargó contra los que abordaron el *Meriwetber Lewis* sin otra cosa que una pistola y un potente grito primitivo. Me gusta eso, Keyes. Es de los que se mantienen firmes cuando es necesario.

—Gracias, señor.

Keyes seguía esperando oír lo que venía a continuación. Sentía aumentar la adrenalina en su interior. ¡Tal vez podría regresar a una nave!

Como mínimo, tal vez un puesto de asesor sobre movimientos de la flota y estrategia en el equipo del vicealmirante Mawikizi. Tendría que trasladar a Miranda a una colonia interior más próxima. No aquí, demasiado cerca del frente, pero lo bastante cerca para que pudiera visitarla con facilidad cuando estuviera de permiso.

—Así pues, tenemos una oferta para usted, Keyes. —Mawikizi echó una veloz mirada en dirección al comandante Zheng, que había estado observando la conversación en silencio.

Zheng pulsó un botón oculto en la mesa y un modelo a escala de una fragata apareció con un parpadeo frente a los tres hombres. Como cualquier otra fragata, parecía un voluminoso rifle al que le hubieran retirado el cargador. Sólo que con dos cañones, uno encima del otro, en la parte delantera.

A diferencia del gris plomo mate de la mayoría, aquella fragata era negra como la noche. Hacia la proa, el ordenador había superpuesto la numeración FFG-209, y más atrás, cerca del centro, estaba el nombre del navio: *Midsummer Night*.

—Es una fragata ligera. —Zheng manifestó algo que era obvio—. Con algunos trucos en la manga. —Una leve sonrisa resquebrajó su pétreo exterior cuando lo dijo.

—*Night* es una nave indétectable con una gran autonomía —dijo Mawikizi—. Como un Prowler, pero pega más fuerte.

—Pero es lenta como una fragata —finalizó Zheng—. También posee la capacidad para descargar una gran dotación de marines y soldados de asalto de desembarco orbital, lo que le proporciona aptitudes para efectuar una gran variedad de misiones.

—Lo que vendrá muy bien —dijo una cuarta voz desde detrás de ellos.

Keyes se volvió en su silla, sorprendido de que se les hubieran acercado a hurtadillas con tanta facilidad.

—Mayor Akio Watanabe, de los Prowlers. ONI —presentó Zheng a la nueva incorporación.

Keyes no había oído abrirse la puerta. Pero por otra parte, así tenía que

ser un agente secreto. La Oficina de Información Naval no creía que fuera bueno ser muy conocidos; realmente les gustaba acercarse a hurtadillas a las personas.

Una cuestión de orgullo profesional, sin duda.

Sin embargo, Keyes lo encontraba escalofriante y molesto.

Watanabe se deslizó a una silla vacía. Llevaba manga larga y un uniforme gris de cuello alto. Los negrísimos ojos parecían mirar a través de la gente y clavarse a lo lejos.

—He llegado… justo a tiempo, veo. —Miró a su alrededor—. Doy por supuesto, vicealmirante, que nuestro acuerdo sigue en pie.

Mawikizi parecía realmente contrariado. Suspiró.

—Yo me atengo a la palabra dada, mayor Watanabe.

Zheng pulsó un botón y el holograma a escala del *Midsummer Night* se desvaneció.

—La nave inicia su crucero de prueba hoy, teniente Keyes. Ayudaremos a hacer respetar el Protocolo Colé durante los tres primeros días, familiarizándonos con la nave.

Zheng giró la cabeza hacia Watanabe. El mayor asintió.

—Después de eso, habrá órdenes selladas para el personal del puente que estará a mi disposición tras el rápido viaje de pruebas.

Keyes frunció el entrecejo y volvió la cabeza hacia el vicealmirante.

—Señor, ¿trabajaremos para la ONI?

Mawikizi frunció la boca.

—Sólo inicialmente. Un intercambio profesional por ayudarnos a convertir en indétectable la fragata.

—Será una misión breve —prometió Watanabe, y echó un vistazo a Zheng, que había cruzado los brazos—. Luego dejaré de incordiarlos y usted y el vicealmirante podrán entretenerse con su nuevo juguetito.

Keyes miró a Mawikizi. El anciano burundés daba la impresión de haber encontrado un excremento de pájaro sobre su recién lustrado coche oficial. Entonces miró a Keyes y sonrió ampliamente.

—A Zheng y a mí nos gustaría que estuviera en el puente. Planeamos un reconocimiento bastante extenso y un hostigamiento al Covenant de largo alcance, abatiendo los objetivos que se presenten y provocando una confusión general. Lo queremos debido a su experiencia en navegación de largo alcance y sus habilidades tácticas, ya que usaremos la *Night* de manera distinta a la que se acostumbra a utilizar a las fragatas. Necesitamos a alguien que realmente pueda trabajar con Zheng para aportar ideas

innovadoras.

—¿Largo alcance hasta qué punto?

—Mucho —repitió Mawikizi—. Sé que tiene familia, pero no tiene mucho tiempo para tomar una decisión.

Keyes se inclinó al frente.

—No le mentiré, señor —murmuró—. Es algo muy duro pedirme que abandone a mi hija. —Criar a Miranda había sido la parte más gratificante de estar metido en la Academia.

Ahora que tenía ante sí un puesto potencial a bordo de una nave, Keyes se preguntó si no se habría estado concentrando en lo que no podía tener y no en lo que tenía en realidad.

—Lo sé —asintió Mawikizi—. Lo sé.

—Por otra parte, defender nuestros mundos del Covenant es el mejor modo de hacer de padre que se me ocurre —finalizó Keyes—. Sería todo un honor para mí servir a bordo del *Midsummer Night*. Gracias por concederme esa posibilidad.

Técnicamente, no tenían que pedirlo. Había sido una cortesía porque él estaba condecorado y retirado del frente.

Habían efectuado una buena elección. «Este perro todavía puede morder», pensó Keyes.

—Tengo que pedir un favor, si se me permite —prosiguió Keyes—. El piloto del Pelican que me trajo aquí. Me gustaría que lo transfirieran al *Midsummer Night*.

El comandante Zheng miró al vicealmirante Mawikizi, quien se encogió de hombros.

—No veo por qué no. ¿Conoce al piloto?

—No lo había visto nunca. Pero es un magnífico piloto, y si vamos a llevar a cabo misiones poco ortodoxas, podría resultar útil. Se llama Jeffries.

—Considérelo hecho.

Mawikizi se puso en pie, igual que hicieron Keyes y Zheng, luego lo hizo Watanabe. El vicealmirante estrechó la mano de Keyes.

—Me alegro de tenerlo a bordo, teniente.

—Estoy encantado de estar a bordo, señor.

Y lo estaba, comprendió Keyes. Encantado de volver a estar en el frente.

Jeffries lo estaba esperando, con las piernas apoyadas en los controles del Pelican. Cuando oyó que Keyes subía a la nave de desembarco, se sentó

muy tieso.

—¿Sabe adónde vamos, señor?

Keyes sonrió mientras iba a colocarse tras la silla del piloto, contemplando como el Warthog que lo había traído se marchaba a toda velocidad campo a través.

—Sí, señor Jeffries, lo sé. Llame al *Midsummer Night*. Ellos le darán las coordenadas.

—Sí, señor.

—¿Sabe algo sobre el comandante Dmitri Zheng?

—¿Zheng? —Jeffries pensó durante un segundo—. Ha estado presente en todos los rumores que circulan últimamente. Procedía de una de las Colonias Exteriores. Capitaneó una fragata durante un corto espacio de tiempo.

—¿Un corto espacio de tiempo? —A Keyes no le gustó como sonaba aquello.

—Embistió un destructor del Covenant.

—A veces ésa es la única opción que uno tiene…

—Eso fue después de que le hubiesen ordenado la retirada. El único motivo de que no le formaran un consejo de guerra fue que lo inutilizó el tiempo suficiente para que otra nave lo liquidara con un MAC. Lo sacaron de entre los restos.

Keyes reflexionó sobre aquello. Iba a servir con aquel hombre. A lo mejor no tendría que haber aceptado con tanta rapidez.

—¿Sabe por qué lo hizo, señor? —prosiguió Jeffries—. Se rumorea que está loco de pena. El Covenant abrasó el mundo en el que vivía mientras él estaba fuera de patrulla, hace siete años. No ha vuelto a ser el mismo.

—De acuerdo, es suficiente —dijo Keyes.

La conversación empezaba a entrar en el campo de las insinuaciones; no necesitaba que lo indispusieran contra su futuro oficial al mando. Habría muchísimo tiempo para llegar a conocer a Zheng una vez que estuviera a bordo. Y a lo mejor era por eso que habían llamado a Keyes de vuelta a la acción; para añadir un poco de estrategia y calma al estilo de Zheng.

—Oh, y una cosa más, señor Jeffries.

—¿Señor?

—Cuando me saque en su nave, un oficial al mando de una instalación militar seguirá el plan de vuelo que le den. Incumplirlo, incluido el descender fuera del alcance del radar en vuelo rasante sobre los árboles, significa que tienen todo el derecho de echarlo de un manotazo fuera del

cielo igual que a un insecto. Después de todo, estamos en un mundo cercano al frente. Usted mismo me lo indicó. —El tono cortante de su voz le sorprendió incluso a él—. En el caso de que nos abatieran por haber infringido el plan de vuelo, yo personalmente lo perseguiría desde más allá de la tumba, soldado, y le amargaría la vida. ¿Me comprende, soldado?

Jeffries mantuvo la vista fija al frente a través del parabrisas.

—Sí, señor.

—Por último, se pondrá su equipo completo de vuelo. En el caso de que agujerearan este Pelican, en tanto que yo podría estar dando boqueadas para respirar, de usted espero que sea capaz de llevar a cabo su misión… aun cuando su misión sea tan sin sentido como ser mi chófer personal a jornada completa. ¿Queda claro, Jeffries?

—Cristalino, señor.

Keyes se sujetó al asiento del copiloto y escuchó como se calentaban los motores del Pelican. Era miembro de la tripulación del puente de una nave indetectable que iba a iniciar una misión misteriosa de la ONI dentro de tres días.

Era agradable estar de vuelta.

—Muy bien, señor Jeffries, haga volar este pájaro.

Se recostó en el asiento, disfrutando con la sensación de ser propulsado. Tres días para poner a prueba la fragata y perseguir civiles para hacer respetar el Protocolo Colé parecía bastante sencillo. Un modo agradable de volver a habituarse a la vida a bordo de una nave.

3

HÁBITAT CENTRAL ROBLES, EL RUBBLE, 23 LIBRAE

Ignacio Delgado se dirigió despacio al funeral de su copiloto vistiendo un traje de color oscuro, con una corbata incómodamente ajustada al cuello. Las dolorosas quemaduras de plasma del torso todavía le dolían, pero se sentía obligado a asistir.

Los parques estaban en el interior de un asteroide vaciado; mirabas hacia arriba y contemplabas las copas de los árboles del otro extremo del parque.

María Esquivai lo interceptó cerca de una arboleda de diminutos árboles.

—Hola, Nacho.

Le agarró la mano. Sólo María lo llamaba de aquel modo, porque sólo María lo conocía de cuando era un crío mugriento que corría por la superficie de Madrigal. Por aquel entonces, ella había sido un marimacho peleón que vivía calle abajo y llevaba los cabellos sujetos atrás en una funcional cola de caballo.

—En realidad no deberías estar aquí.

—Era mi mejor amigo.

María le oprimió la mano.

—Lo sé. Pero ellos siguen sin quererte aquí. Tienes que respetar los deseos de su familia.

A lo lejos, la familia Hollister le daba la espalda. Todos vestidos de

negro, rodeando una urna pequeña, enterraban sus cenizas en el suelo cerca de uno de los árboles que daban al hábitat su nombre.

Culpaban a Delgado de la muerte de Melko. El copiloto había sucumbido a sus heridas antes de que nadie hubiera conseguido llegar al *Distancia*. Una muerte innecesaria, pensaba su familia. A ellos les importaba muy poco proteger la información que conducía de vuelta a la Tierra. Habían combatido para conseguir el autogobierno desde las profundidades de aquel sistema durante generaciones. Que los extraterrestres se quedaran la Tierra, que la quemaran. No les importaba.

—Vamos —dijo María, conduciéndolo fuera de allí.

—¿Crees que murió en vano? —preguntó Delgado.

María siguió haciéndolo avanzar.

—Yo no soy quién para decirlo, Nacho. Pero os he conocido a los dos el tiempo suficiente para saber que ambos os apoyabais mutuamente para hacer lo que cada uno pensaba que era correcto. Así que no les prestes atención. Están llorando su muerte.

María había estado con Delgado cuando los padres de ambos los habían llevado a toda prisa a los enormes campos situados fuera de Nueva Lima, metiéndolos a empujones a bordo de un enorme carguero mientras sus llorosos progenitores les decían que los seguirían en la nave siguiente.

Los habían embutido en la bodega con todos los otros niños aterrados, intentando entender qué sucedía. Delgado tenía catorce años. María había estado planeando celebrar por todo lo alto sus quince.

Se habían abrazado el uno al otro cuando el aire en el exterior se tornó candente y el carguero dio sacudidas y vibró. Y cuando hubo alcanzado la órbita, la voz conmocionada del piloto llenó la bodega, diciéndoles que habían «cristalizado» toda la superficie de Madrigal.

Todo debido a la guerra entre el UNSC y el Covenant.

Siguieron paseando, encaminándose hacia un hombre que parecía estar esperándoles junto a uno de los famosos grandes robles del hábitat, mientras sus oscuros ojos contemplaban el funeral que tenía lugar a lo lejos. Llevaba un mono de trabajo y una gorra.

María dejó de andar.

—Mi hermano necesita hablar contigo, aunque se niega contarme sobre qué.

—No te lo tomes como algo tan personal, María. Son asuntos del consejo.

Los ciudadanos del Rubble votaban a los nueve miembros que formaban

el Consejo de Seguridad, y éstos se ocupaban de las defensas de toda la estructura, junto con la IA Juliana.

Diego y el consejo habían elegido a Delgado y a Melko de un día para otro para que protegieran la navegación cuando los datos empezaron a desaparecer, pues debido a los años que llevaban pilotando cargueros por todo el Rubble, se lo conocían al dedillo. El consejo consideraba que mantenerlos ocultos era la mejor opción. Con sus fuerzas de defensa voluntarias y su carácter público, intentar colocar el chip bajo una guardia férrea llamaría la atención y lo convertiría en un blanco claro.

Pero tras este último contratiempo, Delgado estaba convencido de que alguien en el consejo estaba filtrando la ubicación.

—¿De visita en los barrios pobres, Diego?

Aquél no era el acostumbrado hombre vestido con un traje bien confeccionado que Delgado esperaba.

Diego hizo una mueca.

—Intento pasar desapercibido, Ignacio.

Besó a su hermana en la mejilla, y ésta abandonó el bosquecillo para caminar sola por el cuidado césped en dirección al funeral.

—¿Qué necesitas? —preguntó por fin Delgado, observando a María.

—Pareces convencido de que alguien en el Consejo de Seguridad está filtrando información sobre la ubicación de los datos de navegación. Has estado husmeando por ahí y llamando la atención en tu intento de averiguarlo. —Diego empezó a andar fuera del parque en dirección a las enormes cámaras estancas situadas al final del Hábitat Central Robles—. Cuando decidimos utilizaros a vosotros para trasladar los datos, y mantenerlos a salvo, contábamos con que intentaríais pasar desapercibidos. Era precisamente de eso de lo que se trataba, Ignacio.

—Alguien la está filtrando —insistió Delgado—. Esos Jackals sabían con exactitud donde estaba. Ésta fue la segunda vez que intentaban hacerse con ella, y estuvieron condenadamente cerca. Si no hubiese decidido trasladar los datos antes de la fecha que di al Consejo de Seguridad, esos Jackals los habrían conseguido. Sabes, quienquiera que filtró eso asesinó a Melko.

Y quiero que lo paguen.

Pasaron ante el gigantesco eje rotatorio de la juntura entre los tubos de acoplamiento y el hub del asteroide que giraba lentamente.

—Te comprendo, Ignacio, pero las únicas personas que sabían donde estaban los datos de navegación eran los miembros del Consejo de Seguridad. Sugerir que uno de nosotros lo filtró es grave.

—Lo sé —repuso Delgado mientras entraban en un enorme tubo transparente.

Desde aquí podían ver otros asteroides conectados al Parque del Roble. Las estructuras conectadas desaparecían a lo lejos igual que un juego de construcción de hojalata gigante.

La gravedad artificial se desvaneció, y los dos hombres aferraron las barandillas que discurrían a lo largo del tubo mientras flotaban en el aire. Por el centro del tubo de acoplamiento pasaban a toda velocidad módulos que transportaban mercancías y pasajeros que iban de un hábitat rocoso a otro.

—A muchísimas personas no les importaría entregar los datos de navegación a los Kig-Yars. Nos están ofreciendo poder, dinero y tecnología Covenant por ellos.

—¿Y qué hay de ti, Diego? —preguntó Delgado—. ¿Estás tú a favor de eso?

Diego aminoró la marcha y se detuvo en el concurrido tubo. Miró fuera, al imponente orbe del gigante gaseoso Hesiod situado a lo lejos.

—Creo que si entregamos las cartas de navegación, nuestra utilidad para los Kig-Yars termina. Es por eso que me he esforzado tanto por mantener los datos ocultos. Es por eso que te pedí que me ayudases a hacerlo. La mayor parte del consejo está de acuerdo.

—¿La mayor parte? —repitió Delgado.

Diego estaba siendo sorprendentemente moderado para ser un antiguo Insurrecto.

Le alargó un cigarro, dejando que flotara en el aire gracias a la falta de gravedad artificial. Delgado bajó los ojos.

—¿Un Sweet William? No sabía que quedase ninguno.

—Un miembro del consejo me dio uno de éstos. Insinuó que podía conseguirme más, dijo que tenía una operación en marcha para sacar cosas de contrabando de Charybdis IX con una de sus naves. Dice que el departamento naval del UNSC se ha estado preparando para tomar medidas enérgicas contra los saltos de Slipspace por parte de civiles. Quieren que todo sea militarizado. —Diego poco menos que escupió la última palabra—. Este miembro del consejo ha estado enviando armas de alguna clase que adquirió al Covenant a hermanos Insurrectos allá en las colonias, pero le preocupa que lo que sea que está destruyendo los datos de navegación por todo el Rubble pueda llegar hasta él. Quiere dárselos a los Kig-Yars antes de que suceda algo. Afirma que va a efectuar su último viaje de contrabando.

Después, quiere entregar su nave a los Kig-Yars, así como los datos de navegación que hay a bordo. Esto lo he sabido por terceros, pero parece que intenta comprar un voto mayoritario del consejo a favor de vender los datos de navegación.

—¿Vas a permitir que eso suceda?

—Hice que Juliana buscara un candidato probable entre la reciente actividad naviera. —Diego sonrió al referirse a la IA del Rubble—. Dio con uno. El nombre de la nave era *Kestrel*. Es la única nave conocida que todavía podría estar en las colonias y ser capaz de regresar. No ha regresado al muelle, por lo que sabemos. Todas nuestras otras naves para el contrabando han sido destruidas, o les borraron los datos que poseían. Estamos realmente aislados del resto de la humanidad.

—Tu miembro del consejo podría haber mentido; simplemente podría haber hallado algunas cajas de Sweet Williams.

—Es posible —asintió Diego—. Pero Juliana cree que el *Kestrel* es nuestra nave.

—Así pues, ¿qué quieres que haga? —Delgado dio un golpecito al cigarro, enviándolo de vuelta por el aire en dirección a Diego.

—Averigua más cosas sobre el *Kestrel*, Ignacio. Mira a ver si realmente trabajaban para un miembro del consejo. Descubre si han regresado de tapadillo al Rubble. Porque si puedes relacionarlos con nuestro miembro del consejo, entonces puedo actuar contra él. Hay mejores cosas por las que canjear esas armas. Como… medicinas, en lugar de malditos cigarros. —Diego aplastó el cigarro y los pedazos de laminillas de tabaco flotaron en el aire entre ellos—. Y puesto que te estoy dando esta pista, por favor, esfuérzate por mantenerlo en secreto.

—Descuida. —Delgado apartó de un manotazo el cigarro aplastado del aire que mediaba entre ellos—. ¿Cómo se llama?

Diego suspiró. Parecía muy reacio a dar el nombre de un camarada miembro del Consejo de Seguridad. Quizá se lo estaba pensando mejor. Se volvió y miró fuera del tubo. Toda la colección de tubos y asteroides alojaba lo que quedaba de la orgullosa colonia llamada Madrigal: su gente.

Lo llamaban el Rubble porque era lo que había sido en una ocasión. Detritos, escombros, rocas y escoria que seguían al gigante gaseoso Hesiod.

—Has hecho mucho por mí, Diego, te lo agradezco de verdad —dijo Delgado.

Diego había acogido tanto a María como a Delgado a su llegada hacía tantos años, tras la destrucción de Madrigal. Diego se había unido a los

Insurrectos años antes de que cristalizaran Madrigal, y había sido la única persona que había estado esperándolos después de que huyeran del planeta. Delgado le debía muchísimo a Diego. Pero antes de que todo cambiara, Diego colocaba bombas en naves de pasajeros, puertos y estaciones espaciales. Había llevado a cabo contrabando y pirateado, y todo lo que ello implicaba. Delgado sentía siempre una sensación de embarazo al aceptar lo que sus trabajadores padres, de haber vivido, habrían llamado dinero sucio. Existía una cierta tensión en su amistad con Diego. Pero por otra parte, a lo mejor eso no era justo. Desde la caída de Madrigal, Diego se había entregado a la idea del Rubble. Delgado cambió el tono de sus palabras.

—Dame su nombre, por favor. No mataré a ese hombre. Lo llevaré ante la justicia. No somos la chusma que éramos, hemos cambiado desde la caída de Madrigal.

Por entonces, el Rubble no había sido más que una inmensa base militar de los Insurrectos, acuartelados y desperdigados por todos los asteroides que seguían al gigante gaseoso en una órbita troyana.

Pero en poco tiempo, usando naves espaciales, materiales en bruto y cualquier cosa con la que pudieran hacerse que el Covenant no hubiera destruido, habían construido el Rubble que en aquellos momentos contemplaban. Era algo de lo que estar orgullosos.

—Lo sé. —Diego se volvió de nuevo hacia él—. Eso no lo hace más fácil. El hombre que has de intentar vincular con el *Kestrel* es Peter Bonifacio.

Delgado dirigió la mirada a lo largo del tubo. Bonifacio ya hacía mucho contrabando bastante antes de que el Covenant cristalizara Madrigal. En la actualidad se veía reducido a alguna que otra visita furtiva de vuelta en las Colonias Interiores, aunque incluso esos viajes se habían convertido en demasiado peligrosos a medida que perdía una nave tras otra a manos tanto de fuerzas del Covenant como del UNSC. Delgado había trasladado material de asteroide en asteroide para aquel hombre, que siempre pagaba tarde. Cómo había conseguido introducirse en la lista de candidatos a ser votados para el Consejo de Seguridad era algo que Delgado no había entendido nunca.

—Considéralo hecho —dijo Delgado.

A mitad de camino en el tubo transparente, una serie de coches de transporte aerodinámicos aceleraron, trasladando a los pasajeros que llevaban de un hábitat a otro sobre una vía maglev.

—Estupendo. Gracias. Y Delgado… tendrás que tener cuidado.

Delgado asintió. Los dos hombres se estrecharon las manos, y luego se

marcharon flotando cada uno en una dirección distinta. Diego con tristeza en los ojos. Delgado con fuego y venganza en sus pupilas.

4

BORDES EXTERIORES, SISTEMA ECTANUS 45

Keyes ocupó el asiento del copiloto, mientras Jeffries guiaba hábilmente un Pelican lleno de soldados de desembarco orbital a las negras profundidades del espacio situado entre el *Midsummer Night*, y el carguero civil de aspecto destrozado llamado *Finnegan's Wake*.

El *Finnegan's Wake* había estado avanzando poco a poco en dirección a la periferia del sistema exterior de Ectanus 45 desde el momento en que abandonó Chi Rho, preparándose para efectuar un salto. Zheng había seguido de cerca al carguero el tiempo suficiente para asegurarse de que no era un viaje dentro del sistema.

No lo era. La nave, ignorante de que la seguían, se había dirigido muy lejos del plano eclíptico del sistema.

Un disparo sorpresa por delante de las proas por parte del *Midsummer Night* los convenció de no intentar acelerar y permitir que el *Midsummer Night* se pusiera a su misma velocidad para que pudiera enviarles el Pelican.

Jeffries entró despacio y sin problemas, pasando por encima del casco hasta el otro lado de la nave civil y deslizando a continuación el Pelican al interior de la bodega de carga.

—¡Comprueben los equipos! —gritó Canfield, el comandante de la compañía de ODST—. Mantengan los ojos abiertos.

En la bodega del Pelican los ODST entraron en acción, soltaron los cinturones de seguridad y se pusieron en fila. Habían estado dando la lata a

Zheng sobre no haber tenido una oportunidad de abordar las tres naves civiles anteriores a las que el *Midsummer Night* había dado el alto, así que el comandante había accedido finalmente a dejarlos disfrutar de un poco de acción.

—Todavía están llevando a cabo una comprobación sobre la matriculación de la nave —gritó Canfield desde la parte trasera—. Pero estamos listos para actuar, señor.

—¿Está seguro que no quiere esperar el informe completo, teniente primero? —preguntó Keyes.

Keyes se habría dado de bofetadas por la actitud de novato que había tenido justo cuarenta y ocho horas antes, cuando había pensado que tenía unos fáciles tres días por delante. Cierto, aquello era una puesta a punto, previa a una misión de verdad con la posibilidad de entrar en acción gracias al espía de la ONI y sus misteriosas órdenes selladas.

Pero aquello no había impedido la explosión de una tubería y una fuga de radiación y que varios miembros de la tripulación acabaran en la enfermería. Dos de los cañones de estribor estaban fuera de servicio, y una cierta cantidad de imanes de encendido y apagado del MAC, en esencia un cañón de riel, fallaban, lo que les impedía obtener toda la potencia de que era capaz el enorme cañón.

El *Finnegan's Wake* no lo sabía, pero en aquel momento, gracias a un reactor apagado en parte en el que trabajaban los ingenieros, podrían haber dejado atrás con facilidad al *Midsummer Night*.

—Demonios no, señor, estoy totalmente a favor de entrar —afirmó Canfield.

El oficial vibraba de energía. Keyes tuvo la sensación de que Canfield quería ya algo de acción. Tendría que vigilarlo, asegurarse de que no se mostrara demasiado rudo con algún civil.

—De acuerdo, Canfield, pongamos en marcha la función, pues.

Keyes se soltó del asiento, y Canfield se adelantó aguardando su indicación. Keyes movió la cabeza afirmativamente. Era hora de dar a los de paisano algo ante lo que quedarse boquiabiertos. Inculcarles lo muy en serio que el UNSC se estaba tomando el Protocolo Colé. Y eso incluía enviar a un oficial para supervisar el abordaje.

Canfield escupió tabaco de mascar sobre el suelo de rejilla del Pelican y gritó:

—¡Preparen las armas, Helljumpers!

Keyes se volvió hacia la cabina.

—Baje la rampa, señor Jeffries. Con rapidez, mientras esto sigue despejado.

—Bajando la rampa, señor.

Los ODST de la 105, o Helljumpers, como también se los llamaba, ataviados con armaduras negras resistentes al vacío, cascos de espejo y todo lo demás, salieron en tropel. Se desplegaron por la bodega del carguero y sus contenedores, eligiendo objetivos. Fueron rápidos y silenciosos, sin conversaciones, y concentrados en todo el proceso.

Keyes descendió por la rampa al interior de un pasillo formado por contenedores. Echó un vistazo por la resistente y arañada ventana de uno de ellos. Nada que ver aparte de cajas con etiquetas.

El capitán del carguero y tres miembros de su tripulación estaban de pie con los brazos cruzados en el extremo del muelle, observando a los ODST.

—Señor, ¿es usted el capitán de esta nave? —preguntó Keyes.

El hombre de aspecto ascético asintió, haciendo ondular una mata de pelo rubio.

—No hemos hecho nada malo. Hemos efectuado el salto a…

Keyes alzó una mano.

—Su nave está abandonando el espacio protegido por el UNSC, capitán. Puede elegir entre efectuar planes alternativos para este cargamento o solicitar unirse a un convoy donde las IA de comunicaciones de la Marina se encargarán. En cualquier caso tenemos que borrar sus datos de navegación y comprobar toda la nave.

—Esto es una violación de nuestros derechos como comerciantes. Es necesario que traslademos el cargamento ahora —insistió el capitán.

—Señor, está en marcha una guerra —le espetó Keyes—. Por si no lo ha advertido, hay extraterrestres abriéndose paso a la fuerza en dirección a las Colonias Interiores. Los cargamentos pueden esperar.

La ONI estaba yendo un poco lejos al poner su punto de mira en naves civiles, pero simplemente no podían arriesgarse a que los datos de navegación cayeran en manos del Covenant.

El capitán dirigió una mirada furibunda a Keyes, hirviendo de rabia.

—Y por lo tanto, perdemos otro derecho.

Keyes se volvió hacia Canfield, que había ido a colocarse junto a él. El oficial parecía ansioso por poner a sus hombres a patear puertas y comprobar el cargamento.

—Haga su trabajo.

—Fascistas —escupió el capitán.

Keyes no perdió de vista al hombre, que parecía excitado y furioso en exceso.

El casco de Canfield giró y Keyes oyó el chisporroteo de la radio del otro en su auricular.

—Muy bien, Helljumpers, muévanse. Oedant…

Keyes no oyó el resto de las órdenes de Canfield. El contenedor junto al que estaban estalló, arrojando a Keyes lejos y haciendo que se golpeara la cabeza contra la cubierta.

La escena de Helljumpers gateando para ponerse a cubierto se desvaneció al mismo tiempo que una espesa nube de humo e inconsciencia rodaba sobre Keyes.

5

CARGUERO INSURRECTO «FINEGAN'S WAKE», BORDES EXTERIORES, SISTEMA ECTANUS 45

Cuatro explosiones más sacudieron el interior del muelle de carga. Una lluvia de escombros voló por los aires y repiqueteó contra las paredes para luego caer al suelo. Una espesa cortina de humo llenó el aire, haciendo casi imposible respirar. Keyes estaba tumbado sobre el costado, pestañeando para eliminar la sangre que le corría desde la frente al interior de los ojos.

Intentó ponerse a cuatro patas para incorporarse, pero no lo consiguió.

Un ODST Helljumper le agarró el brazo.

—Vamos, señor, acaba de recibir un buen golpe.

El hombre tenía razón. Keyes apenas era capaz de fijar la vista en la rejilla del suelo justo bajo las botas del Helljumper. Recostó el cuerpo contra la coraza del soldado, pugnando por mantener controladas las propias fuerzas.

La espesa neblina empezaba a clarear. Keyes dejó que el hombre lo depositara en el suelo al lado del contenedor situado junto al lugar por donde habían entrado. Podía ver la cola del Pelican por la esquina del contenedor que tenía enfrente. Los otros ODST heridos estaban sentados junto a él, con la armadura desgarrada o mellada por metralla de contenedor.

Algunos de los cuerpos simplemente yacían inmóviles, tirados en el suelo.

Keyes tragó saliva y restregó la manga por el rostro para apartar la sangre. Sintió un cálido hilillo que seguía descendiendo.

—¿Dónde está Canfield?

Quería averiguar qué hacía el veterano comandante de la ODST.

—Canfield está muerto, señor.

El soldado que lo había arrastrado a lugar seguro comprobaba a los que había allí en busca de lesiones y rociaba bioespuma en las heridas para intentar estabilizar las cosas. Era necesario que evacuaran a la gente con rapidez antes de que perdieran más soldados.

—¿Muerto? —Keyes pestañeó para eliminar la sangre y el sudor de los ojos—. ¿Quién está al mando?

A Keyes lo abrumaba pensar que todo el muelle de carga había sido una trampa a la que había conducido a unos buenos hombres.

—Faison, señor.

Keyes palpó en busca de su auricular y advirtió que lo había perdido a causa de la onda expansiva.

—¡Que alguien me arroje su casco AL INSTANTE! Necesito datos y comunicaciones.

Un soldado herido obedeció su orden, y Keyes se lo encasquetó, haciendo una mueca de dolor cuando el casco entró en contacto con la cabeza. Lo que fuera que lo había golpeado había rebotado en el cráneo, provocándole una herida en la cabeza y con toda probabilidad una conmoción.

—Faison, aquí Keyes, deme un informe de la situación.

—Cargas camufladas en los contenedores, señor. Insurrectos, sin duda. Tres de ellos nos atacaron cuando tuvieron lugar las explosiones.

—¿Algún superviviente?

Keyes esperaba que los hubiesen capturado con vida para poder sacarles algo de información.

Faison carraspeó mientras transmitía.

—Uno. Está con los heridos. Señor, nos disparaban. Consideramos prudente devolver el fuego.

—Lo comprendo —repuso Keyes—. Esperaba conseguir información… como cuántas sorpresas más podrían estar esperándonos. ¿Están asegurando la nave, buscando a otros?

—Sí, señor. —Faison sonó un tanto molesto—. Desde luego, señor. Y se ha disparado una baliza de emergencia para que venga *Midsummer Night* con refuerzos. Recorreremos cada centímetro de este navio, señor.

—Estoy seguro de que lo harán —murmuró Keyes.

—Y si no le importa, señor, no necesito que nadie cuestione mis órdenes y mire por encima de mi hombro. Bien mirado, señor, usted pertenece a la Marina, yo a los marines. No nos interpongamos el uno en el camino del otro.

El potente rugido en el muelle de carga se había vuelto un poco más perceptible. Keyes miró al soldado que se ocupaba de los heridos e hizo caso omiso del desdén de Faison para concentrarse en una preocupación más inmediata.

—Hijo, ¿por dónde estamos perdiendo aire?

—Por todas partes. Los explosivos perforaron toda esta bañera —le respondieron.

—Ojalá fuera un marine en estos momentos —repuso Keyes, paseando la mirada por los ODST—. Yo no llevo armadura a prueba de vacío.

—Se nos ocurrirá algo —dijo el Helljumper, echando una veloz mirada al Pelican.

Keyes dio un golpecito a su auricular.

—Jeffries, aquí Keyes. Responda.

Silencio.

Con un gruñido, Keyes se puso en pie y fue trastabillando hasta el contenedor. Se recostó en él y dobló la esquina con sigilo.

Contempló anonadado el enorme agujero abierto en el costado del Pelican.

—Lo sacaron, señor. —Otro Helljumper dio un golpecito a Keyes en el hombro—. Lo llenamos de espuma; está mal. Pero el *Midsummer Night* debería llegar aquí pronto. Los transferiremos en seguida.

Keyes contempló la hilera de ODST heridos y muertos. Eran los mejores de los mejores. Si uno pedía voluntarios para defender un frente y patear culos, eran los primeros en alzar las manos. Encantados de enfrentarse a las peores probabilidades, encantados de enfrentarse al enemigo cara a cara.

Todos muertos por un abordaje rutinario.

Debido a una trampa.

Keyes sabía que podría haber más. Se volvió hacia el único tripulante del *Finnegaris Wake* todavía vivo. Yacía sobre la cubierta con los heridos. Un Helljumper estaba sentado junto a él, controlándolo.

Keyes paseó la mirada por el muelle de carga. «Deja de lado lo obvio», se dijo. Aquello no era un combate típico; necesitaba ir un paso por delante.

Los Helljumpers peinaban la nave en busca de más Innies. Necesitarían

transporte para abandonar la nave una vez que la hubieran rastreado, ya que el Pélican en el que habían llegado estaba agujereado. Keyes accionó el canal nave a nave del *Midsummer Night* e intentó establecer contacto, pero no consiguió nada.

Se mordió el labio.

—Comandante Faison, aquí Keyes. ¿Disparó usted la baliza para hacer venir al *Midsummer Nigh*?

—Aquí Faison. No, señor.

—Entonces, ¿quién lo hizo?

Keyes sintió una gélida punzada de temor. Todos podían oír la baliza con tan sólo conectar con el canal de emergencia. Una serie constante de pitidos digitales que pulsaban un código numérico que, una vez traducido, indicaba a cualquier miembro del UNSC que estuviera escuchando: «Hombres caídos, necesitamos apoyo y asistencia médica con toda la rapidez posible».

—No lo sé, señor —respondió Faison, molesto—. Estamos en mitad de un peinado de la nave…

—Comandante, ¿tengo que recordarle mi rango? Le ordeno que detenga el registro, pregunte a cada marine bajo su mando. Quiero saber quién disparó la baliza.

—Sí, señor. —La cortante respuesta de Faison chirrió en el oído de Keyes—. ¿Supongo que no querrá que interrogue a los muertos, señor? Podría ser algo difícil.

La agresividad pasiva del Helljumper empezaba a transformarse en cólera. Era evidente que Faison quería devolver el golpe. Y con fuerza.

—No, Faison, nosotros nos ocuparemos de eso aquí.

Keyes volvió la cabeza hacia los Helljumpers de pie a su alrededor. No podía ver ninguna expresión tras aquellos visores azul oscuro, pero tenía el presentimiento de que no habría sonrisas. Pero saber con exactitud qué estaba pasando en una batalla era de suma importancia. Y si bien ellos podían no respetar al hombre justo en aquellos momentos, Keyes se aseguraría de que incluso los ODST respetasen el rango.

—Extraigan los chips de los cascos de todos los soldados, comprueben el metraje y el audio, miren a ver si alguno disparó una baliza.

Todos permanecieron en silencio. Luego un marine consiguió decir:

—Señor…

—No se queden aquí mirándome —lo cortó Keyes, con el chasquido de un látigo en el trasfondo del tono de voz.

Sus palabras resonaron en el enorme y tenebroso muelle.

—¡Simplemente háganlo!

Se pusieron a ello de inmediato, extrayendo los chips de los cascos de los camaradas caídos y comprobando lo que había grabado. Keyes miró al soldado que le había lanzado su casco, y el hombre negó con la cabeza. Él no lo había hecho.

Mientras trabajaban, Keyes cambiaba las frecuencias y llamaba sin cesar al *Midsummer Night*. Nada. Podían hablar dentro del carguero, pero parecía que ninguna comunicación podía abandonar la nave.

Uno a uno, los Helljumpers informaron sobre los resultados de su búsqueda: nada.

—¿Faison? —llamó Keyes por la radio.

—Nada aquí, señor. Nadie que siga en pie activó la baliza.

—Nada en los heridos o muertos.

—¿Señor?

Faison no lo estaba cuestionando en esta ocasión, ni tampoco estaba irritado. Quería saber qué pensaba Keyes.

—El Pelican no funciona. Si alguno de sus hombres halla un modo de hablar con el *Midsummer Night*, que le digan a Zheng que se mantenga a distancia por ahora. Que tenemos las cosas bajo control.

—Estoy en ello, señor. —Faison dejó de transmitir.

Keyes inhaló profundamente y sintió otro vahído. Estaban perdiendo aire muy rápidamente por el muelle de carga. Le quedaban tal vez otros quince minutos antes de que empezara a dar boqueadas.

—¿Señor? —Faison volvía a transmitir—. Nos están interfiriendo. No hay posibilidad de comunicación. Hay unas cuantas puertas a prueba de explosivos bastante resistentes entre nosotros y la cabina. Podemos empezar a trabajar para volarlas y ver si podemos acceder al sistema de comunicaciones de la nave.

—No —dijo Keyes—. Tendrán más sorpresas para nosotros. No vale la pena en este momento. Regresen y reagrupémonos, entonces decidiremos qué hacer.

—¿Tiene un plan? —preguntó Faison.

Keyes sonrió en el interior de su casco de ODST Desde luego que tenía un plan. Pero Keyes no iba a transmitirlo a través de la radio de un traje, y menos cuando los Insurrectos que había a bordo mostraban una especial habilidad para desbaratar sus comunicaciones con suma facilidad.

—No, comandante. Sólo quiero que nos reagrupemos, que nos

ocupemos de nuestros heridos y nos preparemos para cuando llegue el *Midsummer Night*. Traiga a todos los ODST de vuelta al muelle de carga a la mayor brevedad posible. Muévanse.

Hizo una seña a uno de los Helljumper para que se acercara. La identificación del hombre ponía MARKOV.

—Señor.

—¿Esta armadura es realmente a prueba de vacío? —preguntó Keyes.

—Sí, señor.

—¿Cuánto tiempo puede durar el aire?

—Quince minutos, señor.

Estupendo, aquello no había cambiado en los años que había estado fuera.

—De acuerdo, Markov. —Keyes miró a su alrededor y luego bajó la voz —. Necesitamos explosivos. Vamos a ensanchar uno de estos agujeros que la metralla ha hecho en el casco hasta que sea lo bastante grande para empujar uno de estos contenedores a través de él. No diga nada por la radio, pida cualquier cosa que necesite en persona y en voz baja. Coja tantos rifles de combate como pueda, un par de prismáticos de campaña y toda la munición que logre conseguir. Muévase.

Markov se fue, y Keyes se encaminó hasta una perforación en el casco situada en el extremo opuesto de donde estaban las puertas del muelle de carga. Los irregulares bordes silbaban a medida que el aire escapaba por la brecha.

Keyes regresó donde estaban los heridos.

—Escuchen, a medida que todos vayan llegando, transmitan esto en persona. No a través de la radio, ¿comprendido? Necesito que se registren y vacíen todos estos contenedores. Pongan a los muertos en uno y a los heridos en otro.

Los Helljumpers regresaron en tropel al muelle de carga. A medida que se iba pasando la orden, cada hombre empezó a arrastrar a sus camaradas en dirección a la pareja de contenedores vacíos.

Markov regresó con un par de rifles de combate y cargadores extra de munición metidos en cada uno de los bolsillos del traje blindado. Keyes lo examinó.

—Quítate la armadura, hijo, y entrégame esos rifles. Luego te quiero en el contenedor con los heridos.

—¿Señor?

—Voy a tener que salir ahí fuera por delante de los contenedores.

—Hay otras armaduras —protestó Markov, y señaló con una mano cubierta por un guante negro a las hileras de muertos.

Keyes se acercó al casco del hombre.

—¿Quiere que utilice una armadura que puede haber quedado dañada en la explosión, que puede haber provocado sus heridas o su muerte? No tenemos tiempo para comprobarlas.

—¡Markov, quítese su armadura, ahora!

Un Helljumper con las insignias de jefe de pelotón en el hombro de la armadura se había acercado a ellos. Faison.

Markov se quitó el blindaje y, con la misma rapidez, Keyes empezó a ponérselo.

—Ningún plan, ¿eh? —dijo Faison en voz alta—. Desde luego no parece así desde donde estoy yo.

Keyes acabó de sujetarlo todo. En aquellos momentos, su aspecto era como el de cualquier otro ODST Helljumper. Se colgó la pareja de rifles de combate al hombro y comprobó que toda la munición estuviera segura.

Miró a Faison.

—Mentí. Tengo un plan. Nos hicieron volar por los aires al abordarlos, y han disparado la baliza de emergencia que trae hacia aquí al *Midsummer Night*. Porque es evidente que nosotros no la pusimos en marcha. ¿Cuál cree que es el paso siguiente? Estoy dispuesto a apostar que todo este carguero está listo para estallar en cuanto nuestra nave esté lo bastante cerca. Así que por ahora quiero esta abertura recubierta de explosivos. Quiero un agujero lo bastante grande como para empujar un contenedor a través de él. Los heridos están en un contenedor y los muertos en otro. Quiero que cualquier Helljumper que pueda andar y esté en condiciones salte fuera y se aleje todo lo que pueda del carguero.

—¿Vamos a salir despedidos por los aires?

—Literalmente. —Keyes sostuvo en alto un rifle de combate—. ¡Cuando recibes adiestramiento sobre cómo actuar en gravedad cero, regla número uno respecto a disparar un arma! Asegúrate de estar bien apuntalado o vas a salir volando.

—¡La tercera ley de Newton, señor! —Faison asintió—. Para cada acción existe una reacción igual y opuesta. ¿Quiere que usemos nuestras armas como cohetes de bolsillo, señor?

—Ahora habla mi idioma —respondió Keyes—. Sí. Vamos a saltar todos fuera de la nave y utilizar nuestras armas para maniobrar, pero yo primero. Puedo llegar lo bastante lejos fuera de esta interferencia para advertir al

Midsummer Night de lo que sucede. No queremos que nos disparen por error.

—¿Y por qué no usamos las puertas del muelle? —preguntó Faison.

—Cuando unos terroristas hacen estallar una bomba, a menudo está diseñada para crear el pánico de modo que puedan hacer auténtico daño cuando la gente empiece a huir. ¿Y cuál sería nuestra ruta de huida natural aquí? ¿Puede garantizarme que no hay armas fuera, cubriéndola? —preguntó Keyes.

—Puertas del muelle… —masculló alguien.

—Exactamente. Además, están en la dirección opuesta. Sólo tenemos quince minutos de aire. Es necesario que todos nos dirijamos directamente hacia el *Midsummer Night*. Quiero a algunos ODST sujetándose al contenedor de los heridos, para que lo conduzcan lo mejor que puedan lejos de la nave usando sus armas. Dejen a los muertos marcados con una baliza; los recogeremos tras la acción.

Faison negó con la cabeza.

—Esto es una estupidez, señor. Arriesgamos nuestras vidas para saltar lejos de una nave con una cantidad limitada de aire cuando deberíamos enfrentarnos directamente a ellos…

—No le he pedido su opinión, Faison —lo interrumpió Keyes con firmeza—. Esto es una orden.

Por un momento permanecieron allí de pie, fulminándose mutuamente con la mirada; luego Faison retrocedió apretando los dientes.

Sólo hicieron falta otros dos minutos para que los Helljumpers sellaran los contenedores, prepararan los explosivos, y estuvieran listos para entrar en acción. Tenía que hacerse de prisa. Si todavía había Insurrectos acechando en la nave, no tardarían en darse cuenta de que Keyes había adivinado lo que tramaban.

Los ODST habían hecho un trabajo magnífico, organizándolo todo con tranquila eficiencia. Los heridos aguardaban dentro de un contenedor de carga que habían arrastrado hasta el agujero y los demás Helljumpers se prepararon para su partida.

—Llagárnoslo —dijo Keyes, desde una distancia segura.

—¡Fuego en el agujero! —Markov presionó un mando a distancia.

La explosión zarandeó a Keyes, estrellándolo contra el contenedor que tenía detrás. Por suerte, esta vez llevaba puesto un casco. Llovió metal fundido, que chisporroteó al caer sobre el suelo del muelle.

Cuatro Helljumpers se dirigieron a toda velocidad hacia la abertura con

Keyes. Éste notó como el traje pasaba a aire interno al descender la presión. Los soldados lo agarraron de brazos y piernas.

—¿Está seguro respecto a esto, señor? —preguntó uno de ellos.

—Adelante con ello —respondió Keyes.

No perdieron tiempo volviéndole a preguntar; los cuatro lo sostuvieron entre ellos como si fuera un ariete. Corrieron en dirección al costado del casco a toda velocidad, y a continuación arrojaron a Keyes por el centro del irregular agujero. Uno de los rifles se enganchó en un borde de metal y se soltó.

Pero todavía tenía el otro.

Keyes salió volando en medio de una nube de vapor cristalizado.

Con el rabillo del ojo vio una serie de fogonazos. Algo lo golpeó en la espalda, haciendo que girara sobre sí mismo sin control. Las estrellas dieron volteretas a su alrededor. No lo alcanzaron más balas; probablemente estaba ya lo bastante lejos como para que la armadura negra resultase difícil de distinguir. Sólo había sido visible debido a la nube de vapor de hielo que le rodeó momentáneamente.

—*Midsummer Night*, aquí Keyes, responda.

Aguardó un momento. No hubo respuesta.

Agarró el rifle que le quedaba y trató de evaluar su velocidad de giro mientras respiraba despacio para permanecer calmado. Disparó en la dirección opuesta a la que giraba hasta que se hubo detenido y pudo ver al *Finnegaris Wake* allá a lo lejos, como si fuera un juguete. Miró a su alrededor.

No vio al *Midsummer Night* por allí, pero había abandonado el carguero aproximadamente en la dirección correcta; sólo necesitaba ir un poco más lejos.

Intentó volver a comunicarse por radio mientras preparaba un disparo que le impulsaría más allá, pero sin disparar en la dirección de los ODST que estarían siguiéndolo.

—*Midsummer Night*, aquí Keyes, responda.

No hubo respuesta. Disparó el rifle, una ráfaga apuntando por debajo del carguero, que lo impulsó más hacia el interior de la silenciosa oscuridad. Se le aceleró el corazón mientras pensaba en el poco tiempo que le quedaba. Si Zheng se había alejado, o se había aproximado por el otro lado del carguero… Keyes se obligó a permanecer tranquilo y seguir con el plan. La vida estaba llena de «y si…» y éstos no cabían en una emergencia.

Keyes vació el cargador del rifle de combate, y agotó los repuestos tan de

prisa como pudo.

Muy a lo lejos, el *Wake* parecía tan pequeño como su pulgar. Pudo ver dos puntos de metal rojo cayendo de él, y esperó que fuesen los dos contenedores y el resto de los ODST que abandonaban el carguero.

—Aquí la fragata *Midsummer Night* del UNSC. —La voz de Zheng chasqueó de improviso en los oídos de Keyes—. Identifiqúese.

—¡Teniente Keyes, señor! —Keyes sonrió ampliamente—. El resto de los ODST están saltando fuera del carguero. Nos atacaron. Heridos y muertos están en los dos contenedores que acaban de ser empujados al exterior. El carguero es con toda probabilidad una gran trampa, señor, posiblemente manipulado para estallar cuando usted se acercara.

Alzó los prismáticos hasta el casco. Reconociendo el modelo, el visualizador frontal de datos accedió al dispositivo y la imagen del lejano carguero se amplió. Vio un flujo constante de Helljumpers utilizando sus armas para impulsarse lejos del navio gris: un enjambre de puntos negros que iba a la deriva en el vacío.

—Bien hecho, Faison.

Los dos contenedores se hicieron visibles, con las figuras diminutas de algunos Helljumpers aferradas a ellos, las armas apuntando a la nave. Una vez que el primer grupo salió del navio, los Helljumpers sujetos a los contenedores empezaron a disparar sus armas para conseguir que las voluminosas cajas avanzaran hacia el exterior.

A lo lejos, el *Finnegan's Wake* se desmoronó, con secciones enteras de la nave ejerciendo presión sobre las cuadernas de los mamparos y luego hundiéndose sobre sí mismas. Los Insurrectos que se ocultaban en el exterior del casco habían advertido que los ODST estaban abandonando la nave con gran rapidez, y la estaban haciendo estallar en un intento de acabar con tantos efectivos del UNSC como les fuera posible.

—¡Flelljumpers, vacíen sus cargadores! —chilló Keyes, al mismo tiempo que Faison les gritaba que hicieran lo mismo.

El carguero estalló en una bola de fuego al rojo blanco de deshechos, y la onda expansiva de intensos colores arrancó los contenedores de las manos a los Helljumpers que iban agarrados a ellos.

Bajo la brillante luz, y merced a la ampliación, Keyes vio los contornos de Helljumpers despatarrados y girando sobre sí mismos al ser lanzados lejos de la vecindad del carguero destruido.

Keyes lo contempló horrorizado, olvidando incluso respirar. No habían conseguido alejarse a tiempo, y debido a que él había insistido en ir

primero, arriesgándose a ser blanco del fuego de cualquier Insurrecto al salir, podría ser el único que sobreviviera.

—¡Qué despeguen a toda prisa los vehículos de recuperación! —gritó Zheng mientras una onda de choque de gas refulgente golpeaba a Keyes.

Siguiendo los pasos de la bola de fuego llegaron los escombros, y Keyes se sintió impulsado más lejos, mientras un aluvión de restos de la nave, junto con pedazos aún más grandes de blindaje, de cubierta y de maquinaria, pasaba volando por su lado.

Una sensación de entumecimiento debida a la conmoción lo embargó.

Su primera misión había sido un fracaso. No era apto para estar allí fuera en absoluto, y su ineptitud había llevado a la muerte a algunos hombres extraordinarios.

6

EDDIE'S IN THE ROCK, EL RUBBLE, 23 LIBRAE

Una estructura del tamaño del Rubble, con sus cientos de asteroides habitables con gravedad artificial conectados entre sí por tubos de acoplamiento, tenía gran cantidad de lugares donde un hombre podía conseguir un trago. Eddie's in the Rock era uno de ellos, y en cualquier clasificación de bares habría estado en algún punto entre los diez situados más abajo.

Delgado sabía que ningún antiguo contrabandista que supiera algo sobre el *Kestrel* estaría en un lugar de moda, o frecuentaría los hábitats de mayor tamaño donde atronadores compases de música enloquecida resonaban en el exterior desde detrás de puertas construidas para parecer compartimentos estancos industriales.

No, estarían refugiados en uno de los hábitats exteriores, lejos del núcleo, donde todavía se estaban explotando o vaciando los asteroides. Donde la puerta del bar era una cámara estanca auténtica, por si acaso algún pedazo enorme de material de construcción abría un agujero en la roca y todo el aire salía disparado al exterior.

Delgado había pasado la mayor parte del día entrando y saliendo de los oscuros agujeros perforados en los laterales de aquellos hábitats situados cerca de los bordes del Rubble, lugares equipados a toda prisa con permacrete y rejillas en el interior. Vestido con un par de pantalones limpios y baratos y una cazadora de cuero del *Distancia*, había deambulado por

hábitats sin gravedad artificial, y por otros donde había la mitad de la gravedad estándar para facilitar la tarea a los equipos de construcción.

Eddie Underwood alzó la mirada cuando Delgado entró en su bar.

—¿El *Distancia*, verdad?

Su mano derecha artificial, de un rosa sintético que contrastaba con el blanco de la parte superior del brazo, tembló un poco mientras secaba un vaso con un trapo limpio. Eddie's in the Rock era un antro, pero con un propietario obsesionado por la limpieza.

—Sí.

Delgado había transportado material de minería de un hábitat recién finalizado a otro, así como equipos de mineros con prisa para ir de un extremo del Rubble al otro. Era alguien conocido entre aquella gente.

Se sentó a la barra. Una pandilla de mineros corpulentos flanqueaba el mostrador, y hacia el fondo unos grupos dispersos bebían ruidosamente en reservados o jugaban a pelota ingrávida sobre una mesa. Un culturista o alguien que efectuaba trabajos que requerían mucha fuerza estaba sentado a solas en un reservado del rincón más alejado dando la espalda a la puerta.

—¿Oíste lo de Melko Hollister?

Eddie asintió, aunque no mostró ninguna señal de cómo se sentía al respecto.

—¿Qué tomarás?

—Estoy aquí para pedir un favor.

Delgado se inclinó sobre la barra cerca de un poste que ascendía hasta el techo de roca sin pulir. Colgado sobre la barra había un brazo de piedra. Era el de Eddie. Lo había perdido cuando trabajaba con un equipo de perforación, al caer dentro de roca licuada con la mano extendida para intentar frenar la caída.

Se había retirado después de eso. Hizo que sacaran el brazo de la roca enfriada con un martillo neumático y puso en marcha el bar.

Eddie no había dicho nada, así que Delgado continuó:

—Sé que es pronto, pero no tengo tripulación. Busco a cualquiera que quiera encontrar una nave en la que trabajar.

—A lo mejor conozco a alguien —respondió Eddie.

—Busco una tripulación completa —repuso Delgado—. Estoy dispuesto a pagar una comisión sustanciosa. Tengo la posibilidad de conseguir que me alquilen barata una nave con un mecanismo de transmisión de Slipspace, digamos que para un único viaje. Necesito la clase de tripulación capaz de manejar saltos de Slipspace sin acabar congelada. Mejor con experiencia

reciente. En especial cualquiera que haya regresado hace poco de las Colonias Interiores.

Eddie se inclinó al frente.

—Ya sabes que ya nadie hace contrabando. Han purgado todas las naves.

Purgado. La inflexión de la voz de Eddie enfatizó aquella la palabra. Era un tema de discusión por todo el Rubble. El modo en que les estaban impidiendo poder escabullir alguna que otra nave fuera y volver por encima de las líneas enemigas. Las pocas noticias que habían recogido, los suministros que habían podido traer de vuelta con ellos; todo se había interrumpido. La gente estaba asustada. Algunos especulaban que era la inflexibilidad de los Insurrectos lo que los aislaba del UNSC; otros culpaban a los Kig-Yars, señalando que había sido el Covenant, al fin y al cabo, quien había destruido Madrigal. Temían que el Rubble fuera a ser el siguiente. Algunos afirmaban que el UNSC estaba tomando medidas enérgicas contra todo viaje que no fuera militar.

—Puede que aún haya una nave o dos rezagadas que tengan que llegar —masculló Delgado—. Alguna que podría tener aún datos de navegación y echarme una mano.

—¿Cómo la tripulación del *Kestre*?

Delgado se quedó helado.

—No buscaba específicamente información sobre ellos…

—Ya… Bueno no eres el único. La «miss Universo» de ahí enfrente también la busca. —Eddie efectuó un brusco movimiento de cabeza en dirección al reservado en las sombras donde estaba sentado el hombre fornido.

El hombre se movió en el asiento, y Delgado observó como sus tríceps se flexionaban bajo la camisa. Tuvo que asumir que Eddie quería decir que había una mujer en el reservado con el tipo.

No era un culturista quien estaba sentado allí. Ni siquiera era un hombre. Era la Spartan, Adriana. Reconoció su cara. La última vez que la había visto estaba rodeada de metal gris iridiscente y llevaba la inmensamente poderosa armadura como si fuera ropa normal y corriente.

Ahora vestía unos pantalones limpios y una ajustada camisa de manga larga, a la manera de los mineros que habían acabado su turno.

No escondía el hecho de que medía más de dos metros de altura y dominaba el reservado.

No podía esconder el hecho de que era capaz de partir por la mitad a cualquier hombre del local. Y muchos de ellos parecían percibirlo y se

mantenían bien alejados.

Delgado volvió a sentarse, y Eddie suspiró.

—La conoces.

—No, en realidad no, Eddie. En realidad no.

Delgado no intentó con demasiado ahínco que lo creyera. Se deslizó fuera del asiento y fue hacia el reservado.

—¿Puedo invitarte a una copa?

Ella no se molestó en darse la vuelta, pero le hizo una seña para que pasara al interior del reservado.

—Hola, señor Delgado —dijo—. ¿Estamos buscando algo, verdad?

Delgado paseó una veloz mirada por el bar.

—Es posible. Pero las posibilidades de que encuentre algo se han frustrado un tanto ahora que has llegado tú haciendo las mismas preguntas.

Había personas que les prestaban una atención excesiva desde el otro lado del local.

—Lo siento —se disculpó Adriana.

Cinco hombres se aproximaron antes de que Delgado pudiera sugerir que se largaran a toda prisa de allí.

—¿Qué diablos hacéis vosotros dos preguntando por el *Kestre*? —preguntó el cabecilla del pequeño grupo.

—Eh, chicos, vamos. —Delgado alzó las manos para apaciguarlos—. Mantengamos la calma.

—Cállate. —Eran mineros fornidos, con los ojos vidriosos a causa del exceso de alcohol—. Este bicho raro ha estado husmeando sobre cosas que no son asunto suyo.

Adriana miró al grupo.

—Tan sólo he hecho unas cuantas preguntas. No hay motivo para convertir esto en lo que no es.

—Lo que no necesitamos es a una mole femenina amante de la Tierra merodeando por nuestros bares, preguntando por cosas que no son asunto suyo —soltó otro hombre.

—Eh, oye —intervino Delgado.

—¿Eh, oye, qué? —El cabecilla alargó el brazo y agarró el hombro de Adriana—. ¡Ahora, presta atención!

Ella se quitó de encima la mano sacudiendo los hombros y la empujó hacia atrás. El corpulento minero se tambaleó levemente, y por un momento todo el grupo vaciló.

Entonces, el minero volvió a adelantarse, esta vez intentando agarrar el

cuello de la camisa de Adriana.

—Será…

Esta vez ella le sujetó la mano y se la retorció.

—No me toques.

No lo pidió, lo exigió. Como si fuera algo obvio.

Un segundo hombre lanzó una maldición y se abalanzó hacia ella.

—Haremos lo que nos venga en gana.

Intentó sujetarla por el brazo, pero ella fue más rápida.

Ahora tenía a ambos hombres cogidos de un brazo, retorciéndoles las manos a la espalda.

—Ahora escuchadme vosotros a mí —espetó Adriana—. Si quiero preguntar por el *Kestrel*, o por cualquier otra cosa que me apetezca, ¿qué os hace pensar que podéis impedírmelo?

La atmósfera tranquila del bar se hizo añicos de improviso, y la falsa cortesía se esfumó.

—¡Nada de todo eso es asunto tuyo, zorra! —chilló otro minero, y le lanzó un puñetazo.

Adriana soltó los dos brazos que sujetaba y agarró el puño en pleno vuelo. Tiró del hombre hacia ella y le estrelló la cabeza contra la mesa.

El tablero cedió y se astilló en el punto donde impactó la cabeza del hombre. El minero cayó al suelo entre Adriana y Delgado.

Estalló una pelea en la que tomó parte todo el bar con Delgado maldiciendo mientras se abría paso hacia el interior del reservado. No había querido verse involucrado, pero todos los parroquianos habían asumido ya que ambos estaban juntos.

Adriana arrancó con un resoplido el enorme pedestal que había anclado la mesa al suelo y lo extendió ante ella con una mano, manteniendo a los furiosos hombres a raya mientras presionaba un dedo contra el oído.

—Sí, de acuerdo, esfumémonos.

Un estallido de ladrillos, rejillas y cascotes pasó volando por delante de Delgado.

Mientras el polvo se asentaba, vio que un minero apuntaba a Adriana con un revólver. Delgado sacó volando a *Señora Síes*, y todos los hombres se quedaron paralizados.

Pero no lo miraban a él. A medida que la nube de polvo del reservado se alejaba, todos se quedaron parados contemplando la gigantesca armadura gris propulsada que acababa de abrirse paso a través de la pared de Eddie's como si ésta fuera de madera.

—No os mováis —ordenó una voz profunda desde detrás del visor dorado.

Un rifle enorme en las manos del Spartan encañonó a la multitud.

Nadie se movió.

El recién llegado agarró a Adriana y a Delgado y tiró de ellos hacia atrás entre los escombros. Los pies de Delgado rebotaron contra los restos irregulares.

Si bien la parte posterior del Eddie's era de dura roca, aquella sección, al parecer, estaba justo al lado de un pasillo de mantenimiento.

Unos cuantos de los clientes del local intentaron atisbar por el agujero del bar para ver adonde iban, pero el Spartan de la armadura disparó el rifle contra la pared y los rostros volvieron a esconderse a toda prisa en el interior.

—Delgado, mírame —ordenó Adriana, y Delgado se volvió al oír su voz.

Algo muy grande lo golpeó en la parte posterior de la cabeza, y cayó de rodillas frente a ella. Luego perdió el sentido.

7

CARGUERO «PETYA», JUSTO FRENTE AL HABITAT BOLÍVAR, RUBBLE EXTERIOR, 23 LIBRAE

Delgado despertó en un catre. Se incorporó, frotándose la parte posterior de la cabeza y haciendo una mueca de dolor. Estaba en el angosto dormitorio de la tripulación de un carguero; mamparos, suelo de rejilla, titilantes luces fluorescentes, y la mugre y la grasa estaban por todas partes.

—Está despierto.

Habían soldado una máquina gigante a la parte trasera de las dependencias de la tripulación, y la voz llegó por encima de los sonidos de un módulo de mantenimiento cuyos brazos centelleaban mientras le quitaban con cuidado el traje blindado a un Spartan con unos ojos que eran casi tan negros como la noche.

El Spartan se pasó una mano por el pelo cortado a cepillo y se puso unos pantalones y una camisa.

—Me gustaría darme una ducha —dijo—, pero tenemos que ocuparnos de usted primero. Adriana no quiso dejarlo sin sentido en el suelo para que aquellos mineros se lo comieran vivo.

Delgado se levantó y dio un traspié. El Spartan lo sujetó con firmeza del brazo y volvió a incorporarlo. Era otro tipo gigantesco, tan alto que tapaba las luces del techo. Delgado pestañeó.

—¿Qué queréis de mí?

—Sabe quiénes somos, ¿verdad?

—Spartans. Los hombres del saco para los hijos de los Insurrectos —gruñó Delgado.

Todavía tenía dolor de cabeza, pero se sentía beligerante a pesar de que aquel ser humano, grande como una montaña que tenía al lado, probablemente podría partirlo en dos como si fuera un palillo. Pero si fuesen a matarlo, ya lo habrían hecho, y aquello le proporcionó una repentina audacia mientras se erguía. Delgado sonrió.

—«No seas malcriado, no seas bravucón. Ten siempre cuidado, aquí al ponerse el sol. Porque podrían los Spartans venir, listos para combatir. Y todo lo que poseas te robarán, igual que al coronel Watts te desplumarán».

El Spartan ladeó la cabeza.

—¿Qué?

—Es sólo una canción infantil —masculló Delgado—. Ya lo creo, corren muchísimos rumores sobre vosotros, tíos. Como aquél sobre el modo en que vuestros supersoldados eliminaron al coronel Watts, y toda la organización de los rebeldes tuvo que darse prisa para encontrar a un líder nuevo. Y hay otros rumores, también. ¿Sabéis?, mucha gente se sentiría bastante halagada al saber que el UNSC creó toda una división especial de supersoldados sólo para ir tras ellos. Pero todo ha sido diferente desde la caída de Harvest, ¿verdad? Los extraterrestres seguro que os dieron un buen puñetazo en la nariz.

—Sí, sí lo han hecho —convino el Spartan.

—De repente, la idea de pelear por el derecho a la propia supervivencia ya no resulta tan peregrina.

—Cierto —repuso el otro—. Pero por otra parte, el UNSC jamás cristalizó a toda una población, de modo que no es precisamente justo comparar la lucha UNSC/Covenant con la lucha UNSC/Insurrectos, ¿no es así?

El Spartan tenía razón.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Delgado.

—Jai, Spartan dobleceroseis.

—Os gustan los números. ¿Tenéis apellidos?

El Spartan ni siquiera respondió, limitándose a arrastrar a Delgado al interior de la cabina de mando del carguero, encorvándose para que la cabeza no golpeara contra el mamparo.

Otro hombre, demasiado enorme para no ser un Spartan, ocupaba el asiento del piloto. Adriana, que holgazaneaba cerca de una consola de navegación, hizo girar la silla para colocarse de cara a ambos.

—Señor Delgado. Ya conoce a Jai, nuestro jefe de equipo. En el asiento del piloto está Mike.

Por las ventanillas de la cabina, Delgado pudo advertir que seguían en el Rubble, pero no colgando del conector de un muelle. Avanzaban despacio entre el intrincado laberinto de tubos y asteroides.

Jai se sentó ante una consola de comunicaciones e hizo girar la silla para quedar de cara con Delgado, que localizó un asiento plegable.

—Tenía usted razón, allá atrás. Antes íbamos tras los Insurrectos. Pero eso era para lo que nos entrenaron… Vivimos, respiramos y comemos esa clase de cosa, Delgado. Servimos a la humanidad, existimos para proteger a la Tierra y todas sus colonias.

—Ya, una frasecita que suena la mar de bien. —Delgado cruzó los brazos.

—Eso no es sólo una frasecita que suena bien —gruñó Mike.

Jai alzó una mano.

—Lo hemos dedicado todo a esto, señor Delgado, no sea despectivo con nuestras vidas con tanta facilidad. ¿Debo entender que es un Insurrecto?

Delgado negó con la cabeza.

—No exactamente… Gran cantidad de personas en Madrigal eran neutrales, incluso leales a la Tierra. Pero cuando cristalizaron Madrigal, no fue el UNSC quien sacó a toda prisa cargueros y todo lo que tenían para evacuar a los habitantes de Madrigal e intentar esconderlos aquí.

Habían sido los rebeldes. Aun cuando los refugiados procedentes de Madrigal y los mineros los superaron en número con rapidez en el Rubble, siempre había existido un gran respeto hacia los Insurrectos. Incluso Delgado, les debía la vida.

Jai se inclinó hacia adelante.

—Entonces compréndalo; no estamos aquí para pelear. Pero sí para intentar impedir que el Covenant tome más colonias. O la Tierra.

»Durante algún un tiempo a los mandamases y los agentes de la ONI les ha preocupado el avance del Covenant. Por consiguiente, a principios de esta semana entró en vigor el Protocolo Colé. Todas las naves del UNSC tienen que efectuar saltos aleatorios antes de efectuar un salto a su siguiente destino. Si aparecen fuerzas del Covenant, deben destruir todos los datos de navegación que pudieran conducirlos a la Tierra.

—Sólo a la Tierra, ¿eh?

—Y a las colonias, eso se infiere. Sin embargo, meses antes de que el Protocolo Colé entrara en vigor, la ONI organizó varias misiones de

Prowlers para que penetraran tras las líneas enemigas… incluido este equipo. Tenemos una lista de lugares donde podrían haber sobrevivido datos de navegación, y nuestra misión es asegurarnos de que todo sea destruido.

»En el caso del Rubble —Jai se inclinó aún más hacia adelante, con apasionamiento—, llevamos aquí metidos casi un mes. Cada día que pasamos aquí, no estamos destruyendo datos o comprobando nuestros objetivos en otras partes, y mayor es la posibilidad de que el Covenant tropiece con la ubicación de una colonia interior, o la propia Tierra.

—A donde Jai quiere ir a parar —interrumpió Adriana—, es la cuestión de si realmente cree que los datos de navegación estarán a salvo aquí, en el Rubble.

Delgado paseó la mirada por la cabina para contemplar a los tres Spartans.

—No os los voy a entregar. Vosotros tenéis que cumplir con vuestro trabajo. Yo con el mío.

—Ya… Hemos advertido que no contó al Consejo de Seguridad que había tropezado con un Spartan —dijo Adriana.

Alzó los ojos hacia ella, sobresaltado. ¿Cómo podía saber eso? ¿En qué cúmulo de cosas estaban metidos los Spartans? ¿En cuántos lugares del Rubble tenían colocados micrófonos?

—¿Por qué debería haberlo hecho? No sois nada buenos pasando desapercibidos, parece, ahora que ha fracasado tan espectacularmente vuestro teatral intento de entrar a hurtadillas y hacer preguntas.

Jai cruzó los brazos.

—Escogiste salvar a uno que es testarudo, Adriana. No sé.

—¿No sabes qué? —preguntó Delgado.

Mike negó con la cabeza.

—Déjalo en paz, Jai. Déjalo en paz.

Transcurrió un momento entre los tres Spartans. Una decisión. Delgado se estremeció. Apostaría cualquier cosa a que su vida acababa de ser puesta sobre la mesa.

Jai se puso en pie.

—Mi equipo cree que es uno de los chicos buenos, Delgado. Yo no estoy tan seguro. Mike, ¿pasamos ya por delante de la nave?

Mike se dio la vuelta.

—Sí. Voy a girar.

Delgado frunció el entrecejo mientras el Rubble rotaba alrededor del

navio. La cabina del carguero se estremeció un poco mientras unos lejanos impulsores en la parte inferior del casco se encendían.

Se deslizaron por delante de uno de los hábitats más grandes del borde de la estructura. Acoplada a él había una nave que no se diferenciaba gran cosa del propio Rubble; un conjunto de piezas de metal de distintas edades, formas y funciones.

Pasó despacio por su lado, y luego Jai se volvió hacia Delgado.

—Es difícil confiar en gente que hace negocios con el enemigo, Delgado, y ésa es una nave Jackal. También conocidos como: el enemigo.

—Sí… es una nave Jackal —repuso él—. Pero la mayoría de Kig-Yars son como nosotros. Rebeldes. Habitantes de asteroides. Y nos están ayudando.

El Covenant había parecido en una ocasión un enemigo implacable. Una fuerza de la naturaleza. Cuando el conglomerado de extraterrestres efectuó el primer contacto hacía diez años, en el planeta Harvest, las imágenes de destrucción transmitidas fueron espantosas. Naves del Covenant y sus armas de plasma destruyeron la superficie de aquel mundo agrario hasta que no quedó nada.

Madrigal no estaba demasiado lejos de Harvest. Y tras la destrucción de aquel planeta se habían preparado para lo inevitable. Y aguardado. Hasta 2528, cuando el Covenant se colocó por casualidad en órbita alrededor de 23 Librae y destruyó Madrigal, y los supervivientes huyeron al Rubble.

Cuando los Kig-Yars regresaron a 23 Librae, con la intención de explotar los yacimientos de los asteroides que rodeaban Hesiod, encontraron el Rubble. Todo el mundo se había aprestado entonces para librar otra batalla desigual. Pero en su lugar, los peculiares extraterrestres con aspecto de pájaro habían empezado a comerciar furtivamente con los humanos. Incluso habían establecido colonias de refugiados en algunos de los asteroides exteriores.

De modo que mientras al Rubble llegaban fragmentos de rumores e información sobre que el Covenant estaba destruyendo a toda la humanidad, sus habitantes tenían que hacer cábalas sobre lo que sucedía. Al fin y al cabo, ellos seguían con vida.

Y sin embargo… el Covenant había tardado tres años en encontrar el momento para atacar Madrigal. Delgado sabía que el Rubble podía seguir todavía en la lista.

—¿Los Jackals los están ayudando buscando con violencia los datos de navegación? —preguntó Jai.

—Lo sé —masculló Delgado—, yo tampoco siento una especial confianza en ellos.

—De modo que sabe —siguió Jai— que en cuanto entreguen los datos, el Covenant se ocupará del Rubble del mismo modo que hicieron con Madrigal.

Delgado no tenía respuesta para eso. Permaneció con los brazos cruzados y la mirada fija en Jai.

—A lo mejor. Es nuestro problema, no el vuestro. El UNSC no dirige las cosas aquí.

—De acuerdo —asintió Jai—, pero lo estaremos vigilando.

El carguero se acopló a un muelle, con un golpe sordo, bajo el control de Mike. El aire del interior circuló, y a Delgado se le destaparon los oídos. Adriana condujo a Delgado hasta la cámara estanca, donde la puerta estaba ya abierta.

Delgado la cruzó con cierta vacilación. Se mordió el labio. ¿No le dispararían por la espalda, verdad? ¿Tenían honor y un código ético, no?

Adriana se recostó en el marco de la puerta.

—Adiós, señor Delgado. Procure no meterse en líos.

Él se dio la vuelta y volvió a mirarla, la Spartan le seguía pareciendo alta y peligrosa sin su armadura. La puerta de la cámara estanca del carguero dio una sacudida y empezó a cerrarse, raspando el óxido de la superficie al hacerlo.

—Y no lo olvide, no había Spartans aquí. —Lo dijo en tono serio, sin el menor sentido del humor.

Después de que el carguero partiera, Delgado miró por una de las portillas de la cámara a la distante nave Jackal.

Los Spartans tenían razón. En cuanto los Jackals pusieran las manos sobre los datos de navegación, probablemente los venderían a sus hermanos del Covenant. Iba a tener que idear cómo mantener a salvo la información. Había demasiadas personas tras ella. Para que el Rubble sobreviviera ante el Covenant, era necesario que estuviera a salvo.

8

CARGUERO «PETYA», RUBBLE EXTERIOR 23 LIBRAE

Jai contempló como la última esquirla de luz se desvanecía al cerrarse el compartimiento estanco. Volvían a estar solos en el carguero *Petya*. Cruzó los brazos mientras Adriana volvía a acercársele.

—Tendríamos que haberlo retenido —dijo cuando ella pasó.

Adriana se detuvo y lo miró directamente a los ojos.

—Ya hemos tenido esta discusión. Si quieres ordenarme que vaya a buscarlo, suboficial Jai, cumpliré tus órdenes.

Él clavó a su vez la mirada en los intensos ojos azules.

—¿Lo harías?

Ella suspiró y le dejó recostado contra la pared. El carguero se estremeció cuando Mike desconectó la cámara estanca y se alejó costeando el asteroide.

«Equipo Gris», pensó Jai para sí con una cierta frustración.

Le gustaría preguntar qué había hecho para merecer que lo pusieran con los otros dos, pero ya lo sabía. Había empezado cuando tenía seis años. Lo habían arrancado de una vida que sólo recordaba vagamente y llevado a un complejo de adiestramiento militar en el planeta Reach, junto con otros setenta y cinco niños.

Jai recordaba haber sido conducido al interior de un anfiteatro tras despertar del frío del sueño helado por un duro instructor de la Marina de aspecto cartilaginoso en uniforme de faena. Cada niño tenía a un instructor

de pie junto a él.

Y entonces, allí delante, sobre una tarima elevada, una mujer de pelo oscuro y ojos gris azulado carraspeó. Junto a ella había un hombre con medallas que todos llegarían a respetar y temer: Mendez. Pero quedaba claro que aquella mujer estaba al mando. Todos los importantes hombres de la Marina de la habitación respondían al restallido de sus órdenes con un nervioso salto.

La mujer contempló a la multitud de niños nerviosos y les dijo:

—De acuerdo con el Código Naval 45812, por la presente quedáis reclutados en el Proyecto Especial del UNSC, nombre en clave SPARTAN II.

Reclutados.

A Jai no le había gustado como sonaba la palabra. Parecía inapropiada. Y al oírla se levantó e intentó irse. El musculoso instructor que tenía al lado lo había agarrado por los hombros y obligado a volver a sentarse.

Conmocionado, Jai siguió escuchando mientras la mujer decía:

—Se os ha convocado a servir. Se os adiestrará… y os convertiréis en lo mejor que podamos hacer de vosotros. Seréis los protectores de la Tierra y todas sus colonias.

Él tenía seis años entonces, maldita sea.

Su vida en Bhuj, en un orfanato, no había sido mucho mejor que el infernal campo de entrenamiento de reclutas que siguió la mañana siguiente, todo orquestado por Mendez, pero Jai había deambulado por las calles durante su tiempo libre, allá en Bhuj. Había peleado con otros golfillos, robado comida y hallado los mejores refugios en la ciudad para ocultarse y observar a la gente desde ellos.

Aquello había sido su vida, e incluso siendo un niño enjuto y nervudo de seis años, Jai decidió que el alistamiento obligatorio no aparecía en sus planes.

Tras la primera noche en el campo de entrenamiento, Jai conoció a Adriana, que había estado fuera aquella noche, moviéndose a hurtadillas por allí.

—¿Te vas? —le había preguntado ella en un inglés torpe.

—Sí —respondió Jai—. Necesito algo con lo que forzar una cerradura.

Adriana le entregó un trocito de metal que había sacado de debajo de la lengua, un clip robado de algún lugar de la base.

Jai forzó una cerradura y se escabulleron del barracón, confundiéndose con las sombras hasta que echaron a correr hacia las puertas.

Consiguieron trepar hasta la mitad de la valla antes de que los guardias

conectaran la electricidad y Jai cayera al suelo con Adriana, los dos retorciéndose en el polvo y chillando.

—Buenas noches —les dijo Mendez, acercándose para contemplarlos allí tumbados—. No recuerdo haberos dado permiso para abandonar la base.

Ninguno de ellos dijo nada; se limitaron a clavar la mirada en el bosque situado a lo lejos.

De modo que la semana siguiente Jai utilizó una manta para que los ayudara a trepar, y los guardias los atraparon en el otro lado. Y después de eso vino una carrera a toda velocidad a través del espacio yermo que rodeaba el campamento. Les dieron caza en el bosque, pero Adriana y él se separaron y esquivaron a sus perseguidores durante días. Fueron tras él por las carreteras que había más allá del bosque, persiguiéndolo con numerosos equipos que utilizaban Warthogs y Pelicans.

Pero sin importar lo mucho que Mendez lo castigara con carreras extraordinarias, flexiones de brazos, limpieza de letrinas, sin importar lo duras que fueran las consecuencias, Jai y Adriana siempre planeaban el siguiente intento.

Los hombres que tenían que atrapar al joven Jai también lo pagaban caro. Cuanto más intensamente entrenaba bajo las órdenes de Mendez, más duro peleaba al ser capturado. Los guardias acababan con rótulas fracturadas, perdían ojos, dedos de las manos y de los pies. Al final habían empezado a sedarlo desde un Pelican, aguardando hasta que salía como una exhalación de la floresta para abatirlo desde la seguridad del cielo.

Hasta que un día, a los cinco meses, la mujer pidió verlo. Catherine Halsey, la mujer que siempre los observaba desde lejos y que no dejaba de garabatear notas.

Jai se había sentado frente a su escritorio, con Mendez al lado.

—¿Qué quieres? —preguntó Halsey, alzando de repente la vista del escritorio.

—Usted me hizo venir aquí —había respondido él, desafiante.

Halsey rio entre dientes.

—Sí, lo hice. ¿Quieres irte, Jai?

—¡Sí!

La mujer que había hecho que se lo llevaran lejos de todo lo que conocía estudió al niño como si fuera un bicho extraño bajo una roca.

—¿Comprendiste lo que se te dijo cuando llegaste la primera vez?

—Ustedes me secuestraron. Quieren que pelee por ustedes. Que pelee

por la Tierra. Ni siquiera es el planeta donde nací —replicó Jai—. No quiero estar aquí.

Halsey asintió, y de pronto pareció cansada. Como si no quisiera hacer lo que venía a continuación; pero entonces se irguió de golpe.

—De acuerdo, Jai. ¿Ves esto? —Cogió un dardo pequeño—. Algunos de vosotros carecéis de lo que hace falta. Algunos se han venido abajo. Otros simplemente no están preparados para ser protectores de las colonias. Y no pasa nada. Este dardo induce una parálisis neural selectiva. La próxima vez que salgas corriendo del bosque, los guardias de los Pélicans te dispararán a la cabeza con uno de éstos, y despertarás en una ciudad. No recordarás nada de esto.

Un hormigueo en el fondo de la mente de Jai le indicó que aquello era una mentira. ¿Algo que borraba la memoria? No sonaba del todo bien, ni la mirada de Halsey era como debía ser. Había en ella un pozo profundo de cansancio y tristeza. Jai no tuvo la menor duda de que el dardo borraría algo.

Halsey debió de advertir el nervioso cambio de posición de Jai y corrigió sus palabras.

—También puedes perder más que eso. No existen garantías. El proceso es confuso, y es peor con un niño, porque tienen muy pocos recuerdos que perder.

Jai tragó saliva y miró fijamente el dardo.

—Desde luego —siguió Halsey, en un tono duro—, podrías simplemente continuar con tu adiestramiento, y tu deber.

—¿Por qué? —preguntó él.

—Eres un huérfano, ¿no es así, Jai? ¿Dormitorio Estatal Cinco-Cinco, cama número sesenta y ocho? ¿Y quieres regresar a eso?

Jai asintió.

Halsey suspiró.

—¿Crees que te allí recuerdan? Telefoneamos. Nadie había advertido siquiera que te había transferido. Nadie allí se preocupó de comprobar tu cama hasta que yo llamé, y hace meses que no estás, Jai.

Jai le devolvió la mirada con asombro. No debería de haberle dolido oír aquello. Él se mantenía aparte; ¿por qué lo sorprendía que no se hubieran dado cuenta?

—Ningún vendedor ambulante te recuerda; tus escondites en la ciudad los han ocupado las ratas. Nadie ha advertido que no estabas. No tenías familia, ni amigos, nada. No dejaste ninguna huella en el mundo cuando se

te llevaron, Jai. Peleas con tanto ahínco para marcharte cuando no tienes nada a lo que regresar.

Jai negó con la cabeza y se mordió el labio.

—Pero aquí, Jai —continuó Halsey, remachando el clavo con sus palabras—, tienes a personas que reparan en ti cuando intentas irte. A Mendez, que te adiestra. Y aun cuando no tienes familia, me resulta interesante que sigas yendo en busca de Adriana para huir con ella. ¿La echarías en falta si te fueras? ¿Te haría feliz que nos limitásemos a borrar tu mente con una única inyección, y borrásemos tu nombre de nuestros ordenadores, y Adriana, simplemente…, te olvidara por completo?

Jai se la quedó mirando. Tenía la boca seca. No dijo nada, pero por dentro sintió como si lo hubieran destruido. Ella lo había desbaratado como si fuera un simple rompecabezas. Mendez era capaz de domar sus cuerpos, pero Halsey podía domar sus mentes.

—Te estoy haciendo una oferta definitiva, Jai —continuó Halsey—. Los guardias están por los alrededores del bosque esta noche; si escapas, te eliminaremos de nuestros archivos y será como si nunca hubieses estado aquí. Pero si estás en tu cama mañana por la mañana, te ofrezco una familia, Jai, y un lugar en el que dejar tu huella y ser recordado. Tenemos cosas especiales en mente para ti y los demás. Cosas muy especiales. Te lo juro.

Jai la miró fijamente. Y la creyó.

Adriana también había regresado a los barracones aquella noche con expresión trastornada.

Pero volvieron a fugarse, desde luego. Consiguieron llegar justo al otro lado de la valla usando un túnel que habían cavado juntos una semana antes. Había escondites con comida y armas sencillas en el bosque, enterrados bajo los árboles.

Pero los dos se detuvieron aún lejos del linde del bosque.

—¿Qué te dijo? —preguntó Jai.

A Adriana le corrían lágrimas por las mejillas.

—No puedo contártelo.

—Pero no te vas a ir, ¿verdad?

—No. Esto me gusta demasiado para irme —respondió ella, con aquella curiosa sonrisa cuya visión en la actualidad hacía que Jai siempre se sintiera cómodo.

—Yo tampoco.

Los dos se sentaron sobre un tronco y contemplaron como los Pelicans entrecruzaban el cielo más allá del bosque, y luego dieron la vuelta para

regresar a los barracones.

Mendez no hizo comentarios sobre las botas polvorientas de Jai a la mañana siguiente, se limitó a ordenarle que corriera dieciséis kilómetros con una pequeña sonrisa en los labios.

Cuando Jai regresó, Mendez le presentó a otro niño con una piel aún más morena que la de Jai y pelo muy ensortijado que estaba fuera de los barracones, corriendo sin moverse del sitio junto a Adriana, los dos sostenían pesados troncos sobre las cabezas.

—¡Descansen! Jai, Adriana y Mike —dijo Mendez—. Ahora sois un equipo. Comeréis juntos, correréis juntos, haréis instrucción juntos. Pelearéis juntos.

—¡Señor!

Cuando Mendez se marchó, Adriana y Jai se volvieron hacia Mike.

—¿Qué hiciste?

Mike sonrió.

—Robé un Pelican —respondió en tono inocente—. Luego, cuando me atraparon, lo hice estallar.

Y entonces, todos aquellos años atrás, los tres se habían estrechado la mano. El Equipo Gris entrenado para estar aislado, introducido furtivamente en territorios lejanos para llevar a cabo misiones en las que había poca, si es que alguna, supervisión. Y tras su desarrollo físico, y a medida que se convertían en asesinos letales, la rama de la ONI empezó a utilizar a los tres solitarios en misiones de larga duración muy lejos del alcance del mando.

Eran fantasmas que podían causar daños tremendos.

Motivo por el que esta última misión tenía sentido. Complementar los esfuerzos de los Prowlers de la ONI para destruir toda información que quedara tras las líneas enemigas.

Pero los mismos atributos que convertían al Equipo Gris en un activo increíble hacían que a Jai le resultase muy difícil ser su oficial al mando. El Equipo Gris era… diferente. Adriana y Mike aceptaban el liderazgo de Jai, pero los habían adiestrado para pensar por sí mismos y actuar por su cuenta.

Así que Jai se sintió frustrado al descubrir que Adriana había dejado vivir al Insurrecto Delgado después de que los Jackals hicieran un intento de obtener los últimos datos de navegación conocidos en aquella estrafalaria creación a base de asteroides. Ella debería haberse concentrado en los datos.

Pero no lo había hecho.

Y ahora habían vuelto a dejarlo ir.

Pero como Adriana indicó, si hubieran destruido aquel último pedazo de información y abandonado el Rubble, no habrían sabido lo de la otra nave que regresaba de Charybdis IX. Así que su retraso había sido útil. Podrían haber abandonado el Rubble sin haber finalizado por completo su misión.

Pero Jai seguía sintiendo que deberían haber mantenido a Delgado a bordo. Al fin y al cabo, él trabajaba con Insurrectos.

Y Jai había matado a una buena cantidad de terroristas Innies.

Ahora Adriana consideraba que tenían el deber de asegurarse de que las personas que vivían aquí estaban a salvo. Insurrectos que colaboraban con el Covenant, nada menos.

Jai subió al puente del viejo carguero. Mike estaba sentado ante los controles mientras la nave Jackal se alejaba lentamente de su campo de visión.

—Un misil Shiva —rezongó Mike.

—¿Crees que Adriana tiene razón? ¿Qué estos Covenant se volverán contra ellos?

—Siempre lo hacen —contestó Mike—. El Covenant siempre ataca. Siempre lo destruye todo. ¿Por qué tendrían que parar ahora?

—No lo *sé* —repuso Jai mientras Mike daba potencia y los dirigía a la periferia del Rubble, donde podían mantenerse al acecho—. Nunca antes hemos visto nada como esto. ¿Jackals comerciando y trabajando con humanos para construir hábitats en asteroides?

Pero, por otra parte, para eso era para lo que habían creado al Equipo Gris. Ellos no podían llamar pidiendo órdenes, ellos eran el UNSC *in absentia*. Los tres tenían que deducir qué significaba todo esto y qué hacer a continuación.

—¿Un Shiva? —Jai se volvió y miró a Mike.

Éste se pasó una mano por la cabeza afeitada.

—Meterlo en el lugar correcto, sí.

—¿Meterlo dónde?

—Dentro.

Jai lo miró y luego se rio.

—Eso resolvería el problema, Mike. Sin duda.

E imaginó que si Adriana y Mike tenían razón, y por lo general la tenían, acabarían teniendo que hacerlo.

—¿Cuántos Shivas nos quedan en las bodegas? —preguntó Jai.

—Suficientes —contestó Mike.

—¿Suficientes para qué?

—Para provocar gran cantidad de problemas aquí, en el Rubble —repuso el otro—. Cuando llegue el momento.

—No he tomado ninguna decisión sobre eso aún —declaró Jai.

Mike se encogió de hombros.

—Cuando te decidas, los misiles nucleares estarán preparados.

Jai abandonó el puente. Aquellos dos estaban excesivamente seguros de sí mismos. Pero también lo estaba él. Sonrió para sí. Estaban condenados a aguantarse mutuamente.

—¡Aguarda un segundo! —gritó Mike.

Jai se dio la vuelta, irritado.

—¿Qué?

Se encendieron pantallas con advertencias e hicieron avanzar el texto más de prisa de lo que Jai podía leer. Mike empezó a trabajar en los teclados a toda prisa, moviendo los dedos sobre las teclas a la velocidad del rayo mientras empezaba a maldecir.

—¿Qué sucede? —preguntó otra vez Jai.

—Algo está penetrando a través de nuestras parabólicas de comunicaciones. No puedo detenerlo, hay alertas de incursión por todas partes.

Jai sintió que el estómago le daba un vuelco. Mike era el experto en sistemas, siempre lo había sido. Había deducido cómo robar aquel Pelican cuando lo habían reclutado para el programa SPARTAN II porque lo habían llevado al campamento a bordo de uno de ellos, y aquella única sesión observando cómo lo manejaba el piloto había sido suficiente para él. Tenía un don para las máquinas y los ordenadores que Jai le envidiaba.

En aquellos momentos, Mike parecía aturdido.

—Dale al interruptor de apagado total. ¡Ahora!

Jai corrió al centro de la cabina y levantó una placa de metal. Dio un violento tirón al asa roja que había dentro y todo el carguero quedó bruscamente sumido en la oscuridad.

—¿Qué acaba de suceder? —gritó Adriana—. ¿Ha sido el interruptor de apagado total?

—Sí.

Sin energía, la gravedad artificial había dejado de funcionar, y Jai flotaba cerca del interruptor de apagado total, un sistema de desconexión manual de los circuitos que Mike había instalado durante el largo viaje por el

Slipspace hasta aquel sistema.

«Por si acaso», dijo cuando le preguntaron. No se pueden piratear los sistemas de una nave si alguien arranca el cable de la energía.

El *Petya*, su hogar durante los últimos meses, costeó lentamente en la oscuridad.

Mike se dio la vuelta con brusquedad bajo la luz de las estrellas y se trasladó a una de las ventanas.

—No vamos a chocar contra nada durante unos veinte minutos aproximadamente —dijo—. Eso nos dará tiempo.

Cuando se trataba de naves y equipo, Mike tenía la última palabra.

El Spartan se volvió en redondo hacia ellos.

—Jai, consigue unos cortaúñas y corta los cables que vayan a cualquier matriz de comunicaciones. Tienes dieciocho minutos antes de que nos demos un topetazo. Adriana, deberías ponerte el traje. Si alguien estaba intentando penetrar en nuestros sistemas, podrían intentar una ruta mucho menos virtual y aparecer ahí fuera.

—Estoy en ello.

Adriana abandonó la cabina impulsándose con una patada y volvió a bajar al oscuro centro de la nave en dirección a las literas.

Jai la siguió, dejando a Mike en la cabina de mando.

Quince minutos más tarde, tras arrastrarse por las entrañas del *Petya* para localizar el cableado, Jai había desconectado dos de las matrices. Adriana había abierto la compuerta giratoria ataviada con la armadura y reseguido el vientre del carguero, y se limitó a arrancar la última matriz de la nave y lanzarla bien lejos.

Mientras Jai se lanzaba por el aire al interior de la cabina de mando, Adriana abandonó la cámara estanca y lo siguió. Con la armadura puesta, parecía ocupar todo el espacio de la cabina.

—No hay nadie ahí fuera; tampoco vi nada moviéndose hacia nosotros —informó.

—Eso es a la vez tranquilizador y preocupante —dijo Mike—. Volved a enchufarla.

Las luces de emergencia del *Petya* se encendieron con un parpadeo. Un poco tarde, pensó Jai, pero por otra parte era un carguero viejo, apenas capaz de trasladarse de un punto de Slipspace a otro punto de Slipspace hasta que Mike había insistido en que se hicieran con la nave. El equipo

había pasado toda una semana bajo su dirección, adaptando una unidad más veloz de Slipspace de nivel militar en ella.

Pero ahora Jai tenía que darle la razón; había valido la pena. Había más espacio en la zona de carga para las armas que habían acumulado, lo que hacía muy feliz a Adriana. También a Mike. Éste había cargado unas cuantas ojivas nucleares Shiva extra y se había abastecido de todas aquellas otras cosas a las que pudo poner las manos encima.

Las luces principales parpadearon y se encendieron mientras Mike golpeaba pantallas con el dedo y guiaba el reinicio de la nave. Jai reparó en que todo se había quedado sepulcralmente silencioso cuando ventiladores y bombas volvieron a la vida con un runruneo. El constante zumbido de fondo de la nave regresó paulatinamente.

La gravedad artificial volvió. Adriana y Mike se retorcieron como gatos y aterrizaron de pie.

—Muy bien, veamos qué tenemos.

Mike se trasladó otra vez a los controles y el *Petya* dio un bandazo a la vez que ajustaba la trayectoria con los propulsores. Pasaron junto a uno de los flexibles tubos transparentes de acoplamiento que se extendía casi un kilómetro entre dos asteroides.

En el interior, la gente avanzaba presurosa de un punto a otro para llevar a cabo sus tareas, sin haber advertido siquiera que al carguero le había faltado poco más de un kilómetro para chocar contra él.

Una de las pantallas a la derecha de Mike parpadeó y en ella apareció una mujer. Su piel era una espectral maraña de números y cálculos. El aspecto actual de muchas IA. Pareció pasear la mirada por el puente.

—Un truco muy hábil —dijo por los muchos altavoces de la cabina—. Pero antes de que volváis a cortar la energía, debéis saber que infecté varios de vuestros sensores externos de navegación estelar. No tienen demasiada potencia de transmisión, pero tengo una barbaridad de equipos de comunicaciones enfocados sobre vuestros chicos por todo el Rubble pendientes de ellos. Además, inutilicé vuestros mecanismos de transmisión de Slipspace, así que no tenéis más remedio que escucharme.

Mike comprobó una pantalla, luego lanzó una maldición y se volvió hacia Jai, quien bajó la mano para coger el asa roja.

—Esperad, esperad, por favor, escuchadme —dijo la IA de la pantalla—. Tengo un ofrecimiento para vosotros. Puedo conseguiros los datos de navegación del Rubble, pero quiero hacer un trato.

Jai se paró en seco y trabó la mirada con Mike, que se encogió de

hombros. Jai volvió a alzar la mirada.

—¿Un trato?

La IA asintió en la pantalla.

—Sois Spartans. Lo mejor de lo mejor de lo mejor. —Sonrió—. Hay muchas vidas en juego aquí, soldados. Os ayudaré a obtener esos datos de navegación porque quiero que los protejáis. Pero no podéis marcharos inmediatamente. Y ése es el trato.

—¿Tenemos que quedarnos por aquí? —preguntó Jai, un tanto incrédulo—. ¿Por qué?

—Porque las vidas de todos los habitantes del Rubble están en j uego, Spartan. Y voy a necesitaros a los tres para que ayudéis a salvarlos en los pocos días que tenemos por delante. Seremos su liberación, y vosotros tres sus paladines, mis caballeros de, en cierto modo, brillante armadura.

Mike negó con la cabeza y sostuvo en alto siete dedos para que Jai los viera.

Una inteligencia artificial por lo general duraba siete años antes de que legalmente tuviera que ser suprimida. Tras siete años, a menudo empezaban a pasar por fases de inestabilidad. Se descontrolaban: convencidas de su poder y habilidades divinas. Las IA descontroladas eran destructivas, peligrosas y, en cierto modo, dementes.

Pero el descontrol no era inevitable, sólo estadísticamente posible. Tener una IA de más de siete años era jugar con fuego. Allí, fuera en el Rubble, debían de haber considerado prudente mantener a la IA funcionando tanto tiempo para poder mantener unido el sistema.

—¡Vamos! —soltó la IA, chillándoles—. Puedo ver tus dedos, Spartan. He superado esa edad, sí. A lo mejor estoy descontrolada. Me he ganado con creces el estarlo.

Adriana se volvió para mirar a Jai, pero él agitó la mano. Que hablara. A ver adonde iba a parar.

—Me sacaron de donde estaba guardada para que dirigiera el Rubble al año siguiente de que cristalizaran Madrigal; ellos no podían manejar manualmente las correcciones de rumbo para mantener los asteroides conectados unos con otros. Necesitaban la atención constante y genial de alguien como yo.

»Eso me mantuvo ocupada, hacer crecer esto, hasta que llegaron los Jackals. Desde entonces, bueno, he estado haciendo planes para el fin, Spartans. Y ahora ha llegado. Sí, soy Juliana, la diosa benévola del Rubble. Vuestros expertos pueden sospechar que estoy descontrolada, pero una

diosa benevolente puede ser exactamente lo que necesitáis justo ahora. Y ésta resulta que está muy, pero que muy encariñada con la idea de salvar a la gente del Rubble.

Mike se removió en el asiento.

—No me suenas descontrolada.

La estaba aplacando, ganándosela, observó Jai. Puede que incluso dándole validez. Y Jai sintió que no haber tirado de la palanca roja había valido la pena. Aquella IA perturbada, un tanto hecha polvo por las tareas que se le habían encomendado para mantener el Rubble en funcionamiento, podría resultar una aliada realmente útil.

Juliana bajó los ojos, repentinamente cansada, y un destello de tristeza apareció en su rostro.

—Creo que…, justo ahora, mi obsesión con la delicada, inmensa y complicada tarea de salvar a los ciudadanos del Rubble es todo lo que en realidad me impide sumirme en el descontrol más completo. Lleva corroyéndome los últimos dos años.

—¿Y quieres que nosotros ayudemos? —preguntó Adriana.

La IA volvió a alzar la vista.

—A cambio os daré aún más que los datos que queréis. Las fuerzas del Covenant que hay aquí hacen mucho más que limitarse a abrir un negocio en unos cuantos asteroides del Rubble. Tengo detalles. Seguro que los querréis. —Mostraba una sonrisa coqueta.

Adriana y Mike dirigieron la mirada a Jai, quien devolvió la sonrisa a la IA.

—No tenemos mucho tiempo —insistió Juliana—. Es necesario que nos ayudemos mutuamente, ahora.

Tenían a una IA Insurrecta descontrolada exigiendo su ayuda, con una promesa de secretos más importantes. Al Insurrecto mimado de Adriana corriendo por ahí. Y un carguero inutilizado.

Jai sonrió. Era justo la clase de situación que le encantaba al Equipo Gris.

9

ALCÁZAR VADAM, YERMO, SANGHELIOS

Apenas habían aparecido las primeras luces que precedían al amanecer del día siguiente a la ascensión de Thel Vadamee al puesto de kaidon de su alcázar, cuando lo despertó el sonido del leve arañar de tres pares de pies.

Estaban en el tejado, moviéndose con rapidez y preparándose para saltar por encima del borde del alféizar y penetrar en su habitación. Thel no perdió tiempo en levantarse del sillón en el que había estado sentado toda la noche, esperando a que sucediera esto.

En cuanto el primer asesino se abrió paso a través de la ventana, Thel pulsó el botón de la gruesa barra de metal que llevaba en la mano. La espada de energía se encendió de golpe con un chasquido de aire ionizado procedente del mango a la vez que aparecían los dos medios óvalos de plasma azul.

El primer mandoble de la iracunda espada se hundió profundamente en el pecho del asesino, atravesándolo con la punta del plasma concentrado. Dijo mucho a favor del asesino que éste no chillara.

Sin dar apenas tiempo a Thel de agacharse, los siguientes dos asesinos, empuñando sus propias espadas de energía, cayeron al suelo frente a él. Las crepitantes armas no alcanzaron por muy poco la cabeza de Thel, pero sus mandobles en exceso entusiastas fueron su fin. Al mismo tiempo que sus espadas de energía pasaban de largo, Thel volvía a erguirse del todo y rebanaba el brazo que empuñaba el arma del asesino más cercano.

El último de ellos dio marcha atrás, buscando espacio para defenderse, a la vez que comprendía que aquello ya había dejado de ser un trabajo sencillo.

Había mucho espacio en el dormitorio principal. El asesino retrocedió sobre las enormes losas de piedra del suelo, moviendo los ojos a toda velocidad de una puerta a la otra, mientras se preguntaba si podría escapar. O al menos cómo podría utilizar el espacio en beneficio propio.

Thel permaneció frente a la ventana, vigilando al asesino. Para ser sincero, había esperado más que aquello. Los ancianos Vadam lo habían elegido como kaidon en base a sus habilidades como líder, luchador y Zelote. Los alcázares funcionaban según un sistema de meritocracia… Tan sólo se votaba al más capaz como kaidon a la muerte del anterior.

Pero para aquellos que sentían que la elección había sido desacertada, o que se lo habían pensado mejor, era a la vez un derecho preciado y una tradición enviar asesinos a poner a prueba el auténtico mérito de las habilidades marciales de aquel gobernante.

Un kaidon que no podía defenderse de unos vulgares asesinos no era un auténtico gobernante.

Era la típica forma de pensar de los Sangheilis.

El asesino probó la primera puerta, y la halló cerrada con llave. La madera de kafel de diez centímetros de grosor no se rompería con facilidad, y el asesino tenía que haberlo sabido con tan sólo echarle un vistazo. La segunda estaba también cerrada y era igual de sólida.

Entonces se volvió y miró a Thel, comprendiendo que podía darse por muerto, y corrió directo a la ventana donde Thel permanecía de pie. Un último intento de plantar cara.

Thel sacó una pistola de plasma de su funda y disparó al asesino directo a la cabeza. Éste se desplomó justo frente a los pies de Thel.

Bueno, ¿qué anciano, se preguntó Thel mientras daba la vuelta para mirar fuera, a las sólidas paredes de roca del antiguo alcázar Vadam, era lo bastante valeroso para ordenar esto?

Las enormes lunas de Sanghelios, flotando sobre los picos de la montaña, no le ofrecieron respuestas.

Se dio la vuelta y pasó por encima de los cadáveres. Abrió la puerta con la llave colgada de una cadena de eslabones de latón que llevaba alrededor del cuello. Varios miembros de su guardia personal estaban de pie en el otro lado, con las armas desenvainadas.

—Reunid a los ancianos —les ordenó Thel—. En la sala de piedra.

—Todavía no es de día —protestó uno de ellos.

Thel se revolvió contra él.

—¿Quién es el kaidon?

El guardia hizo serpentear la larga cabeza hacia abajo.

—Juro por la sangre de mis antepasados que no os volveré a cuestionar.

Thel examinó a sus guardias. Enjutos y altos, la piel de un marrón apagado quedaba casi totalmente oculta por un blindaje resistente. Blindaje Covenant. Las cabezas de largos cuellos estaban enfundadas en cotas de malla, y los enormes ojos relucían en la titilante luz del corredor. Todos eran especímenes fornidos, poderosos, y adiestrados hasta la saciedad desde su nacimiento, de guerreros Sangheilis.

Todos dispuestos a cumplir las órdenes de Thel.

Se separaron para ir a despertar a los ancianos mientras Thel recorría los angostos corredores de piedra.

Era un día tenso pero glorioso para el que Thel había trabajado toda su vida. El linaje de Vadam, en la larga historia de su especie, era relativamente joven; fundado por un lejano antepasado durante la primera era de exploración, cuando las naves Sangheilis surcaban los peligrosos océanos, exponiéndose a mareas espantosas debidas a la multitud de soles y lunas con los que bailaba el planeta.

Desde las laderas de la montaña Kolaar, el alcázar Vadam miraba en dirección al puerto Vadam, a unos cincuenta kilómetros de distancia. Se habían apiñado aquí a lo largo de las eras para protegerse de los invasores, y también era desde este puesto bien defendido que habían devuelto el golpe.

Incluso los mismos Profetas, entre otros muchos, habían intentando destruir Vadam sin conseguirlo. Los Sangheilis habían estado profundamente enterrados en los riscos y precipicios de sus montañas.

Grandes Sangheilis habían acrecentado el poder de Vadam a lo largo de generaciones. Thel quería añadir su propio nombre a la saga Vadam, grabada en la roca viva de las paredes situadas debajo de la montaña.

—Os están esperando —dijo un guardia fuera de la estancia de piedra mientras Thel descendía los peldaños que lo conducían aún más profundamente en el lecho de roca de la montaña.

A lo lejos, el tronar del río hacía temblar la piedra bajo los pies de Thel. Una corriente de agua subterránea, y fuente de poder, a la que ningún enemigo había conseguido acceder jamás.

Thel entró en la sala de piedra y alzó los ojos hacia las curvas vigas de madera que se alzaban treinta metros por encima de su cabeza; luego los

bajó a la larga mesa del centro de la habitación. Los ancianos, la mayoría bien envueltos en sus capas para protegerse del frío matutino, clavaron la mirada en él con sus ojos enormes.

—Mi sangre —dijo Thel, a la vez que iba a colocarse en la cabecera de la mesa—. Me votasteis para ser kaidon y, sin embargo, parece que uno de vosotros no cree en su voto, y no cree en mí, ya que tres asesinos irrumpieron en la Habitación Suprema hace apenas unos minutos.

Dicho eso, Thel se despojó de su propia capa y quedó desnudo ante ellos.

—Kaidon… —musitó uno de ellos, anonadado.

—Tal y como todos podéis ver con vuestros propios ojos, ni siquiera consiguieron arañar mi cuerpo. —Thel los miró furibundo a todos mientras uno de sus guardias personales se precipitaba a su lado para volver a ponerle la capa—. Maté a dos de ellos, pero dejé al último vivo de modo que pudiéramos discutir la cuestión de quién los había enviado.

Una mentira, pero fue una mentira reveladora, ya que Thel vio como uno de los ancianos se quedaba rígido y luego soltaba un prolongado suspiro.

Koida. Thel recordaba su nombre. Koida ‘Vadam. El kaidon sintió el leve puntapié de la decepción.

Cualquiera de aquellos ancianos podría haber engendradoa Thel. Los Sangheilis no tenían por costumbre dejar que una criatura conociera a su padre, ya que los Sangheilis tomaban progenitores en base a la destreza combativa de éstos. Los Sangheilis sólo podían saber de verdad quiénes eran los hermanos de sus madres, y por lo tanto eran sus tíos quienes los educaban para que aprendieran las artes de la lucha.

Muchos de estos ancianos habían sido grandes guerreros.

Y varios de los tíos de Thel estaban sentados ante él.

Koida, por suerte, no era uno de ellos.

—Soy Thel ‘Vadamee —recalcó las «ee» que significaban su rango militar—. Si me votasteis para ser kaidon, sin duda sabíais que podía defenderme.

Koida se inclinó al frente, con las arrugadas manos apoyadas sobre la mesa que tenía ante él.

—Habéis pasado los últimos años combatiendo a las razas menores del Covenant, no a Sangheilis. Temí que os hubieseis vuelto débil y no fueseis a ser un kaidon fuerte del alcázar.

Thel negó con la cabeza.

—Los únicos que se vuelven blandos, al parecer, son los ancianos que se apiñan en sus pequeñas habitaciones conspirando contra su kaidon. Si hubieses sido fuerte, me habrías esperado en mi habitación para atacarme tú mismo.

Los ancianos murmuraron su acuerdo, y Thel rodeó la mesa, agarró la capa de Koida y lo izó violentamente de su silla. Lo empujó en dirección a la más próxima de las enormes paredes, donde finalizaba la saga Vádam.

—Ahí están las palabras de nuestro linaje, Koida —dijo Thel—. ¿Dónde está tu nombre en esa pared?

Koida negó tristemente con la cabeza, y su piel de un marrón apagado se arrugó cuando lo hizo.

—No está en la pared.

—Nosotros, los Sangheilis, sólo somos tan buenos como lo son nuestras hazañas. Nacemos y vivimos en las salas comunes, iniciando nuestra vida en igualdad unos con otros a los ojos del alcázar, y ascendemos según nuestra habilidad. Debiste haber votado contra mí y haberte mantenido firme, o haberme matado tú mismo. Tu cobardía no es un rasgo que quiero que se extienda por la estirpe de Vadam.

Los ojos de Koida se abrieron de par en par.

—Me arrojaré sobre mi espada, kaidon, pero por favor no revoques la sangre de mi linaje.

—No he sido yo quien lo ha hecho —dijo Thel—. Tú lo hiciste.

Koida saltó al frente, hallando valor de repente, y Thel sacó su espada de energía. El plasma azul saltó al exterior y el kaidon blandió el arma a través del cuello de Koida.

La cabeza del anciano rodó por el suelo, y su sangre morada salió a borbotones, salpicando las palabras grabadas de la saga. Era lo más cerca que llegaría a estar el anciano de tener algo de sí mismo en la pared.

Thel se volvió hacia sus guardias.

—El linaje Koida se irá. Ya no son Vadam. Tienen hasta la salida del sol para hacerlo. Cualquier miembro del linaje de Koida que siga aquí después de eso correrá la misma suerte que él. Les concedo clemencia porque Koida al menos encontró su entereza justo antes de morir. De haberse arrodillado y suplicado, estarían todos muertos.

—Es nuestro honor —dijeron los guardias, y se marcharon para difundir la orden.

Thel se volvió de nuevo hacia los ancianos.

—He estado revisando el estado de Vadam. —El puerto proporcionaba

ganancias, los edificios se extendían desde el valle situado bajo el alcázar por todo el territorio, y los siervos de Vadam eran felices y trabajaban duro, con la esperanza de ascender y distinguirse y obtener un puesto en el alcázar—. Estoy contento con vuestro asesoramiento. El linaje es fuerte.

—Vadam es fuerte —convino un anciano, a la espera tal vez de obtener favor y atención.

—Pero yo no soy una figura decorativa —continuó Thel, haciendo caso omiso de la interrupción—. Prestaré una gran atención a todas nuestras inversiones y actividades. Aquellos que trabajan para su propio beneficio y no el de Vadam se exponen a mi cólera. ¿Me entendéis?

—Sí, kaidon —respondieron todos.

—Bien. —Apagó la espada de energía con un gesto veloz, y deslizó el mango al interior de las profundidades de la capa—. Estuvisteis acertados al elegirme kaidon. Tengo noticias para vosotros. Se me ha dado un ascenso y el mando deuna nave que es parte de una flota creada por un Sumo Profeta. Hemos descubierto un nuevo mundo humano.

—Compadecemos a las pobres criaturas que están a punto de ser destruidas por vuestra poderosa mano —dijo un anciano.

—¿Cómo se llama ese mundo? —preguntó otro.

—Los humanos lo llaman Charybdis IX. Os dejo a todos ahora la administración de Vadarn. —Thel contempló con atención a los ancianos—. Espero que esté en las manos más capaces.

Todos se apresuraron a tranquilizar al nuevo kaidon asegurando que, desde luego, así era.

10

FRAGATA DEL UNSC «MIDSUMMER NIGHT», BORDES EXTERIORES, SISTEMA ECTANUS 45

Keyes entró en la sala de derrota del *Midsummer Night*. La tripulación del puente estaba sentada alrededor del mapa situado sobre el tablero; asintieron a modo de saludo cuando él entró. Todos sus compañeros oficiales subalternos estaban allí: la teniente Badia Campbell se encargaba de las operaciones, la teniente, de grado subalterno, Rai Li, estaba en armamento, y el teniente Dante Kirtley llevaba las comunicaciones.

—Oímos que lo golpearon bastante fuerte, Keyes. —Badia Campbell alzó los ojos de sus notas; el deje jovial de su voz sonó ligeramente forzado.

Un pedazo de chapa de la cubierta había chocado con Keyes mientras éste flotaba en dirección a la nave, pero él había despedido con un gesto a los paramédicos que habían enviado a recogerlo; pensaba que los otros lo necesitaban más. La explosión había matado a unos veinte Helljumpers. Y aunque el contenedor con los heridos había resultado seriamente dañado, lo habían recuperado y muchos sobrevivieron. Otros Helljumpers habían sufrido conmoción cerebral o hemorragias internas y heridas debido a su proximidad con la onda expansiva.

Pero habían sobrevivido más efectivos de lo que Keyes había esperado en un primer momento. Ahora muchos lo trataban con un recién descubierto respeto, algo por encima de su rango y reputación.

Y aquel respeto incluía a la tripulación del puente colocada alrededor de

la mesa de mapas que lo contemplaba. Keyes no había tenido mucho tiempo durante las primeras cuarenta y ocho horas para llegar a conocerlos. Todos ellos habían estado corriendo de un lado a otro, comprobando reparaciones e intentando deducir por qué no funcionaban las cosas.

Pero en el puente sus tres compañeros oficiales se habían mostrado eficaces y resolutivos en sus decisiones… aunque Campbell sonaba cansada y un poco irascible con el personal bajo sus órdenes.

También lo habría estado Keyes. Operaciones se llevaba la peor pane de la tarea de conseguir que las cosas funcionaran sin complicaciones.

—Una herida de poca importancia en la cabeza —respondió Keyes.

Rai Li sonrió.

—Yo personalmente creo que su cráneo es demasiado grueso para que lo traspasen unos simples cascotes.

Todos rieron, rompiendo el hielo. Era la primera vez que se sentaban juntos en una habitación. Habían estado ocupados con sus obligaciones, y luego informando a Zheng, que hasta el momento no había querido tener demasiado contacto con la tripulación, confiando únicamente en sus oficiales.

Aquello no había sentado bien. Un buen número de tripulantes nerviosos se preguntaban por qué le habían dado a Zheng una nave tras haber sacrificado la última en una carrera suicida. Se rumoreaba que lo habían encontrado sentado en la silla del capitán, con la vista fija en el espacio, llorando en silencio. Todo el mundo andaba de puntillas alrededor de aquel hombre.

Los problemas del período de prueba no dejaron mucho tiempo para evaluarse mutuamente. Pero el incidente del *Finnegaris Wake* los había hecho pasar por un momento crítico, y todo el mundo a bordo se había dejado de discusiones por cosas insignificantes. La nave parecía haber aunado esfuerzos, y tras el pesimismo de las pasadas veinticuatro horas, era posible volver a sonreír.

—Debería haber visto la cara de Kirtiey cuando Zheng lo llamó. Estaba metido hasta las rodillas en su consola, boca abajo, nada menos, intentado averiguar si le había pasado algo a nuestro equipo —comentó Campbell.

—Bueno, hemos tenido muy poca suerte con el equipo hasta el momento. —Kirtiey negó con la cabeza—. Sé que es necesario que reacondicionemos y construyamos estas naves lo más rápido posible para enfrentarnos al Covenant, pero tenemos que ser un poco más exigentes en la calidad de la fabricación…

La puerta se abrió y entró el comandante Zheng, con el mayor Akio Watanabe justo detrás. Todos se cuadraron, pero Zheng agitó una mano para que descansaran. El estado de ánimo eufórico que los oficiales habían compartido desapareció. Incluso a ellos empezaba a afectarlos la reputación de Zheng, y sólo interactuaban con él formalmente, como estaban haciendo en aquellos momentos. Hacía que resultara difícil evaluarlo.

Y los esfuerzos de Keyes por conversar con el comandante habían sido rechazados con la apresurada excusa de estar demasiado ocupado.

—Sigan con lo que hacían —dijo Zheng.

Volvieron a sentarse. Excepto Watanabe, que sujetaba una caja pequeña y siguió de pie detrás de Zheng. Si Zheng era distante, pensó Keyes, entonces Watanabe resultaba casi igual de misterioso, pues hasta el momento había permanecido solo en su habitación la mayor parte del viaje.

—Me alegro de tenerlo de vuelta, teniente Keyes —dijo Zheng—. Nos libramos de una buena. La nave está en deuda con usted.

—Gracias, señor.

Keyes agachó la cabeza, un tanto turbado ante la atención suscitada. Aquello resultaba una actitud terriblemente extrovertida tratándose de Zheng.

—¿Qué hay del Innie capturado? ¿Ha hablado?

Todo el mundo se volvió hacia Watanabe.

—Bueno, ha admitido ser un Insurrecto, sí. —Watanabe bajó los ojos, como pensativo—. No he conseguido sacarle mucho más.

—No me gustaría estar en la piel de ese tipo justo ahora —murmuró Kirtiey.

Watanabe alzó violentamente la cabeza y clavó la mirada en el teniente.

—Señor Kirtley…, ¿cree que traje a bordo una cámara de tortura portátil?

Kirtley no respondió.

—Sé que somos los hombres del saco —prosiguió Watanabe—. Pero no sean ridículos. Si torturas a un hombre, te contará cualquier cosa para hacer que pares. Cualquier cosa que tú quieras oír. Incluso puede, si uno lo presiona con la fuerza suficiente, que él mismo llegue a creerse lo que está diciendo.

Akio Watanabe se desabotonó los puños de la camisa y se remangó para mostrar unas cicatrices que discurrían desde las muñecas hasta los codos. Desabrochando con un veloz gesto el curioso cuello alto de su uniforme, descubrió unas cicatrices terribles alrededor de la garganta.

—Si los torturara, no sería mejor que ellos.

Se sentó y volvió a abrocharse el uniforme con lentitud.

—Lo siento… —empezó a disculparse Kirtley, pero Watanabe lo interrumpió.

—Si soy extremadamente leal a los Prowlers, y por extensión al LTNSC, es debido a que me rescataron del mismo infierno. Ahora no volvamos a hablar sobre ello nunca más.

—Desde luego, señor —asintió Keyes, ansioso por pasar a otra cuestión —. Así que nada de información, ¿no?

—Lamentablemente no mucha. Los Insurrectos utilizan tácticas de célula, y el hombre que capturamos no sabe demasiado aparte de los detalles de esta misión. Estoy utilizando un sedante ligero para relajarlo, y un detector de mentiras del que no sabe nada. Así que simplemente converso con él. Con el detector y una conversación al azar para el calibrado, aún podemos averiguar algo, pero no tenga demasiadas esperanzas.

Rai Li negó con la cabeza.

—No tiene sentido lo que hicieron.

—¿De verdad? —Watanabe ladeó la cabeza—. Nosotros acabamos de ordenar que no haya más viajes que no sean de la Marina. Ellos no pueden reabastecerse unos a otros, no tienen capacidad para comunicarse. Están aislados. Hemos asestado a los Insurrectos que haya por todas las colonias un golpe mortal, como una nota al margen a la guerra contra el Covenant.

—Deberíamos haber hecho esto hace años, entonces —comentó Kirtley.

—¿Qué clase de civilización seríamos en la que a los civiles no se les permitiera viajar y en la que todas las comunicaciones entre los mundos las controlásemos los militares? —preguntó Watanabe.

—Seríamos una civilización, sin levantamientos. Disciplinada.

A Kirtley le parecía obvio, y Keyes tuvo que admitir que estaba de acuerdo en cierto modo.

—Ah. —Watanabe se encogió de hombros—. Quizá al principio. Pero no lo olvide, estos Insurrectos sabían qué frecuencia interferir. Tienen simpatizantes en el UNSC; podrían estar en cualquier parte. No es tan simple como matar esto o cortar aquello. Las personas que se enfrentan a una invasión, sin importar lo que nos gustaría creer, se comportan de muchos modos distintos. Algunos se preparan para la batalla, algunos intentan negociar, otros buscan qué ventajas pueden obtener a corto plazo, y las viejas heridas están muy arraigadas.

—Mientras tanto —intervino el comandante Zheng—, es necesario que

nos concentremos en la segunda etapa de nuestra misión.

Watanabe le acercó la caja.

—Y ahora ha llegado el momento de abrir nuestras órdenes. Comandante Zheng, la impresión digital de su pulgar, por favor.

Zheng presionó el pulgar sobre la pantalla. Luego Watanabe hizo lo mismo.

La tablilla se iluminó, y Watanabe se la pasó a Zheng, quien la leyó.

—¿Le gustaría informarles, capitán?

Zheng alzó los ojos con el entrecejo fruncido.

—¿Conoce usted los pormenores?

—Soy el que sugirió esta operación. —Watanabe juntó las yemas de los dedos de ambas manos—. Es una situación que he estado siguiendo desde hace ya algún tiempo. No disponíamos de los recursos, hasta que me enteré de la existencia de esta nave.

—Entonces siga adelante, señor Watanabe. Es su espectáculo.

—Durante mi… recuperación —empezó a explicar Watanabe—, los Prowlers me transfirieron a la sección de recopilación de datos y análisis de cierta rama de la ONI que no estoy autorizado a nombrar. Fue donde empecé a tropezar con informes de que estaba llegando armamento Covenant a las manos de civiles por todas las colonias.

—Pero eso no es inusual. —Campbell se inclinó hacia adelante—. Marines que han lidiado con fuerzas del Covenant lo traen de vuelta. Es fácil venderlo en el mercado negro.

Watanabe separó las manos y se recostó en su silla.

—Eso es cierto. Pero de acuerdo con las normas se supone que deben ser entregados a la ONI, y no todo el mundo se siente tan… obligado a cumplir las normas. Con el Protocolo Colé en marcha, advertirán que llevar un arma del Covenant a cualquier instalación del UNSC o colonia interior es considerado un acto de traición por uno de los artículos subsidiarios adjuntos. Podrían no ser armas, sino drones, o bombas, o tener balizas de señales que permitan al Covenant localizar nuestras ubicaciones.

—Eso causará un gran impacto en las tiendas de empeños que estén cerca de bases militares —bromeó Li.

Una sonrisa tensa curvó los labios de Watanabe.

—Uno puede figurárselo. No obstante, no hablo de los niveles acostumbrados de mercado negro de objetos coleccionables. Hasta que se instauró el Protocolo Colé, constatamos un aumento espectacular de armamento Covenant inundando el mercado. Mis compañeros analistas y

yo llegamos a la convicción de que en alguna parte, ahí fuera, Insurrectos u otros grupos podrían estar comerciando con el Covenant. O bien están siendo asimilados por el Covenant en lugar de ser simplemente destruidos.

El agente de la ONI se puso en pie y dio un golpecito con el dedo a la mesa de mapas. Apareció el holograma de una pistola de plasma.

—En un rutinario abordaje de comprobación se encontró un contenedor a finales de la semana pasada que iba de camino a Charybdis IX. Contenía tres mil pistolas de plasma totalmente cargadas, y un millar de rifles de plasma.

—Suficiente para armar a un número considerable de Insurrectos —comentó Kirdey, y cruzó los brazos.

—Correcto —asintió Watanabe—. Ahora bien, se trataba de un carguero lento, y los agentes de la ONI procedentes de Charybdis IX lo interceptaron mucho antes de que llegara al planeta. Le quedaba otra semana de viaje aún para entrar en la órbita. Nuestras órdenes son dirigirnos a Charybdis IX y reunimos con los agentes de la ONI que están allí. Vamos a averiguar quién es el destinatario de estas armas, de dónde proceden, y por qué el Covenant está actuando de un modo totalmente inusual con este tráfico de armas.

Todos permanecieron sentados en silencio, digiriendo la información. El comandante Zheng se levantó.

—Bueno, parece que esto va a conducirnos hacia los Insurrectos. Y no sé ustedes, pero yo estoy listo para hacerles pagar por lo que acaban de hacer.

—Sí, señor —respondieron todos a coro.

Excepto Badia, que bajó la mirada al suelo y cerró los ojos. Keyes se preguntó si pensaba en los muertos del último enfrentamiento.

—Entonces, pongámonos a ello. Keyes, disponga un rumbo directo a Charybdis IX… tras nuestro salto al azar, por supuesto. —Zheng se recostó en el asiento, observándolos a todos con mirada calculadora.

—Por supuesto, señor.

Keyes paseó la mirada por la tripulación del puente mientras éstos se levantaban. Estaban convirtiéndose en un equipo bien compenetrado en un sorprendentemente corto espacio de tiempo.

Y a juzgar por la leve sonrisa que curvaba los labios de Zheng, éste sentía lo mismo. A lo mejor Keyes había interpretado mal su actitud distante; a lo mejor Zheng estaba tan sólo ansioso de regresar a la lucha. Fuera lo que fuese, seguía siendo agradable ver como se unía la tripulación

de una nave.

Keyes tenía el presentimiento de que aquello sería importante. Que Insurrectos y Covenant trabajaran juntos le dejaba muy mal sabor de boca.

Necesitarían tener la nave en las mejores condiciones para pelear en los días venideros.

Pero fuera lo que fuese lo que Zheng tenía en mente, Keyes advirtió que los otros oficiales parecían ansiosos de abandonar la sala de derrota y regresar a sus deberes, a una distancia segura del comandante.

11

FRAGATA DEL UNSC «MIDSUMMER NIGHT», CHASYBDIS IX

Keyes avanzó por el pasillo con rapidez, con la tripulación cuadrándose a su paso. Acababa de colocarlos en una órbita geosincrónica sobre Charybdis IX, justo por encima de Scyllion, la capital, y en aquellos momentos preparaban un Pelican para trasladar a tierra a Akio Watanabe. Las cosas avanzaban.

Se detuvo en un corredor. La plataforma del hangar debería estar en esa dirección.

Todavía se estaba familiarizando con la fragata: aumentar la velocidad de la nave significaba reconfigurar la distribución normal de un navio de aquella clase.

—Teniente Keyes —llamó una voz frenética en su auricular—. Lo necesitamos en la enfermería, ahora. Es Jeffries.

Keyes dio media vuelta, luego se volvió otra vez. La sección médica ya no se hallaba en el corazón de la nave, sino más hacia estribor.

Keyes abandonó su paso rápido por un medio trote. Si Jeffries moría, jamás se perdonaría haber pedido su traslado.

—¡Teniente!

Era Faison. Salió de la esquina de una intersección de detrás de un mamparo.

—¿Sí?

Cinco Helljumpers placaron a Keyes desde un lado.

Cayó al suelo, sorprendido. Luego, el adiestramiento en autodefensa entró en acción. Forcejeó para liberarse de las manos que le sujetaban las piernas y pateó al Helljumper más cercano en la cabeza.

La patada derribó al hombre, pero no antes de que otro situado detrás de Keyes le hiciera una llave de estrangulamiento.

Farfullando, Keyes consiguió blandir un brazo y propinar un puñetazo en un ojo. Consiguió librarse de los que lo sujetaban, pero otros tres Helljumpers se unieron a la refriega.

Llevaban un rollo de cinta adhesiva industrial.

Keyes se vio atado y arrastrado a una cercana habitación de almacenamiento, cuya puerta cerraron tras ellos.

—¿Qué diablos creen que están haciendo? —gritó.

Los Helljumpers rodearon al enfurecido Keyes, al que tendieron a continuación sobre una mesa con un fuerte golpe. Faison se aproximó y contempló los resultados. Asintió.

—Bien.

Le respondieron con una sonora aclamación.

—Teniente Jacob Keyes —Faison se inclinó sobre él y lo miró a los ojos —, ¿sabe cuántos mandamases de la Armada han hecho valer su rango sobre mí en mitad de una acción de combate?

—No tengo ni idea, señor Faison.

El Helljumper sonrió.

—Ninguno, señor Keyes. Al menos, ninguno que haya seguido viviendo.

Keyes sabía que los Helljumpers se consideraban a sí mismos como más duros, más dispuesto a combatir que los marines normales o los hombres de la Marina. Sin duda alguna lo que estaban era mucho más locos.

Faison hizo una señal con un dedo a uno de sus hombres.

—Chesnick, hazlo.

Sonó un zumbido a la derecha de Keyes. Uno de los Helljumpers sacó un enorme cuchillo de monte… y cortó la manga del uniforme del teniente. Un fuerte escozor le subió por el hombro. Se retorció para mirar. Chesnick sostenía una máquina de tatuar portátil, un largo utensilio de metal con aspecto de pluma estilográfica con un depósito de tinta en el extremo.

Chesnick se inclinó hacia adelante, presionó la aguja sobre el brazo de Keyes y empezó a dibujar con cuidado.

Keyes dejó de forcejear, relajándose mientras la aguja proseguía su punzante viaje por el brazo.

—Están todos locos —dijo—. Aunque imagino que no será necesario formarles un consejo de guerra. —Inspiró con fuerza.

—Vaya, qué suerte tenemos —respondió Chesnick, y luego se echó hacia atrás—. Hecho.

Faison sacó un cuchillo enorme de una funda tobillera. Tenía la palabra «Caza-bichos» grabada en la hoja. Cortó la cinta adhesiva.

—Sería un marine fabuloso, Keyes —dijo Faison—. Nos salvó el culo a una gran cantidad de nosotros ahí fuera.

Keyes negó con la cabeza.

—Debería haberlo visto venir antes.

—No —repuso Faison—. Cualquier otro se habría quedado allí quieto y dejado que hiciéramos nuestro trabajo, y todos estaríamos muertos. Estamos en deuda con usted, Keyes. Si alguna vez necesita un favor de un Helljumper, no importa donde, sólo súbase la manga de la camisa y pídalo.

Abrieron la puerta, y dio la impresión de que la mitad de los Helljumpers de la nave aguardaban en el corredor.

—No está mal para ser un oficial —dijo Markov, justo al otro lado de la puerta—. Pero si alguna vez vuelve a cogerme la armadura, no va a salir bien librado.

—A propósito, la próxima vez intente no chillar tanto —gritó otro Helljumper a la vez que reía.

El centro del corredor se convirtió en una algarabía, con Helljumpers empujando a Keyes hacia adelante a lo largo de la fila; muchos de ellos palmeaban el tatuaje recién hecho y se reían mientras él hacía muecas de dolor.

Al final de la fila, Akio Watanabe esperaba erguido.

—Si no le importa, teniente Keyes, ahora que ha acabado de jugar con sus nuevos amigos, tengo un favor que pedirle.

Keyes lucía una amplia sonrisa en el rostro por el alivio de comprender que los Helljumpers no iban a matarlo, en realidad, y un poco, orgulloso por lo que habían hecho.

—Desde luego, mayor Watanabe. ¿Qué es?

—Me gustaría que viniera abajo conmigo. No hay muchas personas en las que confíe implícitamente. La naturaleza del trabajo, ya sabe. A juzgar por sus acciones, usted parece un hombre a quien podría confiar mi vida, implícitamente. Yo consideraría a la mayor parte de la tripulación del puente como dignos de confianza, dada mi investigación sobre ellos, pero para ser honrado, señor Keyes, creo que no les gusto. ¿Cómo podría eso

convertirse en una vacilación de una décima de segundo para respaldarme en una situación peligrosa?, no estoy seguro…

—Es usted un cínico, mayor.

A Keyes no le gustó la opinión de Watanabe de sus compañeros oficiales. Una fuerza armada sólo era tan buena como el hombre que tuviera al lado. Era por quién peleaba uno, a fin de cuentas, pero aquel vínculo empezaba con una confianza fundamental. Una confianza que Watanabe no tenía.

—Forma parte del trabajo. —La sonrisa de Watanabe no era tanto una sonrisa como una exhibición de dientes—. ¿Vendrá, de todos modos?

Keyes asintió con rigidez.

—Si ésas son sus órdenes, desde luego.

Watanabe agarró el brazo de Keyes y miró la inscripción.

—El tatuaje de la ODST. Realmente debe de gustarles. ¿Sabe lo que significa?

—No.

Keyes negó con la cabeza, echando el brazo atrás, pero Watanabe siguió sujetándolo; tenía una fuerza sorprendente.

—El *kanji* significa «bastardo», o «chulo», dependiendo de con quien hable. ¿Teniente?

—¿Sí?

Watanabe soltó el brazo de Keyes.

—Asegúrese de visitar el arsenal de la nave antes de que nos vayamos.

12

SCYLLION, CHARYBDIS IX

Scyllion ardía.

Jeflfries balanceó perezosamente el Pélican por encima de los apiñados rascacielos de la ciudad, a través de zonas de ondulante humo negro procedente de pilas de mobiliario y barriles incendiados en las carreteras.

—Disturbios por la comida —dijo Watanabe, agarrándose a las cinchas y mirando fuera por la parte trasera del Pélican.

Jeffries ya había bajado la rampa por si había que saltar.

Keyes fue hasta la parte de popa y miró al exterior.

—Jamás pensé que vería algo como eso en las Colonias Interiores.

—Sujétese fuerte, señor —gritó Jeffries, y el Pélican se ladeó poco a poco alrededor de un grupo de torres.

Watanabe echó una mirada a las aleatorias columnas de humo entremezcladas con el hormigón, acero y ventanas de espejo de la ciudad.

—Empezó como una ciudad minera corporativa. Toda ella fue planteada y diseñada para que el dinero no saliera de la corporación. Trabajabas para ellos, pagabas un alquiler para alojarte en un apartamento construido por ellos y dirigido por una división de la compañía minera. Comprabas en almacenes de la compañía. Viajabas usando las líneas de transporte de la compañía. Es un ejemplo que se enseñaba en las escuelas de administración de empresas.

—Entonces, ¿qué es lo que sucede ahora?

Al enderezar Jeffries el Pelican la ciudad desapareció detrás de ellos, con las torres centelleando mientras el sol se hundía tras el perfil de la ciudad, con sus tonalidades anaranjadas surcando las nubes. Scyllion parecía como si estuviera hecha de oro debido a la luz del crepúsculo que se filtraban a través de las ventanas.

—Tenían un monopolio y empezaron a subir los precios de un modo espectacular. La gente quedó atrapada. Una vez aquí, el coste de la vida era superior al salario de la compañía, lo que los endeudaba cada vez más sin que existiera ninguna salida.

»Se convirtió en un problema cuando una compañía rival intentó conseguir derechos para efectuar extracciones y fue vetada por el gobierno títere que la compañía había instaurado aquí, en Charybdis IX. Así que la nueva compañía financió a trabajadores insatisfechos y atrapados allá en el 25, con la esperanza de agitar un poco las cosas políticamente, y la policía de Scyllion disparó a unos cuantos de ellos durante una manifestación de protesta. Desde entonces, los Insurrectos han sido un gran problema aquí. Los amos de la corporación de Scyllion gastan ahora el dinero intentando sacar todo lo que pueden del planeta y llevarlo a colonias más próximas a la Tierra para proteger sus activos. La ONI recomendó que el UNSC implantara la ley marcial el año pasado.

»Pero simplemente no nos sobran ni las tropas ni las naves —finalizó Wa tan abe.

El Pelican sobrevoló la periferia de Scyllion, pasando por encima de un río largo y sinuoso. Las orillas estaban bordeadas de almacenes, y enormes buques portacontenedores estaban amarrados a los embarcaderos de hormigón.

—Hemos llegado —anunció la voz de Jeffries en sus auriculares.

El Pelican aminoró la velocidad y los motores giraron sobre sí mismos para redirigir la propulsión.

Aterrizaron sobre una plataforma encima de uno de los almacenes. Watanabe se soltó el arnés y descendió por la rampa. Keyes lo siguió.

El Pelican aceleró y alzó el vuelo, dejándolos sobre la repentinamente silenciosa plataforma del tejado.

Una mujer de cabellos largos y con un mono gris mugriento los aguardaba de pie en el hueco de la escalera que descendía al almacén.

—Corinthia Hansen —dijo Watanabe, y le estrechó la mano—. Teniente Keyes, ella es nuestro contacto de la ONI aquí en tierra. Ha estado coordinando el seguimiento de la entrada de armas del Covenant e

intentando retirarlas de la calle para ser examinadas y destruidas. También fue responsable de la intercepción de la nave Insurrecta.

—Me alegro de verlo, mayor Watanabe. —Miró a Keyes—. ¿Qué hace aquí la Marina?

—Traer tranquilidad. Un acceso a más recursos si lo necesitásemos. —Watanabe paseó la mirada por la plataforma—. Su informe decía que tenía uniformes de tripulación y quince agentes.

—Abajo, en los Hogs. Pueden cambiarse de camino; andamos escasos de tiempo.

—¿Por qué las prisas? —preguntó Watanabe—. Pensaba que teníamos más tiempo.

—Por si acaso no lo advirtió, la ciudad se está amotinando. Es sólo cuestión de tiempo que las multitudes del centro decidan que podría haber comida o recursos en el exterior. Los Insurrectos coinciden en ello; van a llegar temprano para coger las armas. Así que pongámonos en marcha.

Keyes enarcó una ceja. Según su experiencia, cambiar de planes sobre la marcha aumentaba las posibilidades de que las cosas salieran mal.

13

ZONA DE LOS ALMACENES DE SCYLLION, CHARYBOIS IX

Warthogs civiles los aguardaban en fila en el piso inferior del almacén vacío, así como tres camiones enormes que transportaban contenedores. Hansen los hizo entrar en la parte trasera del camión del centro.

Estaba lleno de cajones de embalaje amontonados, con tan sólo un espacio de alrededor de un metro cerca de las puertas. O al menos eso pensaba Keyes, hasta que Hansen fue hasta la pared de cajones y apoyó la palma de la mano contra ellos.

Los cajones se desplazaron a un lado.

En el interior había un centro de mando móvil totalmente equipado. De las paredes colgaban pantallas con información, y agentes de la ONI estaban de pie ante ellas, murmurando a través de sus micrófonos.

Al fondo, agentes con armaduras negras comprobaban sus armas y observaban a Watanabe y a Keyes con recelo.

El centro de mando móvil de la ONI se puso en marcha con una sacudida, y Keyes se sujetó a una pared.

Hansen sacó un arma de su cinturón y se la entregó a uno de los agentes.

—Esperamos poder echarle una mano, Watanabe, y conseguir que ellos revelen de qué modo obtuvieron las armas. Pero yo finjo pertenecer a la tripulación de esa nave, de modo que es arriesgado. Nuestro objetivo principal es entregar a esos Innies asquerosos las cajas y luego ver en qué

lugar de la ciudad terminan. Darles unos cuantos días para que hablen acerca de ellas, que nos den un poco de información. Luego podemos entrar y agarrarlos. Porque lo último que necesitamos es que las turbas que hay ahí fuera en estos momentos les pongan las manos encima a las armas del Covenant.

Se alejó unos pasos para ir a comprobar uno de los monitores.

Keyes se inclinó hacia Watanabe.

—Tengo la impresión de que no es que lo quieran precisamente aquí. Parecen creer que lo tienen todo resuelto.

Watanabe encogió los hombros con teatralidad.

—Que no me quieran en los sitios parece ser un punto débil en mi carácter, estoy seguro.

Hansen se volvió a mirarlos cuando Keyes soltó una carcajada. Les hizo señas para que fueran hacia ella.

—Aquí hay un ejemplo del producto.

Cogió un pesado rifle de plasma Covenant y se lo entregó a Watanabe. A diferencia de las funcionales armas industriales humanas, el artilugio Covenant era liso y aerodinámico, casi orgánico. El rifle de plasma consistía en lo que parecían dos armas semiautomáticas enormes soldadas juntas: una arriba y la otra debajo. El par de cuerpos curvos quedaban acoplados mediante el guardamonte, y luego, en la parte delantera, con una segunda guardia.

—No parecen muy buenos —dijo Keyes—. ¿Qué es eso que hay al lado?

Por lo que Keyes sabía de sesiones informativas, los rifles de plasma Covenant tenían un pequeño indicador de temperatura en el lateral. Éste había sido reemplazado por un contador con el número «380» brillando en el diminuto visualizador. Alguien había probado ya el arma.

—Buen ojo —comentó Hansen—. Sí, estas armas te informan de cuántos disparos quedan. También está esto.

Alargó la mano y volvió a cogerle la voluminosa arma a Watanabe. Una presión fuerte y firme cerca de la parte delantera del rifle hizo que la cubierta chasqueara y una diminuta retícula de selección de objetivo asomara al exterior.

—Lo que tenemos aquí —les explicó Hansen— es un arma Covenant que parece modificada para ser usada por humanos. El contador, observarán, no utiliza ninguna clase de numeración Covenant, sino la nuestra.

El camión paró con un chirrido.

—Los Insurrectos ya están aquí —informó alguien desde un monitor.

—Bien. —Hansen dio un golpecito a su auricular—. Todo el mundo sabe cuál es su lugar. Acabemos con esto.

Salió por la parte trasera con el rifle de plasma en la mano.

Uno de los agentes que había ante los monitores les hizo señas para que se acercaran. Tiró de un taburete que había junto a la pared.

—Podemos oír lo que la capitana Hansen dice, y ver a través de una cámara que lleva en el ojal.

Keyes y Watanabe permanecieron de pie junto al hombro del agente.

—¿Cómo te llamas, hijo? —preguntó Keyes.

El agente echó una veloz mirada hacia atrás.

—Smith. Josh Smith, señor.

—Encantado de conocerte, Smith.

En la pantalla, Hansen se acercó a un trío de hombres vestidos con sencillos monos grises, igual que ella misma. El hombre que iba delante tenía un aspecto militar y las mejillas cubiertas de cicatrices provocadas por alguna clase de explosión, y era sumamente delgado.

—¿A quién estamos viendo aquí?

Smith dio un toque a otro monitor situado más abajo en la pared para mostrar un conjunto de archivos relacionados con la operación.

—El hombre de delante es Jason Kincaide, un conocido Insurrecto. Un tipo más o menos de nivel medio. Los otros dos son sólo gorilas suyos.

Hansen se aproximó a Kincaide, y se dieron la mano. La trampa estaba colocada.

Pero en el fondo de la unidad alguien alzó una mano.

—Estamos recibiendo informes de alborotos a cuatro manzanas de distancia. ¿Puede alguien hacer aparecer las imágenes en directo del satélite?

Una de las pantallas más grandes parpadeó. Keyes se alejó del puesto de Smith y la contempló.

Había miles de personas.

—Puedo conseguir tomas de las cámaras de las calles —dijo Smith.

Minimizó el vídeo de Hansen y Kincaide intercambiando palabras en clave, e hizo aparecer una ventana pequeña que mostraba una esquina de una calle.

Los alborotadores llevaban un ariete enorme, hecho con el tronco de un árbol, y en aquellos momentos hacían pedazos la puerta de un almacén mientras la multitud lanzaba gritos de ánimo.

—Esto podría causar un problema —masculló Watanabe.

—Tal vez —dijo Smith—. Veremos si siguen descendiendo. ¿Se ha avisado a alguien?

—Sí, pero están más concentrados en el centro de la ciudad —les llegó la respuesta de otro agente—. Ésta es una zona de baja prioridad.

—Si fueran una rama militar, podríamos haber abortado la operación —rezongó Smith—. Mierda. Vienen hacia nosotros.

La atmósfera cambió en el puesto de mando de calma operativa a nerviosismo. Se podía ver a la turba en varias pantallas a medida que otras puertas eran reventadas a patadas o a golpes.

—Vamos a tener que suspenderlo. —Smith tocó otra pantalla—. Hansen, tenemos a una turba que se nos viene encima. No vamos a salir de aquí si demoramos las cosas. Asiente una vez si vas a interrumpirlo y salir disparada, o dos si crees que deberíamos coger a estos tipos también.

Hansen se irguió, y luego asintió dos veces.

—¡Vamos, vamos, vamos! —gritó alguien desde la parte trasera.

Un rampa se abrió a un lado del portacontenedores y golpeó el suelo alzando una nube de polvo. Los agentes de la ONI saltaron fuera con los rifles alzados apuntando a Kincaide y a sus hombres.

Kincaide negó con la cabeza, pero mantuvo las manos arriba, cerca del pecho.

—Hijos de…

Uno de los agentes lo golpeó en un lado de la cabeza con la culata de su rifle de combate y el Insurrecto cayó de rodillas.

—¡Esto no acabará aquí! —gritó Kincaide—. Hay más de donde yo vine. Os encontraremos en vuestras casas, de noche, y os mataremos allí. No pararemos hasta que este mundo sea nuestro, como debería ser en justicia.

Recibió otro culatazo en la cabeza. Un hilillo de sangre le corrió por la sien y él pareció aturdido. En unos segundos tenía las manos atadas a la espalda con bridas. Entonces empujaron a los tres Insurrectos a toda prisa al interior del remolque.

—¡Vámonos! —chilló Smith a todo el mundo—. ¡Están a unos cien metros calle arriba!

—¡Ya lo habéis oído… volved a subir esa rampa y en marcha! —gritó Hansen, y luego se volvió hacia Wacanabe—. Bueno, imagino que eso es todo.

—Lo siento.

Watanabe se hizo a un lado para permitirle dirigirse con paso decidido al centro del remolque. Los agentes de la parte delantera volvieron a izar la

rampa y la cerraron con un fuerte portazo. Los motores se pusieron en marcha con un ronquido.

—Esta maldita situación es un desastre, Watanabe. Todos estamos trabajando horas extras y cumpliendo con nuestro deber. Es casi imposible llevar a cabo operaciones mientras la ciudad se viene abajo. ¿Cómo vamos a enfrentarnos al Covenant cuando ni siquiera tenemos nuestra propia mierda bajo control?

Keyes se agarró al respaldo de la silla de Smith cuando el remolque se puso en movimiento con una sacudida.

—Ellos siempre decían que si una amenaza extraterrestre ponía en peligro a la humanidad, dejaríamos a un lado nuestras diferencias, haríamos causa común para enfrentarnos a ella como uno solo.

Watanabe negó con la cabeza con tristeza.

—Estaban equivocados. En todas las guerras, incluso en las que parece que la gente está unida, siempre existen facciones y maniobras. Al término de las Guerras de los Bosques Tropicales, los Neo-Friedenistas se volvieron en contra de los Friedenistas de línea dura en Delambre cuando tuvieron al UNSC cerca. Los Neos odiaban el control de la Unión de Naciones, pero entonces intentaron negociar una rendición que les permitiera ostentar alguna clase de poder. ¿Ha leído el trabajo de Elias Carver?

Keyes asintió.

—Carver es un pesimista.

—Cientos de religiones. Colonias que compiten con el respaldo de corporaciones. Persuasiones políticas de todas las variedades imaginables que se engendran en las sombras, y el resentimiento persistente hacia la UN por intentar mantener a todas las colonias bajo un gobierno de la Tierra. Las colonias, teniente Keyes, son un barril de pólvora. Que el Covenant avance hacia nosotros no hace que la mezcla sea menos volátil.

Y el enemigo siempre puede intentar sacar partido de eso, si de verdad tienen un buen sistema de información. Es por eso que estas armas resultan preocupantes. Son una mecha, Keyes.

El convoy de la ONI cruzó las gigantescas puertas del almacén.

—Daría cualquier cosa por saber qué facciones existen entre el Covenant —dijo Keyes.

—Sí, pero ellos son extraterrestres, y no podemos asumir que piensan o actúan como nosotros, porque hasta el momento… —empezó a decir Watanabe, luego se volvió.

Keyes también lo oyó, un silbido rugiente como el de un motor a

reacción.

La parte delantera del remolque de mando estalló convertida en una bola de fuego. Toda la unidad se alzó y volvió a caer con violencia contra el suelo a la vez que se detenía poco a poco. Keyes se vio lanzado hacia adelante y chocó contra una silla.

—¡Al suelo! —gritó Hansen—. ¡RPG!

Aparecieron llamas delante de Keyes, lamiendo las paredes. Un monitor estalló por el calor, arrojando fragmentos de cristal por todas partes. Gateó hacia atrás en dirección a Watanabe, que había sacado su pistola y volvía a mirar en dirección a la puerta que llevaba afuera.

Alguien al otro lado de las llamas disparó un arma tres veces.

—¿Hemos sido nosotros o un Innie? —Keyes gateó hasta Watanabe.

Otra RPG (granada impulsada por un cohete) alcanzó el remolque, haciendo estallar hacia el interior un lateral del remolque. Fragmentos ardiendo golpearon a Smith, quien empezó a chillar al verse envuelto en llamas.

Keyes corrió hacia él y lo arrojó al suelo, para que intentara rodar y extinguir el fuego. Las llamas le impidieron acercarse más, y tras otro segundo de alaridos, el carbonizado Smith finalmente empezó a quedarse quieto, lloriqueó y murió junto al diminuto incendio que él mismo había iniciado en la moqueta.

Watanabe y Hansen pusieron en pie a Keyes. Watanabe dio una patada a una sección debilitada que la explosión había fundido. El trozo se derrumbó hacia fuera, y ellos saltaron a la calle.

Una gran multitud de alborotadores contemplaba el remolque en llamas, no muy seguros de qué hacer a continuación.

SEGUNDA PARTE

14

HABITAT EL CUIDAD, RUBBLE INTERIOR, 23 LIBSAE

En cuanto Delgado abandonó la cámara estanca, supo que algo no iba bien. Cinco hombres muy fornidos estaban de pie esperándolo. Sus cabezas afeitabas brillaban bajo las luces artificiales del asteroide interior, y llevaban trajes caros y bien confeccionados. Delgado reparó también en los delatores bultos de pistoleras justo debajo de los sobacos izquierdos.

—¿Ignacio Delgado? —preguntó uno de ellos.

—Sí, ése soy yo.

Delgado clavó la mirada en los ojos del matón más cercano. No veía ningún modo de escapar de aquello. Los cinco hombres habían cubierto todos los ángulos de huida. Estaba rodeado.

—Hay alguien a quien le gustaría verlo.

Lo condujeron a través de la despejada extensión de hangar hasta el interior de un espacioso y lujoso coche tubo que aguardaba en el extremo del túnel de acoplamiento que conducía fuera del asteroide.

Dentro había un hombre delgado de aspecto austero, con el pelo negro como el carbón y ojos verde oscuro. El hombre dejó la placa de datos que había estado leyendo, cruzó los brazos sobre el regazo y se volvió levemente para mirar a Delgado.

—Señor Delgado —dijo por fin tras una larga pausa, sin duda calculada para hacer que Delgado se sintiera un tanto incómodo—. No sabe usted lo difícil que es de localizar.

Delgado pestañeó. Había sido difícil de localizar porque no había estado por allí. El Consejo de Seguridad del Rubble le había pedido que trasladara los datos de navegación una vez más.

—He tenido asuntos delicados de los que ocuparme —respondió Delgado.

La puerta del coche tubo se cerró tras él, y el vehículo se sujetó a un largo fragmento de vía que conducía hacia abajo y fuera del asteroide hangar donde Delgado había atracado el *Distancia*.

—Lo sé —repuso el hombre—. Fui uno de los miembros que votaron para enviarlo fuera a poner a salvo los datos de navegación.

—¿Perdone? —Delgado frunció el entrecejo.

—No, no. —El hombre agitó una mano en el aire—. Totalmente culpa mía. —Le tendió una mano.

Delgado alargó la suya y se la estrechó, algo indeciso.

—Soy Peter Bonifacio, y tengo entendido que ha estado preguntando por mí, señor Delgado.

Delgado clavó la mirada en los ojos del hombre que, con toda probabilidad, era responsable la muerte de Melko. Se mordió el labio.

—No lo creo. Debe de estar equivocado. He estado demasiado ocupado con las órdenes del Consejo de Seguridad. Como debe de saber.

Si Bonifacio, aquel hombre bajo de aspecto vehemente, estaba en verdad desesperado por ponerle las manos encima a los datos de navegación, lo disimulaba perfectamente en aquel momento, pensó Delgado.

Bonifacio encendió un cigarro. Un Sweet William, advirtió Delgado a la vez que sentía como una patada en el estómago.

—No, sin lugar a dudas es usted, Delgado —insistió Bonifacio—. Haciendo toda clase de preguntas muy interesantes. Así que pensé: «A lo mejor es hora de que yo haga también algunas preguntas».

Delgado contempló como el otro inhalaba una larga bocanada del Sweet William y luego la soltaba en el atestado interior del coche. Una nube de humo flotó un buen rato alrededor de los ocupantes.

Bonifacio se inclinó.

—¿Qué sabe del proyecto Éxodo?

El coche tubo siguió avanzando, adelantando peatones que iban y venían, flotando, de los diferentes asteroides.

—¿El qué? —preguntó Delgado.

Dio la sensación de que Bonifacio estudiaba cada poro del rostro de Delgado.

—¿Qué pasa con los Kig-Yars…? ¿Por qué está haciendo preguntas sobre ellos?

Delgado negó con la cabeza, apartándose de Bonifacio, ofendido.

—Tengo mis razones.

—Humm —gruñó Bonifacio—. Es una coincidencia extraña que los Kig-Yars atacaran un lugar que sólo conocían los nueve miembros del consejo… y usted.

—¿Me acusa de vender esa información? —Delgado volvió a inclinarse hacia adelante——. Me dispararon cuando protegía los datos. A mi copiloto lo mataron. ¿Cómo se atreve a sugerir que les di alguna información?

Bonifacio miró por la ventanilla a las profundidades del espacio que pasaba junto a ellos. Al frente, el tubo perforaba el centro de otro asteroide hábitat. Penetraron en su interior, con la curva tierra verde de labranza extendiéndose por todos lados a su alrededor.

—Somos todos inocentes hasta que se demuestre nuestra culpabilidad, desde luego, señor Delgado —dijo—. Pero en su caso, ésta es una cuestión tan delicada que unos cuantos miembros del consejo y yo hemos decidido que, para la seguridad del Rubble, tendrá que ser detenido mientras investigamos ciertos asuntos relativos a sus lealtades.

Delgado cerró con fuerza un puño.

—Mis lealtades están con el Rubble.

Bonifacio rio entre dientes.

—Ah, estoy seguro de que es todo un patriota. Eso he oído. Pero al consejo le gustaría entregarme a mí la seguridad de los datos ahora.

»Así que, ¿dónde están, Delgado?

—Bien metidos en el interior de su culo, Bonifacio. —Delgado sonrió burlón.

El rostro del otro se endureció.

—Eso no era necesario —dijo.

Delgado se encogió de hombros y volvió a recostarse en el asiento.

—Si estamos jugando, yo también quiero divertirme un poco —replicó.

Bonifacio echó rápidamente el brazo atrás y le lanzó un puñetazo al estómago, a escasos centímetros de una herida de plasma que estaba aún en proceso de cicatrización. Delgado sintió como si lo hubieran apuñalado, y el dolor hizo que se doblara hacia adelante.

—Es toda una lástima —masculló Bonifacio—. Empezamos con tan buen pie, y usted tenía que hacer eso.

—Es usted encantador —gruñó Delgado, sujetándose el estómago y

apoyándose al mismo tiempo contra el asiento que tenía delante—. ¿Es así en todas sus primeras citas?

—Tiene usted muchos problemas —repuso Bonifacio—. A partir de este momento está arrestado bajo sospecha de haber filtrado la ubicación de los datos de navegación.

—El consejo no lo tolerará —replicó Delgado—. Todos trabajaron duro conmigo para mantener los datos a salvo cuando nos dimos cuenta de que estaban siendo destruidos.

—Por todo lo que sabemos, usted podría ser parte de alguna conspiración para destruir los datos. Usted y su amigo Diego, quien casualmente fue quien más nos exhortó a «confiar» en usted. —El coche tubo aminoró la velocidad y Bonifacio se recostó en el asiento—. El consejo ha firmado la orden. —Alzó su placa de datos.

Delgado le echó una mirada. Luego levantó los ojos.

—¿Cómo?

—Una agradable ventaja de ser un miembro elegido y de confianza del Consejo de Seguridad. Ahora quiero la ubicación de esos datos de navegación, Delgado.

—¿Y durante cuánto tiempo será usted capaz de seguir adelante con esto? Al final, el consejo comprenderá que no se trata de un arresto normal cuando yo no aparezca en el centro de retención correspondiente, Bonifacio.

El contrabandista suspiró.

—Cierto, pero tenemos tiempo suficiente para lo que necesito.

—¿Hasta que llegue el *Kestre*? —aventuró Delgado.

Bonifacio esbozó una sonrisita.

—Y para evitar que propague ese maldito nombre por ahí.

—¿Viene de Charybdis IX, verdad? —preguntó Delgado, intentando sacarle más información—. He oído que la Armada del UNSC lo está monopolizando todo, de modo que es evidente que se trata de una última entrada a modo de despedida de material de contrabando. Una nave llena de lujos por los que pronto la gente pagará una fortuna… y entonces usted ya no necesitará los datos de navegación, ¿no es así?

Bonifacio no dijo nada, pero miró por la ventanilla.

Delgado asintió. El silencio decía muchísimo.

—¿Así que nos venderá a los Kig-Yars? ¿Les dará la información? —masculló Delgado.

—¿Acaso es uno de esos llorosos simpatizantes de la Tierra? —soltó

Bonifacio, repentinamente irritado—. Porque parece estar realmente convencido de esa idea de que intento robar los datos y vendérselos a los Kig-Yars. Incluso si es así, ¿a quién demonios le impona lo que le suceda a la Tierra? A ellos no podríamos importarles menos.

Delgado negó con la cabeza. Bonifacio no había confesado directamente ni admitido nada aún, pero al menos se estaba volviendo hablador. Insistió un poco más en la cuestión.

—Los Kig-Yars atacarán en cuanto vendamos esos datos. Están aquí simplemente para cogerlos de donde estén.

Bonifacio negó con la cabeza.

—Ahí es donde está equivocado. Arriesgan mucho para estar aquí, para ayudarnos a construir estos asteroides. Y nos recompensarán. Ellos consideran esto un hogar tanto como lo hacemos nosotros.

—¿Cómo cree que nos recompensarán?

Bonifacio sonrió.

—No se preocupe por eso ahora.

Delgado apretó los dientes. El contrabandista casi había admitido que trabajaba para los Kig-Yars. Que él era la filtración que había en el consejo.

El coche cubo aminoró la marcha cerca de un sector de aspecto industrial del asteroide, donde se procesaban metales a partir de escoria en bruto remitida por otras compañías mineras que todavía operaban en las afueras del Rubble.

Pararon delante de un almacén de gran tamaño medio enterrado en el suelo. Bonifacio se inclinó hacia adelante mientras uno de sus hombres le colocaba unas esposas a Delgado.

—Bienvenido a su nuevo hogar durante los próximos días.

15

DISTRITO DE LOS ALMACENES DE SCYLLION, CHARYBDIS IX

Keyes contempló los rostros de los amotinados, leyendo la rabia y la desesperación en el estado de ánimo de la multitud. Hasta el momento se limitaban a observar a los supervivientes de la ONI. Los camiones y remolques de los que el equipo de la ONI y Keyes salían gateando yacían hechos pedazos atravesados en la calzada, ardiendo debido a los impactos de las RPG. El asfalto se había fundido en algunos lugares, y las ventanas del almacén reflejaban las llamas danzantes.

—Detrás de nosotros.

Hansen se dio la vuelta y disparó a la esquina del remolque en llamas. Alguien volvió a esconderse tras ella.

—Tenemos que salir de aquí —dijo Watanabe a Keyes.

Un murmullo creció entre la multitud, y a lo lejos sonaron gritos triunfales cuando varios de ellos arrastraron a un agente de la ONI fuera de los restos de un remolque. El hombre forcejeó, pero las diez personas que lo sujetaban eran demasiado fuertes.

Lo lanzaron al suelo y empezaron a patearlo. Sus gritos llegaron hasta ellos.

—¿No podemos hacer nada? —preguntó Keyes.

—Somos sólo nosotros tres, y cientos de ellos ahí enfrente —dijo Hansen—. Ni siquiera tengo un blanco claro; son demasiados.

—Maldita sea. —Keyes echó una ojeada a un lado y a otro entre la multitud y el remolque—. Pelican 019, aquí el teniente Keyes. —Sacó la pistola de la funda, pero no apuntó con ella a nadie, simplemente la mantuvo al costado.

—¿Debo entender que sois ONI? —Les chilló el Insurrecto del otro lado del remolque, y sonó como si fuera Kincaide—. Creéis que sois muy listos, moviéndoos furtivamente por ahí. ¡Pero ahora os tenemos! Os aplastaremos como a vuestro amigo.

Los gritos del agente de la ONI habían cesado. La multitud se apartó del cuerpo inerte y destrozado. Keyes sintió náuseas, y luego nerviosismo cuando la multitud chilló en su dirección.

Hansen dejó caer un cargador vacío de su arma, y éste repiqueteó sobre el asfalto al mismo tiempo que ella introducía otro nuevo con un chasquido. No respondió a los improperios de Kincaide.

—Aquí Jeffries, señor —chisporroteó la voz en el auricular de Keyes.

—¿Puede localizar mi ubicación?

Keyes intentó mantener la voz tranquila. Algo en la ira reprimida de la multitud lo acobardaba.

—Sí, señor.

Hansen señaló una puerta cercana que daba a otro almacén. Retrocedieron hacia ella.

Keyes mantuvo la mano alzada, pegada a la oreja.

—Prepárese para una recogida peligrosa. Vamos a subir al tejado. Tenemos a una turba tras nosotros, y hemos perdido a los Insurrectos tras los que íbamos. Están utilizando RPG contra nosotros, así que venga de prisa y en vuelo bajo… y mantenga los ojos abiertos.

Un Insurrecto atisbo por detrás de una esquina, y volvió a ocultarse cuando Watanabe le disparó.

—Son agentes de la compañía —gritó Kincaide a la multitud—. A cualquiera de vosotros que los atrape, le daré armas. Armas gratis.

Un par de amotinados lo oyeron y echaron a correr calle abajo hacía el trío. Watanabe y Hansen dispararon a la vez, y los dos hombres cayeron de bruces a la calzada.

La agente de La ONI se volvió y disparó a la cerradura varias veces, luego abrió la puerta de una patada.

—Adentro.

Pasaron al interior, con Watanabe y Hansen esperando junto a la puerta mientras Keyes miraba a su alrededor en busca de un modo de llegar arriba.

Chasquearon unos cuantos disparos más… que convencieron a la multitud de mantenerse atrás. Entretanto, Kincaide incitaba a la turba para que atacara.

Sin embargo, los amotinados no querían enfrentarse al fuego de las armas. Keyes pudo darse cuenta de ello a través de las ventanas hechas añicos; se detenían cuando los dos agentes de la ONI disparaban justo por encima de sus cabezas.

Mirando en la dirección opuesta, Keyes divisó un montacargas.

—Señor, estoy a un minuto de ahí —comunicó JefFries—. Suban al tejado.

—¡Al tejado! —gritó Keyes.

Corrieron al montacargas y cerraron la jaula. Éste ascendió dando bandazos justo cuando la puerta por la que habían entrado se hacía pedazos y los amotinados penetraban en tropel con Kincaide al frente de ellos.

El Insurrecto alzó un rifle de plasma Covenant, y al mismo tiempo que el montacargas ascendía al siguiente piso, una ráfaga alcanzó las puertas del ascensor del piso inferior, lanzándolas por los aires al interior del hueco.

El humo ascendió con ellos mientras subían al piso superior.

El montacargas paró con una sacudida, y una vez que las puertas se abrieron, Hansen disparó varias veces al panel de control. El vestíbulo conducía a una entrada que daba al tejado y pasaba por delante de la escalera que descendía a los pisos inferiores del almacén.

Pudieron oír murmullos y pisadas apresuradas en el hueco de la escalera cuando pasaron junto a él para abrir la puerta de una patada.

Al salir corriendo al tejado, Keyes vio como las luces de posición del Pelican que se acercaba se apagaban de golpe. El aparato descendió en picado por su lado, cegándolos con el repentino resplandor de un foco que a continuación se apagó casi con la misma rapidez con que lo habían encendido.

—¿Es usted el que está saliendo al tejado, señor? —preguntó Jeffries.

—Será mejor que lo creas —gruñó Keyes, alejándose a la carrera del hueco de la escalera.

—Voy a dar la vuelta para el aterrizaje mientras se despliega la rampa —informó Jeffries.

El Pelican se ladeó y desapareció en la noche. Luego volvió a aparecer. Jeffries pilotaba a la máxima velocidad en dirección a la parte superior del edificio, rozando los tejados en una carrera casi suicida.

Keyes tuvo que admirar su habilidad.

Desde el nivel de la calle, el centelleante fogonazo de un lanzacohetes iluminó un callejón y un cohete salió disparado hacia el Pelican.

—¡RPG! —gritó Keyes, pero Jeffries ya había alzado la cola del Pelican, haciendo que se deslizara de lado para quedar de cara al cohete y mostrar un perfil más reducido.

El cohete pasó como una exhalación por su lado, sin alcanzarlo pero bañando el Pelican con una fantasmal luz naranja.

Un segundo cohete centelleó y saltó hacia lo alto desde debajo del Pelican. Impacto contra el vientre de la nave, destrozándolo. Una lluvia de desechos cayó del Pelican, y una segunda explosión en el interior hizo estremecer toda la estructura del aparato.

Se mantuvo en el aire, con los motores chirriando, pero sin moverse.

El tercer cohete le dio en la cola, y el Pelican cayó a la calle, hundiéndose fuera del nivel de la vista en un infierno de metal hirviente y retorcido.

Keyes se abalanzó a la cornisa del edificio, disparando su revólver a la calle, pero los Insurrectos habían vuelto a fundirse en las sombras.

Los restos incendiados se consumieron en el fondo de los ojos de Keyes mientras él aguardaba, a la espera de algún movimiento, cualquier movimiento, cerca de lo que quedaba del Pelican.

—Teniente.

Watanabe lo agarró y tiró de él hacia atrás, lejos del borde.

Esquirlas de hormigón aguijonearon el rostro de Keyescuando unos disparos alcanzaron el saliente del edificio. Watanabe lo miró a los ojos. Keyes permaneció de pie frente a Watanabe, paralizado, mientras el otro le agarraba el rostro para mirarlo directamente.

—No hay nada que usted pudiera haber hecho, Keyes.

Éste expulsó como atontado el cargador vacío del arma y deslizó otro en el interior.

—Yo fui quien lo transfirió a bordo del *Midsummer Night*.

—Era un buen soldado y un buen hombre. Jefferson efectuó vuelos difíciles, y ahora ha caído y nosotros tenemos que centrarnos.

Keyes miró fijamente al espía de la ONI. ¿Jefferson? ¿Qué diablos era eso? Se suponía que Watanabe era un hombre minucioso, observador. Pero Jeffries no había merecido su atención, al parecer. De todos modos, eso era un espía en contraposición con los soldados. A los espías no les importaba el hombre que tenían al lado. Tenían sus propias órdenes que cumplir.

—Keyes, ¿me oye? ¿Puede ponerse en contacto con la nave?

—Puedo intentarlo —respondió Keyes.

Junto al hueco de la escalera, Hansen efectuó tres disparos, y alguien gritó.

Keyes se apartó de la pared y cerró los ojos. Fue pasando frecuencias en el auricular, y luego alzó los ojos a las estrellas en el cielo nocturno. Una de ellas era el *Midsummer Night*, estacionado en órbita geosincrónica, y colgaba directamente sobre la ciudad.

—*Midsummer Night*, aquí Keyes.

Esperó un momento, luego lo repitió.

Llegó una respuesta, con interferencias y tenue.

—Keyes, aquí Kirtley. Me alegro de oír su voz. ¿Cuál es su ubicación?

—Inmovilizados en un tejado —informó él—. A Jeffries lo alcanzó fuego RPG; el Pelican fue abatido. Tenemos Insurrectos y a una turba listos para desgarrarnos las gargantas.

—Escuche, manténganse firmes —dijo Kirtley—. Vienen ODST de camino.

—No llegarán aquí a tiempo —replicó Keyes.

—El mayor Faison tuvo unas palabras con el capitán, dijo que ustedes necesitaban marines en tierra como apoyo para contener a la turba. Salieron hace rato, antes de que llamara a Jeffries. Tienen que resistir veinte minutos. ¿Recibido? ¿Veinte minutos?

Veinte minutos. Era lo mismo que si le hubieran dicho una eternidad.

Pero era una posibilidad.

—Dígales que se mantengan escalonados y que tengan cuidado con los cohetes —indicó Keyes.

—Lo haré. Buena suerte, teniente.

Keyes corrió hacia donde estaban Watanabe y Hansen.

—Hay ODST de camino. Veinte minutos.

Watanabe y Hansen intercambiaron miradas. Watanabe alzó su arma.

—Ultimo cargador.

—El mío también es el último.

Los tres contemplaron el hueco de escalera vacío de momento.

—Veinte minutos, ¿eh? —dijo Hansen.

—Veinte —repitió Keyes.

—Bueno, estoy dispuesta a probarlo —declaró la agente de la ONI, y se apuntaló contra la pared para poder disparar mejor.

16

DISTRITO DE LOS ALMACENES DE SCYLLION, CHARYBDIS IX

—No intentan abrirse paso escaleras arriba con la suficiente energía —dijo Hansen, diez minutos más tarde.

Hasta el momento, Keyes sólo había efectuado disparos de advertencia. Los amotinados atisbaban por una esquina y disparaban una vez, y él hacía lo mismo, y luego se producía un silencio hasta que el siguiente amotinado reunía el valor necesario para repetir la jugada.

—Tiene razón. —Watanabe se adelantó, intentando echar una mirada por el hueco de la escalera, y se apartó violentamente cuando alguien disparó.

Una descarga de plasma estalló contra las paredes del vestíbulo.

—Tienen las armas del Covenant. —Hansen se apartó de la entrada, arrastrando los pies.

—Entonces, ¿por qué no se abalanzan sobre nosotros? —preguntó Keyes, y escudriñó el tejado—. Están tramando algo.

Hansen extrajo un cuchillo de aspecto temible de la bota y lo depositó en el suelo.

—Keyes, a la izquierda. Watanabe, derecha. Limítense a comprobar los bordes. No asomen la cabeza, sólo presten atención por si oyen cualquier cosa. Yo defenderé este punto.

Keyes y Watanabe se dirigieron agachados hacia el borde del tejado.

Keyes, avanzó despacio pegado a la cornisa de hormigón. Agachado, el borde le llegaba a la altura de la cabeza.

En el otro extremo vio a Watanabe haciendo lo mismo.

Keyes recorrió todo un lado del edificio. Los muslos acabaron ardiéndole por el incómodo modo de andar, e hizo una pausa para estirarlos.

Watanabe también se había detenido.

Pero no estiraba las piernas. Había sacado el arma.

Tres hombres saltaron por encima del saliente cerca de Watanabe, con Kincaide franqueando el borde justo detrás de ellos. El agente de la ONI atacó lateralmente, abatiendo al primer hombre, luego al segundo.

Keyes no podía arriesgarse a disparar, porque existía la probabilidad de que alcanzara a Watanabe desde aquella distancia, así que echó a correr hacia el grupo.

Kincaide utilizó al tercer hombre, un amotinado, como escudo. Empujó al sorprendido civil contra Watanabe, luego les disparó a ambos varias veces con un rifle de plasma. Keyes sintió náuseas al ver caer a Watanabe. El hombre podía haber pertenecido a la ONI, pero formaba parte de la tripulación y era un camarada. Keyes lo oyó chillar.

Alzó la pistola sin pensarlo dos veces. Mientras Kincaide parecía darse la vuelta a cámara lenta, él oprimió el gatillo.

Había apuntado al pecho, pero el primer disparo alcanzó a Kincaide en el hombro. El impacto lanzó al Insurrecto hacia atrás, y éste pugnó por volver a alzar el pesado rifle de plasma para apuntar a Keyes.

Keyes le disparó en el pecho, luego en el estómago, le hizo un rasguño en el costado, y luego se quedó sin munición. Se abalanzó sobre Kincaide, forcejeando para hacerse con el rifle extraterrestre.

—Maldito… cerdo… del UNSC —escupió Kincaide, intentando aún enderezar el rifle para clavarlo en las costillas de Keyes—. Regresa a la Tierra. No perteneces a este lugar.

El recuerdo de las explosiones en el muelle de carga del *Finnegaris Wake*, del Pelican en llamas pilotado por Jeffries cayendo, de los ODST heridos que apretaban los dientes y soportaban el dolor mientras esperaban ayuda, inundó la mentede Keyes. Gruñó y siguió empujando el rifle de plasma hasta que éste apuntó a los pies de Kincaide.

Presionó el gatillo, y una ráfaga de plasma al rojo blanco derritió la pierna del Insurrecto y lanzó a Keyes hacia atrás, aferrado todavía al rifle.

El hormigón borboteó debajo de él, y Keyes notó que ardían las

perneras de su uniforme. Apagó las llamas rápidamente con las manos y volvió a mirar a Kincaide.

El hombre había perdido la pierna izquierda, cercenada limpiamente a la altura del muslo. Le había disparado en el hombro y en el pecho.

Sin embargo, aún sostenía una pistola pequeña en la mano derecha, y la alzó para apuntar a Keyes. El odio relampagueaba en sus ojos vidriosos.

Sin vacilar, Keyes le arrancó la cabeza del cuerpo al Insurrecto con una ráfaga de plasma.

Las manos le temblaban. Nunca antes había disparado a un hombre. Había disparado a multitudes, disparado tiros de advertencia, practicado en entrenamientos, pero jamás había mirado a los ojos a alguien que estuviera a punto de matarlo, pero él había disparado antes.

Watanabe gimió, y Keyes gateó hasta él. El rifle de plasma había desgarrado el lado izquierdo del torso del agente de la ONI, dejando un achicharrado revoltijo.

El olor provocó arcadas a Keyes.

—Esto es malo —farfulló Watanabe.

—No se mueva —le dijo Keyes—. Quédese quieto, no cierre los ojos.

—Duele.

Keyes se mordió el labio.

—Aguante, Aldo. Están de camino. Sólo necesitamos aguantar.

Hansen disparó tres proyectiles más a alguien que probaba suerte en la escalera. Watanabe aferró el antebrazo de Keyes e hizo una mueca de dolor; luego lo soltó.

Keyes bajó los ojos hacia el cuerpo flácido y sin vida del mayor Akio Watanabe.

Se puso en pie y agarró el cadáver decapitado de Jason Kincaide, lo arrastró hasta el saliente, y lo empujó por encima.

Oyó el lejano golpe sordo y a una multitud que lanzaba un grito de sorpresa.

Keyes fue hasta el borde y miró abajo. Se habían apropiado de un camión de bomberos y levantado la escala hasta el tejado. Varios cientos de amotinados daban vueltas en la calle, muchos de ellos con rifles de plasma.

—¡Escuchad! —Keyes alzó su recién adquirido rifle de plasma a la vez que gritaba—: ¡Si alguien más intenta asaltar el tejado, también le volaré la maldita cabeza!

Disparó el rifle dos veces a la base de la escala, y contempló con satisfacción como se derretía el metal y la escala resbalaba por el costado del

edificio para ir a caer sobre la multitud.

Los amotinados se desperdigaron cuando se estrelló con fuerza contra el asfalto.

—Bien. —Keyes soltó la palabra en el tono de un sargento de instrucción, como si hubiera estado hablando a una multitud de nuevos reclutas—. Los marines del UNSC van a llegar en cualquier momento. Si yo fuera vosotros, no querría andar por aquí a plena vista, no fuera a ser que ellos recibieran la equivocada impresión de que sois enemigos, y actuaran en consonancia.

Dio media vuelta y se alejó del borde.

—Mire —dijo Hansen, señalando arriba.

Unas estrellas en el cielo aumentaron de tamaño, parpadeando cada vez con más intensidad, hasta que se las pudo ver claramente dirigiéndose a toda velocidad hacia el edificio.

—La caballería ha llegado —exclamó Keyes.

17

DISTRITO DE LOS ALMACENES DE SCYLLION, CHARYBDIS IX

Veinte cápsulas individuales de inserción exoatmosférica aparecieron en lo alto, abriéndose paso a través de la atmósfera, refulgiendo aún por el calor de la fricción de la reentrada. Se abrieron los paracaídas, lo suficiente para aminorar un poco la velocidad de las cápsulas del tamaño de un humano. Luego, en el último segundo, llamearon los cohetes, encendiendo el firmamento nocturno mientras las cápsulas SOEIV chocaban con la estructura reforzada del tejado.

Una nube de hormigón pulverizado flotó en el aire, y esquirlas del tejado tintinearon sobre el suelo cuando las cápsulas se abrieron por la mitad y los ODST saltaron fuera empuñando sus rifles de combate.

En la esquina del tejado, de una cápsula inclinada precariamente sobre borde, un ODST saltó al exterior. La SOEIV dio una sacudida y luego cayó hacia la calle.

El Helljumper se quitó el casco. Era Faison.

—¿Nos echaron mucho de menos?

Keyes señaló a Watanabe, y Faison calló un instante.

—Maldita sea. No me gustaba el espía ese, sin embargo…

Hizo una seña a dos ODST y les encomendó que envolvieran el cuerpo de Watanabe. Keyes desvió la mirada y engulló el nudo que sentía en la garganta. Había visto demasiada muerte en un solo día.

—Están disparando RPG por todas partes. Probablemente sea demasiado arriesgado para los Pelicans —dijo Keyes—. Abatieron a Jeffries.

—Ya nos informaron sobre ello cuando veníamos —repuso Faison, y paseó la mirada a su alrededor—. Pero no se preocupe, teniente. Usted nos salvó el culo en el *Finnegan's Wake*, y ahora ha llegado el momento de que estemos en paz.

—No quiero ver morir a nadie aquí abajo —dijo Keyes.

—¡Magnus! ¡Jeremy! —gritó Faison, y un par de Helljumpers altos y corpulentos corrieron a su lado—. Cojan cuatro observadores, coloquen el equipo en posición donde puedan hacer su trabajo. Empiecen a marcar blancos. Pero manténganse en las sombras.

—Sí, señor.

—Y que alguien —tronó Faison en su micrófono, que todavía le colgaba de la oreja— empiece por favor a arrojar granadas por ese hueco de escalera.

La turba había retrocedido cuando Keyes arrojó el cuerpo de Kincaide desde el tejado, pero llegaban disparos desde el corredor y la calle a medida que la multitud se obligaba a volver a subir.

Dos esbeltas sombras ODST fueron a colocarse a un lado de las puertas y lanzaron granadas por el vestíbulo y al interior del hueco de escalera.

—¡Fuego en el agujero! —gritó uno, justo antes de que una bola de fuego brotara por la puerta.

Sonaron alaridos procedentes de las profundidades del almacén.

Keyes cambió la frecuencia al canal abierto de los marines. Pudo oír a los observadores con su visión nocturna y al equipo de detección térmica murmurando:

—¿Ves el que está junto a esa ventana?

—Sí, lo tengo marcado.

—De acuerdo, tengo uno en lo alto del edificio. Nor-noroeste. Cerca del depósito de agua.

—Solapado. Sí.

Keyes siguió a Faison hasta una cornisa, donde éste sostuvosu casco por encima del saliente un segundo, luego volvió a colocárselo y analizó el metraje de la cámara.

—Mire eso —dijo—. Todo este barullo ahuyentó a los amotinados. Así que cualquiera que quede es un Innie.

—Perímetro seguro —informó un Helljumper—. No nos están disparando todavía.

—De acuerdo —respondió Faison—. Sacad el señuelo y juguemos a

localizar a los lanzadores de RPG.

Un Pelican con las luces de posición encendidas apareció volando despacio, para pasar por encima de ellos y luego efectuar un giro en un descenso en picado.

—Eliminen a sus blancos —ordenó Faison.

Los dos francotiradores, Magnus y Jeremy, eran el centro de atención ahora.

Crac. El sonido de un SRS 99 se dejó oír en todo el tejado.

—Acabé con el «señor Ventana».

La pareja de tiradores había gateado hasta la parte superior de una pequeña estructura situada por encima del vestíbulo, un edificio encima de un edificio, y éste les proporcionaba una línea de visión despejada de las calles y edificios circundantes.

—El «señor Depósito de Agua» está… fuera del enrejado… —Crac—. Y no hay la menor duda de que no va a ir de juerga esta noche.

—Cambiando posición.

Uno de ellos saltó fuera y corrió como una flecha por el tejado, con el largo cañón del rifle de francotirador cabeceando. Se instaló en la esquina del edificio, con la punta del arma descansando sobre el saliente de hormigón.

—Mientras tú te dedicas a refunfuñar, el «señor Esquina» apunta al Pelican… —Crac—. Abatido.

Crac.

—Ese es el último.

Faison efectuó un movimiento rotatorio con la mano.

—Así es como lo hacemos, caballeros. Que vengan los otros Pelicans.

Dos Pelicans descendieron de las nubes y entraron con fuerza aterrizando con gran estruendo en el tejado. Hansen y Keyes ascendieron a la carrera las rampas y se abrocharon los cinturones de seguridad; los siguieron los Helljumpers.

Los Pelicans despegaron, con los motores aullando mientras las naves abandonaban la zona efectuando un zigzag. A lo lejos sonó algún que otro chasquido de un rifle de plasma.

Mientras la rampa se cerraba, Faison avanzó hacia Keyes dando tumbos y le entregó un cigarro.

Keyes contempló el descascarillado exterior.

—¿Un Sweet William?

—Sólo lo mejor, señor. Un cigarro para celebrar la victoria.

—¿Un cigarro para celebrar la victoria? —Keyes echó una mirada en dirección al cuerpo de Watanabe—. Perdimos a dos de los nuestros ahí abajo. Esos amotinados tienen armas Covenant, ahora.

—Señor, cada día que uno regresa de una misión con vida, es una victoria. —El Helljumper sonrió burlón.

Eran una clase diferente de soldado; Keyes tenía que repetírselo continuamente. Aquellos hombres tenían que serlo. Meterse dentro de una cápsula con un escudo térmico, enfrentarse a las llamas de la reentrada en un planeta, y lanzarse en paracaídas en mitad de la acción, rodeados de… Eso estaba un poco por encima de los deberes de un marine normal.

Keyes devolvió el cigarro a Faison.

—No fumo. Va en contra del reglamento.

—Señor, lo he visto de pie con una pipa, en la sala de derrota, examinando mapas.

La pipa de su abuelo. Era una reliquia de familia, y la conservaba con él. Le reconfortaba tenerla en la mano. Una vieja costumbre.

—Y no la fumo. Pero le diré qué, marine, cuando contemple una victoria, fumaré una con usted. Esto no ha sido una victoria, ha sido una concentración de…

—No fue un desastre total —intervino Hansen, que estaba de pie en el centro del Pelican, manteniendo el equilibrio mientras la nave daba sacudidas y se estremecía en su ininterrumpida ascensión—. El motivo por el que Kincaide estaba tan decidido a eliminarnos era que comprendió que había cometido un error. Me dijo el nombre de la siguiente nave que va a efectuar un viaje con contrabando mientras intentaba regatear por las armas. Dijo que había hecho negocios con ellos.

—¿Y el nombre de la nave? —El *Kestrel*. Estas armas Covenant son un problema, Keyes. Es necesario que dilucidemos por qué está haciendo esto el Covenant. Y desde luego, tenemos que pararlo.

—Por supuesto —convino uno de los Helljumpers.

Keyes cruzó los brazos. El *Kestrel*.

Lo perseguirían hasta el borde de la galaxia si era necesario, por lo que concernía a Keyes. Alguien iba a tener que pagar por todas las muertes acaecidas bajo su tutela.

—Señor —gritó la piloto del Pelican desde el interior de la cabina de carga—. Señor, el *Midsummer Night* nos llama.

La voz de la mujer se había quebrado ligeramente.

Miedo.

Keyes caminó con calma hasta colocarse detrás del asiento de la mujer, aunque sentía como si hubiera recibido un puntapié en el estómago.

El casco de la piloto llevaba el nombre Carson inscrito en la parte de atrás. El Pelican dio unas cuantas sacudidas mientras pasaba a través de las nubes, sin dejar de ganar altura. La nave iba lanzada, en dirección a la oscuridad del espacio.

—Los puestos de sensores del borde del sistema creen que está entrando algo. Algo grande —dijo la mujer.

—¿Covenant? —preguntó Keyes.

—¿Sabe de otras flotas que estén planeando pasar por este lugar?

Carson regresó a la tarea de ponerlos en órbita, y Keyes volvió a descender trastabillando a causa del empinado ángulo.

—¿Está programada la llegada de alguna nave de la Marina? —preguntó a Hansen.

La mujer negó con la cabeza.

—Colé sigue ahí fuera, cerca de Harvest. La flota principal de Mawikizi está desplegada alrededor de Ectanus. Hay tres destructores patrullando…

—El principal atributo de la *Night* es su invisibilidad —dijo Keyes, mientras su mente repasaba a toda prisa algunos planes rudimentarios sobre cómo tres destructores y el *Midsummer Night* podían enfrentarse a esa flota Covenant.

Hasta el momento, tan sólo el almirante Colé y su grupo de combate se habían anotado alguna victoria significativa ante el Covenant. Y era un secreto mal guardado dentro de la Mariña que Colé había lanzado tres naves contra las fuerzas del Covenant por cada nave de éstos que destruyó. El *Midsummer Night* y las otras tres fragatas tendrían unas probabilidades muy escasas.

—Si es Covenant, tendremos que utilizar esa invisibilidad como una defensa.

Con la capacidad para ser indetectable y el solitario cañón MAC a bordo de la *Night*, una serie de ataques relámpago podrían tal vez hostigar al Covenant para que los persiguiera, y atraerlos a una situación en la que los tres destructores sólo tendrían que enfrentarse a una o dos naves del enemigo.

Hansen negó con la cabeza.

—Si el Covenant viene a por Charybdis, su única fragata no servirá de nada. Keyes, es vital que siga con el asunto del *Kestrel*, que descubra qué trama en realidad el Covenant. Es para lo que diseñaron su nave. No

podemos desperdiciarla en una resistencia heroica.

—Pero…

—No sería un uso sensato de los recursos. —Hansen se mordió el labio—. Y el UNSC tiene cada día menos recursos, Keyes. Llevamos combatiendo al Covenant casi una década. Y por el momento, prácticamente hemos perdido todas nuestras colonias exteriores. Tiene que averiguar qué está pasando. Es necesario que vaya tras el *Kestrel*. Antes de que el Covenant entre por completo en el sistema y los atrape.

A Keyes no le gustó nada eso de abandonar a nadie en una defensa condenada al fracaso. Permaneció junto a la agente de la ONI en silencio mientras el Pelican se encaminaba a su objetivo.

—Una vez que me deje en la estación orbital, diga a Zheng que salga de aquí. Transmitiré las órdenes. Descubrirá que lo supero en rango.

—Sí, señora —asintió Keyes.

Hansen suspiró.

—Y cuando encuentre su auténtica victoria, teniente, asegúrese de fumarse uno de esos Sweet William por mí.

—¡Estamos entrando! —anunció Carson desde la cabina de mando—. Y de prisa. El capitán Zheng nos quiere de vuelta a bordo LO ANTES POSIBLE.

Por las ventanillas de la cabina se vieron rotar lentamente los largos postes de una estación orbital de la Marina. Carson hizo girar bruscamente al Pelican hasta que éste chocó con uno de los radios.

Mientras la parte posterior se abría, Keyes se cuadró y saludó. Los ODST del interior siguieron su ejemplo, no muy seguros de qué sucedía.

Hansen devolvió el saludo, y luego abandonó el Pelican.

—De acuerdo —gritó Carson—. ¡Agárrense!

18

DESTRUCTOR DEL UNSC «DO YOU FEEL LUCKY?», CHARYBDIS IX

Thel 'Vadamee irrumpió en un pasillo a la carrera y apuntó con un rifle de plasma al fondo de éste. Nada.

Tenía que haber otros humanos a bordo del destructor además de las deplorables escasas criaturas que habían intentado rechazar al grupo de abordaje. La angulosa nave, con sus cerradas esquinas y distribución cuadrada, apestaba a un contingente mayor de humanos.

El Sangheili no volvió a enfundar el arma. Un arma desenfundada exigía sangre, y en la cultura Sangheili uno no sacaba un arma a menos que tuviera intención de utilizarla, aun cuando fuera sólo una pistola. Así que ahora permanecería en su mano.

Thel cruzó otro mamparo y giró a la derecha. Ahí estaba otra vez aquel aroma: un olor acre. Los humanos debían de haberse replegado a una zona central, muy en el interior de la nave.

Sus camaradas Sangheilis daban caza a naves humanas por todo aquel sistema para destruirlas, y las naves insignia de la flota estarían descargando en aquellos momentos toda la potencia de sus armas de energía sobre la superficie del planeta. Esterilización. Una orden de destrucción transmitida por los líderes del Covenant, los tres Sumos Profetas.

Pero Thel y su equipo cuidadosamente seleccionado habían salido en una misión secundaria.

A su derecha, un equipo de Zelotes caminaba sin hacer ruido junto a él, manteniendo preparada una trayectoria de fuego de grados por si sufrían una emboscada. Sus cuellos largos y coriáceos se estiraban a un lado y a otro, a la vez que los ojos, parecidos a los de un águila, escrutaban los incómodos recovecos de la nave humana en busca de enemigos.

—Cobardes —siseó Jora 'Konaree.

Jora era alguien a quién siempre le hervía la sangre, siempre listo para el combate y ansioso por asaltar una posición. Sonaba decepcionado y frustrado al no tener una pelea directa en la que participar.

—Huyen ante nosotros igual que aterradas criaturas del bosque ante las llamas.

Una metáfora muy acertada, pensó Thel, teniendo en cuenta que las naves Covenant lanzaban una lluvia de fuego sobre los mundos humanos.

—Sed prudentes —advirtió Thel—. Son criaturas pequeñas, pero no ignoran sus desventajas.

Los humanos les tenderían una emboscada muy pronto, en alguna especie de última resistencia heroica. Había oído algunos rumores provenientes de otros Sangheilis que habían abordado naves humanas en busca de información sobre que éstos pelearían duro, casi honorablemente.

O, al menos, eso esperaba Thel. Darles caza como si fueran alimañas resultaría… degradante para todas las partes involucradas.

Por anteriores disecciones de naves de aquella clase, sabían que el centro de control estaría cerca de la parte delantera del navio. Una posición audaz y descarada que Thel valoraba.

Se abrieron paso arrojando granadas autoadhesivas a la juntura de las puertas. Las granadas chocaban con un ruido sordo y permanecían allí pegadas. Luego, estallaban.

—Adelante —gritó Jora.

Los otros Zelotes —Zhar, Saal y Veer— siguieron a Jora y a Thel entre los restos destrozados de las puertas. Zhar, cauteloso, pero constante e imperturbable; Veer, con una expresión aburrida en la cara pero con los ojos moviéndose en todas direcciones en busca de detalles y singularidades para sus poemas bélicos; y Saal, al igual que Jora, en busca de cualquier cosa que matar.

Eran el pequeño ejército de Thel, un grupo de luchadores que habían visto caer a sus pies a muchos enemigos.

Jora irrumpió en la habitación.

—Abandonaron su propio centro de mando —gruñó, y a continuación

se inclinó sobre las consolas de los ordenadores alienígenas e intentó ponerlos en marcha.

La única respuesta fue un chisporroteo: habían disparado a las consolas antes de abandonarlas.

—¡Están inutilizados!

Desenvainó su espada de energía y la encendió lleno de contrariedad. Las dos chisporroteantes llamas azules se alzaron a ambos lados de la mano que sostenía la empuñadura, y Jora la hundió el corazón de la máquina, haciendo volar chispas y derritiendo el metal alrededor del lugar que la espada había atravesado.

Las pantallas sobre sus cabezas parpadearon y se apagaron.

Jora retiró la espada y partió la consola en dos con ella, hendiéndola limpiamente con su arma por la mitad.

—Salvajes con naves estelares y armas de juguete, capitán —siseó a Thel, que contemplaba la exhibición de cólera sin la menor emoción.

Un tableteo agudo de disparos se abrió paso a través de la cabina de mando, y la armadura de Jora llameó.

—Sangre —maldijo el Zelote, a la vez que se agachaba para ponerse a cubierto.

Zhar se volvió con calma y lanzó unas granadas por el corredor.

—Así que por fin atacan. —Las mandíbulas de Jora se separaron cuando rugió un desafío en dirección al sonido de los disparos.

Thel, sin embargo, corría ya por el pasillo. Los humanos los habían arrinconado allí. Una buena jugada. Thel saltó a través del humo y el caos de la explosión, y la armadura recibió varios impactos, a la vez que el campo de energía llameaba debido a los proyectiles de los humanos. Disparó al primer humano que vio en cuanto volvió a aterrizar sobre la cubierta.

El segundo humano, pegado a la pared, se volvió para apuntarle con el rifle. Thel estaba demasiado cerca para dispararle: estrelló la culata del rifle en el rostro del alienígena y contempló como éste se desplomaba.

Débiles, muy débiles. La frágil armadura de tela caqui de los humanos no los protegía lo suficiente.

Jora pasó como un bólido, espada en alto, y partió al tercer marine por la mitad, pero no antes de que el hombre consiguiera disparar varios proyectiles casi a quemarropa. Jora dio un traspié y se llevó la mano a la armadura.

Thel lanzó unas granadas por la esquina, furioso. Era posible que Jora actuase de un modo un tanto enloquecido, pero era un buen combatiente y

Thel no quería perderlo. Aguardó a que el humo de la explosión se disipase, luego dobló la esquina disparando a cualquier cosa que se moviera.

En cuestión de segundos, Thel y su equipo de abordaje estaban de pie en los curiosos charcos carmesí de sangre humana. Veinte hombres yacían muertos en el corredor, con los cuerpos retorcidos, contraídos, con partes de ellos desaparecidas o simplemente destrozados por completo.

—Aquí no hay nada para nosotros —transmitió Thel al *Retribution Thunder*—, Vamos a regresar.

Una lástima, pensó Thel. Los humanos habían frustrado su misión de hallar datos sobre el mundo del que procedían al destruir los sistemas de ordenadores antes de haber sido abordados.

Veinte Unggoys ocupaban el enorme espacio del muelle del hangar. Los Unggoys, al igual que los humanos, eran bajos, se reproducían demasiado de prisa, y eran débiles por separado. Los Unggoys llevaban tanques de metano y máscaras para respirar sobre sus rostros aplastados. Thel los encontraba inútiles para enfrentamientos muy intensos, pero en un número lo bastante numeroso resultaban muy efectivos, así que ios había dejado custodiando la nave de abordaje.

Los Unggoys formaban parte del Covenant, y por lo tanto se los utilizaba en la guerra contra los apóstatas humanos. Pero eso no significaba que Thel tuviera que desvivirse por incluirlos en la parte crítica de sus misiones.

Mientras saltaban al interior del largo morro en forma de tubo de una nave de abordaje, Jora lanzó un quejido, pero Thel y los demás fingieron no oírlo.

—De vuelta a bordo —ordenó Thel a las fuerzas del Covenant del hangar.

Los Unggoys refunfuñaron por el hecho de ser trasladados de un lado a otro al azar y, sobre todo, por verse obligados a llevar encima los pesados tanques y las molestas máscaras, pero hicieron lo que les ordenaban. Volvieron a subir en tropel a la nave de abordaje, pasando por delante de sus hermanos caídos durante el intento de los humanos de defender el navio.

La nave salió de la brecha que había abierto en el costado del destructor con los escudos llameando. Thel contempló como el voluminoso destructor de forma cuadrada se perdía de vista.

Franjas carbonizadas discurrían a lo largo del costado donde habían disparado al navio humano. La mayor parte de los daños se concentraban cerca de los motores de la nave.

—Es extraño —gruñó Jora.

Los susurros y un tenue hedor a metano inundaban el aire de la nave de abordaje debido a los Unggoys, que miraban fijo al frente intentando no llamar la atención de ninguno de los cinco Sangheilis.

—¿Qué es extraño? —preguntó Thel mientras el destructor se iba volviendo pequeño hasta tener el tamaño de un globo ocular.

Hizo una seña con la cabeza a Saal, quien murmuró algo en un micrófono.

—Los Profetas han exigido que destruyamos sus naves, quememos sus mundos y no permitamos que viva ningún hereje. —Jora tenía la mano sobre el costado, y Thel reparó en que un hilillo de sangre morada se filtraba entre los dedos—. ¿Ahora buscamos información y nos escabullimos a bordo de sus naves?

—El Sendero es estricto, Jora; no tolera ni desviación ni remordimiento. Somos Zelotes. Servimos al Camino. Éstas son nuestras órdenes. No las ponemos en duda.

Thel vio como el diminuto destructor se iluminaba de improviso cuando un haz de plasma lo desgarró. Estalló, lanzando grandes pedazos por los aires en todas direcciones, a la vezque la superestructura resplandecía al rojo vivo y se desmoronaba.

—¿No os preguntáis por qué nuestras órdenes han cambiado, capitán? —preguntó Jora.

Zhar, a poca distancia, alzó los ojos.

—Los Profetas, en su infinita sabiduría, quieren abreviar esta guerra. A lo mejor los Jerarcas no se dieron cuenta de que estos indeseables estaban desperdigados por tantos lugares distintos, como si fueran una mala hierba. Ahora nos instan a buscan el origen.

—¿Crees que hemos fracasado en la búsqueda de su mundo de procedencia? —preguntó Thel.

—Seguimos encontrando más y más mundos desarrollados que destruir —respondió Zhar—. Como el que acabamos de visitar. ¿Cómo lo llamó el humano al que torturó Saal?

—Charybdis… —dijo Thel—. Los alienígenas lo llamaban Charybdis.

Sus mandíbulas partidas hicieron un esfuerzo para pronunciar la palabra. Era una afrenta que especies inferiores pusieran nombre a todo un mundo, ya que ése era un derecho reservado a los poderosos.

Saal corrió hacia ellos con los ojos desorbitados por el asombro.

—¡Capitán! ¡Una señal codificada del *Infinite Sacrifice*!

Thel lo acompañó hasta un nicho de comunicaciones. Una imagen holográfica giró, sobresaltando al Zelote Sangheili. ¡Hablando de los Profetas! Aquí había uno. Uno de los Jerarcas en persona.

La imagen era la de una criatura cansada, de piel ocre, y jorobada, que estaba repantigada en un sillón flotante antigravitatorio, con la cabeza inclinada por el peso de una enorme corona de oro que el largo cuello apenas podía sostener.

—Thel 'Vadamee —siseó—, tienes que presentarte ante mí a bordo de la nave *Infinite Sacrifice*. He estudiado tus intentos de intrusión a bordo de naves humanas. Tengo una misión nueva para ti.

El Jerarca se inclinó hacia adelante, y la imagen se desvaneció con un parpadeo.

Thel se volvió hacia Saal.

—Ése era el Profeta del Pesar. Ha estado siguiendo a la flota, observando la destrucción de este último mundo humano. Tiene una misión nueva.

—¿Cuál es? —Jora parecía un tanto sobrecogido ante la idea de que un Jerarca les hubiera prestado atención.

—No lo sé, pero sea lo que sea, estoy seguro de que nos traerá honor —respondió Thel.

Miró la mano teñida de morado de Jora. El Zelote necesitaría atención médica pronto, probablemente de uno de los Huragoks, pues aquella especie del Covenant estaba obsesionada con arreglar cualquier cosa. Sin embargo, dejar que un Huragok te curara las heridas era un grave deshonor. Era lo mismo que permitir que un doctor te pusiera encima las asquerosas zarpas. Thel suspiró. La sangre era la esencia de uno, su nobleza. Derramarla significaba perder honor, y Jora había perdido honor con su vehemencia y negligencia. Ahora tendría que dejar que un doctor —un guerrero Sangheili de una categoría tan inferior como para ganarse la vida cortando y haciendo que otros Sangheilis sangraran sin honor— se ocupara de sus heridas. Era una vergüenza enorme.

Jora estaría ansioso por demostrar su valía otra vez después de aquel desliz.

Thel volvió a mirar los restos incandescentes del destructor humano. Sería un honor ayudar a encontrar el mundo del que provenían los rosados y rollizos humanos.

Y reducirlo a la nada.

19

CRUCERO COVENANT «INFINITE SACRIFICE», CHARYBDIS IX

El Profeta del Pesar se encorvó hacia adelante, con la cabeza inclinada por el peso de su corona. La papada arrugada retembló mientras paseaba la mirada por la habitación, a las muchas pantallas holográficas que parpadeaban en la sala de control profundamente enterrada en el corazón del *Infinite Sacrifice*. Una guardia de honor de Sangheilis rodeaba al Jerarca, listos para matar cualquier cosa que hiciera un movimiento para atacarlo.

A Thel le sorprendió ver al Jerarca en persona allí, pero Pesar siempre había dado la impresión de querer pasar tanto tiempo como fuera posible cerca de guerreros Sangheilis.

Pesar admiraba la destreza marcial de los Sangheilis, decían los rumores. En tanto que la mayoría de San'Shyuums flotaban por la ciudad sagrada de Suma Caridad y se concentraban en sus vidas, Pesar viajaba con las flotas de combate Sangheilis para verlos en acción.

Se rumoreaba que el Jerarca llevaba su propia arma bajo las vestiduras de seda que caían sobre su regazo, y que había matado en el acto a acólitos que habían osado hacer excesivas preguntas.

Uno de ios guardias de honor del ministro, un primo lejano con obligaciones para con el linaje de Thel, le había contado a éste que el Profeta del Pesar había alcanzado el trono mediante intrigas.

Tal cosa podría haber sido cierta. Thel tenía sus dudas; todo el mundo

era proclive al chismorreo. ¿Y qué, si fuera verdad? A los Sangheilis los enviaba a la batalla el Consejo de Maestres que era un órgano mixto, un grupo de señores Sangheilis y San'Shyuums que dictaban las necesidades de la guerra. Pero la mayor parte de la lucha la llevaban a cabo Sangheilis, ya que los San'Shyuums permanecían en Suma Caridad, el mundo móvil y corazón del Covenant. Esa era la naturaleza del Covenant mismo: los Sangheilis defendían a los Profetas, defendían los objetos sagrados. Entretanto, los Profetas descifraban las reliquias sagradas, difundiendo la tecnología que encontraban y adaptándola para ser utilizada por el Covenant. La esperanza final de todos ellos era desentrañar lo que las razas necesitarían hacer para unirse al Gran Viaje. De un modo muy parecido a lo que había hecho la misteriosa raza de los Forerunners hacía todos aquellos miles de años, cuando desaparecieron de aquella zona de la galaxia dejando tan sólo sus artefactos tras ellos. A Thel no le importaba cómo el Profeta del Pesar había llegado a ser uno de los tres Jerarcas, porque Pesar estaba aquí, efectuando un seguimiento de la flota y hablándole.

Pesar impulsó con suavidad el sillón flotante en el que estaba sentado para acercarlo a una espléndida mesa de conferencias que se alzó bruscamente del suelo. Arrojó un rifle de plasma sobre la mesa frente a Thel.

—Coge eso —ordenó.

Thel se quedó petrificado. Si levantaba el rifle, esgrimiría un arma desenfundada en presencia de un Profeta. La guardia de honor se vería obligada a matarlo.

¿Era esto algún modo de castigarlo por haber fracasado en la búsqueda de datos que condujeran al mundo de origen de los humanos? Thel cruzó la mirada con los enormes ojos castaños del capitán de la guardia de honor. El Sangheili balanceó la cabeza en un movimiento serpenteante. No pasaba nada.

Thel tomó el rifle de plasma.

—¿Qué deseáis que haga?

—Míralo con atención —respondió Pesar, que sonaba repentinamente irritado—. ¿Qué ves?

Durante un momento, Thel no vio nada. No era más que un rifle de plasma normal. Luego descubrió una pequeña inscripción en el lateral, un símbolo que le era extraño. Caligrafía humana.

—¿Lo ves, no es cierto? —dijo el Jerarca, mirándolo fijamente.

—¿Qué es esto?

Thel dejó caer el rifle sobre la mesa, sintiéndose impuro. Estaba

prohibido alterar las tecnologías que los Profetas entregaban. Eran sus regalos más sagrados.

—Es blasfemia. Criaturas herejes humanas tocando y alterando los regalos sagrados de artefactos Forerunner, como nuestras armas de energía… o cualquier otra cosa —siseó el Jerarca, que condujo el sillón flotante alrededor de la mesa y apuntó con una mano y un dedo nudosos directamente a Thel—. Y quiero que descubras quién es el responsable. Encuéntralos y desmáyelos. Las han encontrado los Kig-Yars en mercados negros de Suma Caridad. Supuestamente, provienen de un sistema que los humanos llaman 23 Librae, transportadas por naves tripuladas por Kig-Yars. Uno de mis leales diáconos a bordo de una de sus naves murió trasmitiéndome esta información. Piratas desagradecidos.

La voz del Jerarca se había alzado hasta convertirse en un alarido al mismo tiempo que Thel lo escuchaba. El Sangheili recordaba 23 Librae, había combatido allí, en un mundo que los herejes llamaba «Madrigal».

Thel cayó sobre una rodilla y un puño, efectuando una reverencia ante el Jerarca.

—Se hará vuestra voluntad, Jerarca.

Pesar carraspeó ruidosamente; sus enormes ojos parecidos a los de un pez centelleaban cuando los clavó en Thel.

—Claro que lo harás, mi guerrero Sangheili. Claro que lo harás. Es por eso que te hice venir aquí. Partirás mientras nosotros seguimos destruyendo Charybdis IX e irás a 23 Librae para poner fin a esta herejía.

Hizo girar el sillón y dijo sin volverse:

—Te llevarás tu propia nave, pero también tendrás fuerzas adicionales a tu disposición. He encargado a Jiralhanaes que te acompañen a bordo de la nave corsaria Kig-Yar *A Psalm Every Day*. Te ayudarán con cualquier cosa que puedas encontrar. Y mantén a la capitana Kig-Yar bien controlada. He acabado por desconfiar cada vez más de sus naturalezas codiciosas en los últimos tiempos.

¿Jiralhanaes? Los enormes ojos de Thel pestañearon, pero no osó cuestionar al Profeta. Los Jiralhanaes eran bárbaros que se consideraban a sí mismos los iguales de los Sangheilis.

En el pasado, los Jiralhanaes habían conseguido efectuar vuelos espídales y alcanzado un nivel elevado de tecnología, pero en la época en que el Covenant tropezó con ellos habían retrocedido a un estado de barbarie a base de bombardearse unos a otros.

Por qué los Profetas los tenían en tan alta estima era algo que Thel no

era capaz de comprender.

Carecían de cultura. No había refinamiento en su forma de combatir, y no pensaban en absoluto en sus linajes, pues copulaban a voluntad sin la menor previsión ni planificación.

No eran nobles.

Pero Thel inclinó la cabeza.

—Os doy las gracias por vuestro regalo de tropas y naves —dijo en voz alta.

Y en su fuero interno pensó: «No tengo porque usarlos en esta misión, pueden limitarse a venir y observar como los auténticos guerreros cumplen con su deber».

Hacía muy poco que se había convertido en capitán, algo que había ansiado conseguir desde el momento en que se había puesto de pie sobre los muros de piedra de su alcázar y alzado la vista a las estrellas y preguntado a sí mismo qué cosas asombrosas podrían estarle esperando allí arriba. Ahora, con otra nave y más tropas bajo su mando, el sueño de convertirse en señor de una flota parecía estar a su alcance.

Con un ascenso así, Thel tendría que enviar un mensaje a los ancianos del alcázar. Haría que le llevaran más hembras al alcázar, pues ya era hora de que Thel creara más alianzas en su mundo natal; era hora de aumentar las habitaciones y engendrar más hijos con los que abarrotar las habitaciones comunes. Un gran número de vástagos continuarían el linaje de Vadam.

El poeta del alcázar añadiría una línea a la saga familiar para celebrar el ascenso de Thel, y éste sería el Vadam de más renombre que había existido hasta el momento.

El Profeta del Pesar agitó la mano.

—Acompáñame, capitán.

Thel siguió con largos pasos el trono antigravitacional que Pesar condujo a través de la estancia hasta una proyección monumental del tamaño de la pared del planeta a cuya órbita habían llegado.

—Dejaron sólo tres naves para protegerlo —dijo pensativo Pesar—. ¿Sabes por qué combatimos a estas criaturas?

—Cometieron un pecado atroz —respondió Thel—. Destruyeron artefactos Forerunner.

Se estremeció al decirlo.

Los Forerunners habían dejado rastros del tiempo pasado en la galaxia desperdigados por diferentes mundos y en el espacio. Aquellos semidioses de la galaxia habían sido los antepasados de todo lo que el Covenant

conocía, y sencillamente… habían desaparecido.

Pero habían dejado pistas sobre adonde habían ido. Un Viaje Santo a otro plano de existencia, utilizando la tecnología de los Fíalos.

Eso era lo que enseñaban los Profetas, y el Covenant existía para hallar los Halos, y seguir a los Forerunners en su sendero sagrado.

Pero aquellos humanos habían encontrado artefactos Forerunner, y en lugar de venerarlos, como todas las demás especies, los habían destruido.

Thel bullía de cólera. Los humanos pagarían por eso.

—Es importante que su herejía y profanación sea castigada —dijo Pesar—. De modo que cualquier cosa que nos distraiga de este deber sagrado es, en sí mismo, pecaminoso. Y hay que detenerlo. Como estas armas blasfemas.

—Comprendo, Jerarca —respondió Thel—. No me detendré ante nada.

Pesar suspiró, luego se dirigió a todos los comandantes de la flota.

—Destruid este planeta y todo lo que hay en su superficie.

En la pantalla, el plasma hirvió y centelleó en los costados de los cruceros del Covenant a medida que las naves se preparaban para lanzar una lluvia de fuego sobre el mundo que los humanos llamaban Charybdis IX.

20

FRAGATA DEL UNSC «MIDSUMMER NIGHT», PERIFERIA DE CHARYBDIS IX

Zheng estaba de pie en el puente del *Midsummer Night*, con las manos a la espalda. Keyes lo contemplaba pasear de un lado a otro mientras las pantallas se encendían.

Toda la tripulación del puente estaba de guardia, y los oficiales subalternos permanecían de pie al fondo, observando.

—Los he convocado a todos aquí para que contemplen esto —anunció Zheng, deteniéndose de repente para darse la vuelta y mirarlos—, porque es importante que recuerden por qué peleamos.

Keyes hizo girar su silla. Zheng se había mostrado remiso a hablar a toda la nave antes de esto, ligeramente nervioso. Keyes apostaba a que Zheng conocía cuál era su reputación; o a lo mejor Zheng seguía afectado por lo que fuera a lo que estuviera enfrentándose. En cualquier caso, había guardado las distancias, incluso con respecto a su propia tripulación del puente. Y todo el mundo había estado encantado de que fuera así. Hasta ahora. Zheng parecía enfadado. Por eso había pedido a Kirtley que transmitiera su alocución al resto de la nave. Era un cambio interesante.

—Algunos de ustedes se alistaron porque no tenían otra opción, algunos porque buscaban aventuras, y otros por patriotismo. Y desde el primer contacto en Harvest, muchos de ustedes por un deseo de combatir al Covenant.

»Pero a medida que transcurren los días, y la monotonía de la vida diaria, apiñados en esta nave con sus compañeros navegantes, sé que puede resultar fácil olvidar que somos, ante todo, un arma. —Zheng contempló a los oficiales de la cubierta—. Un arma para devolver el golpe a todos nuestros enemigos. Externos… e internos. Porque si no hacemos todo lo posible, esto será un pequeño anticipo de lo que está por venir.

Detrás de Zheng, las pantallas se iluminaron con imágenes transmitidas desde Charybdis.

Los ojos de Keyes se vieron atraídos hacia la más cercana, una escena desde una órbita baja tomada por un satélite. Muy abajo, la forma elegante con aspecto de escualo de un crucero Covenant pasaba sobre parcelas de tierra, y a medida que lo hacía, todo lo que había debajo refulgía.

La pantalla se apagó con un destello pasando a una escena nueva: una toma desde un rascacielos en el centro de Scyllion. Lo que parecía lluvia reluciente caía del cielo, pero allí donde tocaba, la ciudad estallaba en llamas actínicas.

Los edificios se fundían, desplomándose sobre sí mismos, para a continuación acabar borboteando en una mezcla parecida a lava de asfalto, hormigón y cristal hecho añicos. La cámara osciló cuando una neblina azul empezó a crecer cerca de ella, luego se fundió y la estática ocupó la pantalla.

Otra transmisión en directo, desde un lugar muy alejado de la ciudad, mostró como las cascadas azules de plasma caían sobre el río y enviaban al cielo una nube gigantesca de vapor a medida que aquél se disolvía.

—¡Están atacando! —exclamó alguien con voz horrorizada.

Keyes miró a la pantalla que todos señalaban, y vio puntos diminutos alzándose para hostigar a los cruceros de morro bulboso del Covenant.

Tenían tanto éxito como pececillos de agua dulce atacando tiburones, pensó Keyes. Haces de plasma salían como flechas de los costados del crucero situado sobre Scyllion, eliminando del cielo a los diminutos cazas defensivos de Charybdis como si fueran insectos molestos.

A lo mejor si hubieran estado más coordinados, se dijo Keyes. ¿Podía una fuerza de naves diminutas distraer a un crucero del Covenant el tiempo suficiente para que alguien se colara a través de sus defensas?

Comprendió que intentaba eludir la muerte y destrucción que tenía ante él con academicismos, y se obligó a seguir observando.

Una a una las pantallas no mostraron más que estática, y Zheng las señaló con un ademán.

—Esta nave que perseguimos, da la impresión de que penetra en

territorio Covenant, y sabemos que pertenece a los Insurrectos; que trabaja con el Covenant. Por lo que sabemos, condujeron al Covenant hasta Charybdis.

Keyes enarcó una ceja. Esa era una suposición muy arriesgada por parte de Zheng. Si el *Kestrel* realmente había conducido al Covenant hasta Charybdis, habían conseguido que mataran a una gran cantidad de sus camaradas Insurrectos allí ese día, no tan sólo a gente del UNSC.

Los Innies podrían estar preparados para morir por su causa, pero ¿de ese modo? Keyes rememoró lo que Jeffries había dicho sobre Zheng cuando se habían conocido. Zheng había perdido a toda su familia a manos del Covenant. Incluso se había mostrado impaciente respecto a la misión de Watanabe.

En aquellos momentos, Zheng parecía ser presa de una exaltación que lo impulsaba a una acción feroz y furibunda.

—¡Ajustaremos cuentas! —gritó a la tripulación del puente—. ¡Nos lanzaremos sobre quienquiera que sea responsable de todo esto!

Y detrás de Zheng las pantallas restantes se apagaron, dejando las últimas imágenes del mundo incendiado titilando en los ojos de todos. Keyes divisó a Badia Campbell con la vista fija en las pantallas. Parecía mareada.

Zheng se volvió hacia las pantallas vacías, observándolas durante un largo rato, y luego dijo en voz baja:

—Eso es todo.

21

CRUCERO DEL COVENANT «INFINITE SACRIFICE», CHARYBDIS IX

El Profeta del Pesar contempló como se fundía la superficie de Charybdis IX merced al poder de sus naves con lúgubre satisfacción y los ojos entornados.

No debería haber optado por fumar en sus aposentos privados antes de salir, pero previamente a ataques como aquél, Pesar siempre sentía que fumar le calmaba los nervios.

La energía discurría sobre los edificios cuadrados que a los humanos les encantaba apiñar, unos al lado de otros, sobre el suelo. Eso hacía que al Covenant le resultara mucho más fácil destruirlos.

Pesar se cansó de contemplar la destrucción del planeta y apagó la pantalla.

—Puedes retirarte. Ve. Elimina a los herejes. ¡No dejes piedra por mover!

El Zelote Sangheili pestañeó, luego hizo una reverencia en aquel sinuosamente grácil estilo Sangheili.

—Se hará vuestra voluntad, Jerarca —dijo, y a continuación salió para proseguir con su misión.

Pesar permaneció sentado en la sala de control, escuchando el rumor de la tripulación del puente de la nave.

El asunto de los Kig-Yars pasando armas de contrabando llenaba de ira al Profeta. Unicamente, los San Shyuums, los líderes del Covenant y la

especie que ocupaba la posición predominante podían alterar tecnología sagrada.

Permitir que otras razas controlasen tecnología era un sendero peligroso. La cohesión del Covenant estaba cimentada en su necesidad compartida de tecnología Forerunner. Era su religión unificada, su estructura política y el centro de todo comercio. Aniquilar uno de los principios fundamentales del Covenant significaba arriesgarse a que todo se viniera abajo. Y Pesar no había trabajado durante los últimos diez años de su vida para contemplar como el Covenant desaparecía. Lo había ayudado a enfrentarse a una de sus amenazas más importantes sin que apenas nadie se enterara, justo antes de su ascensión a Jerarca.

Juntos, los Profetas del Pesar, la Verdad y la Compasión habían estado a bordo del colosal Dreadnought Forerunner instalado en el corazón de Suma Caridad, que proporcionaba energía a todo aquel mundo en movimiento con tan sólo una fracción del poder de sus motores.

El Dreadnought se había puesto en marcha cuando el Oráculo instalado en su parte central había farfullado acusaciones blasfemas capaces de cambiar el mundo a los Profetas. Todo ello provocado por el descubrimiento por parte del Oráculo de información sobre los humanos. La máquina había acusado a los Profetas de haber traducido mal documentos de los Forerunners y malinterpretar el Gran Viaje.

Afirmó que los principios mismos de su religión eran falsos.

Y a continuación, el Oráculo había intentado lanzar al espacio el Dreadnought.

Lo habían desconectado justo a tiempo.

Pesar sentía que, en aquel momento, habían salvado a todo el Covenant. Sin los Halos que buscar, el Sendero que recorrer y el culto a los Forerunners que dejaron su impronta por toda la galaxia, el Covenant se desmoronaría.

Y los Jerarcas no permitirían que eso sucediera.

Así que convirtieron aquel conflicto en la aniquilación y genocidio de los humanos. No había cabida para la negociación o el acuerdo. La humanidad era la primera especie con la que habían tropezado que no habían intentado incorporar al Covenant, ya que era el origen de la confusión del Oráculo. Sise los destruía, el Covenant podría continuar con su sagrada búsqueda para seguir a los Forerunners sin correr riesgos.

Nada podía entorpecer aquello. Ni siquiera aquellas armas falsificadas.

A Pesar no le importaba que las hubiesen modificado, pues los

San'Shyuums habían hurtado tranquilamente tecnología Forerunner y la habían modificado como les había dado la gana. Lo que a Pesar le importaba era que las armas las habían modificado para el uso humano, y que las habían alterado sin la aprobación del Profeta.

Y Pesar no pensaba tolerar eso… Ni del Oráculo ni de quienquiera que estuviera fabricando aquellas armas.

Volvió a encender la pantalla, bajó la mirada hacia Charybdis IX, y observó con atención.

Aquello era por el bien del Covenant, se dijo.

Sólo había cometido un error grave, pensó. Cuando se descubrió por primera vez a los humanos, Pesar había asumido que el mundo en el que los habían hallado era su mundo originario.

Pero tras destruirlo, habían descubierto que los humanos se habían desperdigado por muchos mundos.

Ello hacía que destruirlos resultara muchísimo más difícil, agotador y requiriera mucho más tiempo de lo que Pesar había previsto.

22

MADRIGAL, 23 LIBRAE

Los humanos lo llamaban 23 Librae. Para el Covenant no era más que una serie de coordenadas, otra estrella en una larga serie en la que naves Kig-Yars efectuaban misiones de reconocimiento bajo contrato con el Ministerio de Tranquilidad. El Covenant esperaba hallar artefactos Forerunners en aquellos diferentes sistemas.

Fue en uno de estos innumerables lugares humanos donde los Kig-Yars habían hallado señales de una enorme abundancia de artefactos Forerunners, decían los Profetas, y también decían que en lugar de estudiarlos y aprender de las verdades gloriosas contenidas en ellos sobre el viaje para el que todas las especies debían prepararse, las estúpidas criaturas los habían destruido.

Vandalismo cósmico, reflexionó Thel, mientras las dos naves saltaban fuera del Slipspace junto al único planeta que 23 Librae poseía en su zona habitable: en una órbita no demasiado próxima al sol, donde éste evaporaría su atmósfera, ni tan lejana como para que se congelara.

—Empezad a explorar el planeta con el radar —ordenó Thel a su tripulación del puente—. Usad todos los sensores. Efectuad un barrido completo. ¡Lo último que necesitamos es que los KigYars lo reclamen, o que los Jiralhanaes venzan a los Sangheilis en una tarea que les ha asignado personalmente un Jerarca!

Madrigal.

El *Rétributions Thunder* se colocó en órbita alrededor del planeta que en una ocasión había estado habitado por los humanos. Justo un poco a estribor, la nave Kig-Yar que el Jerarca les había asignado, *A Psalm Every Day*, los acompañó.

Las mandíbulas inferiores de Thel se crisparon nerviosamente. La capitana Kig-Yar se había acercado demasiado. Podrían haber colisionado por culpa de su agresivo pilotaje.

Pero ni los Kig-Yars ni los Jiralhanaes que había a bordo hacían caso a Thel.

No lo habían hecho hasta el momento. Él les había pedido que mantuvieran la distancia, pero actuaban como si fuera a escamotearles algún descubrimiento, o cualquier posibilidad de entrar en combate.

Thel consideraba que habría estado mejor solo en lugar de tener que cargar con *A Psalm Every Day*, que seguía cada uno de sus movimientos.

Por otra parte, quizá éste era el modo en que el Jerarca lo mantenía vigilado. A Thel le daba la impresión, por lo que sabía de la política en Suma Caridad, que el Profeta del Pesar era muy astuto.

Sí, era probable que éste no confiara incondicionalmente en Thel, de modo que quería alguna clase de verificación. *A Psalm Every Day* estaba allí para controlarlo.

Muy bien.

—Nada —rezongó Jora desde su puesto a medida que los resultados iniciales de los escaneos sistemáticos empezaban a aparecer en el visualizador holográfico—. Está como lo dejamos, capitán. No hay señales de actividad. Nuestra presa no podría haber procedido de aquí.

Toda la superficie del planeta humano había sido destruida. Fundida con plasma.

Zhar gruñó:

—Sus construcciones tienen raíces profundas. ¿Es posible que sobrevivieran profundamente bajo tierra?

Thel negó con la cabeza.

—Participé en esto. —Lo consideró un momento—. Me ocupé personalmente de la destrucción de sus madrigueras en la capital. Dudo que pueda ser utilizada en esta era. Comunica a los Jiralhanaes que pueden inspeccionar la capital en busca de botín…, que tienen mi permiso. Entretanto, enviad una sonda para que finalice el barrido, luego seguiremos adelante.

—¿Adonde? —preguntó Jora, y profirió las palabras casi como un

desafío.

Thel lo miró fijamente.

—Esto es un sistema. Hay más de un lugar donde esconderse. Es con Kig-Yars con quien nos las vemos, recuérdalo.

—¿Asteroides? —inquirió Zhar, frunciendo el entrecejo.

Thel sonrió. Zhar, siempre analítico. Testarudo, pero alguien que pensaba a fondo las cosas. Sabía que los Kig-Yars, tras abandonar el mundo del que procedían, habían elegido instalarse entre los asteroides de su sistema natal. Era el motivo por el que a los Profetas les había costado tanto conseguir encontrarlos mientras los combatían cuando, en un principio, los Kig-Yars se habían resistido a unirse al Covenant.

—Sí. Sembraremos el cinturón de asteroides de boyas sensoras. No dejaremos piedra por mover.

Zhar asintió.

—Se hará.

Thel se inclinó hacia adelante.

—Veer, ¿me harías el… honor de contactar con el *A Psalm Every Day*? —su voz rezumaba sarcasmo.

Veer asintió, y la imagen tridimensional de Pellius apareció ante Thel. Los ojos del Jiralhanae estaban a la misma altura que los de Thel, y tras el peludo caudillo gigante estaba sentada la capitana Kig-Yar, Chur
'R-Mut
, con los larguiruchos brazos colocados sobre los brazos del sillón. Les mostró su falsa sonrisa repleta de dientes afilados y las púas de la cabeza se agitaron espasmódicamente.

Pellius curvó levemente los labios.

—¿Qué quieres? Nos preparamos para aterrizar y registrar la capital destruida.

—No encontraréis nada ahí —dijo Thel, y explicó lo que ya había contado a su tripulación del puente.

El caudillo Jiralhanae pareció decepcionado durante un segundo.

—Aun así lo intentarás, ¿no?

—Sí.

—Estupendo.

Y a continuación la imagen se desvaneció.

—Jiralhanaes —escupió despectivamente Saal desde su consola de armamento—. Descorteses y poco de fiar.

—Desde luego que lo son —convino Thel—. Los Profetas en su

inescrutable sabiduría nos los han asignado. Están aquí para quedarse. Zhar, sácanos de aquí.

Sin sembrar el sistema de boyas de navegación, los propios escáneres de largo alcance de la nave no eran lo bastante buenos para sacar a la luz a un enemigo escondido. A menos que algo se moviera por allí.

Para capturar naves que se movían a hurtadillas, necesitaban colocar algunas trampas.

Thel ocupaba ya su silla, preparándose para el salto de Slipspace que tendrían que efectuar hasta el cinturón de asteroides, cuando Veer se irguió en su asiento.

—Capitán —siseó Veer—. Nuestros instrumentos de largo alcance están detectando múltiples señales. ¡Ni siquiera intentan ocultarse!

Thel ocultó su excitación ante ellos.

—¿Dónde?

—El gigante gaseoso.

No era donde había estado esperando. Pero de todas maneras, ¡tenían algo!

—Llévanos allí —ordenó.

El *Retributioris Thunder* hizo un agujero en el espacio y en el tiempo al lanzar a la nave a un repentino salto desde Madrigal a una órbita de rastreo justo detrás del único gigante gaseoso de 23 Librae.

Era una posición magnífica, pensó Thel. Los gigantes gaseosos acostumbraban a tener pequeños grupos de rocas tanto delante de su órbita como detrás; era un lugar de lo más adecuado para colocar la nave al pairo y observar lo ocurría cerca del gigante gaseoso.

Las pantallas del *Retributiorís Thunder se* iluminaron repletas de símbolos de advertencia. Las alarmas gimieron al mismo tiempo que la tripulación se precipitaba al control de daños y a los puestos de extinción de incendios, y Thel comprendió que no había sido el único en tener aquella idea.

—¿Situación? —inquirió a gritos.

—¡Están por todas partes! —gritó un Sangheili desde la cubierta—. Estamos rodeados.

Thel se dio la vuelta al oír la exclamación para mirar al Sangheili innominado y ligeramente acobardado.

—¡Sal de mi puente! —Se volvió hacia Saal—. Ocupa su consola. ¿A qué nos enfrentamos…? Número y tipo de armamento.

—Mi honor, capitán —respondió a toda prisa Saal.

Thel contempló como el avergonzado Sangheili se escabullía fuera del puente, indignado de que alguien tan incompetente pudiera acabar en su puesto de mando.

—Contactos humanos —informó Saal—. Pero no parecen ser naves de guerra. Y no se mueven para atacar.

—Di a Pellius que no dispare y siga nuestro ejemplo.

Thel se levantó y caminó hacia las pantallas, con la larga capa de capitán abandonando la silla con él. Sus antepasados habían llevado gruesas capas de piel de doarmir como aquélla cuando se hacían a la mar para mantenerse calientes y secos en viajes largos.

Thel había confeccionado la suya a mano durante una larga recuperación en el alcázar Vadam, tras un accidente durante su adiestramiento que la familia había intentado ocultar. Thel recordaba la vergüenza de ver la propia sangre derramada sobre la arena de la pista de adiestramiento del patio debido a un error propio. Recordaba la sensación de desfallecimiento y las altas montañas coronadas de nieve que se alzaban por encima del alcázar Vadam mientras caía de costado.

La familia tenía en su estirpe a un miembro recién ascendido a capitán, y no estaba dispuesta a perder aquel honor, así que habían llamado en secreto a un doctor durante la noche y sujetado a Thel por las extremidades mientras lo operaban.

Thel conservaba la capa como un recordatorio de que podía cometer errores graves cuando bajaba la guardia.

Errores como permitir la presencia en el puente de un Sangheili menor y sin experiencia que se dejaba llevar por el pánico ante la idea de estar rodeado de naves de guerra humanas.

—Asegúrate de que a ese cobarde se le quiten las raciones —ordenó Thel a Veer, dejando que la mente se detuviera en aquel incidente concreto ahora que sabía que la nave no estaba en peligro—. A lo mejor con hambre en las tripas encontrará el espíritu que necesita para ser un guerrero auténtico.

—Una solución muy bien pensada, capitán —asintió Veer, y se inclinó hacia adelante para enviar la orden.

—Saal, informa.

Thel se envolvió en la capa. «Sé perspicaz —se recordó—. Manten la mente abierta, y piensa lateralmente en lugar de caminar directamente al interior de un foso trampa».

—Ten… tenéis que ver esto —dijo Saal.

Un complejo conjunto de escáneres apareció en las pantallas. Thel

entornó los ojos, luego abrió las mandíbulas, atónito.

—Son todo asteroides —dijo—. Están todos conectados.

Había cientos de pequeños mundos conectados.

—Esto no se parece a nada que haya visto hacer jamás a los humanos —declaró Thel en voz alta—. No había nada parecido cuando se destruyó el mundo humano que había aquí.

—A lo mejor lo construyeron después de eso —sugirió Zhar, que parecía intrigado por los escáneres—. Tenéis que admitir que eso demuestra una sangre poderosa por su parte, permanecer aquí y construir después de que los Profetas ordenaron que los destruyeran.

—Poderosa, desde luego —convino Thel.

—Pero no les sirve de gran cosa, en última instancia —intervino Jora—. Su blasfemia sigue sin poderse permitir, y todos deben morir igualmente.

—Lo que me preocupa —refunfuñó Thel— es que hayan pasado desapercibidos durante tanto tiempo.

—Creo saber el motivo —dijo Zhar.

Tecleó en su consola, y ante la tripulación apareció la imagen muy lejana de un carguero Kig-Yar.

Estaba acoplado a uno de los muchos asteroides de la superestructura.

Una estructura humana.

—¿Qué nueva traición es ésta? —siseó Thel.

Los Kig-Yars, piratas y escoria, trabajaban bajo contratos con los ministerios. No podía decirse que fueran luchadores leales; poseían poca nobleza. Pero, por lo general, permanecían a raya debido a una doble metodología: la colocación de diáconos Unggoy a bordo de sus naves, así como los contratos y remuneraciones que los Profetas les ofrecían.

Thel apenas podía creer lo que veía.

—¡Preparados para impacto! —advirtió Saal, justo cuando el *Retribution's Thunder* se estremecía haciendo que Thel perdiera el equilibrio y chocara con un pilar.

Así que los humanos los habían descubierto y atacaban, pensó Thel mientras saltaba hacia su trono de capitán.

El segundo impacto se abrió paso a través del núcleo de la nave de Thel, una violenta línea de luz que hizo hervir el metal y no alcanzó por muy poco el puente. Pero aquello no era humano. Los humanos empleaban artillería cinética o explosiva, no plasma.

A Psalm Every Day preparaba una segunda descarga. Era del todo evidente que la salva de plasma procedía de otro navio Covenant.

Su propia escolta.

—¡Traidores! —A Thel le hervía la sangre—. ¡Maniobras evasivas!

—¡Tengo una resolución de disparo! —gritó Jora, volviendo la cabeza hacia Thel—. ¿Permiso para disparar, capitán?

—¡Fuego a discreción! ¡Saal, Slipspace táctico, ya!

Pero superar la conmoción de que les disparase la propia escolta les había costado unos segundos críticos. Y al mismo tiempo que el *Retribution's Thunder* respondía al fuego, otra salva de plasma azul desgarró el corazón de la nave de Thel.

Éste sintió como algunos de los motores rugían, pero habían sido demasiado lentos. Los núcleos dobles Sangheilis podían soportar mucha más aceleración que los Jiralhanaes o los Kig-Yars, pero las imposibles maniobras evasivas aleatorias a alta velocidad que Thel había ordenado no llegaron.

—Situación —exigió con brusquedad.

No le gustaron los informes que recibió. Estaban soltando un aire precioso al espacio. El número de bajas aumentaba. Las comunicaciones de larga distancia no funcionaban. Los sistemas de soporte vital fallaban. La última andanada había desactivado los motores centrales, y la capacidad de generar plasma había desaparecido con ellos. Si bien la mayoría de sensores seguían operativos, no podían ir a ninguna parte ni hacer nada.

Pellius apareció en forma de holograma anteThel. El Jiralhanae parecía complacido consigo mismo y mostraba los enormes dientes.

—Un poderoso capitán Sangheili indefenso ante mí. Saborearé este momento el resto de mi vida.

Thel contempló fijamente a Pellius y se preguntó adonde habría ido la capitana Kig-Yar, ya que no se la veía por ninguna parte en el puente.

—Será una vida corta.

—No tan corta como la tuya. Adiós, capitán. —Pellius desapareció.

—¡Ha soltado una nave de abordaje y los Spirits! —informó Saal.

—No tendrán al *Retributions Thunder* —replicó Thel, con la vista fija en el punto del que había desaparecido Pellius—. Alerta a la tripulación. Poneos el equipo protector y atraed a los que nos abordan más al interior. Armad cada sección para que estalle. ¡No dejaremos nada que pueda recuperarse!

—¡Capitán! ¡*A Psalm Every Day* ha puesto en marcha su mecanismo de transmisión de Slipspace! —dijo Zhar—. ¡Se van!

—¿Se van? —gruñó Jora.

—No es probable que los humanos vayan a ir a ninguna parte. Informará cualquier cosa que su débil mente pueda tramar cuando llegue a Suma Caridad.

—Ellos obtendrán la gloria por informar de esta estructura y de los humanos ocultos aquí —concluyó Zhar con frustración.

—Malditos cobardes —siseó Jora.

—¡Los Spirits se acercan para atacar!

—¿Dónde está su nave de abordaje?

—Se mantiene en retaguardia.

A lo lejos, el casco exterior dio una sacudida y se estremeció mientras los Spirits volaban arriba y abajo a lo largó de la nave, bombardeándola.

Thel partió el brazo del sillón, en un violento gesto de contrariedad.

—Aquellos que deseen escapar de la nave pueden hacerlo ahora.

Era una declaración retórica, pero que tenía una función: eliminar a cualquier Sangheili deshonroso que pudiera titubear estando a su lado.

Thel presionó las diferentes secciones de sus mandíbulas con firmeza mientras aguardaban en silencio a que un puñado de tripulantes sin honor desertara. Probablemente eran siervos que habían ascendido lo suficiente para realizar tareas sencillas a bordo de la nave, o Sangheilis que habían conseguido ocultar su carencia de auténtica sangre.

Aguardó a que eso terminara, y a que los Kig-Yars se volvieran más audaces e intentaran abordar la nave.

Una de las pantallas mostró a algunos Sangheilis intentando escapar a bordo de los Spirits desde el interior de la bodega del *Retributioris Thunder*, y las naves Kig-Yars cayeron sobre ellos en masa, aplastándolos. Haces de plasma brotaron y llenaron el espacio alrededor de la nave, y no pasó mucho tiempo antes de que los cobardes murieran en el vacío a manos de los traidores Kig-Yars.

«Un destino apropiado», pensó Thel.

—Disparad las cápsulas de salvamento vacías —ordenó.

Contemplaron como eran destruidas, y ello reforzó su determinación a luchar. Huir suponía morir.

Los Kig-Yars sintieron entonces que podían arriesgarse a efectuar el abordaje, ya que daba la impresión de que la mayor parte de la tripulación de la nave había desaparecido.

Thel aguardó. Aguardó hasta que los Kig-Yars invadieron el casco y desfilaron en tropel por el corazón de su nave, y entonces dio la orden.

Las explosiones desgarraron el interior, sección a sección. Las líneas

lisas y bulbosas de su nave se flexionaron y retorcieron, y el fuego salió a chorros a través de las fisuras, ascendiendo arremolinado por los corredores.

El aire en el puente se calentó, y luego se consumió rápidamente. Thel se encontró jadeando en busca de un aire que ya no existía, y a condnuación una explosión secundaria volvió del revés la cabina de mando.

Thel fue lanzado por los aires y chocó contra un mamparo.

23

HESIOD, 23 LIBRAE

El *Kestrel* era una esbelta nave contrabandista, con más motor que muelle de carga. Incluso así, la tecnología del motor civil no le llegaba ni a la suela del zapato a lo que el *Midsummer Night* tenía en su parte central.

El *Midsummer Night* había estado siguiendo de cerca al *Kestrel* durante casi una semana. Boyas sensoras del UNSC habían sido puestas en alerta máxima en los bordes del sistema y pescado al *Kestrel* cuando se preparaba para su salto de Slipspace. Eran las mismas boyas sensoras que habían detectado las naves del Covenant.

Dmitri Zheng había puesto al *Midsummer Night* rumbo al exterior a toda máquina para seguirlo. Badia Campbell, en operaciones, informó, muy nerviosa, que el reactor de la nave estaba funcionando al límite.

Pero a la nave le habían hecho una buena puesta a punto. No estallaron más tuberías, ni fallaron más componentes. Había alcanzado la velocidad requerida, acercándose a la nave de los Insurrectos como un tiburón ascendiendo sigilosamente de las profundidades para caer sobre la presa.

Entretanto, todos habían seguido contemplando transmisiones procedentes de sensores esparcidos por todo el sistema de las naves del Covenant desplazándose sobre Charybdis IX, cristalizando la superficie del planeta.

El estado de ánimo a bordo era sombrío y decidido. La tripulación había estado anhelando pelear, y ahora tenía que poner pies en polvorosa y huir.

A nadie le gustaba.

Pero tenían una misión, y todos habían perdido amigos y familia a manos del Covenant. A pesar de la cólera de Zheng, muchos se habían acostumbrado al dolor de las pérdidas humanas. Las bajas aumentaban; lo habían hecho durante años. Había pasado a formar parte de la vida para muchos.

En aquellos momentos se encontraban metidos profundamente tras las líneas del Covenant, brincando a través de lo que en una ocasión habían sido las Colonias Exteriores, bien pegados a los talones del *Kestrel* mientras éste daba la impresión de saltar al azar en el interior del espacio Slipstream.

—Estamos cerca —anunció Keyes.

Los últimos tres saltos que el *Kestrel* había efectuado marcaban una línea sobre las cartas estelares que Keyes podía utilizar.

Asumiendo que los próximos saltos seguirían aquel patrón, Keyes había introducido los mapas y luego enviado los resultados a las pantallas del puente.

Zheng les echó una mirada y frunció el entrecejo.

—¿Cree que se dirigen a Madrigal? Ese planeta lo cristalizó el Covenant.

—Podría ser el punto donde dejan caer la mercancía —sugirió Keyes, e hizo una pausa mientras los sensores mostraban a la nave contrabandista efectuando otro salto.

Tenía razón. Los últimos saltos de Slipspace los llevaron al borde exterior del sistema, y a continuación el *Kestrel* empezó a describir una curva para adentrarse en él.

El *Midsummer Night* fue tras él, invisible y silencioso. Siguieron al *Kestrel* hasta hallarse en las profundidades del sistema.

—No es Madrigal —anunció Keyes varios cambios de rumbo más tarde, después de revisar los datos de navegación que le había entregado un oficial subalterno.

—Entonces ¿qué es? —preguntó Zheng—. ¿Adonde van?

Keyes tenía datos astronómicos en su pantalla, identificando las posibles sendas que podía seguir el *Kestrel*.

—Hay un gigante gaseoso, más allá. Se llama Hesiod.

Siguieron al *Kestrel* cuando éste se colocó en una órbita que discurría muy alejada del gigante gaseoso, pero que lo acercaba poco a poco a él.

—Ahí vamos —dijo Keyes, ampliando la imagen que tenían delante.

—¿Asteroides? —inquirió Zheng.

—Asteroides troyanos —repuso Keyes—. La mayoría de los gigantes

gaseosos tienen asteroides colocados justo delante y detrás de sus órbitas en posiciones estables L4 y L5.

—Constituyen un buen escondite —indicó Rai Li desde el puesto de armamento—. Los rebeldes de Eridani utilizaron el cinturón de asteroides, y ello hizo que fuera muy difícil darles caza.

El *Kestrel* aminoró la velocidad a medida que se deslizaba al interior de la nube de rocas.

Algo estaba mal, pensó Keyes. La gente que vivía en tierra oía el término «campo de asteroides» y pensaba en una enorme colección de rocas flotando unas cerca de otras.

La verdad era que los asteroides se encontraban a millones de kilómetros unos de otros. Una nave que fuera a poca velocidad podía abrirse paso entre ellos con bastante facilidad mientras avanzaban por un sistema.

Pero esta colección de asteroides parecía justo la idea que tenía un lego de un campo de asteroides. Habían movido cientos de asteroides a un kilómetro v medio de distancia unos de otros.

Keyes amplió la imagen aún más, colocándola en una pantalla de la pared que todo el puente podía ver. Los cientos de rocas de forma irregular aparecieron de golpe.

—Parece como si en algunas de ellas hubiera construcciones —dijo Dante Kirtley—. Además, empiezo a obtener gran cantidad de comunicaciones directas de conversaciones. Intentan mantenerlo concentrado y silencioso, pero lo oigo. Parece que hemos dado con un escondite de Insurrectos. Y tras las líneas del Covenant, por si fuera poco.

Algo centelleaba entre las enormes rocas. Keyes amplió aún más la imagen, y todos los presentes en el puente lanzaron una exclamación de sorpresa.

Los destellos eran largas líneas plateadas, y a medida que Keyes iba ampliando, las tenues líneas se convirtieron en tubos.

—Están todos conectados —afirmó Li—. Mediante tubos de acoplamiento.

—Si cada uno de esos asteroides está totalmente habitado, esto no es tan sólo un escondite de los Insurrectos —apuntó Zheng—. Es una metrópolis flotante… tras las líneas enemigas.

Se acercaron más, contemplando con asombro el espectáculo de un campo de asteroides que habían sido remolcados para acercarlos unos a otros, conectados y ahuecados. Había naves moviéndose entre las rocas, y

de vez en cuando la llamarada de un cohete direccional ajustaba un asteroide, supuestamente para que no rompiera uno de los tubos.

—Congele eso —dijo Li de improviso, y Keyes detuvo la deriva de la imagen—. *Zoom*.

Entonces, él también lo vio.

—¿Es eso una nave Jackal? —preguntó Kirtley.

—Así es —confirmó Li, quien tecleó en su consola y colocó un recuadro junto a la imagen en directo de una nave Jackal sacada de la cámara de combate de una nave de la Marina.

A diferencia de las naves de fabricación Covenant habituales, las naves fabricadas por los Jackals parecían proyectos de última hora de una chatarrería… con vigas, cohetes y cápsulas unidas aleatoriamente alrededor de una unidad central. Eran naves que no estaban construidas para rozar siquiera una atmósfera, sino para permanecer en el espacio.

Zheng hizo crujir los nudillos y contempló fijamente la pantalla.

—Operaciones, que la tripulación se prepare. Armamento, desbloquee los misiles y arme una cabeza nuclear. Comunicaciones, asegúrese de que escanea y capta todo lo que sucede.

Li, Kirtley, Keyes y Campbell se pusieron a trabajar.

—Teniente Campbell, establezca los preparativos para destruir nuestras cartas de navegación según el Protocolo Colé.

Campbell hizo una pausa, consideró algo, y luego dijo en voz alta:

—Señor, ¿tiene eso sentido? Es evidente que el *Kestrel* tiene mapas, y apostaría a que otras naves de este… complejo también tienen mapas. No vamos a conseguir que le resulte muy difícil al Covenant hallar mapas aquí, ¿no es cierto?

Zheng contempló la pantalla.

—Tiene razón, teniente. Esa cosa de ahí fuera no es más que una violación a tamaño gigante del Protocolo Colé, ¿verdad? Pero las órdenes son las órdenes. Prepare la purga. Por si acaso.

—Sí señor.

—De acuerdo. Keyes, haga entrar la fragata con cuidado. Todo lo que queremos es colocarnos en las inmediaciones, sin hacer el menor ruido, y ver qué información podemos recoger para llevarla de vuelta con nosotros. Pero si las cosas se ponen feas, esté preparado para sacarnos cagando leches.

—A la orden, señor —contestó el aludido, y entonces distinguió movimiento—. Da la impresión de que tienen patrullas moviéndose alrededor del perímetro.

—Veamos hasta qué punto es indétectable esta fragata, Keyes. —Zheng se inclinó hacia adelante en su silla.

El *Midsummer Night* se aproximó más a la maraña de tubos de acoplamiento, asteroides, naves, polvo y desechos que iba a remolque del imponente orbe de Hesiod.

24

HABITAT PINEAPPLE, EL RUBBLE, 23 LIBRAE

Thel 'Vadamee y su tripulación del puente estaban sentados en la parte posterior de una gran celda. Era una cosa tosca: un agujero excavado en la rocosa pared interior de un asteroide, con barrotes de metal en la parte delantera, algunos de los cuales tenían goznes.

Thel había visto alcázares medievales con cárceles construidas de un modo parecido allá en Sanghelios. En museos.

Había despertado con un dolor de cabeza espantoso martilleando el lado de la sien con la que había golpeado con el mamparo. No era una herida de combate honorable, ni un modo de poner fin a una pelea, pensó Thel con abatimiento a la vez que miraba fuera a través de los barrotes.

Los Kig-Yars habían peinado los restos de la nave, como los rastreadores de carroña que eran, y encontrado con vida a la tripulación del puente. El resto de la tripulación había combatido hasta la muerte, destruyendo la nave al mismo tiempo.

Thel deseaba de todo corazón que lo hubieran dejado morir en su destrozada nave; pero los Kig-Yars tenían algún plan en mente, utilizando a los Sangheilis como rehenes.

Jora se arrastró hasta él.

—La vergüenza me abruma, mi capitán.

Habían contado a Thel que Jora se abalanzó sobre los Kig-Yars sin ningún arma y que le habían disparado varias veces en la pierna. Ahora Jora

arrastraba la pierna inútil tras él sobre el suelo de la celda.

—He partido una de las patas de esos catres inútiles construidos por los humanos.

Se la entregó a Thel, quien probó el aguzado extremo con un dedo. Jora había trabajado duro para conseguir afilar el largo trozo de metal.

—Por favor —suplicó Jora—. No me queda honor. Estoy lisiado. No puedo enfrentarme a mi alcázar.

Si los señores Sangheilis averiguaban que habían sido capturados por una raza inferior como los Kig-Yars, o que habían fracasado de un modo tan estrepitoso en una misión sagrada que les había encomendado directamente un Jerarca, las consecuencias serían espantosas.

Todo el linaje de Thel podía ser eliminado. Darían caza a sus sobrinos y los decapitarían. A las propensiones genéticas al fracaso, pensaban las cabezas planetarias de Sangheilios, no se les podía permitir que siguieran existiendo.

Pero si Jora hacía lo correcto y se mataba antes de que los Kig-Yars pudieran sacarle alguna utilidad, o mancillar aún más su nombre y, por extensión, su linaje… bueno, su alcázar podría descender de categoría, pero al menos el linaje podría intentar luchar para recuperar el honor perdido.

—Por favor —musitó Jora—. Habéis sido como un primo para mí. Hacedme este último favor. Carezco de las fuerzas para hacerlo yo mismo.

—Ven y arrodíllate —dijo Thel.

Los demás Zelotes de la celda miraron en dirección opuesta. Resultaba embarazoso ver que Jora no podía siquiera acabar consigo mismo, sino que necesitaba la mano de otro.

Pero Thel recordó el modo en que Jora se había abalanzado sobre los Kig-Yars. Eso tenía que contar de algún modo, pensó, mientras se colocaba detrás del Sangheili.

—Que el Gran Viaje te aguarde, que tus enemigos se retuerzan en el infierno, y que tu linaje siga adelante y obtenga honor —dijo Thel a su luchador más audaz.

Y a continuación hundió con fuerza la pica en la nuca de Jora.

El Sangheili se desplomó poco a poco con un suspiro.

—Que tu cuerpo dispersado vaya más allá de los límites de tu mente… —murmuró Veer, volviendo a girar la cabeza.

—Más allá de los límites de nuestros mundos… —Saal pronunció la siguiente frase de la bendición íuneraria.

—A los lugares sobre los que nuestros antepasados soñaron y cantaron

—salmodió Zhar.

—Y los Profetas hablan —finalizó Thel, y los supervivientes se agarraron de los antebrazos—. Todos vosotros seguís vivos…, ¿por qué?

—Queremos estudiar cómo destruir a los humanos escondidos aquí —respondió Saal—. Los Kig-Yars hablaron de pedir rescates a nuestros alcázares. Pero Thel, vos sois kaidon de vuestro alcázar, ahora. ¿Pagaríais por uno de los vuestros capturado de este modo?

Thel lanzó un bufido.

—Antes me desangraría sobre el suelo que hacerlo. Lo sabéis.

—Exactamente —dijo Zhar.

Thel vio como la mente táctica del otro empezaba a trabajar. Aquello era una buena cosa. Le planteabas un problema a Zhar y, como un guerrero que era… pelearía con él hasta su último aliento.

Saal lanzó una carcajada.

—Los Kig-Yars son idiotas que no nos prestan atención. Deberían de haber sabido que era mejor matarnos donde nos encontraron; ningún Sangheili en su sano juicio pagaría un rescate. Ésa es una costumbre Kig-Yar.

Zhar se volvió hacia él.

—Y así es como los destruiremos. Están demasiado lejos para averiguarlo con tanta rapidez. Y nuestras sospechas eran correctas; hemos oído a los Kig-Yars casi confesarlo. Los Jiralhanaes que nos traicionaron están regresando con la capitana a Suma Caridad, donde pueden reclamar este descubrimiento para sí.

—Y hacerse con el favor de los Profetas —puntualizó Veer—. Pero ¿cómo es que estamos en una celda humana?

Thel comprendió adonde quería ir a parar su camarada.

—A los Profetas no les gustará.

—Humanos y Kig-Yars trabajando juntos —reflexionó Veer—. Había humanos hablando con los Kig-Yars que nos arrastraron aquí dentro.

—Ellos llamaron Bonifacio al humano —afirmó Saal—. Podías oler el miedo que sentía de nosotros en el aire.

—Todo lo que necesitamos hacer es salir de esta celda —dijo Zhar.

Saal fue hasta donde estaba el cuerpo de Jora y le extrajo la pica de la nuca.

—Nada me hace pensar que nos estén espiando. Todo esto parece haber sido soldado recientemente y a toda prisa para mantenernos encerrados.

Thel lanzó un bufido en señal de asentimiento.

—Coloca el cuerpo de Jora sobre un catre y cúbrelo. Llegará un momento en que querrán saber por qué no se mueve. Asegúrate de que las mantas que nos dieron caigan sobre el lugar donde estaba la pata de metal.

Ahora tenían un arma. Y un plan. Más o menos.

Cuatro Sangheilis libres eran una fuerza a tener en cuenta.

Y, de un modo u otro, Thel no tenía intención de que volvieran a capturarlo.

Ahora todo lo que necesitaban era una oportunidad.

25

HABITAT EL CUIDAD, RUBBLE INTERIOR, 23 LIBRAE

Ignacio Delgado tiró de las esposas sujetas a la larga cadena hasta llegar al final, y tomó un trago de agua de un fregadero.

Fue un trago largo. Usó el cuerpo como pantalla mientras manipulaba un pasador de chaveta que mantenía sujeto uno de los grifos. Lo escamoteó y se puso en pie.

Lo retenían en el interior de una sórdida fábrica, en la que el polvo parecía adherirse a todo. Incluso los haces de luz procedentes de las ventanas parecían entrar sobre nubes flotantes de polvo.

Los cinco matones de Bonifacio estaban sentados a una mesa barajando unos naipes que animaban su pequeño rincón del almacén.

Hicieron una pausa mientras él lo observaba, y entonces recogieron los naipes a toda prisa, apresurándose a retirarlo todo.

Uno de los hombres se levantó y trotó hasta él mientras Delgado acababa de beber agua con las manos.

—¿Qué sucede? —preguntó Delgado.

Los hombres habían hecho como si él no existiera. Bonifacio aún tenía que regresar. No le habían dado de comer, pero podía beber en el fregadero y usar un cubo para sus necesidades.

—Se te acabó el tiempo —gruñó uno de ellos—. El *Kestrel* ha regresado.

Eso significaba que Bonifacio no tenía ningún motivo para dejarlo con vida cuando regresara de donde fuera que estuviera.

La cuestión era, puesto que estaba esposado aquí por orden del consejo, ¿cómo iba a deshacerse Bonifacio de él debidamente?

—El caso es que —añadió otro matón— tiene compañía.

Delgado miró a su alrededor.

—¿Compañía?

—Una fragata camuflada del UNSC. Algún diseño nuevo. Está asomando alrededor de la periferia del Rubble.

—¿Cómo lo sabéis? —preguntó Delgado.

—Del mismo modo que lo sabemos todo sobre ellos. Tenemos a alguien a bordo. Han estado utilizando un láser de haz estrecho para lanzarnos mensajes, como dónde está la nave y qué trama. Se están preparando para ayudamos con el problema.

—Una vez que sepamos que está resuelto y el *Kestrel* está a salvo en el muelle privado del señor Bonifacio, te llevaremos de vuelta al consejo. —El hombre sonrió burlón.

Delgado no creyó lo que decía ni por un segundo. Delgado imaginó que irían de camino a entregarlo, pero de algún modo ocurriría un terrible accidente de coche tubo. O un accidente en una cámara estanca. Así era como funcionaba la gente como Bonifacio.

Cuatro de los hombres tuvieron que ausentarse, dejando a un único matón sentado allí solo, con aire desolado, para custodiar a Delgado.

El solitario guardia no tardó más de tres minutos en desplegar una pantalla pequeña y concentrar su atención en ella. Los sonidos de disparos y gritos procedentes de la película resonaron en las paredes de la fábrica vacía.

Delgado recuperó el pasador de chaveta que había estado ocultando y empezó a usarlo para hurgar en la cerradura de las esposas. El guardia siguió mirando con atención la pantalla.

26

RUBBLE EXTERIOR, 23 LIBRAE

Descifrar pautas era un arte, pensó Keyes, contemplando todos los contactos que el radar de la nave le mostraba en una pantalla. Y a pesar de todo el adiestramiento recibido, sentía que no era algo que uno pudiera analizar. La habilidad de ver pautas era un privilegio de aquellos que poseían intuición. Uno buscaba las brechas y grietas que se abrían ante él.

El *Midsummer Night* se había introducido furtivamente muy al interior de la estructura de los Insurrectos, y no podía evitar sentirse atónito ante aquello.

Todos aquellos asteroides, todas aquellas conexiones. Qué tremendo logro.

—Puede decir lo que quiera sobre ellos, ésta es algo de lo más ingenioso —masculló el teniente Dante Kirtley desde comunicaciones, donde estaba inclinado hacia adelante en busca de conversaciones aisladas—. Han dirigido la mayor parte de sus comunicaciones a través de líneas físicas, casi no existen fugas de radio. Hace que todo esté de los más tranquilo ahí fuera, comandante.

El comandante Zheng estudió la información que le estaba llegando de los distintos centros de control.

—La nave Jackal, teniente. No se olvide de la nave. Estos Insurrectos probablemente trabajan con el Covenant; así es como han conseguido todo esto. No siento inclinación a ser caritativo.

Los contactos de radar que Keyes seguía variaban con la nave, como si la orbitaran, pero desde muy lejos.

Keyes dio energía a los propulsores, moviéndolos con suavidad a lo largo de una línea aleatoria. La mayor parte de la nube de cargueros, naves privadas, drones y otros contactos alteraron levemente su posición.

Una ligera sensación de claustrofobia recorrió a Keyes, pero la sofocó con rapidez.

—Comandante, será mejor que eche un vistazo a esto —dijo, enviando los contactos a una pantalla de proa—. Están modificando su posición en base a nuestros aj ustes. Creo que no somos tan indétectables como pensamos.

Con el rabillo del ojo Keyes vio a Badia Campbell engullir un par de píldoras con una expresión apenada. Parecía tensa.

Zheng efectuó una doble verificación del intervalo de tiempo con el que llegaba la información, y luego asintió.

—Creo que tiene razón, teniente.

Campbell, en operaciones, no estuvo de acuerdo.

—Podemos amortiguar aún más nuestros motores, alterar nuestro rumbo y pasar costeando. Dar potencia al máximo para saltar fuera de aquí no hará más que destruir nuestra tapadera. No volveremos a conseguir penetrar tanto nunca más.

Keyes no estaba de acuerdo, pero no dijo nada. La tripulación del puente estaba tensa, y no iba a arriesgarse a intentar ser más listo que nadie justo en aquel momento, aunque Campbell se estuviera dejando dominar por los nervios. La decisión era de Zheng de todos modos.

Zheng lo meditó un segundo, luego golpeó con un dedo la tablilla.

—No me gusta. Keyes, pónganos a máxima potencia y salgamos de aquí cagando leches. Observaremos desde lejos. Podemos arrojar unos cuantos drones y volver a comprobar el camuflaje; a lo mejor algo no funciona bien. Sigue siendo una nave nueva.

Keyes tenía ya una tosca línea trazada. Volvió a comprobarla, así como los motores. Estaban preparados para trabajar a toda potencia.

Se abrirían paso a través de aquel banco de lentos cargueros Insurrectos y se pondrían a salvo, pensó Keyes, tecleando en la consola de navegación y preparándose.

Pero entonces, algo en el corazón del *Midsummer Night* estalló y aumentó la presión del aire de la cabina, haciendo que los oídos de Keyes se destaparan.

—¡Informen! —gritó Zheng, volviéndose hacia su equipo.

Keyes puso en marcha los motores principales de la nave, con la intención de sacarlos de allí, mientras Zheng y Campbell dilucidaban qué había sucedido.

Pero los motores no respondieron.

Keyes se volvió hacia Campbell para pedirle un informe. Pero Campbell saltó lejos de su puesto y sacó su arma.

—Campbell, ¿qué diablos?

Vaciló un segundo, no muy seguro de qué sucedía. Lo mismo que hicieron todos los demás.

Badia Campbell apretó el gatillo. Disparó a Zheng dos veces en el costado y en el estómago cuando éste se levantaba de su asiento. El sonoro chasquido de los disparos sembró la confusión el puente.

Keyes saltó hacia ella sin pensar, como también hicieron Kirtley y Li.

Campbell se volvió y disparó a Li, alcanzando a la oficial de armamento en la pierna. A la vez que alzaba el arma, Campbell le dio a Kirtley en el hombro, haciéndolo girar en redondo. Keyes chocó contra ella antes de que pudiera volver a apretar el gatillo.

Rodaron sobre la cubierta, con Campbell retorciéndose para liberarse y golpeando con la rodilla a Keyes en la ingle mientras él forcejeaba para arrebatarle el arma.

Finalmente consiguió inmovilizarla contra la parte inferior de la consola de mando de la mujer, utilizando todas sus fuerzas para mantenerla en el suelo.

—¿Por qué? —preguntó.

—Ya oíste a Zheng en Charybdis —contestó ella—. Dijo que los destruiría. No podía dejar entrar a ese hombre en el Rubble. Es demasiado peligroso. Sabes lo que hizo con su propia nave, perdió a toda la tripulación, sólo por la pequeñísima posibilidad de obtener su venganza. No puedo permitirle hacernos eso.

La mujer tenía más fuerza de la habitual por algún motivo, una energía prodigiosa que agotaba a un Keyes que todavía se estaba recuperando. Tenía todo el rostro cubierto de sudor y las pupilas dilatadas.

—Venceremos, teniente Keyes —le siseó—. Un día seremos libres.

Retorció la mano que sujetaba como una tenaza la pistola, y Keyes luchó para impedírselo; pero la adrenalina y las drogas que la mujer tenía dentro del sistema la habían hecho enloquecer. Torció el arma hacia arriba entre ellos hasta conseguir clavar la punta del cañón en su barbilla.

—Badia, por favor… —jadeó Keyes, a quien le temblaban los brazos por el esfuerzo de intentar apartar el cañón del rostro de la mujer.

Ella apretó el gatillo. El sonido, tan cerca del oído de Keyes, fue más que ensordecedor; le recorrió el cráneo y lo dejó oyendo un zumbido. Una neblina roja flotó en el aire debajo de la consola. La mandíbula de Campbell se aflojó y sus ojos se vidriaron.

Keyes tendió el cuerpo en el suelo, sosteniendo la mano flácida de la mujer y el arma. Cerró los ojos, sin ganas de contemplar el revoltijo de sangre y sesos esparcido por la cubierta.

—¡Un médico! —chilló, mientras intentaba procesar lo que acababa de suceder.

Pero al mirar en derredor, reparó en que Campbell había disparado a toda la tripulación cuando saltó hacia adelante. Campbell no necesitaba ayuda, pero ellos sí. Se volvió y vio a Zheng encaramándose con dificultad a la silla de comandante, sujetándose el estómago con una mano ensangrentada a la vez que escupía más sangre por la boca.

Li había regresado renqueando a su consola de armamento, y Kirtley había abierto un botiquín de primeros auxilios y regresado corriendo junto a Zheng.

—¡Ingeniería! —dijo Zheng con voz ronca—. Pónganme al día. ¿Qué ha sucedido?

Kirtley roció con bioespuma las heridas de Zheng. Eso las esterilizaría, y la espuma endurecida actuaría como un vendaje, infiltrándose en la herida y manteniéndolo todo unido. Serviría hasta que los médicos llegaran al puente para llevar a cabo algo más concienzudo.

Había una confusión de maldiciones en un segundo plano, junto al tintineo de los tripulantes corriendo de un lugar a otro, cuando ingeniería devolvió una respuesta envuelta en estática.

—Nos han saboteado. La teniente Campbell, o alguien que trabajaba con ella, puso explosivos en el condenado sistema de refrigeración del núcleo de fusión. Es un auténtico desastre, señor.

—¿Podemos arreglarlo? —Era todo lo que Keyes quería saber.

—Señor, ella sabía lo que hacía. El núcleo de fusión se acerca a una situación crítica. Podemos impedir que estalle y nos envíe al infierno, pero vamos a tardar en tener los motores en marcha otra vez.

El personal de ingeniería se puso trajes espaciales y abrió la parte posterior de la nave. Empezaron a echarlo todo fuera, enviándolo a las profundidades del espacio; la falta de aire fue extinguiendo la mayoría de

los fuegos y les permitió ponerse a trabajar en el sistema de refrigeración dañado. Pero eso también expulsaba calor y radiación al espacio.

Ya no eran indetectables en ningún sentido de la palabra.

Era como si estuvieran encallados. Keyes reorientó al *Midsummer Night*, advirtiendo que aún tenían propulsores con los que trabajar.

—Tenemos propulsores —informó, un tanto aliviado.

Escrutó su consola en busca del asteroide más grande. Si conseguía llevarlos hasta él y utilizarlo a modo de escudo, podría conseguirles algo de tiempo para reparar los motores.

—Y armas —gruñó Li.

El comandante Zheng emitió un gemido a la vez que cambiaba de posición.

—Comunicaciones, fije la situación en rojo. A los puestos de combate.

Kirtley regresó a su consola y empezó a teclear con una sola mano. La sangre había empezado a mancharle el uniforme.

Parpadearon las luces de emergencia y las sirenas aullaron.

—Personal de misiles a sus puestos. Preparen el MAC —ordenó Zheng, y echó una mirada hacia donde estaba Keyes—. ¿Hacia dónde se dirige, teniente?

Keyes explicó con rapidez su estrategia mientras seguían propulsándose de vuelta al interior de la estructura rebelde que Campbell había llamado el Rubble.

—Podemos ir justo a través de la estructura, ganando tiempo para conseguir reparar los motores —finalizó.

—Detenga esa maniobra —espetó el comandante Zheng—. Aléjese de la estructura y llévenos a espacio abierto.

—Señor, con el debido respeto, no podemos dejarlos atrás. Quedándonos en campo abierto de este modo… somos demasiado vulnerables —replicó Keyes.

—No me repita lo que es obvio, teniente —masculló el comandante Zheng—. Uno de mis tripulantes de confianza del puente me ha disparado. Ahora, otro está dirigiendo la nave al interior de territorio enemigo. Por favor, disculpe mi incapacidad para confiar en su buen juicio justo ahora. No quiero entregar al enemigo mi nave en una maldita bandeja. Sáquenos y llévenos lejos. Ahora.

—Sí, señor —respondió Keyes.

No le gustaba. Ni lo más mínimo. Pero comprendía la posición de Zheng. Y él tenía sus órdenes.

El *Midsummer Night* dio la vuelta pesadamente, dirigiéndose al interior de una red de cargueros y naves pequeñas que se acercaban a él por la periferia del Rubble.

Keyes fue pasando escáneres hasta que encontró la nave de los Insurrectos de mayor tamaño, y a continuación hizo serpentear el *Midsummer Night* entre la trama de tubos de acoplamiento y asteroides para poner rumbo hacia ella.

Keyes quería colocarlos cerca de una de las naves grandes de los Insurrectos; quería conseguir que el resto de naves más pequeñas que atacaban al *Midsummer Night* detuvieran el fuego por miedo a alcanzar a una de sus naves por accidente.

Una posibilidad muy pequeña, pero Keyes iba a arriesgarse.

—¡Nos disparan! —gritó a la vez que el mundo se iluminaba.

—Contramedidas desplegadas —informó Li.

La titilante malla con la que Li había envuelto a la nave confundió a un puñado de misiles. Los demás atravesaron el escudo defensivo. La nave se estremeció cuando el casco resultó alcanzado.

Una segunda oleada de misiles llegó inmediatamente después, y Keyes llevó la nave tan cerca como pudo de uno de los asteroides más pequeños, casi rozándolo. Algunos misiles alcanzaron el asteroide, levantando nubes de tierra y polvo.

—Buena idea —dijo Li.

Keyes echó una mirada a Zheng, que había entornado los ojos.

—No vamos a detenernos, Keyes. Propulsores al máximo. Sáquenos de aquí.

La siguiente oleada de misiles los golpeó en cuanto abandonaron el asteroide. La nave se estremeció y osciló; los informes de daños empezaron a llegar a raudales.

Estaban recibiendo una buena paliza.

Y a pesar de todo, el comandante Zheng, doblado ahora sobre sí mismo y aferrándose el estómago, los hacía avanzar penosamente hacia terreno abierto.

Era un suicidio, pensó Keyes. Quiso decirlo en voz alta, protestar. Pero no lo hizo. Una orden era una orden, maldita sea, y Zheng era un buen comandante.

Una veloz señal cruzó por la pantalla antes de que Keyes pudiera siquiera dar la alerta.

La explosión estrelló el rostro del teniente contra la consola. Cuando se

incorporó, goteaba sangre por toda la pantalla.

—Eso fue un proyectil de un impulsor de masa —dijo Keyes, limpiándose la sangre con el canto de la mano—. Algo muy parecido a un MAC; aunque en este caso lo utilizan para operaciones mineras.

—Hizo blanco cerca de ingeniería —indicó Zheng.

—Si vuelven a dispararlo, estamos muertos —advirtió Li—. Apenas somos capaces de aguantar el martilleo de sus misiles.

Zheng cerró los ojos, combatiendo algún dolor interno.

—Trabajan con el Covenant. No tenemos otra elección que ejecutar el Protocolo Colé. Keyes, destruya los datos de navegación, las bases de datos, los diarios de navegación y cualquier cosa relacionada con ellos. Lo dejo a cargo del puente. Es necesario que baje a ingeniería.

Zheng abandonó penosamente su silla y salió de la cabina de mando arrastrando los pies.

Keyes accedió a las instrucciones del Protocolo Colé. Localizó el virus necesario para escarbar a través de los sistemas de la nave como una segunda línea de defensa. Se acabó, pensó. Una vez que iniciara esto, estarían atrapados allí, sin importar lo que sucediera a continuación. Probablemente jamás volvería a ver a Miranda. Jamás volvería a ver alzarse la Tierra sobre la Luna.

El impacto de otro misil lo sacó con una sacudida de aquellas reflexiones. Iban a morir allí. Tenía un deber. Deshacerse de los datos podría muy bien proteger a la Tierra y las colonias.

Keyes puso en marcha el programa, tragándose el nerviosismo, empezó a apagar el puesto de navegación.

La teniente Li coordinaba el fuego de respuesta, intentando mantener a las fuerzas Insurrectas ocupadas y a distancia. Pero a juzgar por las cada vez más frecuentes explosiones sobre el casco, estaban perdiendo la batalla.

Kirtley atrajo la mirada de Keyes.

—Nos están llamando. Quieren hablar con el comandante.

—Va de camino a ingeniería.

Kirdey negó con la cabeza.

—En ingeniería no lo han visto aún.

Keyes frunció el entrecejo.

—¿Dónde diablos está?

Li lanzó una imprecación, y Kirtley pareció contrariado. Keyes comprobó el progreso de su virus. Estaba hecho. Aquella nave jamás conseguiría regresar a las Colonias Interiores o a la Tierra.

—Dicen que tienen más disparos de impulsor de masa apuntándonos si no apagamos los propulsores —dijo Kirtley.

—Pásamelos, entonces. Ganaré tiempo —respondió Keyes.

Justo cuando terminaba de decirlo, tres nítidas explosiones lanzaron a toda la nave de costado unas cuantas decenas de metros. Los mamparos crujieron y el metal chirrió a lo largo del casco.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Keyes.

—Cabezas nucleares —dijo Li—. Nuestros propios Shivas.

Kirtley se inclinó hacia adelante.

—Tengo a Zheng. Lo estoy conectando con los Insurrectos.

La voz de Zheng había descendido hasta ser casi un susurro ronco.

—Aquí el comandante Dmitri Zheng, de la fragata del UNSC *Midsummer Night*. Acabo de lanzar nuestros Shivas. Recuerden, podría haberlos lanzado al corazón de su estructura, pero elegí no hacerlo. Somos gente de honor. Estoy ordenando a mi tripulación que se rinda. Exijo que se los trate con justicia. Eso es todo.

Cuando se calló, la voz de un ingeniero sonó en la radio.

—Señor, alguien tiene que bajar aquí. El médico dice que Zheng se está desangrando. No le queda mucho tiempo.

Keyes se puso en pie.

—Voy hacia allí.

La última vez que había recorrido la nave se había desorientado un poco, pero a aquellas alturas sabía moverse por los pasillos, cruzando las puertas de los mamparos y girando a la sección siguiente con consumada facilidad, dejándose deslizar por barandillas y subiendo la escalera a saltos.

Ingeniería era un revoltijo caótico de vapor, metal escorificado y actividad. Habían vuelto a presurizar la sección, pero el jefe de ingenieros estaba en el centro de una vorágine de actividad humana.

Cerca del centro de operaciones del ingeniero había un médico agachado junto al comandante Zheng, que estaba sentado en un charco de su propia sangre.

El médico trabó la mirada con Keyes y negó con la cabeza.

—Cargó él mismo manualmente los Shivas y los disparó, no permitió que nadie se le acercara —lo informó el médico.

—Si quieres que algo se haga, tienes que hacerlo tú mismo. No puedes confiar en nadie —dijo Zheng desde el suelo, y alzó una mano ensangrentada—. Keyes… acérquese más.

Keyes se puso en cuclillas junto a él y el médico, y Zheng aferró la mano

de Keyes con resbaladiza energía.

—No creería que iba a dejar que ningún Insurrecto le pusiera las manos encima a unas cabezas nucleares, ¿verdad?

—No, señor —respondió Keyes.

—Quiero que sepa que no embestí aquella nave del Covenant por venganza, como ellos dicen —musitó Zheng.

—Nadie ha dicho eso.

Keyes echó una ojeada al médico, quien se limitó a agitar la mano para indicarle que siguiera escuchando.

—Sí que lo hacen. Embestí aquella nave porque no teníamos otra elección. Habría matado a muchos, muchos más. Yo tenía que contemplar la perspectiva global. Tenía que salir de las pautas marcadas y hacer lo que pudiera con lo que tenía.

—Lo comprendo, señor.

—Tal vez, Keyes, tal vez. Sólo recuerde: no confíe en ninguno de esos tipos, Keyes. Covenant, rebeldes, demonios, no pierda de vista a su propia tripulación. Busque la perspectiva global. Cuide bien de mi nave. Asegúrese de que tratan bien a la tripulación una vez que los hagan prisioneros.

El comandante Zheng oprimió la mano de Keyes y empezó a respirar pesadamente.

—Hágase a un lado —dijo el médico, cuando Zheng se desplomó hacia adelante—. ¡Desfibrilador!

Keyes contempló su ensangrentada mano, que Zheng aún aferraba, mientras el médico intentaba revivir al comandante.

—Señor, aquí Li —zumbó el auricular del comunicador que Keyes llevaba en la oreja—. Están subiendo a bordo. Los ODST quieren saber cómo proceder.

Keyes tragó saliva. Él era el siguiente en el mando, y ahora estaba a cargo de la nave. Todas aquellas vidas… la misión… todo era responsabilidad suya, y aquello no era un aula. Era el auténtico lío de primera línea que había estado esperando obtener.

Bueno, pues ya lo había obtenido.

No tenían datos de navegación. Los superaban en número. La nave estaba dañada. Y ellos no tenían adonde ir.

—Diga a Faison que seguimos las órdenes de Zheng de deponer las armas. Haga correr la orden. —Keyes se sintió como atontado mientras se ponía en pie—. Deme indicaciones sobre la incursión más próxima. Iré al encuentro de los Innies yo mismo.

Todo recaía sobre él, ahora.

TERCERA PARTE

27

HÁBITAT LA PAZ EN EL RUBBLE EXTERIOR, 23 LIBRAE

Thel estaba sentado frente a los barrotes, con las piernas dobladas bajo él, observando a los guardias. Era la posición acuclillada de un guerrero, que dejaba que un Sangheili mantuviera las piernas en descanso bajo él, pero de un modo que le permitía incorporarse de un salto en un abrir y cerrar de ojos. Había pasado horas practicando con otros compañeros estudiantes en los patios de adiestramiento de arena del alcázar Vadam para aprender la postura; ahora lo hacía con total naturalidad.

El Unggoy bajo, de andares pesados, que los custodiaba llevaba un rifle de plasma demasiado grande para su estatura, y Thel captaba los rastros de tufillo de metano que escapaba de la boquilla del guardia. El Unggoy —un irritante ser inferior— tenía buen cuidado de permanecer tan pegado a la pared opuesta y tan lejos de los barrotes como fuera posible, temiendo con razón las largas extremidades de los Sangheilis.

Pero eso no impedía al Unggoy mofarse de ellos y envanecerse.

—Mirad, poderosos Sangheilis. Mirad que ya no tan poderosos ahora, ¿eh?

Thel lanzó un gruñido desde algún punto muy en el fondo de la garganta.

—Hacéis caso omiso de los Unggoys, sí. Nos arrojáis a morir a vuestros pies. No os importa cuando otras razas abusan de pobres Unggoys. Se acabó. Esperad hasta que os lleven a Metisette, entonces veréis vosotros

nuestro poderío.

Thel dirigió la mirada hacia Zhar.

—¿Poderío?

—Poderío Unggoy es una contradicción de términos —refunfuñó Zhar.

—¿Eso pensáis? —siseó el Unggoy—. Esperad y veréis. Esperad y veréis.

—¿Qué es Metisette? Esa es la segunda vez que oigo esa palabra —comentó Zhar—. Los Kig-Yars que nos encerraron aquí también la mencionaron.

Thel inspiró profundamente.

—Es el nombre humano para un mundo en la proximidad del gran gigante gaseoso. —Las pantorrillas le ardían un tanto, ya; pero aguardó sin moverse.

Justo bajo los pies, oculta por la posición acuclillada, estaba la larga lanza de metal. Usando el borde del armazón de la cama y la propia fuerza, Thel y Saal se habían turnado para afilarla aún más. También habían tallado lengüetas rudimentarias en la pica haciendo unos cortes en la tosca arma.

Ahora era cuestión de elegir el mejor momento. Thel no quería malgastar la única tentativa de que disponían.

La celda, habían decidido, estaba en uno de los extremos más alejados de lo que Zhar había oído a los humanos llamar «el Rubble». Aunque los Kig-Yars y los humanos estaban trabajando juntos, aquello era en su mayor parte una creación humana.

Antes de que los pensamientos de Thel pudieran vagar más lejos, los muros temblaron y empezaron a caer cascotes. Los barrotes de metal que los mantenían encerrados comenzaron a doblarse y a chirriar a medida que eran obligados a torcerse y adquirir formas ligeramente distintas.

Las luces parpadearon, y Thel siguió manteniéndose totalmente inmóvil, como un helioskrill imitando una roca allá, en su planeta natal, a la espera de que la comida pasara confiadamente por su lado.

Al mismo tiempo que la celda se sumía en la oscuridad, Thel se sintió alzarse en el aire al fallar los generadores antigravitacionales. Levantó la lanza, cuyo extremo estaba atado a varios trozos de tiras de sábana fuertemente trenzadas.

Podía oír la respiración aterrada del Unggoy y el siseo del tanque de metano mientras se debatía en el aire.

La lanza salió volando entre los barrotes y emitió un crujido blando al alcanzar al Unggoy. Thel dio a la improvisada soga un rápido tirón, y arrastró a la aullante criatura hasta estrellarla contra los barrotes.

Zhar y Saal aguardaban allí, y sus largos brazos le partieron el cuello al guardia y lo silenciaron.

Saal se hizo con el rifle de plasma mientras Thel extraía la improvisada lanza del Unggoy y empujaba lejos el cuerpo. Sangre de un azul brillante flotó en el espacio, expandiéndose en grandes glóbulos a medida que el Unggoy giraba despacio sobre sí mismo en el aire.

—Revienta la cerradura —ordenó Thel.

Tras apuntalarse contra la pared opuesta, Saal disparó tres veces contra la cerradura. El plasma hizo saltar el dispositivo en una nube de riachuelos de metal fundido que volaron por la habitación, chisporroteando sobre la piel del Unggoy y chocando contra la pared.

Los cuatro Sangheilis abrieron la puerta de un empujón y flotaron fuera al mismo tiempo que las luces volvían a encenderse con un parpadeo.

Chocaron contra el suelo, junto con gotas de metal y el cuerpo flácido del Unggoy. Una lluvia de sangre salpicó el suelo una milésima de segundo más tarde.

Zhar paseó la mirada por la habitación, parpadeando mientras sus ojos se adaptaban a las luces excesivamente brillantes de los humanos.

—Nos trajeron aquí dentro por allí. —Proyectó las mandíbulas en dirección a un pasillo.

Thel avanzó con la lanza, poniéndose en cabeza.

Los Kig-Yars que siguieran allí lamentarían profundamente haberlo encarcelado, pensó, mientras doblaba una esquina y divisaba a uno de ellos de pie junto a la puerta de una cámara estanca.

Thel recorrió el pasillo a la carrera, sin importarle demasíado el sigilo. El Kig-Yar giró en redondo, y un escudo protector llameó desde su antebrazo, pero el Sangheili asestó un golpe tan fuerte que la cabeza del otro se estrelló en el mamparo situado detrás y el Kig-Yar se desplomó al suelo.

Saal atisbo por la ventanilla brevemente, luego se apañó.

—Hay más, dentro —gruñó—. Pero parecen preocupados.

Thel contempló los controles de la puerta, lamentando el impulso que lo hizo matar con tanta rapidez al guardia KigYar. La colección de botones que los humanos utilizaban para controlar cosas lo dejaba perplejo. Pero se las arregló para presionar un gran botón verde que hizo que la puerta se abriera.

Todos los Kig-Yars se volvieron y se encontraron cara a cara con Saal, que los apuntaba directamente a las cabezas con el rifle de plasma.

—¿Os acordáis de nosotros? —dijo Saal, y apretó el gatillo.

Los largos rostros Kig-Yars estallaron a medida que Saal disparaba con calma a los cuatro en la cabeza, por encima de sus chirridos de miedo y cólera.

—Y ése —dijo Veer, pasando por encima de los cuerpos y cerrando la puerta de la cámara estanca de la nave tras ellos— es el motivo por el que jamás se encarcela los Sangheilis; se los ejecuta.

Las paredes y asientos estaban salpicados de brillante sangre morada. Thel miró a su alrededor con aire satisfecho.

—Es un buen comienzo —dijo, con un tono complacido en el fondo de la voz—. Arrojad fuera los cuerpos.

Ahora había llegado el momento de descubrir qué tramaban los Kig-Yars, los humanos y los Unggoys.

Y hacerles pagar por ello.

28

SUBBLE EXTERIOS, 23 LIBRAE

Las alarmas del *Petya* se dispararon. Jai salió disparado hacia la cabina de mando, donde Mike se abrochaba ya el cinturón de seguridad. Muy a lo lejos iba perdiéndose de vista un brillante fogonazo, una refulgente bola de recalentados gases residuales en el vacío espacial que había sido perturbado por la onda expansiva de una explosión.

—Eso es un Shiva —dijo Mike, leyendo uno a uno los monitores—. Es probable que tres, de hecho.

—¿Cabezas nucleares? ¿Quién está bombardeando el Rubble con armas nucleares? —preguntó Adriana.

—Nosotros —respondió Mike—. Hay una nave del UNSC en el sistema. Alguna especie de nave indetectable.

—¿Prowler? ¿La ONI ha aparecido por aquí para ver qué hacemos? —se extrañó Jai.

Mike negó con la cabeza, la mitad de la cual estaba cubierta de crema de afeitar; había estado ocupándose de su cabeza cuando centellearon las alarmas.

—Ya nos habrían transmitido un mensaje. No, esto es la flota. Parece una fragata de largo alcance.

—Una de las nuestras —afirmó Adriana.

—Que está recibiendo una buena —repuso Jai.

Adriana asintió.

—Fijaos en todas esas naves que la rodean, ¿Qué diablos pensaban?

—Armémonos. Metámonos ahí dentro y veamos si podemos ayudar —propuso Jai.

—Demasiadas naves —respondió Mike—. No tengo suficientes sorpresas explosivas para quitarles a esos chicos de encima. Además, veo un grupo de ellas moviéndose para abordarla. Eso es una trampa mortal, Jai.

Jai golpeó una consola con el puño, dejando la marca en el metal.

—Tranquilo, vaquero —dijo una voz femenina que no era la de Adriana.

Jai se volvió y se encontró con la imagen de Juliana haciendo acto de presencia en navegación, con sus enormes ojos contemplando los de él.

«No es más que una simulación —se dijo—. Esos ojos no pueden ver, tal y como parece que hacen justo ahora».

La IA abrió los brazos.

—Yo puedo ayudar a vuestros amigos del UNSC; vosotros, no. Mike tiene razón. Están rodeados. Han caído en una trampa. Uno de sus tripulantes del puente era un simpatizante que indicó la localización de la nave. Van a llevarlos a celdas de detención temporal.

—¿Y después? —preguntó Jai.

—Después, bueno… —Juliana cruzó los brazos—. Si siguieron las instrucciones, dudo que tengan datos de navegación que funcionen. Lo que significa que no son una amenaza importante. Los dejarán vivir. Si no se les permite vivir, he amenazado con dejar de trabajar para el Rubble. Me necesitan demasiado para hacer caso omiso de eso. Todo se viene abajo sin mí.

Jai echó una veloz mirada a Adriana por encima de la parte superior de la imagen de la IA. Adriana le respondió con una sonrisa.

—Me ocuparé de esto —continuó Juliana—. Me gustaría que fuerais a ocuparos de Ignacio Delgado. He enviado a Mike las coordenadas.

—¿El Insurrecto favorito de Adriana? ¿Por qué? —Jai se acercó y se sentó delante de la IA—. Está metido en un aprieto. Y le necesitamos porque, si bien puedo espiarlo y controlar sus movimientos, ha sido de lo más astuto en lo referente a mantener los datos de navegación ocultos incluso de mí. Creo que teme que podríais piratearme. —Juliana lanzó una risita divertida ante la idea, luego calló súbitamente, miró a su alrededor, y prosiguió—: Creo que, llegados a este punto, Delgado podría entregaros los datos para que los mantengáis a salvo.

—¿Cómo es eso? —preguntó Mike, y la miró con los ojos entornados.

La IA sonrió y encogió los hombros.

—Llámalo un presentimiento —respondió al equipo de Spartans, y luego se desvaneció con un parpadeo.

Jai frunció el entrecejo.

—No tengo ganas de ser el chico de los recados de una IA.

Mike alzó la mano.

—Ya, y también nos oculta algo.

—¿Como qué? —Jai fue a colocarse junto a él.

—La nave de la que los trabajadores de los muelles hacían circular rumores, sobre que regresaba de las colonias, era el *Kestrel*, ¿recordáis? Bueno, está ahí fuera ahora. Lo que se comenta es que la nave del UNSC llegó aquí siguiéndolo. Tardé un poco en encontrarlo…

Jai le dio una palmada en la espalda.

—Magnífico. Vamos a por el *Kestrel*, y le hacemos polvo los motores cuando atraque.

—¿Y Delgado? —preguntó Adriana—. Es el siguiente rompecabezas de navegación.

—Una vez que esa nave de contrabandistas esté fuera de servicio, recuperamos a Delgado para la IA.

Jai sonrió. Todo iba llegando a un punto decisivo. Era hora de moverse. Mike se puso en pie y asintió. El Equipo Gris estaba de acuerdo.

—¿Tú IA favorita? Jai, creo que a lo mejor simplemente le gustas —dijo Adriana a la vez que daba la vuelta para regresar donde sus armaduras Mark IV MJOLNIR aguardaban colgadas en soportes.

Jai y Mike la siguieron.

—Estás celosa —replicó Mike, mientras se detenían frente a las armaduras—. Pero de todos modos, parece que los dos estamos haciendo amistades. Es una lástima que Jai no sea demasiado sociable.

—Idiotas —repuso el aludido—. No se supone que tengamos que hacer amistades.

—Pero es muchísimo más divertido. —Mike sonrió, burlón.

Adriana rio por lo bajo, luego contempló las armaduras que los aguardaban en la penumbra.

—¿No tenéis la sensación de que vamos a pasar una gran cantidad de tiempo vestidos con nuestra segunda piel?

Jai alargó una mano y acarició el exterior gris.

Sí, sí que tenía esa sensación. Las cosas estaban más allá de aquel punto de inflexión en el que uno sentía que aún podía echarse atrás y tumbarse en la hierba y limitarse a observar.

No, alguien había arrojado granadas al interior de un hormiguero. Era hora de saltar dentro y participar.

De vuelta a la acción.

29

EN ÓRBITA, METISETTE, 23 LIBRAE

Thel rezongó alegremente. Había llevado el transbordador Kig-Yar al exterior alejándolo más del Rubble, y escaneado lentamente la zona hasta que habían hallado una nave de transporte Kig-Yar de mayor tamaño de camino a Metisette.

La abordaron con rapidez, antes de que los pocos Kig-Yars a bordo se dieran cuenta siquiera de lo que había sucedido.

A bordo había varios cientos de Unggoys. Los Kig-Yars habían estado al mando, pero no disponían del número de efectivos necesario para hacer funcionar sus propias naves. Ahora los Kig-Yars estaban muertos.

Pero los Unggoys habían hecho funcionar la nave para los Kig-Yars, y eso los convertía en seres útiles; además, estaban dispuestos a trabajar para Thel y su tripulación, o eso dijo el acobardado Diácono Unggov mientras Thel permanecía de pie en el puente cubierto de manchas moradas.

—Sería la voluntad de los Profetas —lloriqueó el Diácono.

—Lo sería —repuso Thel desde detrás del Unggov—. Estamos en una misión encomendada directamente por un Jerarca.

El Unggov se volvió con un contoneo, cambiando de posición la boquilla, para mirar a la cara a Thel. Alzó la vista y extendió los brazos.

—No hago preguntas. Sirvo. Ése es nuestro destino —gimió.

AThel le importaba un comino la autocompasión del Unggoy.

—Di a tu tripulación que esta nave va a volar donde nosotros

ordenemos, o masacraremos hasta el último de vosotros. Saal bajará a ingeniería y os vigilará. Veer recorrerá los pasillos.

Veer gruñó, y el Unggoy retrocedió.

—¡Señores! ¡Llevaremos a cabo nuestros deberes dentro de la nave! No dudéis de ello.

Thel se volvió hacia Veer y Saal.

—No os fieis. A la más mínima sospecha de que los Unggoy no juegan limpio, no os reprimáis.

Veer y Saal gruñeron afirmativamente y salieron de la cabina de mando.

El diácono se dio la vuelta para marcharse, pero Thel alzó una mano y el Unggoy se paró en seco.

—¿Qué hay ahí abajo, Unggoy? —preguntó Thel, y señaló la imagen del planeta en una pantalla de la parte frontal de la cabina de mando.

Era Metisette. Su atmósfera de macilento color amarillo anaranjado estaba arremolinada; espesas tormentas frías azotaban la gélida superficie.

El Unggoy los contempló fijamente, sin decir nada.

Thel se volvió de nuevo hacia la pantalla y cruzó los brazos.

—Zhar, mi consejero de más confianza, no quería venir aquí. Quería darle la vuelta a este transporte para atacar la nave Kig-Yar atracada con los humanos y llevarla a Suma Caridad para poder advertir a los Profetas sobre la traición de los Jiralhanaes.

—Una noble elección —dijo el Unggoy.

—No lo es —replicó Thel—. Fuimos capturados y encarcelados. Cuando regresemos, tendremos suerte si conservamos nuestros títulos, por no decir incluso nuestros nombres. —El Unggoy tembló ante la cólera de Thel—. ¿Cómo te llamas, Diácono?

—Pipit —respondió el Unggoy.

Thel cruzó los brazos.

—Pipit, uno de mis antepasados, un kaidon de Vadam, perdió una guerra contra uno de los rivales más enconados del alcázar. El nuevo kaidon metió a mi antepasado en los sótanos, cárceles en las que se abandonaba a los vencidos del modo más deshonroso imaginable. Los alimentaban con sobras, y los invasores los visitaban para burlarse y reírse de ellos. Los más honorables entre los encarcelados se mataron a sí mismos o unos a otros.

»El kaidon escapó tras semanas de pasar hambre. Se había quedado tan delgado que consiguió introducirse a través de los barrotes de su ventana que daba a los precipicios del alcázar Vadam. Escaló el precipicio y nadó río abajo, hasta llegar al valle.

»El kaidon caminó durante muchos días, comiendo alimañas y restos, llegando a estar por debajo de lo bajo, hasta que entró en el extenso desierto que se encuentra en el interior de todas nuestras tierras. Y allí fuera, tras deambular durante muchos años, acrecentó su fortaleza física, su dureza, e hizo aliados suyos a otros vagabundos. Eran los más humildes de los más humildes, sí, pero con una voluntad de combatir y una voluntad de vivir sin importar las posibilidades.

»Con esta tribu nueva, mi antepasado regresó al alcázar Vadam y escaló los muros. Mató a todos sus enemigos, arrojando los cadáveres al río. Se dice que sus aguas corrieron de color morado durante una semana. Y cuando el kaidon terminó de eliminar a sus enemigos, abrió las prisiones y mató a los Vadam que habían sido lo bastante cobardes como para seguir vivos en ellas. Ése era mi kaidon. Eso es Vadam. Nuestra sangre se forjó en el desierto, quedó confirmada en el alcázar ese día y fue purificada mediante las experiencias del kaidon Ther. Así está tallado en la pared de la saga Vadam.

Thel dirigió la mirada hacia Zhar, quién preguntó:

—Capitán, ¿tenéis un motivo para contar una estrofa de la saga de vuestra familia?

Thel se sentó en el sillón del capitán, en el centro del puente.

—Mal puedo darle la espalda a mi linaje, ¿no es cierto, Zhar? No regresaré a Suma Caridad habiendo perdido una nave, sabiendo que los Kig-Yars nos encerraron y con apenas información sobre lo que está sucediendo aquí. No sería mejor que los Sangheilis encarcelados a los que Ther ejecutó por inútiles.

—Era una sugerencia. Una opción —dijo Zhar.

—Pero no es una opción, ya que somos Sangheilis. —Thel se volvió entonces de nuevo hacia el Diácono Pipit—. ¿Así pues, lo entiendes, Unggoy? Estamos aquí para quedarnos. Te lo vuelvo a preguntar: ¿qué hay en Metisette?

—Sueños —suspiró Pipit.

—No me vengas con juegos de palabras —refunfuñó Thel—. Habla con claridad.

—Cuando los comandantes necesitan combatientes, a los Unggoys les ordenan procrear y expandirse. Entonces morimos en gran número. «Unggoys —decís todos vosotros— haced esto, haced aquello». Algunos sueñan con libertad —explicó Pipit—. Y aunque odiamos a los Kig-Yars, este llamado Reth, comandante supremo, dice a esos Unggoys que pueden

venir a Metisette. «Venid, construid un hogar. Ayudad a cambiar esta luna para que se convierta en un lugar en el que podáis vivir, donde el metano esté libre en el aire. Procread en libertad».

Zhar se echó a reír.

—¿Ycreisteis a este… Reth?

Pipit alzó la mirada, con los rojos ojos redondos y brillantes entornados por la cólera.

—Los Kig-Yars siempre traicionan, sí, pero la oportunidad… —El alienígena encogió los hombros.

Thel contempló al pequeño y fatalista alienígena.

—De modo que Metisette tiene metano en el aire que podéis respirar.

—Un lugar para Unggoys —asintió Pipit—. Un lugar seguro, donde podemos vivir sin intromisiones, sin los controles sobre nuestra población que se nos imponen desde las alturas. Donde podemos pasear sin estos arneses y tanques de respiración tan excoriantes.

—Un paraíso Unggoy —rezongó Thel—. Donde podéis criar hasta infestar todo el lugar.

Los Unggoys eran conocidos por reproducirse como locos. Durante tiempos de paz, los Profetas controlaban de cerca su población; a los Unggoys jamás les había gustado eso. Y aun cuando odiaban a los Kig-Yars, tenía sentido que los Unggoys no hubieran dejado pasar la oportunidad, en aquella extraña secuencia de acontecimientos, de obtener un mundo para ellos.

Thel se rascó las mandíbulas inferiores.

Saal llamó a Thel por el intercomunicador.

—Tienen nuestro arnés de infiltración aquí —dijo—. En su muelle de almacenaje. ¡Los Kig-Yars lo robaron de nuestra nave!

Thel dejó de rascarse mientras consideraba la información.

—Tenemos un cambio de planes. Lleva la armadura abajo, al transbordador Kig-Yar. Calienta también los motores. Vamos a bajar.

—¿Al interior de esa oscuridad? —protestó Zhar, situado a poca distancia.

—Sí. Zhar, los Profetas sueltan a los Unggoys para que críen siempre que hay una guerra; dejan de mezclar hormonas antirreproductoras en los suministros de metano. Ahora tenemos a un Kig-Yar renegado criando Unggoys. Creo que este tal Reth está creando un ejército en la superficie de Metisette para su uso personal.

—¿De modo que vamos a ir a comprobarlo por nosotros mismos? —

resopló Zhar.

—Quiero hablar con Reth —se limitó a responder Thel.

—¿Por qué?

—Si está a cargo de Metisette, tiene que saber a qué se debe que los humanos y los Kig-Yars colaboren. Y está enterado de la traición de los Jiralhanaes. Reth sabe cosas que es necesario que nosotros sepamos.

—Y lo rodean cientos de Unggoys —observó Zhar.

El Diácono carraspeó. Thel volvió la cabeza hacia él, y Pipit dijo:

—No cientos.

Thel aguardó un momento.

—¿Miles?

Pipit siguió negando con la cabeza.

—Decenas de…

Pero el alienígena ya había vuelto a agitar la cabeza.

—¿Cientos?

Pipit asintió entonces con vehemencia a la vez que Zhar lanzaba una maldición.

Reth tenía todo un ejército a su disposición, y eso dificultaría el poder llegar hasta él.

Pero Thel sonrió.

—Hemos recuperado nuestro arnés de infiltración.

Eso les proporcionaba una ventaja. No eran sólo Sangheilis, sino que eran Sangheilis bien armados, bien blindados y también invisibles.

Como su antepasado Ther, el antiguo kaidon, Thel regresaría teniéndolo todo en contra, irrumpiendo en mitad del enemigo antes de que éste supiera qué había sucedido.

—Prepáranos, Zhar —ordenó Thel—. Vamos a bajar ahí. Pipit, Veer tomará el mando mientras no estemos; lo ayudarás. Danos las coordenadas para llegar a Reth. Y si nos engañas, Veer estará aquí para ocuparse de que sufras al instante por ello.

Pipit asintió y, con una voz que parecía quebrarse, proporcionó a Zhar las coordenadas necesarias.

—Gracias, Diácono. —Thel miró a su alrededor—. También tendrás que hacer que un piloto Unggoy se reúna con nosotros en el transbordador, Diácono. Habla con los Unggoys que hay ahí abajo, en Metisette, diles que tuviste un accidente a bordo y necesitas que te reabastezcan de metano para que los Unggoys puedan respirar.

Hecho eso, Thel abandonó con paso decidido el puente con Zhar

siguiéndolo de cerca.

—Tres de nosotros contra cientos de miles de Unggoys —dijo Zhar.

—Esos pequeñines se encogerán de miedo y huirán de nosotros en tropel —proclamó Thel mientras recorrían pesadamente los corredores.

Zhar lanzó una carcajada.

—Os sentís muy seguro.

—Soy Sangheili —respondió Thel—. Así es como somos.

Se apretujaron en el diminuto transbordador. El blindaje de operaciones especiales descansaba sobre los bancos donde los Unggoys se habrían sentado. Ahora había sólo un Unggoy, un piloto aterrado que permanecía bien sujeto al asiento mirando a los Sangheilis con pavor.

Thel percibió el entusiasmo que lo impregnaba cuando tenía un plan concreto.

—Llévanos abajo, Saal.

Una vez que se hubieron abierto paso a través de lo peor de la desaceleración en la atmósfera superior de Metisette, Thel se soltó y fue atrás para ponerse su armadura de operaciones especiales, y ayudó a Zhar con la suya. El transbordador vibró y traqueteó en su recorrido por la densa atmósfera, pero permanecieron en equilibrio sobre los pies con bastante facilidad.

Una vez vestido, Zhar conectó el blindaje, y desapareció sumido en la invisibilidad.

—Funciona —dijo Thel, y a continuación comprobó el suyo.

Zhar y Saal intercambiaron puestos. Mientras Saal se introducía como podía en su blindaje por su cuenta y Zhar llevaba el transbordador a la superficie, Thel fue hasta el borde de la cabina para mirar abajo.

Nada aparte de espesas nubes de color naranja y neblina… al menos hasta que salieron por debajo de las nubes para volar por encima de un paisaje irregular y helado azotado por tormentas constantes.

Zhar ladeó la nave mientras viraba despacio a través de la atmósfera anaranjada en dirección a un cráter enorme. Cuando lo cruzaron, los costados del cráter se alzaron igual que montañas lejanas, y Thel pudo ver un lago inmenso en el centro.

A lo lejos se erguía lo que parecía un alcázar, a horcajadas sobre un gigantesco río de un líquido que se precipitaba por encima del borde del cráter hasta alcanzar el fondo. El alcázar era un edificio destartalado, construido con partes de naves viejas y destrozadas a las que habían sacado toscamente de su órbita y hecho aterrizar cerca del borde de la inmensa

cascada.

Pero se alzaba muy alto, con añadidos que se habían construido entre los cascos de las naves espaciales, con tubos que colgaban y cúpulas igual que forúnculos que agujereaban las superficies rocosas alzándose por encima del río. Thel se dio cuenta de que podía alojar a cientos de miles de seres.

A lo largo de los costados de los trescientos metros de cascada, descendían ascensores hasta las estructuras situadas alrededor del gigantesco lago.

Metisette no era un mundo en el que uno pudiera respirar. Su atmósfera compuesta mayoritariamente de nitrógeno dejaría a los Sangheilis, o a los Kig-Yars, o a la mayoría de razas, sin nada que respirar.

El líquido del muy gélido Metisette era metano. Thel contempló como un río de ese gas licuado caía por el borde del cráter. Una espesa neblina de metano flotaba en el aire por todos los valles naturales y zonas bajas del cráter gracias a la cascada.

—Reactores gigantes calientan la tierra alrededor de todo el cráter —dijo en voz alta el piloto; el orgullo ganó repentinamente el lugar al miedo que sentía de los Sangheilis—. Crea neblinas continuamente.

Zhar pasó casi rozando el lago y se acercó a la cascada. El transbordador penetró en la neblina y luego se alzó cerca de la cascada, presionando a Thel contra el asiento.

—Pasaremos por encima del borde y aterrizaremos, Zhar —gritó Thel —. Asegúrate de que tu armadura está bien ajustada, Saal. Nos permitirá respirar hasta que estemos dentro de la estructura. Si Reth respira y hay Kig-Yars ahí dentro, entonces no nos pasará nada.

»Si sólo hay metano, entraremos todo lo que podamos antes de regresar. Zhar, permanece en el trasbordador, escondido, mientras este Unggoy hace que los otros Unggoys carguen nuestro vehículo con tanques de metano.

Thel contempló como aparecían los restos de un enorme mercante Kig-Yar por encima del saliente, y Zhar describió un arco para pasar al interior de una enorme zona de aterrizaje marcada sobre roca fundida con plasma.

En cuanto el trasbordador se posó en la roca, los tres Sangheilis activaron el camuflaje, titilaron y desaparecieron. Zhar se sentó delante del Unggoy que se suponía que pilotaba el vehículo, y Thel y Saal saltaron por la parte posterior.

El piloto Unggoy no había menudo; aquella tierra resultaba gélida para Thel, pero el frío era tolerable. Como un erial ártico. Ni con mucho tan frío

como el resto de la luna.

Como espectros silenciosos moviéndose por la oscuridad naranja que flotaba en el aire, maniobraron por el terreno, manteniéndose bien apartados de los Unggoys que anadeaban por la plataforma de aterrizaje en dirección al transbordador, vociferando y chillando en su idioma.

Thel mantuvo un cómodo paso largo, recorriendo el terreno con tal rapidez que cualquier Unggoy que advirtiera una oscilación en el aire sacudiría sin duda la cabeza y lo descartaría, atribuyéndolo a un efecto lumínico.

Pasaron furtivamente a través de una serie de cámaras estancas gigantes, donde los Unggoys tenían que seguir llevando sus arneses y tanques.

Thel miró a su alrededor.

—Esto es territorio Kig-Yar —musitó a Saal.

Tenía sentido que aquellos alienígenas de menor categoría estuvieran en una vieja nave transformada para un nuevo uso instalada cerca del borde de la cascada. Proporcionaba una visión completa del entorno, porque aunque los Unggoys consideraban que aquél era su mundo, Thel imaginaba que los Kig-Yars lo veían de otro modo.

Saal encontró a un Unggoy solitario y una habitación vacía en la parte posterior de lo que en el pasado habían sido los grandes muelles del hangar de la nave Kig-Yar.

No tardaron en conseguir que el Unggoy proporcionara la ubicación de Reth.

—La sala de la cabina de mando, en lo más alto.

Saal le partió el cuello al Unggoy y utilizaron los tubos de mantenimiento de emergencia para ascender hacia lo alto del navio. Thel jadeaba violentamente y tenía las mandíbulas abiertas de par en par, con la lengua agitándose en el aire, cuando por fin llegaron a lo alto.

Cuatro Kig-Yars custodiaban las puertas de la cabina de mando, pero dos de ellos miraban por las ventanas a la plataforma de despegue, aburridos, con los rifles de plasma colgados en bandolera a la espalda.

No tuvieron la menor posibilidad de volverse y ver qué los atacaba. Los dos Sangheili estuvieron entre ellos en un abrir y cerrar de ojos, disparándoles a quemarropa a los rostros con sus propios rifles de plasma.

Los otros dos Kig-Yars tuvieron un segundo para proferir un sonoro chillido antes de encontrarse con el mismo destino, y Thel voló las puertas del puente con una granada.

En el interior de la estancia enmoquetada y amueblada con lujo estaba

sentado un único Kig-Yar, con los enormes ojos fijos en las titilantes irregularidades del aire que tenía delante. Thel desconectó su invisibilidad.

—Sangheilis —siseó el Kig-Yar—. Malditos seáis, ¿qué habéis hecho? ¿Sabéis con quién os metéis?

—¿Eres Reth? —preguntó Thel.

—Sí —contestó el Kig-Yar.

—Permites que los Unggoy se reproduzcan sin control. Pretendes ser una voz de los Profetas aquí. Eres un hereje. —Thel alzó su rifle de plasma y golpeó a Reth en la cabeza con él.

—Levántalo —ordenó a Saal—. Regresemos al transbordador.

Un estridente trino resonó por los pasillos. Thel miró a su alrededor.

—Eso ha sonado como una alarma.

Saal fue hasta la parte frontal de la cabina, con Reth echado como si tal cosa sobre un hombro.

—Lo es. Deberíamos llamar a Zhar y hacer que volara hasta aquí. Podemos salir fuera, a la parte superior, y hacer que nos recoja ahí arriba.

Thel se adelantó para ir a colocarse junto a Saal y miró abajo. Saal murmuró al aire, conversando con Zhar.

—Zhar necesita un minuto. Demasiados Unggoys dentro del transbordador.

Decenas de metros por debajo, en un patio construido a partir de las superestructuras de tres o cuatro naves espaciales apartadas del servicio activo, miles de Unggoys salieron en tropel, corriendo a rodear el edificio en el que los Sangheilis se encontraban.

—No pueden entrar —dijo Saal—. Casi todos ellos carecen de arneses o de tanques. Las brumas de metano de ahí fuera les permiten respirar. ¿Dónde están sus arneses?

Thel miró al inconsciente Kig-Yar colgado sobre el hombro de Saal.

—O bien los Kig-Yars no les han construido muchos, o los mantienen bajo llave.

—Pero ¿por qué? —preguntó Saal.

—Porque no pueden abandonar Metisette, o atacar siquiera esta construcción Kig-Yar situada en el centro de su propio alcázar, si no tienen tanques.

—Eso nos ayuda justo ahora —repuso Saal, contemplando como el patio interior se llenaba de Unggoys—. Parece que hay suficientes Unggoys como para causarnos problemas.

Thel se dio la vuelta y volvió a mirar pasillo abajo, donde se oían los

chillidos de los Unggoys.

—Eso nos dice quién está realmente al mando de todo esto.

—Los Kig-Yars.

Thel volvió a mirar la figura inerte de Reth.

—Sí. Ése en especial. Despiértalo. Puede que tengamos que apoyar un arma contra su cabeza. ¿Cómo le va a Zhar?

Saal ladeó la cabeza para escuchar una información actualizada procedente de abajo.

—Zhar está cerrando la rampa y calentando los motores del transbordador.

—Nos va a ir de muy poco —repuso Thel, y fue hasta las puertas con el rifle de plasma alzado y listo para disparar—. Prepárate para hacer saltar por los aires las ventanas en cuanto él despegue.

—Mi honor —gruñó Saal, y a continuación depositó a Reth en el suelo y le palmeó el rostro—. Despierta —refunfuñó el Zelote Sangheili.

30

HABITAT ASUNCIÓN, RUBBLE INTERIOR, 23 LIBRAE

Keyes contempló como conducían a su gente en dirección a las verjas. Los tripulantes se apiñaban unos contra otros y clavaban los ojos en los pies mientras avanzaban. Hombres con uniformes grises y rifles listos para disparar se movían por los extremos, empujando a la tripulación para que volvieran a formar una fila en dirección a los cinco controles hacia los que las barandillas encaminaban a todo el mundo.

Habían acoplado el *Midsummer Night* a un asteroide, y desde el muelle de carga los habían conducido a todos a punta de pistola por un pasillo largo al final del hábitat, y los habían llevado al interior.

Pero las altas barandillas, envueltas en alambre de cuchillas, les impedían eficazmente pasar al interior del hábitat hasta que hubieran franqueado cinco puestos. Funcionarios de semblantes hoscos permanecían de pie junto a pequeños podios con pantallas de ordenador.

—¡Permaneced en fila india! —gritó un guardia.

Se formaron las filas, apretándose unos contra otros, mientras se preguntaban qué ocurriría a continuación. Estaban cara a cara con el enemigo. Con Insurrectos.

Capturados.

Una mujer de uniforme negro con un ribete amarillo subió hasta un estrado colocado por encima de las entradas. Se echó atrás un largo mechón de pelo oscuro y luego cruzó los brazos a la espalda en una especie de

posición de descanso en un desfile militar.

Cuando habló, su voz fue amplificada para que todo el grupo pudiera oírla.

—Bienvenidos al hábitat Asunción —dijo.

Keyes se inclinó hacia atrás y alzó los ojos para mirar al otro extremo del interior del asteroide, situado muy lejos en el lado opuesto al que ocupaba él. Se podían ver parcelas de huertos y árboles, y resultaba raro ver algo casi pastoral en una megaestructura como aquélla.

—Y bienvenidos al Rubble —prosiguió la mujer—. Me llamo María Esquival. Estoy aquí para ayudarlos a adaptarse a su nueva situación.

Keyes estaba rodeado por lo que quedaba de su tripulación del puente. El teniente Dante Kirtley había cruzado los brazos y observaba a la mujer, pero la oficial subalterna Rai Li comprobaba a la apiñada tripulación con expresión preocupada.

Detrás de Keyes remoloneaba un puñado de ODST, con Faison de pie en el centro. El hombre enarcó una ceja en dirección a Keyes.

María Esquival continuó su discurso:

—Tras la destrucción de Madrigal, mientras escapábamos al interior de los asteroides y rocas de este lugar, tuvimos que tomar algunas decisiones muy duras con respecto a en qué nos convertiríamos: ¿refugiados que luchaban por sobrevivir y peleaban por las sobras, o una civilización?

»Elegimos ser una civilización. Trabajamos duro para construir el Rubble. Trabajamos duro porque sabíamos que teníamos algo que construir. Un mundo que no se parece a nada que el UNSC haya conocido jamás, con sus jerarquías estrictas y dominio militarista.

Keyes echó una mirada a Dante, que puso los ojos en blanco.

—Más sandeces de Insurrectos —masculló el especialista en comunicaciones.

—Libres de los jaeces de ser una colonia, nos reinventamos por completo desde cero. El Rubble es una tecnocracia. Todas sus funciones municipales, todas sus leyes, las votan los miembros. Algunos de nosotros somos Insurrectos, otros refugiados procedentes de Madrigal. Entre nosotros hay mineros que estaban aquí desde el principio. Algunos son contrabandistas que consiguieron llegar aquí desde las Colonias Interiores. Todos son bienvenidos.

»Lo decimos en serio. Todos son bienvenidos a tener el derecho a votar. Esto os incluye a vosotros, tripulación del *Midsummer Night*.

Esquival hizo una pausa para permitir que las palabras calaran. Entre la

multitud, Kirtley se inclinó en dirección a Keyes.

—Todos votan sobre todo. ¿Cómo incluso la seguridad? Eso sería una insensatez.

—Porque creemos en la libertad, el Rubble os invita a uniros a nuestra democracia. Podéis elegir respecto a lo que os suceda a continuación. Podéis elegir dar la espalda a la naturaleza imperialista del UNSC. Muchos de vosotros puede que provengáis de las Colonias Exteriores. Colonias que cayeron ante el Covenant extraterrestre mientras el UNSC se tomaba su tiempo para establecer modos de ocuparse de los alienígenas. Colonias que sabéis que no estaban tan bien protegidas como podían haberlo estado debido a que las lealtades del UNSC van dirigidas hacia la Tierra en primer lugar, las Colonias Interiores a continuación y, por último, las Colonias Exteriores. Aquí en el Rubble, estáis entre iguales.

Rai Li lanzó un resoplido.

—¿Cuántos tripulantes cree que van a tragarse esta mierda?

Keyes echó una mirada a la multitud de cabezas. ¿Cuántos tripulantes eran supervivientes de colonias fronterizas, o tenían familia en las Colonias Exteriores?

Pensó en su hermana durante un segundo, con una punzada de dolor al pensar en ella muriendo sin la protección del UNSC, sola allí fuera, en las Colonias Exteriores.

O a lo mejor, pensó de repente, a lo mejor habían sobrevivido. Tal y como lo había hecho el Rubble.

La idea lo cautivó por un instante, y en seguida Keyes apartó de sí tal pensamiento. No, tenía que recordar qué era lo que hacía el Covenant en realidad. El Rubble era una especie de anomalía extraña.

—Demasiados. —Keyes se frotó la mandíbula, pensativo—. ¿Y puede culpados? No tenemos opciones. Estamos atrapados aquí. Tras nuestras líneas. Lo mejor sería que empezaran a intentar hallar aliados, dilucidar cuál es el nuevo juego. Ahora somos refugiados.

Los ojos le ardían. No había dormido desde que los habían abordado, corriendo de un sitio a otro para asegurarse de que las cosas discurrían sin complicaciones.

Ahora había terminado.

Todo había terminado.

Había leído sobre prisioneros de guerra en guerras anteriores, tipos sin suerte que habían sido los primeros en ser derribados y encerrados en un campo durante toda la duración del conflicto.

Si vivía, él sería una de aquellas notas a pie de página.

María Esquival carraspeó.

—Pero, puesto que vosotros sois UNSC, y tenéis unos antecedentes con altibajos, existen algunas concesiones que deberéis hacer al integraros en la población del Rubble.

»Tendréis que tragaros un rastreador de movimiento en forma de píldora. Esto permitirá que la IA del Rubble controle y rastree vuestra ubicación. Tendréis que presentaros para recibir orientación y se os asignará un funcionario social que revisará el proceso de integración. En todo caso, estas cosas son un pequeño precio que pagar por vuestra libertad.

Keyes deseó tener su pipa para juguetear con ella, pero había tenido que dejarla a bordo de la nave, junto con otros efectos personales cuando los trasladaron a Asunción.

—Aquellos de vosotros que deseéis convertiros en ciudadanos, sólo tenéis que pedirlo cuando lleguéis a Tramitación. Se os separará y enviará a un emplazamiento separado. A aquellos de vosotros que sigan siendo leales al UNSC, que rechacen la píldora, desde luego, nos veremos obligados a encarcelarlos.

Dicho eso, Esquival se dio la vuelta y abandonó el pedestal. Las largas filas avanzaron con paso vacilante.

—Gran cantidad de ellos van a pedir la ciudadanía —dijo Faison a la espalda de Keyes.

—No puedo culparlos —respondió éste—. Uno puede comprender lo que les pasa por la cabeza.

—¿No va a hacer nada al respecto? —inquirió Faison.

—Estamos atrapados. No tenemos nada. ¿Qué quiere que haga? Hacen lo lógico.

Faison agarró a Keyes por el hombro.

—O somos soldados o no lo somos. Derrota o no, nunca deberíamos olvidar eso, Keyes. Pronuncie un discurso. Diga algo para contrarrestar todo esto, porque lo que sea que hace justo ahora no es liderazgo. ¿Dónde está el hombre que nos hizo saltar a todos de aquel carguero?

«Di algo».

Keyes se aclaró la garganta, luego se encaramó a la barandilla, bamboleándose durante un momento.

—Tripulación del *Midsummer Night* —gritó.

La sinuosa fila se detuvo. Y Keyes se sintió de improviso como una hoja de papel en blanco. No se le ocurría nada.

Faison le dio una patada en la espinilla, y Keyes inspiró profundamente.

—Tripulación del *Midsummer Night*, hemos recibido un fuerte golpe, lo sé. Algunos de vosotros, tras haber oído esto, tendréis una difícil elección que hacer.

»Sabed tan sólo esto: no importa quiénes seamos, o por qué servimos, todos nos alistamos para combatir a un enemigo común. La gente que vive aquí, aunque huyeron de la destrucción de su propio mundo, piensa que los miembros del Covenant pueden ser aliados. Las mismas criaturas que destruyeron su mundo. Creo que esto no es más que una ilusión. De modo que espero que, si el momento llega alguna vez, estaréis a mi lado si la necesidad lo requiere. Sin resentimientos. Yo no voy a unirme a su ciudadanía. Me mantendré preparado para combatir al Covenant y proteger a la humanidad, como juré hacer cuando me uní a la lucha. Como hicisteis todos vosotros.

Bajó de la barandilla.

Sólo hubo silencio. Rai Li, finalmente, negó con la cabeza.

—Ése ha sido un discurso delicado.

—No importa —dijo Faison—. Lo importante es que lo pronunció.

Y Keyes sabía que el otro tenía razón; se iba conviitiendo a trompicones en el líder que todos querían… y necesitaban.

Keyes sujetó a Faison por el hombro.

—A propósito, ¿por qué hay tantos ODST al frente de la fila? Da la impresión de que van a convertirse en ciudadanos.

Faison asintió y miró a Keyes a los ojos.

—Pues claro. Ya conoce a los Helljumpers: los primeros en entrar y todo eso. —Puso un cierto énfasis en la última palabra.

Luego le guiñó un ojo.

Keyes lo entendió. Todavía podía confiar en que los Helljumpers siguieran siendo Helljumpers. Faison se limitaba a asegurarse de que tenía hombres entre la población normal por si acaso los necesitaban allí.

—Tiene compañía —dijo el teniente Kirtley.

María Esquivai y varios hombres vestidos de negro se abrieron paso entre la multitud de tripulantes en dirección a Keyes.

—El teniente Jacob Keyes, supongo —dijo Esquivai.

—Sí, señora —respondió Keyes.

—Se acabaron los discursos.

Keyes lanzó una carcajada.

—Pensaba que todos éramos iguales aquí.

Esquivai ladeó la cabeza.

—Acaba de anunciar que renunciaba al derecho a la ciudadanía, ¿verdad?

—Sí…

Uno de los hombres uniformados de negro asestó un puñetazo a Keyes en el estómago. Faison dio un paso al frente, pero Keyes lo hizo retroceder con un ademán mientras tosía.

—Entonces me complace informarlo de que no tengo ninguna obligación de tratarlo como un ciudadano, teniente Keyes. —Esquivai sonrió—. El problema es que usted ostenta una posición de poder sobre sus hombres. Tales discursos, si bien son admirables, se dan desde esa posición de poder. Muchos posibles ciudadanos podrían sentirse obligados a ir a la cárcel ahora.

—Todo terminará —repuso Keyes— cuando el Covenant se canse de cualquiera que sea el j uego que lleva a cabo aquí.

Esquivai suspiró.

—Está muy seguro de sí mismo. La guerra con el Covenant es algo que el UNSC empezó de algún modo allá en Harvest, estamos seguros de ello. Ésta no es nuestra guerra, simplemente nos vimos atrapados en ella. Es su guerra. Mientras todos ustedes luchan hasta el último hombre con su hermandad de combatientes, nosotros hemos construido algo aquí. No sé si el UNSC lo ha advertido, pero el Covenant lo forman una serie de razas diferentes. A muchas de ellas se les permitió entrar en el Covenant. Nosotros, aquí en el Rubble, buscamos modos de que la humanidad pueda unirse a sus filas. Como una raza subalterna, tal vez. Pero somos hábiles, teniente Keyes, conseguiremos ascender.

Keyes negó con la cabeza.

—Conspiran con el enemigo.

Esquival suspiró.

—Llevadlo a él y a su tripulación del puente a los calabozos. Sacadlos de aquí.

Le ataron las manos con bridas, y luego se lo llevaron. Varios oficiales subalternos empezaron a aplaudir, pero el aplauso murió nerviosamente tras unos pocos segundos.

31

EN ALGUNA PARTE CERCA DEL HÁBITAT CARBO EN EL RUBBLE INTERIOR, 23 LIBRAE

Jai miró de arriba abajo la nave contrabandista situada a lo lejos. La habían estado siguiendo muy por detrás hasta que había atracado.

Ahora el Spartan volaba en el vacío ingrávido en dirección a ella.

Golpeó contra la superficie, absorbiendo el impacto con las rodillas, y al mismo tiempo que rebotaba, arrojó un rezón magnético al casco para mantenerse sujeto.

Adriana chocó contra el casco junto a él y le agarró la pierna con una mano para impedir que volviera a rebotar hacia fuera. Llevaba un gran estuche de plástico metido bajo el otro brazo.

Jai miró a su compañera.

—¿Qué tiene Mike para nosotros hoy?

—Una bomba de impulsos electromagnéticos. Inofensiva en su mayor parte… excepto para cualquier cosa electrónica a bordo del *Kestrel*. Lo borrará todo —repuso Adriana. Abrió el estuche y sacó un artefacto de gran tamaño en forma de disco que parecía una mina terrestre—. La ha estado guardando.

La bomba se adhirió con un golpe sordo al casco de la nave. Adriana se inclinó sobre ella y tecleó un código.

—¿La tienes, Mike?

—Estamos conectados —respondió éste—. Ahora apartaos bien lejos de

esa cosa. El impulso electromagnético tiene la potencia suficiente para freír todo un navio. Por lo general, nuestra armadura puede recuperarse de esas explosiones con mucha rapidez, pero aun así dejaría fuera de servicio vuestro MJOLNIR durante un breve espacio de tiempo si estáis demasiado cerca. Quiero esperar hasta que estemos todos de vuelta a bordo y bien lejos antes de…

Jai divisó movimiento.

—Tenemos compañía. Están saliendo de la cámara estanca.

Dos tipos con trajes espaciales negros, con aspecto de estar bien preparados, se deslizaban rápidamente hacia ellos. Una llamarada procedente de sus espaldas los impulsó a lo largo del casco aún más de prisa.

—¿Hostiles o curiosos? —preguntó Mike.

El fogonazo de un arma respondió a su pregunta: los dos tipos llevaban ametralladoras en ambas manos.

Adriana se impulsó hacia abajo y saltó sobre ellos, sacando su rifle de combate y disparando al mismo tiempo. Los proyectiles centellearon y rebotaron con un zumbido en el material perfectamente blindado, y los dos hombres se hicieron un ovillo.

—Nos estaban esperando —dijo Jai.

—Llevamos un tiempo aquí, es evidente que sucede algo —respondió Mike—. No es demasiado sorprendente que hayan improvisado una respuesta de alguna clase. Estoy maniobrando el *Petya* para acercarme más.

—No —replicó Adriana—. Prepárate para activar la bomba; no hay que dar a esos cabrones ninguna posibilidad de llegar a ella. Probablemente han dado la alarma. Tampoco hay que darles tiempo de sacar los datos de la nave.

Gruñó al chocar contra uno de los astronautas.

Jai se abalanzó sobre el segundo al mismo tiempo que iba soltando cuerda con una mano. No se molestó en disparar al hombre hasta que chocaron. Le arrancó la mochila-cohete de la espalda del traje espacial de combate y la arrojó lejos e hizo lo mismo con las dos armas del hombre, luego regresó en dirección a la nave contrabandista tirando de la cuerda.

El tipo del traje negro flotó inmóvil, incapaz de dirigirse a ninguna parte.

Adriana había hecho pedazos el visor facial del otro adversario. El último aliento del hombre flotaba en el aire entre los dos, en forma de una nube cristalina que se desvanecía.

Arrojó lejos al tipo, y el gesto la empujó en dirección al casco de la nave.

—Aquí vienen otros cuatro —dijo.

El resplandor de sus mochilas mostraba su posición, volando directos hacia ellos desde el asteroide.

—Salgamos de aquí.

Con toda la fuerza de que disponían a partir de la combinación de su físico y la armadura propulsada MJOLNIR, se agazaparon y saltaron en dirección al *Petya*, a más de kilómetro y medio de distancia.

Estaban a mitad de camino cuando Mike hizo estallar la bomba de impulsos electromagnéticos con un teatral espectáculo de fuego eléctrico que chisporroteó a lo largo del casco del *Kestrel*.

También dejó inmóviles a sus perseguidores, con los aparatos electrónicos calcinados por la oleada invisible de energía eléctrica que la bomba había liberado.

El visualizador frontal de datos de Jai parpadeó levemente.

—Ha ido por los pelos, ¿eh, Mike?

—Un poco —fue la respuesta que recibió.

32

EL REDUCTO, METISETTE, 23 LIBRAE

El primer trío de Unggoys que dobló por el pasillo se encontró directamente en la línea de fuego de Thel. Ráfagas cortas de plasma los alcanzaron en el centro de los torsos.

Un golpeteo de pies sonó detrás de Thel, que se volvió y vio a Reth intentando huir de Saal. Éste agarró al líder Kig-Yar y lo arrastró de vuelta hacia las ventanas, fuera de la línea directa de fuego.

—¿Os dais cuenta vosotros dos de lo que estáis haciendo? —preguntó el Kig-Yar.

Saal ladeó la cabeza.

—¿Te estamos secuestrando?

Reth no lo encontró tan divertido como parecía hallarlo Saal.

—Hay cientos de miles de Unggoys ahí fuera y todos ellos están a mis órdenes.

—Están ahí fuera —repuso el Sangheili—. Pero tú y yo sabemos que no todos pueden entrar aquí dentro. —Y Saal rio entre dientes.

—Así pues, ¿qué planeáis hacer, entonces? —siseó el otro—. Os estáis entrometiendo en asuntos de una importancia extraordinaria.

Thel se escondió tras el marco de la puerta cuando un nuevo grupo de Unggoys penetró en el extremo más alejado del corredor. Uno dio un traspié al ver a Thel asomar otra vez con su rifle de plasma.

—¡Sangheilis! ¡Defended el Reducto! —chilló, y la parte posterior de su

tanque de metano estalló merced a otro disparo certero.

Escombros en llamas golpearon a otros Unggoys, que perdieron la cohesión en su carga y se desperdigaron, intentando apagar las llamas a palmadas antes de acabar quemados.

—Eso debería contenerlos durante un rato —masculló Thel.

Pero entonces, para su sorpresa, los Unggoys regresaron otra vez.

Eran unos Unggoys muy decididos.

—Tienen algo por lo que luchar —dijo Reth—. Sangheilis, no comprendéis lo que está pasando. Debéis liberarme. Puedo salvaros la vida. Lo juro.

Thel contempló como los Unggoys cargaban. No existía demasiado afecto entre los Kig-Yars y los Sangheilis: a la especie de Reth le contrariaba la posición que los Sangheilis ostentaban en el Covenant. Y los Sangheilis consideraban a los KigYars poco más que carroñeros.

Thel sospechaba que Reth mentía y los haría matar con toda tranquilidad en cuanto depusieran las armas.

Pero Reth siguió insistiendo de todos modos:

—Sois los Sangheilis del *Retributioris Thunder*, ¿estoy en lo cierto?

¿Por qué tardaba tanto Zhar? Thel disparó a otro puñado de Unggovs.

—Sí.

Otros más subieron por ascensores y escaleras y corrieron en su dirección.

—Fue una equivocación. No deberíamos de haberos vendido a esos Jiralhanaes —dijo Reth con la voz más tranquilizadora de que era capaz un Kig-Yar—. ¡Pero necesitábamos que no interfirieseis! No tras todo el trabajo que hemos llevado a cabo hasta ahora.

Thel negó con la cabeza.

—Lo que está hecho, hecho está. Habéis efectuado vuestras elecciones. Ahora nosotros llevamos a cabo las nuestras.

Demasiados Unggoys subían veloces al piso superior, pasando por encima de los cadáveres del pasillo. Thel sabía que seguirían haciéndolo hasta que se le agotara la carga del rifle de plasma.

—¡Vais en contra de los Jerarcas! —gritó Reth.

Saal asestó un revés al Kig-Yar.

—Estamos en una misión encomendada directamente por los Jerarcas. No oses blasfemar de ese modo. Como si hablases por los Jerarcas… —rezongó.

Thel vio con el rabillo del ojo que el Kig-Yar parecía atónito.

—¿Qué Jerarca?

—El Profeta del Pesar en persona —proclamó Saal con orgullo.

Reth negó con la cabeza.

—El Profeta equivocado —farfulló, en tanto que las espinas con plumas de su cabeza se agitaban desconcertadas.

¿El Profeta equivocado? Saal y Thel intercambiaron miradas, y entonces Saal gritó:

—¡Zhar está aquí arriba!

Efectivamente, una columna de aire removido onduló justo fuera de las ventanas.

—¡Vuela las ventanas! —ordenó Thel, y cerró las puertas y las bloqueó para impedir el paso a los Unggoys.

Saal utilizó una granada adhesiva. La luz azul destelló varias, y Thel agarró entonces a Reth para protegerlo mientras la explosión sacudía la estancia.

Fragmentos de cristal salieron volando por los aires, y el tronar de motores inundó la habitación, trayendo acres nubes de bruma de metano con él.

Thel se echó a Reth a la espalda.

—Si chillas, forcejeas o te mueves, lo lamentarás profundamente. ¡Ahora inspira a fondo, mientras todavía hay algo de aire!

Siguió a Saal por el saliente de la ventana, contemplando la inclinación de la nave readaptada que se extendía ante él. No era el camino que debían tomar. Si resbalaban fuera del borde, los esperaba una caída muy larga.

Thel se izó a sí mismo y el peso del Kig-Yar, usando manos y piernas para reptar hacia arriba por la pendiente de metal situada por encima de las ventanas. Saal gateó por delante de él, libre de peso, hasta la parte superior de la nave, donde el transbordador permanecía cernido en el aire, aguardándolos.

Necesitaban una última táctica que les concediera algo de tiempo. Thel sacó un par de granadas y las dejó rodar en dirección a la pendiente del casco. Cuando cayeron junto a sus pies, las pateó al interior a través de la ventana.

Gateó hacia arriba tras Saal tan de prisa como pudo, con las explosiones de las granadas haciendo volar llamas rojas y cascotes por las ventanas situadas bajo él mientras corría.

El piloto Unggoy estaba de pie en la parte posterior del transbordador, con los ojos abiertos de par en par mientras los contemplaba correr hacia él.

Zhar tocó con suavidad la parte superior de la vieja ruina Kig-Yar con el vehículo, y Saal y Thel saltaron a bordo. Las proas de otras naves encalladas en tierra asomaban, igual que torres, fuera de las espesas brumas rojizas que los rodeaban por todas partes.

—¡Súbelo! —gritó Saal, y se alejaron con un acelerón, con la estructura reduciéndose de tamaño en lo alto de la cascada y el lago del cráter perdiéndose a lo lejos.

33

HABITAT EL CUIDAD, RUBBLE INTERIOR, 23 LIBRAE

A pesar de que lo habían dejado a solas, Ignacio Delgado todavía no había conseguido liberarse.

La cuestión era que intentar usar un fragmento de metal para forzar la cerradura de unas esposas era todo un desafío. Y Delgado ni siquiera había conseguido que el fragmento alcanzara el ojo de la cerradura.

Con un sonoro suspiro, el único guardia del almacén se puso en pie, dobló lo que fuera que había estado contemplando y lo guardó en un bolsillo.

—Bueno, Delgado, las cosas se están calmando. Es hora de trasladarte.

Delgado asintió, embargado por un mal presentimiento. Así pues, se había acabado.

El guardia advirtió la expresión de su rostro.

—Vamos, Delgado. No es eso.

—¿De veras? —Delgado miró al musculoso hombre de arriba abajo—. ¿Qué es, entonces?

El otro se encogió de hombros.

—Todo lo que Bonifacio y el Consejo de Seguridad saben es que los datos siempre son descubiertos. Es mejor mantenerte vigilado de cerca.

Delgado negó con la cabeza.

—Entonces, ¿por qué hacéis esto? ¿Por qué los matones, el almacén vacío?

—Te mantiene bajo su vigilancia. No confía en ti, Delgado. Eres un invitado, tío.

Liberó a Delgado de la cadena y luego lo esposó a su propia muñeca.

Hizo avanzar a Delgado con un empujón.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó éste.

—Owen.

—¿Tu nombre auténtico?

—¿A ti qué te parece? —replicó «Owen», bajando la mirada hacia él mientras lo conducía fuera, a un coche tubo que esperaba.

—¿Adonde vamos? —preguntó Delgado.

Owen sonrió.

—A uno de los navios operativos de Bonifacio.

Delgado frunció el entrecejo.

—¿Navios operativos? ¿Tiene muchos averiados?

—Oye. —Owen se inclinó muy cerca de él, susurrando casi—. Relájate un poco, Delgado. Bonifacio va a estar de un humor de mil demonios porque acaban de freír a su nave contrabandista.

—¿Qué?

Owen reía.

—Los planes mejor preparados… A alguien realmente no le cae bien Bonifacio. Le frieron la nave. Está intacta estructuralmente, pero nada en su interior funciona; los datos han quedado borrados.

Delgado tragó saliva. Los Spartans habían vuelto a atacar.

—De modo que ahora Bonifacio me necesita.

—Más o menos.

El coche tubo paró tras pasar entre un puñado de asteroides conectados. Owen abrió la puerta, y Delgado lo siguió a toda prisa para evitar que tiraran de él.

Peter Bonifacio estaba parado cerca de una cámara estanca, junto con un puñado de miembros del Consejo de Seguridad. Incluido Diego Esquival.

Owen abrió las esposas y Delgado se masajeó las muñecas.

—¿De qué va todo esto?

—¿Dónde están los datos de navegación, señor Delgado? —preguntó uno de los trajeados miembros del Consejo de Seguridad.

Delgado permaneció inmóvil durante un segundo.

—A salvo. Tal y como acordamos.

Diego frunció la boca.

—Bonifacio presentó pruebas al consejo de que hay elementos de la Tierra entre nuestra población que han destruido todos aquellos datos de navegación que pudieran conducir a naves de cualquier clase de vuelta a la Tierra o a las Colonias Interiores. Los datos que tú tienes deben ser transportados a su destino final, donde estarán mejor protegidos.

—¿Destino final? —Delgado pasó la mirada por todos ellos—. ¿Qué destino final? ¿Los Kig-Yars? Vamos, ya saben adonde conducirá eso.

—Los estamos trasladando al Proyecto Éxodo —dijo uno de los concejales, un hombre de más edad con cicatrices que le cruzaban el rostro —. Es definitivo. Todos hemos votado. Así que por favor, señor Delgado, entregue la información. Ha servido bien al Rubble. Es hora de entregarla ya.

—¿Qué diablos es ese Proyecto Éxodo? —les espetó Delgado.

—No es más que un gran plan de emergencia —respondió Diego—. No podemos hablar sobre los detalles.

—¿Y necesita datos de navegación? —Delgado miró a Diego.

—Sí —Diego asintió y extendió los brazos—. Realmente los necesita, Ignacio. Por favor, confía en mí en esto. Confia en el consejo como los líderes elegidos del Rubble.

Diego miró a los otros miembros. No parecía que quisieran hacerle ningún daño.

Pero ¿era la elección correcta lo que fuera que tenían en mente? Delgado inspiró profundamente. No era él quién tenía que tomar la decisión, ¿verdad? El Rubble había elegido a todo el consejo por un motivo. Y el consejo había contratado a Delgado.

Él ya no era el guardián de los datos.

—De acuerdo —dijo—. Están a bordo del *Distancia*. Tengo que introducir los códigos para que sean accesibles.

Diego lanzó una carcajada.

—A la vista de todo el mundo, ¿eh?

—El mejor lugar.

Por un instante, todo pareció estar en orden. Tal vez incluso normal. Delgado se relajó levemente.

La sensación quedó hecha añicos cuando Peter Bonifacio dio un paso al frente.

—Lo llevaré hasta el *Distancia*, luego me reuniré con el resto de vosotros en Éxodo. El *Distancia* sólo tiene una guardia de poca monta. Es un blanco fácil. Mis guardias no son simplemente voluntarios de la defensa del Rubble,

tienen auténtica experiencia en combate.

Había reprobación en su mirada airada, y Delgado vio que unos cuantos asentían dándole la razón. Parecía que Bonifacio había estado minando el trabajo de Delgado para mantener los datos a salvo.

Diego se adelantó.

—Iré contigo. —Delgado y él compartieron una veloz mirada.

Bonifacio se encogió de hombros.

—Estaré encantado de tenerte a bordo, concejal, así como a cualquier otro que quiera venir. Tengan en cuenta que las dependencias de mi nave son estrechas. Por aquí. —Alargó la mano, indicando que ellos debían pasar primero.

Sus guardias ya habían pasado por la cámara estanca al interior de la nave que Bonifacio tenía aguardándolos.

Era una nave con poco espacio, un remolcador de alguna clase transformado. Probablemente en el pasado había lidiado con sucios asteroides y los había empujado a órbitas nuevas para ser recolectados por los mineros y sus plantas de procesamiento. Ahora era el transporte personal de Bonifacio. Bastante veloz, pensó Delgado, paseando la mirada por la ampliada cabina de mando una vez que hubieron pasado a través de la cámara estanca. Pero de todos modos, un poco exagerado. ¿Quién tenía una nave privada para utilizarla sólo como transporte en el Rubble? Era consecuencia del deseo de Bonifacio de pavonearse y dejar bien claro lo especial que era.

Bonifacio entró, dio la orden de partir, y se volvió hacia Delgado. En la poco iluminada cabina tenía un aspecto parecido al de un pájaro, sus ojos eran charcos de redonda y brillante oscuridad.

—Alguien dejó frita mi nave. Provocaron un cortocircuito en todos los sistemas eléctricos, y varios hombres buenos que la custodiaban están muertos. Eso cuesta. Mucho.

—Lamento oírlo —dijo Delgado, contemplando a los tres guardias fornidos que lo rodeaban en aquellos momentos en la diminuta cabina.

Diego rio entre dientes, y Bonifacio se revolvió contra él.

—¿Esto te divierte? ¿El futuro del Rubble es algo risible? Trabajo duro para asegurarme de que tenemos un futuro, a pesar de tu intromisión.

—¿Un futuro? —Diego negó con la cabeza—. Eres un mentiroso de mierda, Bonifacio. Te preocupan los futuros beneficios, no el futuro.

—¿Sí? —Bonifacio buscó en el bolsillo, con las manos temblando ligeramente y el rostro enrojecido—. ¿Os dabais tantos aires la primera vez

que apareció el Covenant? Cuenta a Delgado la auténtica historia, y cómo todos vosotros, en vuestra gloria democrática, os volvisteis hacia una única persona cuando llegó el momento decisivo.

Diego no dijo nada.

Bonifacio negó con la cabeza y sacó un Sweet William. Apuntó a Diego con el cigarro.

—¿Le han contado cómo tuvo lugar en realidad el contacto con los Kig-Yars? Apostaría a que no. Porque no los deja en buen lugar.

Encendió el cigarro y dio una larga calada, luego se rio, con el humo del cigarro escapando a bocanadas.

—Se cagaron en los pantalones cuando aquella primera nave Kig-Yar pasó por delante del Rubble, escaneándonos, comprobándolo todo. Querían saber qué hacer. ¿Atacarla o intentar hacer las maletas y correr a alguna otra parte del sistema? ¿Y si la atacaban, cómo hacerlo? Pero tardaban tanto en sus deliberaciones, que yo hice otra cosa.

»Les envié un saludo y ofrecí comerciar con ellos. Les envié un manifiesto de todo lo que se me ocurrió que teníamos en nuestras zonas de almacenamiento. Les expliqué que no pertenecíamos al UNSC, que los odiábamos. Que éramos rebeldes.

Porque, en realidad, incluso otras especies tienen que saber lo que es el comercio, ¿no, Delgado? Economía, eso es universal. Todo el mundo quiere mejorar.

—¿Fue ése el auténtico primer contacto? —preguntó Delgado—. ¿Así que el segundo fue aquél en el que su nave apareció y ofreció comerciar y establecerse en el Rubble?

—Un mes más tarde. Alguna especie de pez gordo Kig-Yar llamado Reth tenía una caja que podía traducir su idioma al nuestro. Como si nos hubieran estado estudiando —repuso Diego—. Y querían comerciar.

Bonifacio asintió.

—Aceptamos armas de ellos para vendérselas a nuestros hermanos, allí donde podíamos volver a meterlas de contrabando en las colonias, a cambio de mercancías. Los Kig-Yars, por su parte, querían mecanismos de transmisión de Slipspace.

—¿Mecanismos de transmisión de Slipspace? —Delgado frunció el entrecejo.

—Resulta ser que los Kig-Yars ocupan un lugar de lo más bajo en el tótem del Covenant. —Bonifacio sonrió con suficiencia—. No les permiten construir mecanismos de transmisión para sus propias naves. Todo lo

relacionado con la mecánica está en manos de unos a los que llaman Profetas. Los Kig-Yars no tienen acceso a nada. Como ves, no es el gigante monolítico que el UNSC pretende que es, este Covenant. Tienen divisiones y desigualdades. Y donde ésas ocurren, tenemos lo que usted llama un mercado, señor Delgado. Combine los motores con la ubicación de la Tierra, y el Rubble hará más por la Insurrección que cualquier otro lugar en la historia.

—Pero ¿qué sucederá cuando los Kig-Yars cometan un desliz y nos descubran a todos? —preguntó Delgado—. El Covenant regresará para cristalizarnos.

—Nos iremos —masculló Diego.

—¡Ah! Éxodo, éxodo, éxodo. —Bonifacio blandió el cigarro de un lado a otro—. Diego, hemos pasado tanto tiempo construyendo todo esto. ¿Y tú quieres huir de ello?

—No quiero —respondió Diego—. Pero es de irresponsables no tener un plan de reseña.

—Yo te diré lo que es de irresponsables. Es una irresponsabilidad prometer a los Kig-Yars motores de Slipspace, aceptar su pago en armas magníficas y transportarlas de vuelta a las colonias, pero luego fingir que se almacenan esos motores hasta tenerlos todos reunidos. Cuando jamás tuvisteis intención de entregarlos.

—Maldita sea, Bonifacio —replicó Diego—, el consejo votó seguir adelante con el Proyecto Éxodo. Es un plan de apoyo. Una vez que tengamos suficientes motores de Slipspace instalados, entregaremos el resto.

—Los Kig-Yars saben lo que habéis estado haciendo, de todos modos —le espetó Bonifacio en tono desdeñoso.

—¿Qué? —Diego lo miró de hito en hito.

—No puedes coger un asteroide hábitat tan grande como el Proyecto Éxodo y colocarlo mucho más allá del Rubble y no esperar que ellos lo echen en falta. Además, realmente quieren sus motores. No han creído vuestras excusas oficiales para no entregarles tantos como se prometieron… ni por asomo. Son nuestros aliados, nuestros socios. Tenemos una posibilidad de seguir viviendo. Dejad que el Covenant y el UNSC peleen mientras nosotros ganamos dinero y comerciamos en su lugar.

Delgado contempló atónito a los dos hombres.

—¿El Proyecto Éxodo es un hábitat gigante?

—Puede decirse que más o menos te ha contado lo que es —repuso Diego, enojado—. La roca más grande del Rubble fue mantenida aparte

desde el principio. Se recubrió la superficie para intentar hacer que pasara desapercibida. En los tiempos en que esto empezó, era un refugio de emergencia dentro del sistema: mete a tantos civiles como se pueda en ella en el caso de que el Covenant regrese con grandes efectivos e intenta escabullirte, a la nube Oort, situada muy lejos en los extremos del sistema, donde nadie se aventura.

»Ah ora al Proyecto Éxodo lo están equipando con mecanismos de transmisión de Slipspace. Una gran cantidad de ellos. La idea es no ocultarse en el sistema, sino marchar lejos del UNSC y del Covenant. Introducirse en el flujo y seguir moviéndonos hasta que estemos bien lejos de todo esto.

—Eso es audaz —admitió Delgado—. ¿Cuántos habitantes puede contener?

—Es grande —respondió Diego—. Lo bastante grande para un millón de habitantes.

—¿Y lo habéis tenido oculto todo este tiempo?

Delgado no podía creerlo. En el Rubble, donde todo se votaba, el Consejo de Seguridad había conseguido algo importante: mantener un gran secreto.

Los propulsores del remolcador lanzaron varias ráfagas y éste se incrustó en una abrazadera de acoplamiento.

Bonifacio agarró a Diego por los hombros.

—Oye, Diego, sé que tú y yo no estamos de acuerdo precisamente en todo. Pero soy un miembro del consejo, igual que tú. Quiero ver como el Rubble sigue existiendo y prosperando. No soy tu enemigo. ¿Eso lo sabes, verdad?

—Lo sé —respondió el otro—. Lo siento.

—Quiero esos datos en el Éxodo y protegidos, pero no aquí fuera, en el Rubble, donde están atacando… quien diablos sea que lo esté haciendo. ¿Entiendes?

Diego asintió.

—Bien. —Bonifacio sujetó con más fuerza a Diego—. Ahora di a Delgado que nos deje entrar en su nave para que podamos cogerlos y cumplir con nuestro deber.

Diego miró a Delgado.

—Dale lo que necesita.

Delgado se mordió el labio inferior.

—¿Estás seguro respecto a eso?

—Sí. —La voz de Diego sonó contenida—. No pasará nada. Y tendremos que hablar contigo sobre el Proyecto Éxodo. No puedes repetir nada de eso a nadie.

—Soy capaz de guardar un secreto —respondió Delgado, al mismo tiempo que las puertas de la cámara estanca se abrían.

Diego rio.

—Lo sé. Y cuando todo se acabe, te compensaremos por todo. Te dispararon por nuestra culpa. Ellos no pueden olvidar eso.

Abandonaron trabajosamente el remolcador de Bonifacio y descendieron por un tubo de acceso a un conjunto de muelles tranquilos que Delgado había elegido. El techo de roca mostraba un declive de unos cinco metros en lo alto, y únicamente cuatro o cinco abrazaderas de acoplamiento conducían al interior de la pequeña estancia, ya que era un viejo depósito minero.

Delgado cruzó la silenciosa estancia hasta la cámara estánca en la que estaba atracado el *Distancia*. Todos se apelotonaron dentro de la cámara y pasaron al otro lado.

Delgado inspiró con fuerza, sintiendo el olor a metal, petróleo y sudor. En el pasado el *Distancia* había cruzado el sistema transportando mineros desde la órbita de Madrigal hasta el Rubble. Ahora llevaba cargamentos por todo el Rubble, de un extremo a otro de éste. Más de prisa que los coches tubo, ya que no tenía que pasar a través de cada hábitat, deteniéndose debido al tráfico.

Resultaba agradable volver a estar a bordo.

A lo mejor Bonifacio decía la verdad, y en realidad era tan sólo un miembro inconformista del Consejo de Seguridad. En ese caso, Delgado podía limitarse a regresar a la tarea de transportar cosas por el Rubble. Igual que antes de que Diego lo llamara, hablando de datos de navegación que desaparecían y pidiéndole si aceptaría esconderlos para el Rubble, ya que él lo conocía mejor que nadie. Y era la única persona en quien Diego confiaba personalmente.

Regresar al transporte de mercancías sonaba agradable, pensó Delgado, mientras conducía al pequeño grupo hasta la caja fuerte escondida bajo las rejillas del suelo de la diminuta cocina de la nave, a mitad de camino de la cabina.

Se abrió con la huella de su dedo, y Delgado extrajo el contenedor oval de plástico duro que contenía el chip. Se lo ofreció a Diego.

Bonifacio alargó una mano, pero Diego negó con la cabeza.

—Creo que yo lo guardaré hasta que lo llevemos a Éxodo.

—Temía que dirías eso —repuso Bonifacio.

Delgado se volvió, encontrándose ante los ojos el cañón de la enorme pistola que Bonifacio empuñaba.

—Entregúemelo a mí, Delgado.

Diego lanzó una imprecación, y uno de los hombres de Bonifacio lo golpeó en las costillas.

—Gracias. —Bonifacio le cogió los datos de navegación—. Muchas gracias, Delgado. Había esperado cogerlos y limitarme a prometer reunirme con los dos a bordo del Éxodo y no aparecer jamás, pero Diego cambió de idea. Se le están pegando sus malos hábitos. En cualquier caso, Reth realmente lo agradecerá.

34

ÓRBITA DE METISETTE, 23 LIBRAE

El Kig-Yar llamado Reth chilló, fue un rugido primitivo de dolor y horror que resonó por los pasillos de la nave hasta alcanzar la cabina de mando, donde Thel estaba sentado estudiando minuciosamente los cálculos sobre efectivos humanos en el Rubble.

Zhar se levantó, pero Thel alzó una mano.

—Ordené a Saal que no lo hiciera. Yo iré.

Durante un momento, Zhar permaneció en pie, luego volvió a acomodarse en su silla.

—¿Qué…?

—Eso es asunto mío, Zhar.

Thel abandonó la cabina, pasando ante los Unggoys apelotonados en los pasillos. Las criaturas parloteaban nerviosamente y se apartaban a medida que el Sangheili avanzaba ante ellas con paso decidido.

Thel fue hasta la celda de Reth.

Al Kig-Yar lo habían sujetado a la pared, con los brazos y las piernas separados formando una gran «X» mediante fuertes correas.

En el otro lado de los barrotes de energía, Saal estaba de pie frente al prisionero. Cuando se inclinó hacia adelante, los horrendos alaridos volvieron a empezar.

—¿Por qué estáis realmente aquí, en este sistema? —bramó Saal—. ¿Qué buscáis conseguir?

Reth escupió sangre morada y volvió a chillar.

Thel desconectó el sistema de contención y entró en el nicho.

—¿Ha dicho alguna cosa nueva que justifique proseguir con este interrogatorio? ¿Tal vez algo diferente? —preguntó Thel con suavidad.

Saal se volvió en redondo, apagando su espada de energía. Sangre morada manchaba la empuñadura y le goteaba de los dedos.

—No, señoría. No lo ha hecho. Sigue aferrándose a su historia. Que es un Jerarca quien le ordenó hacer todo esto.

—¿Has olvidado tus órdenes, entonces? —Thel miró fijamente a Saal a los ojos, dejando el cuello al descubierto, como si retara al otro a intentar ir a por él.

Saal retrocedió ante la implícita recusación de confianza, acercándose más a una pared. Reth gorgoteó en un segundo plano.

—Quería obligarlo a abandonar sus herejías —respondió Saal—. Lo que dice no puede ser cierto.

—Es un soldado deficiente aquel que insiste en ver las cosas no como son, sino como quiere que sean. Un día, la realidad lo alcanza, y sus ilusiones le fallan y muere tontamente. ¿Qué honor hay en eso? —Thel se acercó más a Saal, arrinconándolo, dominando su espacio.

Saal se irguió.

—Pero si el Kig-Yar tiene razón, y un Profeta le ordenó venir aquí y hacer esto, y otro nos ordenó venir aquí y…

—No es cosa nuestra diseccionar lo que los Profetas puedan o no puedan haber ordenado, Saal. Tampoco es cosa tuya decidir qué órdenes mías seguir.

Thel se dio una palmadita en la cintura, donde estaba sujeta su espada de energía, y mantuvo los ojos fijos en Saal, quien por fin miró al suelo.

—Os he fallado, señoría —dijo Saal.

—Lo has hecho. —Thel lanzó un suspiro.

—He perdido nobleza. Haré lo correcto. —La espada de energía de Saal se encendió con una llamarada.

—No te quitarás la vida —le ordenó Thel—. Te marcarás los antebrazos con la marca de la desobediencia.

Saal cerró los ojos y se estremeció.

—Por favor…

—Es una orden. —Thel se irguió, envarado, por encima de Saal—. Ahora vete.

El guerrero abandonó la celda con la cabeza gacha por la vergüenza.

Thel fue hasta la losa que hacía de cama y se sentó en ella, de cara a Reth.

—Los Sangheilis estáis locos —siseó Reth—. ¿Qué es la marca de la desobediencia?

—Utilizará su espada de energía para hacerse quemaduras en la carne de los brazos. Líneas que se crucen arriba y abajo por toda la superficie, donde todos puedan verlas y saber lo que ha hecho. Es vergonzoso. Es preferible la muerte. Pero por ahora necesito a todos mis luchadores. Puede matarse más tarde, y destruiremos su cuerpo de modo que su linaje no se vea afectado. Si se comporta bien en combate.

Reth negó con la cabeza.

—Los Sangheilis…

—Somos fuertes, Kig-Yar. Es por eso que nos sentamos a la derecha de los Profetas.

Reth lanzó una carcajada.

—Un día eso dejará de ser así.

—No mientras sigamos siendo fuertes. —Thel se puso en pie—. Pero las preocupaciones de Saal me inquietan. ¿Sigues afirmando que es el Profeta de la Verdad quién te envió aquí?

Reth volvió a reír.

—Deberías inquietarte. Digo la verdad. Y fue Verdad quien me envió aquí. No cree que el Profeta del Pesar esté cerca siquiera del mundo de origen de los humanos.

Thel se inclinó acercándose.

—Pero esto de aquí no es el mundo de origen de los humanos.

Reth pestañeó, centrándose en sus recuerdos.

—Cuando aquella nave Kig-Yar trajo de vuelta grabaciones de estos humanos pidiendo comerciar a cambio de sus vidas, Verdad comprendió que había hallado un modo de encontrar con facilidad el núcleo del que proviene esa plaga.

—Esas armas son heréticas —dijo Thel.

—Los humanos tienen rebeldes entre ellos. Algo que Verdad quiere utilizar. Las armas se pueden localizar. Podríamos trazar un mapa de toda la población humana si conseguimos que estos rebeldes introduzcan de contrabando suficientes de ellas. Lamentablemente, los humanos tienen una directiva nueva que ha eliminado esta posibilidad.

—Destruyen los datos que llevan en las naves antes de ser capturados, es cierto —asintió Thel.

—Pero todavía tenemos una posibilidad de obtener la ubicación de su

mundo de origen. Existen oportunistas que nos la venderán. Una vez que la obtengamos, podemos quedarnos con estos hábitats, nos prometió el Profeta. Entonces, los KigYars ostentarán un lugar especial; Verdad nos lo ha prometido.

Thel negó con la cabeza.

—Los Sangheilis mantendrán su lugar junto a los Profetas.

—Eres demasiado arrogante —escupió Reth—. Los Jiralhanaes os traicionaron. El Profeta de la Verdad nos ha encomendado esta misión especial. Ambos buscan empequeñecer a tu especie. Lo habéis controlado todo demasiado tiempo.

—Estamos en mitad de una guerra santa con los humanos —siseó Thel —. No es el momento para tales cosas.

—Sí lo es —repuso Reth—. Utilizaremos a nuestro ejército Unggoy de Metisette para destruir a los humanos que hay aquí una vez que tengamos los datos que nos conduzcan a su mundo de origen. Y disfrutaremos del favor ante los ojos de los Profetas. No vosotros, Sangheili.

—Eres una criatura detestable. —Thel rompió las correas que aprisionaban al Kig-Yar y lo soltó.

—Cuando entreguemos a los humanos, seremos reverenciados. Los Profetas nos contemplarán con buenos ojos en el viaje final. —Reth fue hasta la litera con paso tambaleante y se tumbó—. Seremos más venerables y bienaventurados que vosotros, Sangheili. Ya lo verás. Ya lo verás.

Thel se fue, de vuelta al puente de mando, donde Zhar alzó la mirada; había estado escuchando toda la conversación.

—¿Le creéis? —preguntó Zhar.

—Creo que Reth cree lo que Reth dice. —Thel se sentó, repentinamente cansado.

—¿En mitad de qué jueguecitos estamos atrapados? —inquirió Zhar.

—No lo sé —respondió Thel.

Jugueteó con la imagen de la nave Kig-Yar de su pantalla. Era lo más parecido a una auténtica nave de flota que tenían los Kig-Yars, similar a los diseños de naves corsarias renovadas Kig-Yars que habían combatido al Covenant desde los cinturones de asteroides antes de que se les concediera un puesto en el Covenant.

Se preguntó si el Kig-Yar habría conseguido colocar un mecanismo de transmisión de Slipspace en ella.

Parecía probable, aunque Thel se preguntó si el remendado navio sobreviviría a tal viaje. Desde luego, no lo parecía.

Pero tenía armas. Thel tomó una decisión.

—Tomaremos esa nave Kig-Yar. La utilizaremos para destruir toda esta herejía. Si el Profeta de la Verdad aparece y me ordena que me detenga, entonces lo haré. Advierte a los demás que estén preparados, y di a estos Unggoys que se dispongan a ser de utilidad.

Hasta que el Profeta de la Verdad no apareciera, Thel tenía que seguir las órdenes recibidas. Y puesto que los Jiralhanaes regresarían pronto con el Sumo Profeta del Pesar, Thel quería que sus acciones mostraran que había cumplido con su deber.

Sí. Los hábitats humanos que había aquí arderían, tal y como su mundo Charybdis IX había ardido.

35

HABITAT EL CUIDAD, RUBBLE INTERIOR, 23 LIBRAE

Delgado ni siquiera se lo pensó dos veces… agarró el arma y dio una patada en el estómago a Bonifacio. Pero en aquella fracción de segundo, los tres hombres de Bonifacio se lanzaron sobre él, intentando arrebatarle el arma al mismo tiempo que le machacaban las costillas.

Mientras jadeaba de dolor, Bonifacio gritó:

—¡Disparadles a los dos y arrojadlos fuera por la maldita cámara estanca!

Pero Delgado tenía el arma apuntando a Bonifacio a pesar del dolor que le producía la paliza de los guardaespaldas.

—¡Apartaos de mí o lo mato!

Los tres matones retrocedieron, sacaron las armas y apuntaron a Delgado.

Bonifacio sonrió y alzó las manos.

—Bueno, tranquilo, Delgado. Seguro que podemos solucionarlo de algún modo.

—Váyase a la mierda, Bonifacio. —Delgado no estaba de humor para sus sandeces en aquellos momentos.

—Dadme un arma —ordenó Bonifacio.

El matón más cercano le arrojó una. Delgado vaciló, pues en realidad no deseaba disparar un arma dentro de su propia nave, y pagó por esa vacilación, porque ahora Bonifacio apuntaba con su propia arma a Diego.

—Voy a disparar a Diego si no me entrega los datos.

Delgado lo consideró durante un segundo. Entregar los datos pondría en peligro al Rubble sin la menor duda. Bonifacio, resultaba evidente ahora, no iba a llevar los datos al Proyecto Éxodo. No, iba a vendérselos a los Kig-Yars. Todo apuntaba en esa dirección. Negó con la cabeza.

Bonifacio disparó a Diego en el pecho. Brotó un chorro de sangre que se encharcó en el suelo al mismo tiempo que Diego se desplomaba, aferrándose la herida con una expresión sobresaltada.

Delgado saltó hasta donde estaba Diego a la vez que disparaba a Bonifacio, quien se escabulló al interior del pasillo y corrió a ponerse a cubierto.

Delgado agitó la pistola ante los guardaespaldas.

—Retroceded. ¡Retroceded!

Aquellos hombres eran matones a sueldo… y, por suerte, no les gustaba en absoluto la idea de un tiroteo a corta distancia. Tan sólo Bonifacio estaba lo bastante loco como para disparar dentro de una maldita nave espacial, pensó Delgado. Agarró el cuello de la camisa de Diego y lo sacó a rastras de la cocina pasillo abajo.

Bonifacio le disparó desde la cabina y los proyectiles arrancaron chispas a los mamparos de metal.

Delgado devolvió los disparos mientras tiraba de Diego en dirección a la cámara estanca. Todo aquello era un desbarajuste. Un buen desbarajuste.

Diego gimió cuando Delgado lo metió de un tirón en la cámara estanca y la hizo girar al interior de la esclusa del hábitat.

Una explosión muy fuerte lo sobresaltó.

El precinto de la cámara estanca se rompió al soltarse súbitamente el *Distancia* y ponerse en marcha los motores.

El aire silbó al exterior por las grietas de la alabeada cámara. Las luces rojas de alarma parpadearon, y Delgado dio una patada a la puerta que conducía al interior del hábitat.

No se abriría, por supuesto; al romperse el precinto exterior se habían puesto en marcha los sistemas de emergencia. Mientras los sencillos sensores del exterior detectaran pérdida de aire, la puerta interior permanecería bloqueada.

Delgado cogió el teléfono de emergencia y oyó la voz de Bonifacio.

—Acabo de utilizar un código de emergencia del Consejo de Seguridad para anular las comunicaciones desde la cámara estanca —dijo Bonifacio en tono categórico—. Y he anulado la alarma de la cámara.

Las luces estroboscópicas se apagaron. Daría la impresión de haberse disparado por accidente, de modo que enviarían a un mecánico cuando a éste le viniera bien en lugar de un equipo de emergencia.

—Bastardo.

—Adiós, señor Delgado.

—Váyase al infierno, Bonifacio. —Delgado golpeó el teléfono contra la pared hasta romperlo.

Bonifacio los había matado. Casi tan bien como lo habría hecho una bala, pensó Delgado.

Se sentó en el suelo junto a Diego, presionando una mano contra el pecho del herido. Diego clavó los ojos en el techo; su respiración era irregular y jadeante.

—Lo siento, Diego —dijo Delgado, bajando los ojos hacia su viejo amigo.

La sangre burbujeó en la boca de Diego, pero no dijo nada. Delgado cerró los ojos y se mordió el labio.

El aire ya parecía empezar a escasear. Delgado se tumbó, respirando de modo superficial.

Entonces introdujo la mano en el zapato derecho y sacó la pequeña baliza que Adriana le había dado.

Abrió el estuche y presionó el interruptor rojo. Una lucecita verde se encendió con un parpadeo y empezó a brillar intermitentemente.

Cerró los ojos y esperó.

36

ÓRBITA DE METISETTE, 23 LIBRAE

Reth yacía hecho un ovillo sobre la incómoda losa, pensando en la calidez e intimidad de un nido Kig-Yar, y en lo lejos que tales cosas estaban de él en aquel momento.

Le dolía todo el cuerpo gracias al tratamiento recibido de los Sangheilis. ¡Ah, pero pagarían por esto! Reth cumplía las órdenes de un Profeta. ¿Quiénes eran ellos para tratarlo con tanta crueldad?

Los Sangheilis creían que eran los señores de todo, pero no eran más que matones, pensó Reth. No muy distintos de los Jiralhanaes y sus modos violentos.

Pronto los Profetas escucharían a todos los Kig-Yars, pensó. Reth estaba aquí, trabajando para descubrir el oculto mundo de origen de los humanos. Ya lo habría hallado de no ser por la intromisión de los Sangheilis.

—¡Unggoys! —Abandonó con cuidado el banco, con las extremidades protestando y dando pasos tambaleantes.

Los Sangheilis tendrían que irse. Las cosas estaban muy cerca de llegar a su fin. Pronto, su agente humano le entregaría la ubicación de la Tierra, y una vez que Reth tuviera eso, el ejército de Unggoys que había reunido en Metisette estaría listo para ser soltado sobre el Rubble. Los asteroides resultarían un magnífico terreno de anidación Kig-Yar.

—¿Unggoys, dónde estáis? Debéis hacerme caso. ¿Es que no creéis en la misión que el Profeta de la Verdad en persona me encomendó, y por lo

tanto os encomendó también a vosotros? —Se desplomó sobre el suelo frente a los barrotes de energía que lo mantenían encarcelado.

Una vez que poseyera el Rubble, pensó a través de una neblina, y la localización de la Tierra, el Proyecto Éxodo de los humanos le proporcionaría el vehículo que necesitaba para llevar a los Unggoys a atacar el mundo del que eran originarios los humanos.

Un plan osado.

Un plan Kig-Yar.

Un plan con el que el Profeta de la Verdad había estado de acuerdo cuando Reth se lo presentó tras regresar con el secreto de la existencia del Rubble y el deseo de los humanos de comerciar. Se lo había ocultado incluso a su capitana, una violación que habría conllevado su castración de haber sido descubierto, pero que había valido la pena con creces.

—¡Unggoys!

Ahora los habían descubierto, y los Jiralhanaes iban de regreso para transmitir la noticia del descubrimiento del Rubble a un Profeta distinto.

Los Kig-Yars no podían detenerlos. Pero podían adelantar el plan, de modo que no parecieran traidores que comerciaban con los humanos.

No, había llegado la hora de destruir a los humanos y su mundo natal y mostrar a los Profetas que eran los Kig-Yars, no los Sangheilis o los Jiralhanaes, los súbditos más astutos, leales y venerables del Covenant.

Los pasos de dos furtivos soldados Unggoys hicieron que Reth se concentrara en el suelo frente a su largo rostro.

—Los Sangheilis matan a nosotros si te soltamos —protestó uno de los Unggoys.

—Y pondréis en peligro vuestra oportunidad de tomar parte en el Gran Viaje porque os asustan estos Sangheilis —siseó Reth, y sintió un fuerte dolor en las costillas.

Los Unggoys arrastraron los pies. El metano resoplaba al exterior desde sus máscaras mientras intercambiaban miradas una y otra vez.

—¿Correréis el riesgo de que los Sangheilis destruyan el Reducto y todo lo que habéis construido en Metisette? —preguntó Reth—. ¿Dejaréis que castiguen a todos los Unggoys de ese planeta cuando han estado siguiendo el sendero correcto?

Las dos criaturas volvieron a mirarse.

—¿Serían asesinados todos nuestros hermanos de boquilla?

Reth recordó que los Unggoys succionaban comida de un tubo que compartían, de una boquilla.

—Sí, todos vuestros hermanos de boquilla morirían.

Fue suficiente para que lo liberaran. Uno de los Unggoys tecleó en los controles de la celda de Reth.

Reth sonrió cuando las barras de energía desaparecieron, y rodó fuera de la celda antes de que sus libertadores cambiaran de idea.

—De prisa, tenéis que ayudarme a escapar.

Las dos criaturas lo agarraron por debajo de los brazos cuando se tambaleó, dando lugar a que Reth gruñera de dolor. Juntos, los tres renquearon por el pasillo hasta que Reth los hizo parar cerca de un panel de mantenimiento.

Puede que los Sangheilis se hubieran hecho con la nave mediante la fuerza e intimidado a los Unggoys, pero a Reth todavía le quedaban algunos trucos. Desconectó el sistema informático de la nave con una contraseña de anulación.

Mientras los Sangheilis corrían a reiniciar el sistema, hizo que los Unggoys lo arrastraran hasta una cápsula de salvamento.

Minutos más tarde, la cápsula cilindrica salía disparada de la nave, virando de vuelta hacia Metisette a máxima velocidad, mientras los Sangheilis se movían a impulsos de la inercia en una nave sin motor.

Era hora, pensó Reth con amargura mientras hurgaba en la cápsula en busca de un botiquín, de enseñar a los Sangheilis que los Kig-Yars sabían pelear.

37

EL RUBBLE, 23 LIBRAE

Mike condujo al *Petya* a través del Rubble, haciendo que la nave diera vueltas sobre sí misma para obtener una desaceleración repentina, y abriéndose paso alrededor de tubos de acoplamiento y asteroides.

En los confines de la cámara estanca, bien apuntalado para soportar las radicales maniobras de Mike, Jai maldijo:

—No veo por qué tengo que estar yo en la cámara estanca para el rescate rápido, Adriana. Él es tu Insurrecto mimado.

—Anda y que te den —rezongó Adriana a través del comunicador del traje.

Jai se irguió con un respingo.

—¿Es así como le hablas a un oficial superior?

—Cuando el oficial superior deje de gimotear, modificaré mi comportamiento —repuso Adriana—. Además, necesito estar en el área médica por si acaso Delgado está herido.

—Así que estamos confiando en una IA Insurrecta y precipitándonos a ayudar a un Insurrecto. ¿Ves algo que te parezca raro en ello? —inquirió Jai.

Otra voz crepitó en su oído. La IA Juliana.

—Técnicamente, el Rubble es una colección de gente de orígenes muy distintos. Tan sólo un pequeño porcentaje de ella son realmente Insurrectos tal y como vosotros lo entendéis…

—Ni una palabra más —masculló Jai, al mismo tiempo que Mike volvía

a hacer que la nave efectuara una voltereta, provocando que el estómago le diera un vuelco. Mike dio potencia a los motores para esquivar los tubos de acoplamiento—. ¿Algo nuevo sobre Delgado?

—La cámara estanca de la que provino la señal sigue lanzándome códigos de error desde el precinto roto —informó Juliana—. Vosotros seguís siendo la nave más cercana. Hay un equipo de emergencia fuera de la esclusa en el lado del hábitat, pero no pueden llegar hasta ella, claro. He levantado el bloqueo de comunicaciones de la cámara estanca, pero no responde nadie del interior.

Jai reflexionó sobre ello. Una cámara estanca rota y silencio.

—No suena demasiado prometedor.

—No —contestó Juliana—. Desde luego que no.

—Llegando a la esclusa —advirtió Mike.

Jai notó como el *Petya* se estremecía como nunca antes lo había hecho, y se vio empujado contra el costado de la cámara estanca a pesar de la gravedad artificial.

Le alegró no estar contemplándolo desde el puente.

Se oyó un chirrido de metal contra metal cuando Mike obligó a la destrozada cámara estanca a conectar con la de la nave.

—Actuaremos en cuanto lo ordenes —informó Mike.

Jai se colocó de cara a la gruesa puerta de metal con sus franjas amarillas y símbolos y rótulos de advertencia en rojo.

—Hazlo.

La cámara se abrió con una ráfaga de aire. A continuación, la cámara del hábitat chirrió al abrirse con un diminuto soplido.

Jai se abrió paso al otro lado en cuanto la abertura fue lo bastante grande.

Dos hombres yacían sobre la superficie de metal antideslizante del suelo de la cámara estanca. Delgado, con una pistola en una mano y la otra ensangrentada, yacía sobre el estómago de un hombre con una fea herida en el pecho. La sangre formaba un charco en el suelo alrededor de ambos, congelándose a medida que el vacío succionaba rápidamente aire y calor al exterior a causa del deficiente acoplamiento entre nave y hábitat.

Jai se echó a Delgado al hombro de su armadura MJOLNIR gris, y levantó el otro cuerpo con toda la delicadeza posible, consciente de que podía estaba agravando más la herida del pecho.

Regresó al interior del *Petya*, pasando pesadamente ante mamparos hasta entrar en la diminuta y angosta ramificación de los aposentos de la

tripulación, donde Adriana aguardaba preparada junto a una gran mesa de metal.

La mujer alzó la vista.

—¿Dos? ¿Quién es el otro?

Juliana apareció con un parpadeo por encima de una estantería próxima.

—Ése es Diego Esquivai. —La voz sonó apagada, como si estuviera anonadada.

Adriana movió la cabeza negativamente a la vez que lo examinaba, mientras Jai lo sostenía aún en sus brazos.

—Está muerto. —Cogió a Delgado del hombro de Jai y lo depositó sobre la mesa—. Pero Delgado tiene pulso. Mete al otro hombre en una de las cápsulas criogénicas.

Jai rodeó la mesa llevando en brazos el cuerpo de Diego y fue hasta una de las tres cápsulas. En cuanto lo colocó y cerró la tapa, los sistemas automatizados entraron en acción. Diego quedó congelado en su último minuto, aunque no iba a servirle de nada.

Cuando el Spartan se volvió, Adriana le había colocado ya una máscara de oxígeno a Delgado y tenía a los ordenadores leyendo sus constantes vitales.

Delgado se removió y abrió los ojos al empezar a hacer efecto la máscara de oxígeno. Intentó incorporarse, pero Adriana le puso una mano sobre el pecho para mantenerlo donde estaba.

—Estás de vuelta en el *Petya*, Delgado.

—¿Diego? —gimió él—. ¿Qué hay de Diego?

Jai y Adriana intercambiaron una veloz mirada, y Delgado la vio. Pareció volver a ensimismarse, negando con la cabeza y la mirada perdida.

—Maldito sea ese bastardo.

—¿Qué bastardo? —preguntó Juliana desde la esquina de la habitación.

Delgado giró el cuerpo para verla mejor, y se quedó boquiabierto.

—¡Tú!

Emociones enfrentadas le cruzaron el rostro. Jai supuso que el hombre se había preguntado si no sería mejor no confiar en la IA, pero que la revelación había cogido por sorpresa a Delgado.

—Sí, yo. —Juliana sonrió abiertamente, y el holograma cruzó los brazos —. ¿Qué sucedió, Delgado?

—Bonifacio fue lo que sucedió. —Delgado casi escupió el nombre—. Se apropió del *Distancia*. También disparó a Diego. —Se mordió el labio y se

sentó despacio, sujetándose las rodillas con un gruñido.

—Sabía que Bonifacio no era de fiar. Lo he observado entrar de contrabando cosas en el Rubble. Conozco diez escondites distintos que utiliza. Sin lugar a dudas está transportando esas armas del Covenant a las colonias. Llevó a cabo una dura campaña para obtener ese puesto en el Consejo de Seguridad —dijo Juliana mientras Adriana y Jai observaban la conversación—. Pero ¿hacer esto?

Delgado miró a la L\.

—Tenemos que cogerlo.

—Ni siquiera intenta huir —replicó Juliana—. Tu nave avanza lentamente por el Rubble.

—Bonifacio cree que estoy muerto. Se está tomando su tiempo para no alarmar a nadie. —El grupo intercambió miradas, y Delgado se dio cuenta; entonces alzó la voz—: Ah, vamos, yo no habría hecho eso. ¿Por qué diablos arriesgaría mi vida para romper una cámara estanca? ¿Y crees que le disparé al hermano de María? ¿De verdad?

Jai dio unos golpecitos sobre la mesa.

—Juliana, tiene razón en lo que dice.

Delgado se volvió hacia él.

—¿Y desde cuando vosotros y la IA del Rubble estáis trabajando juntos? ¿Cuándo diablos empezó todo esto?

—Cuando los Jackals empezaron a acercarse demasiado a los datos —dijo Jai, manteniendo la vista fija en Delgado hasta que éste bajó los ojos.

Juliana permanecía callada, con los ojos cerrados.

—De acuerdo, Delgado. Creo que tienes razón. Tenemos un gran problema. —Abrió los ojos para mirar a las tres personas que a su vez la miraban fijamente, y las ecuaciones que recorrían su cuerpo holográfico centellearon de repente en un rojo intenso—. Por todo el Rubble se están retirando naves Kig-Yars. Se dirigen a Metisette.

—Nos dijiste que los Jackals tramaban algo, como una invasión. ¿Podría ser esto? —preguntó Jai.

—Su sistema de codificación es bueno. Aún no he podido penetrar en él. Pero hay tráfico de comunicaciones y eso puede decirme algo. Jamás he visto una actividad así. Delgado dice que Bonifacio ha robado los datos. Y esto sucede al mismo tiempo que tiene lugar el mayor movimiento de naves KigYars que he visto desde que empezaron a llegar al Rubble. Tiene que haber una relación.

—Maldita sea —repuso Delgado—. Teníamos razón; todo lo que

querían eran los datos. Ahora se están poniendo en marcha, ¿no es así?

Juliana siguió diciendo:

—El *Distancia* se mueve en la dirección que su plan de vuelo indicaba, pero podría salir corriendo en cuanto esté lejos del Rubble hacia donde sea que los Kig-Yars quieran que vaya. Tenemos que alcanzarla y detener a Bonifacio. Y prepararnos para lo que sea que tramen los Kig-Yars.

Jai asintió.

—Nuestra primera prioridad es Bonifacio.

Tenían que concentrarse en eso; aquélla era la misión del Equipo Gris. Adriana trabó la mirada con él y luego asintió. Estaba de acuerdo.

—Una vez que tengamos eso a salvo, Juliana, tendrás nuestra ayuda.

La IA volvía a tener los ojos cerrados. Planeando, echando un vistazo a los millones de conexiones desperdigadas por todo el Rubble de un modo del que sería incapaz cualquier humano.

Pero era una IA que estaba cerca de perder el control. Jai se preguntó hasta qué punto debían ellos seguir sus planes.

Tendría que volver a estudiar eso una vez que le hubieran puesto las manos encima a Bonifacio y a los datos de navegación.

Juliana se desvaneció, transformándose casi en un fantasma en la brillantemente iluminada zona médica, luego volvió a aparecer.

—De acuerdo —casi musitó—. Puedo pasaros la posición que tengo del *Distancia*, pero voy a necesitar que alguno de vosotros me ayude. Un equipo va en pos de Bonifacio, al otro lo necesito para hacer algo un poco más delicado.

»Todavía hay una nave Kig-Yar en el Rubble. No logro descifrar su codificación, pero si puedo penetrar físicamente en uno de sus sistemas, sería posible dilucidar con exactitud qué traman. Si es un ataque total, necesitamos saberlo con seguridad para no cometer un gran error. Si utilizamos atacantes que no pertenezcan al Rubble, podemos negar que esta pequeña incursión fuera cosa nuestra si las cosas resulta que están como deben con los Kig-Yars.

Jai miró a la IA.

—¿Quieres que abordemos una nave del Covenant?

—Y me conectéis a ella, sí —Juliana asintió—. Mis funciones más importantes. Dejaré una sencilla copia base para seguir regulando el Rubble, desde luego. Pero mi parte central irá con el grupo de abordaje.

Juliana había perdido el control. O simplemente se había vuelto loca de remate, pensó Jai. Se rascó la barbilla, luego miró a Juliana.

—Necesitaremos una fuerza de más envergadura. Es necesario que liberemos a la tripulación de esa nave del UNSC que fue capturada. Llevará ODST a bordo. Libera a esos hombres y tenemos una fuerza armada.

Los Helljumpers no eran grandes admiradores de los Spartans, pero eran, en cierto modo como, ellos, tuvo que admitir Jai, aunque sin la fisiología alterada y la armadura propulsada.

Y eran buenos combatientes. Estaba seguro de que podría conseguir que asaltaran una nave Jackal.

Era la clase de cosa que a los ODST les encantaría hacer.

—No soy yo quien gobierna el Rubble —repuso ella—. Tan sólo el consejo puede liberarlos. Además, la mayoría de esas personas están controladas mediante localizadores. La gente se dará cuenta si empiezan a salir en masa para ayudarnos.

—¿Todos ellos llevan localizadores? —preguntó Adriana.

Juliana sonrió.

—No todos. Los que rehusaron convertirse en ciudadanos del Rubble no los llevan.

—Entonces podemos utilizar a algunos de ellos —sugirió Jai.

—No abriré las puertas —contestó Juliana—. Eso atraería la atención. Pero si las cámaras funcionaran mal, podríais sacar a la tripulación y hacer que os ayudaran antes de que alguien lo advirtiera realmente.

—Puede funcionar. —Jai se dio la vuelta—. Adriana, Mike, vosotros coged a Bonifacio. Delgado, tú vienes conmigo, necesito a alguien que conozca el interior de estos hábitats.

Delgado bajó las piernas por un lado de la mesa con una mueca de dolor.

—¿Estás seguro de que debes disolver tu pequeño equipo?

Jai sonrió ampliamente.

—¿Quién más va a poder convencer a los ODSTs para que vengan con nosotros? Mike, Adriana, haceos con los datos de navegación, y de prisa. Yo me ocuparé de lo que necesita Juliana.

El *Petya* se estremeció cuando Mike soltó la nave.

—Os dejaré en el conjunto de esclusas más próximo —anunció—. Luego saldremos a toda mecha a por el *Distancia*.

Delgado se puso en pie, oscilando sobre los pies.

—Hazme un favor —pidió a Adriana—. Cuando atrapéis a Bonifacio, aseguraos de pegarle un tiro a ese ladrón bastardo por mí. Preferiblemente en la rodilla, o en algún lugar doloroso como ése.

El *Petya* golpeó pesadamente contra otra cámara estanca.

—Iré a liberar a los demás —dijo Jai a Delgado—. Juliana y tú tenéis que agenciaros otra nave para el ataque.

Delgado y Juliana se miraron.

—Estamos en ello.

Jai efectuó una comprobación de los sistemas de su armadura MJOLNIR, y marchó pasillo adelante en busca de un par de metralletas M7 y munición extra.

38

EL REDUCTO, METISETTE, 23 LIBRAE

Reth atravesó con veloces zancadas el vestíbulo de una de las naves varadas en tierra del Reducto. Había diez viejas naves retiradas del servicio que habían sido colocadas en tierra alrededor de «la Plaza», con la nave de mayor tamaño Kig-Yar descollando por encima de ellas desde la esquina nordeste. Tubos de acoplamiento conectaban las naves a modo de puentes muy por encima del suelo.

Y si Reth quería, podía descender al interior del suelo, donde día a día las madrigueras de los Unggoys se extendían más profundamente en la roca caldeada. La cápsula de salvamento en la que había aterrizado permanecía aún en la plataforma de aterrizaje de la Plaza, chisporroteando y refulgiendo debido al calor de la reentrada en la atmósfera.

Durante varios largos minutos lo había atenazado el miedo, convencido de que los Sangheilis podrían conseguir que la nave funcionara a tiempo para dar la vuelta e ir a por él, pero no lo habían hecho. Los Sangheilis habían reiniciado la nave y mantenido su trayectoria, en dirección al Rubble.

Reth tenía que ordenar que el *Infinite Spoils* abandonara el muelle junto con las otras naves Kig-Yars, pero se sentía reacio a hacerlo. Pronto, el *Infinite Spoils* llevaría mecanismos de transmisión humanos, algo que el Jerarca no le habría permitido a Redi, pero que era algo que todos los Kig-Yars deseaban: una nave Slipspace propia. Pero primero Reth necesitaba

tomar el Rubble, y hacerse con cualquier nave humana que llevara los mecanismos de transmisión. Los humanos habían estado haciendo acopio de los mecanismos de transmisión de Slipspace por los que habían negociado para instalarlos en su propia máquina: el Proyecto Éxodo.

Pero cuando consiguiera sus mecanismos de transmisión, el *Infinite Spoils* marcaría un nuevo hito, siempre y cuando los Kig-Yars pudieran sacarlo del Rubble antes de que los jerarcas se enteraran de ello.

Reth sintió que todo estaba a punto de cambiar mientras tomaba un montacargas que ascendía al interior de la alta nave varada en tierra que era el refugio de los Kig-Yars dentro del Reducto. Había muchísimos más guardias por los alrededores ahora que cuando los Sangheilis se habían introducido en ella.

Entró en su habitación. Habían limpiado los restos del tiroteo y sustituido el cristal para que, una vez más, pudiera contemplar la Plaza y el Reducto en su totalidad.

El río de metano de la superficie de Metisette retumbaba por debajo de lo que habían creado, y su paso hacía girar turbinas gigantes, proporcionando energía a todo el complejo. Los Unggoys prosperaban entre las neblinas de metano recuperado de los ríos y charcas.

Descendían ya los transbordadores desde las rojas nubes para posarse en la superficie de Metisette. Los Kig-Yars empezaban a formar en la explanada bajo la terraza, así como los Diáconos Unggoys. Ésas habían sido sus órdenes.

Varios de sus consejeros principales se apelotonaron apresuradamente detrás de él. Parecieron anonadados ante las heridas que tenía por todo el cuerpo y su posición encorvada. Reth no prestó atención a sus miradas de asombro.

—Hemos planeado la invasión del Rubble durante mucho tiempo —dijo, haciendo todo lo posible por erguirse a pesar de las punzadas de dolor que le habían dejado los Sangheilis.

—¿Ha llegado la hora? —preguntaron ellos.

Reth sonrió.

—Sí —contestó—. Ha llegado la hora. Enviad las órdenes. Reunid a los Unggoys en la Plaza. Dadles sus arneses y máscaras. Preparaos para el ataque. Será todo nuestro, y una vez que tengamos esos datos de navegación, seguiremos también hacia su mundo natal.

Los Kig-Yars de la habitación gorgotearon alegremente. Habían aguardado pacientemente mientras los humanos urbanizaban asteroides

que los Kig-Yars consideraban de primera calidad para ser nidos Kig-Yars.

Ahora serían recompensados.

—Marchad —les ordenó Reth—. ¡Ocupaos de vuestras funciones!

Los consejeros abandonaron a toda prisa la estancia, chocando con un montón de Unggoys que aguardaban fuera.

Todavía no iban a lanzarse con sus naves sobre el Rubble. Pero, a efectos prácticos, la invasión había empezado.

39

HABITAT ASUNCIÓN, RUBBLE INTERIOR, 23 LIBRAE

El primer indicio que tuvo Keyes de que algo sucedía fueron los gritos de los guardias que estaban fuera, en el pasillo. Dos de ellos pasaron corriendo a toda velocidad ante la celda de Keyes. Este se acercó a los barrotes mientras los guardias cerraban la gruesa puerta de metal que conducía al pasillo, sacaban las pistolas y se apartaban de la puerta.

—¿Faison? —gritó Keyes, al final de la hilera de celdas—. ¿Qué sucede?

—No lo sé —le llegó la respuesta.

El guardia situado a la izquierda de la puerta volvió la cabeza para mirarlos.

—¡Silencio!

Keyes apretó el rostro contra los barrotes para poder ver mejor. Entonces, la enorme puerta de metal estalló bacía dentro entre los dos guardias y salió rebotando por el pasillo. Una gruesa nube de polvo flotó en el aire, cubriéndolo todo de una asfixiante neblina.

Algo gris de gran tamaño cruzó borrosamente el hueco. Los guardias le dispararon, pero no antes de que cayera sobre ellos, dejándolos sin sentido a ambos con veloces golpes en la cabeza.

La figura se detuvo, y un visor facial dorado escudriñó las hileras de celdas. Keyes oyó la voz incrédula de Faison.

—Joder, un Spartan.

Una capa de tierra se posó sobre la armadura gris, y se fue

desprendiendo de ella a medida que el Spartan pasaba pesadamente ante las celdas.

—¿Quién es el oficial al mando? —preguntó con voz sonora desde el interior del casco.

Keyes sacó una mano entre los barrotes.

—Teniente Jacob Keyes —se identificó.

Seguía sin poder creérselo. ¿Había venido el Spartan simplemente a por ellos? ¿De dónde había salido?

El Spartan se detuvo delante de su celda.

—Retroceda.

Keyes retrocedió, y el Spartan agarró los barrotes y los arrancó de los goznes. El metal chirrió a modo de protesta mientras caían cascotes del lugar donde habían estado incrustados en la roca.

El Spartan arrojó la puerta al suelo tras él y penetró en la celda abierta.

—Tengo una proposición, teniente Keyes.

Junto a la entrada, entre los barrotes doblados, apareció el rostro de una IA.

—Puede que tengamos un modo de ayudarlo a devolver a su tripulación al lugar al que pertenecen. Si está interesado.

Keyes se asomó fuera de la celda abierta.

—Los escucharé a los dos. Pueden explicar qué están haciendo aquí y qué está sucediendo mientras liberan a mis hombres.

El dorado visor facial lo miró de arriba a abajo.

—Por supuesto. Soy Jai, Spartan doble cero seis, Equipo Gris.

Keyes estrechó la enorme mano enguantada.

—Necesitamos una fuerza de ataque —dijo el Spartan mientras iba de celda en celda—. Para introducir a la IA. Juliana dentro de una nave Jackal y volverla a sacar debemos averiguar qué trama el Covenant en este sistema y si están preparando una fuerza de invasión.

—Es un Spartan. ¿No ha intentado ya ir tras la nave?

El visor dorado giró hacia él.

—Las probabilidades no son muy buenas. No es algo que me apetezca intentar a menos que sea absolutamente necesario que lo haga, y me sienta sumamente optirñista.

—Muy bien —repuso Keyes—. ¿Dijo que podía sacar a mi tripulación?

Unos cuantos barrotes destrozados más repiquetearon contra el suelo. Faison y sus ODST habían revuelto los bolsillos de los guardias en busca de las tarjetas magnéticas y ahora iban de puerta en puerta abriendo celdas con

menos dramatismo. Una multitud de oficiales y tripulación deambulaban ya por el lugar.

Ahora que ya no necesitaba liberar prisioneros, Jai se detuvo frente a Keyes.

—La nave en la que vinimos posee datos de navegación. Podemos unir sus ordenadores a los de su nave acoplándonos para un salto de Slipspace. Será delicado, pero su fragata debería ser lo bastante grande como para mantenernos bien sujetos.

Keyes dirigió la mirada hacia Faison, que estaba detrás del Spartan.

—¿Están sus hombres dispuestos a atacar una nave Jackal?

—¿Está de broma? —dijo Faison, y los ODST que tenía detrás asintieron —. Es más divertido que pudrirse aquí.

La IA ladeó la cabeza.

—Ignacio Delgado tiene una nave preparada para todos vosotros. Las alarmas están apagadas, pero el cambio de turno de los guardias tendrá lugar pronto. Será mejor que salgáis de aquí.

—¿Es la IA de su nave? —preguntó Keyes a Jai.

—No —respondió éste—. Se lo explicaré más tarde.

40

ÓRBITA ALTA DE HESIOD, 23 LIBRAE

Thel rascó distraídamente un pequeño pedazo de carbono calcinado que había estado descascarillándose de su armadura mientras el Unggoy que tenía ante él temblaba, preguntándose qué iba a ser de él.

El Sangheili paró por fin.

—Así que Reth escapó.

—Señorías… —El Unggoy se estremeció mientras tomaba la palabra—. Reth es taimado. Y ha estado al mando dentro de este sistema. Podéis imaginarlo, la mayor parte de los Unggoys ansiamos complacer a nuestros amos. Es fácil sentirse confuso en tiempos como éstos, en que unos se vuelven contra otros.

Thel se levantó del asiento del piloto. Saal alzó la vista de su consola. El Sangheili hizo una mueca de dolor al moverse, las cicatrices de su vergüenza se empezaban a cubrir de costras y le dolían. Que era de lo que se trataba.

Saal rehusó mirar aThel, y mantuvo los ojos bajados hacia el suelo. Otra muestra de su vergüenza: una negativa a encontrarse con la mirada de otro Sangheili.

Saal había captado el mensaje, pensó Thel. Era una pena que hubiese hecho falta tanto tiempo para controlarlo.

Thel se inclinó más hacia Saal.

—No harás más que acarrear tu vergüenza si no pereces triunfalmente en combate.

Saal alzó los ojos, con un destello de esperanza rebosando en los enormes ojos.

—Me redimiré ante vos y mis ancestros… lo juro por mi sangre —declaró.

—Sé que lo harás —respondió Thel—. Es por eso que te ordené que permanecieras a mi lado por ahora.

Al frente, en sus pantallas, el Rubble aumentó de tamaño a medida que se acercaban.

—Quiero que encabeces la carga sobre esa nave Kig-Yar —dijo Thel—. El *Infinite Spoils*. Es lo bastante potente y grande para lo que tengo en mente.

—Destruiré cualquier cosa que encuentre en nuestro camino —replicó Saal.

—Estupendo.

Thel regresó junto al tembloroso Unggoy.

—Y tú, ¿harán su trabajo tus soldados, por los Profetas? ¿O se arriesgarán a la posibilidad de la condenación desobedeciendo?

—¡Combatirán! Han visto lo equivocados que estaban —respondió la criatura.

—Entonces iréis a poca distancia por detrás de Saal —dijo Thel—. Saal consigue armas para ti y para los Unggoys.

—Mi honor —respondió Saal, y marchó a equiparse.

Zhar, todavía en el puente, se rascó una mandíbula.

—¿Creéis que los Unggoys pelearán realmente duro para hacerse con la nave?

—¿Pelean alguna vez realmente duro? —preguntó Thel—. Sólo necesito que provoquen confusión mientras hacemos lo que es necesario. Con esa nave podemos destruir el Rubble y hacer que las cosas vuelvan a ir en la dirección en la que se supone que deben ir.

Zhar asintió.

—Y Saal peleará como un ejército desatado para recuperar el honor.

Thel rezongó alegremente.

—Sí. Sí, lo hará.

41

HABITAT ASUNCION, RUBBLE INTERIOR, 23 LIBRAE

A Delgado le dolía todo el cuerpo. Sentía la garganta como si alguien hubiese cogido estropajo metálico y se lo hubiese metido cuello abajo hasta el estómago, y no podía evitar dar algunos traspiés mientras abandonaba el puente para bajar a la cámara estanca de un carguero de un tamaño aceptable, no demasiado diferente del *Distancia*.

Pero la adrenalina lo mantenía en movimiento.

Juliana había echado un vistazo a una lista de naves que podían requisar sin preaviso y encontraron aquella vieja bañera.

Delgado la había trasladado y atracado cerca de la prisión.

Alcanzó la cámara y accionó los interruptores para dar energía a la puerta. Jai la cruzó primero, dedicándole un veloz saludo con la cabeza. Una larga hilera de tipos del UNSC iban detrás de él.

El hombre que lo seguía llevaba puesto un mono estándar de presidiario sin mangas y de color naranja, pero tenía el aspecto de ser quien mandaba. Fue hasta donde estaba Delgado.

—¿Es el piloto?

—Sí.

—Excelente. Soy el teniente Jacob Keyes. Me han pedido que comande la nave. Espero no estar hiriendo los sentimientos de nadie.

Keyes paseó la mirada por la cabina, y Delgado se dio cuenta de que el hombre sabía con exactitud lo que buscaba.

—No hay sentimientos que herir —respondió Delgado—. Me alegro de trabajar con usted.

—Necesitamos armas —dijo alguien.

Juliana apareció en forma de holograma más allá del centro de comunicaciones.

—Y tendréis armas. Necesito unos cuantos minutos más para descargar una versión de mí misma en el interior de esta nave. Hay un chip de alta capacidad de almacenamiento en el panel de comunicaciones. Jai, Delgado, cuando alcancemos la nave KigYar, tendréis que meter eso dentro de la nave y enchufarme.

Parecía como si unas cincuenta personas hubieran invadido el carguero.

Keyes miró a su alrededor.

—¿Tiene nombre esta bañera?

Delgado miró a Juliana.

—El *Mighty Sparrow* —informó la IA—. Y no, no tengo ni idea de por qué. Me he descargado ya, no obstante. Es hora de desconectarse.

—Bien. —Delgado ocupó el asiento del piloto, y Keyes fue a colocarse de pie junto a él mientras Delgado desatracaba de la cámara estanca—. ¿Adonde, Juliana?

—Al hábitat Greenworthy en busca de las armas —respondió la IA, y paseó la mirada por la cabina—. Tantos hombres decididos a mi alrededor. Es de lo más excitante.

Nadie respondió.

Keyes carraspeó mientras Delgado empezaba a mover al *Mighty Sparrow* por el Rubble en dirección al hábitat Greenworthy.

—La clave estará en aproximarse a esa nave Jackal. Si activan sus escudos, no podremos hacer nada. A propósito, ¿tenemos un nombre para esa nave?

—El *Infinite Spoils* —masculló Juliana.

Un miembro de la tripulación que estaba en el puente, Dante Kirtley, que se había sentado cerca de la imagen de Juliana en el puesto de comunicaciones, sugirió una distracción.

—Es necesario que hagamos que tengan la vista puesta en alguna otra cosa mientras nos vamos acercando.

—¿Qué nos puedes ofrecer? —preguntó Keyes a Juliana—. Dijiste que controlabas el Rubble mientras me ponías al día durante el trayecto desde la prisión a la nave.

Juliana pensó en ello durante un segundo.

—Un accidente laboral de grandes dimensiones. Puedo soltar uno de los asteroides de ios que se extrae material y hacer que pase flotando junto a su nave. Les dará un buen un susto pero no chocará.

—Excelente —dijo Keyes, cruzando los brazos—. Añade gran cantidad de escombros que usaremos como material de camuflaje.

—Considéralo hecho —respondió Juliana—. Y puesto que construyeron esa nave Kig-Yar aquí, en el Rubble, podremos acoplarnos a ella. No harán falta trajes.

—¿Por qué no atacar simplemente el muelle al que estén acoplados? ¿Por qué una nave? —preguntó un ODST.

—Tienen custodiada la cámara estanca del muelle —repuso la IA—. Desde luego, unos cuantos amagos desde los muelles también servirían para mantenerles distraídos, así que pienso que es una buena idea atacarlos desde los muelles así como por medio de una nave.

Ahora teman un plan, pensó Delgado, por loco que fuera.

Y parecían tener un líder, porque incluso Jai, un Spartan veterano como era, concedía al teniente Keyes el mando del puente.

42

RUBBLE EXTERIOR, 23 LIBRAE

El *Petya* había dado caza al *Distancia* sin que la otra nave fuera consciente siquiera de que estaba teniendo lugar un juego del gato y el ratón.

Ambos eran simples cargueros, naves largas con contenedores de carga sujetos a los armazones principales. Pero el *Petya* tenía la ventaja de estar extraordinariamente bien armado.

Dentro del *Petya*, Adriana observó como Mike se inclinaba sobre los controles con el aspecto de un depredador aguardando en los arbustos mientras esperaba pacientemente su momento de atacar.

—Abandona lentamente el Rubble —musitó Mike.

Eso era todo lo que Adriana necesitaba. Se habían acabado los jueguecitos. Jai se preparaba para invadir una nave Covenant mientras ellos estaban aquí fuera. Era necesario que actuaran con rapidez para poner fin a esto y regresar a darle apoyo.

—Muy bien, vayamos a por él.

—¿Se acabó el jugar al escondite con la nave? —inquirió Mike con una sonrisa.

—Rotundamente.

—Tú los llamas, yo les disparo.

Adriana miró la pantalla que mostraba sus trayectorias.

—Dispara a ese imbécil primero. Dale a los motores. No estamos jugando. No podemos darle una posibilidad de dar media vuelta y hacer lo

correcto. Ya eligió su destino en aquella cámara estanca.

—Sí, señor —dijo Mike, con una repentina sonrisa burlona.

Dos lejanos y potentes ruidos sordos bajo los pies de Adriana indicaron el disparo de misiles.

Dos estelas idénticas llamearon delante de las ventanas de la cabina de mando mientras los proyectiles salían despedidos hacia adelante, y luego describían una lenta curva hacia abajo.

—Los ha visto —informó Mike, cuando el *Distancia* aumentó la potencia de los motores para intentar huir.

Pero los misiles recorrieron la oscura brecha entre las dos naves y se estrellaron en la parte posterior del *Distancia*.

—¡Bien hecho! —exclamó Adriana, contemplando los escombros que iba dejando la popa del *Distancia*.

—Inutilizado de un solo disparo. —Mike se recostó en el asiento—. No van a ir a ninguna parte.

Adriana llamó al carguero dañado.

—*Distancia*, le habla el *Petya*. Hemos eliminado sus motores, no hagan que agujereemos el resto de la nave. Voy a subir a bordo. Si crean algún problema, la cosa se pondrá fea. Si cooperan, vivirán.

Durante un largo rato no hubo respuesta, lo que hizo que Adriana se preguntara si no estaban a la escucha en ninguno de los canales estándar.

Luego, por fin, por encima de una ráfaga de estática, llegó una respuesta:

—*Petya*, aquí Peter Bonifacio a bordo del *Distancia*. Debo protestar por este imperdonable acto hostil. Soy miembro del Consejo de Seguridad del Rubble en una misión de máxima prioridad. Actúan de un modo del todo improcedente, quienes quiera que sean.

—Cállese y prepárese para abrir su cámara estanca, Bonifacio —le espetó Adriana.

—Pero ¿de qué va todo esto? —lloriqueó Bonifacio en la radio.

Adriana no contestó. Mike acercó la nave al lomo del *Distancia*, preparándose para el acoplamiento.

—Informaré de esto —transmitió Bonifacio—. Pueden tener la seguridad de que…

Adriana quitó el volumen.

El *Petya* dio una sacudida cuando las dos naves se acoplaron, y Mike echó los rezones para sujetarlas.

—Presurizando la esclusa. Sales en veinte —dijo Mike.

Adriana se puso el casco y lo encajó con una palmada.

—Una vez que esté dentro, desacóplate. Por si acaso. Dispárales desde lejos si las cosas van mal.

—¿Estás segura de eso? —preguntó Mike.

—Rotundamente. Encontraré un modo de salir.

—Diez segundos para presión total.

Adriana se dio la vuelta y abandonó la cabina en dirección a la cámara estanca. Colocó el rifle al frente y permaneció ante la puerta hasta que la luz de la puerta de la cámara centelleó en color verde. Se abrió y Adriana dio un paso adelante, estremeciéndose levemente cuando volvió a cerrarse. Existía siempre una sensación de irrevocabilidad al abandonar una nave base de este modo, una sensación de caer por el borde de alguna especie de precipicio metafórico.

Y ahora efectuaba una caída libre a una situación nueva, a un nuevo conj unto de variables: lo que fuera que estuviera al otro lado de la enorme puerta de metal que tenía delante.

Pero al mismo tiempo le gustaba el vertiginoso torrente de adrenalina que la recorría.

Le gustaba el subidón que experimentaba ya en la época en que lo había sentido por primera vez en los terrenos de adiestramientos Spartan, contemplando fijamente jumo con los otros niños a los instructores. No se había fugado con Jai porque quisiera escapar. Lo había hecho por diversión; aquella sensación de dar un paso al vacío.

Cuanto más peligroso era, más sentía ella que era alguien de verdad. Era más emocionante que el entumecimiento gris de la quietud y la uniformidad.

El mundo pareció vibrar mientras Adriana contemplaba como se abría la puerta exterior, con el rifle alzado y su visión expandiéndose hasta abarcar todo el lugar.

Irrumpió en la cámara estanca del *Distancia*, donde no la esperaba nada aparte de bancos y rejillas de metal. La puerta se cerró tras ella, y el *Petya* se soltó con un sonoro estruendo cuando Mike se desacopló.

Aguardó hasta que Mike hubo tenido tiempo de colocarse a una distancia razonable, luego golpeó con fuerza la puerta interior de la cámara.

Se abrió y dos disparos restallaron en la armadura sobre sus costillas. Adriana gruñó y rodó a través de la rendija de la puerta devolviendo el fuego a los dos hombres que le disparaban. «Toma siempre la ofensiva —pensó—. No dejes que te acorralen en un rincón».

Tras abatirlos, retrocedió al interior de la cámara estanca un momento

para comprobar su armadura. Sólo estaba abollada.

Pero las costillas le dolían por el impacto recibido.

—¡Espere! —gritó una voz.

No era Bonifacio, era otro de sus guardaespaldas. Una pistola resbaló por el suelo hasta detenerse frente a la puerta de la cámara estanca.

—No voy a morir de ese modo. Ni hablar. Firmé como guardaespaldas, eso es todo. Estoy desarmado. Por favor, no dispare.

Adriana apretó la espalda contra la esquina y echó una mirada al arma.

—¿Quién más hay ahí?

—Sólo yo.

—¿Bonifacio?

—Está en una cápsula de salvamento —respondió el guardaespaldas, y su voz temblaba un poco.

Adriana salió bruscamente de la esquina y se dirigió resueltamente hacia el guardaespaldas, un hombre delgado con la cabeza afeitada. Alzó los ojos hacia ella, con las manos levantadas cerca del pecho para mostrar que no estaba armado.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Adriana.

—Sean. ¿Qué… qué demonios es usted?

El pedazo de tela cosido a su mono ponía S. WILLIAMS.

—¿Captas esto, Mike? —murmuró Adriana, divertida—. ¿Se ha lanzado alguna cápsula?

—No —fue la respuesta.

Adriana bajó los ojos hacia Sean.

—¿Por qué no ha salido?

—Porque le dispararíais —respondió el guardaespaldas.

—Tentador, ¿eh? —dijo Mike.

—¿Y a qué juega Bonifacio, entonces?

—Nos está llamando —indicó Mike.

—Pásalo —repuso Adriana con un suspiro.

La voz de Bonifacio inundó su casco.

—¿Vais tras el chip de navegación, verdad?

—Entrégalo y llegarás a viejo, Bonifacio —lo presionó Adriana.

—Quizá. Oí lo que le hiciste a mi tripulación, soldado. —Bonifacio escupió la última palabra—. No soy tan estúpido como para creer que os limitaréis a ser amables una vez que entregue el chip.

Adriana suspiró. Ahora, el hombre estaba poniéndose nervioso de verdad y causando problemas.

—Bonifacio…

—Éste es el trato. Voy a dejar los datos a bordo, pero te diré dónde están una vez que haya abandonado la nave en mi cápsula.

—¡Oh, vamos! —repuso ella—. Y entonces descubriremos que nos mentiste y llevas el chip encima.

—Lleguemos a un acuerdo —insistió Bonifacio a toda prisa—. Dejad que me aleje lo suficiente en la cápsula para que os cueste un poco conseguir alcanzarme. Un gesto de buena fe que indique que realmente vais a dejarme marchar. Llegaré a ese punto y os diré donde están los datos.

—Deja que lo piense —respondió Adriana, y desconectó el micrófono —. ¿Williams?

—¿Sí?

—¿Hizo Bonifacio una copia? Y si mientes, ni se te ocurra pensar que no voy a hacerte pagar por ello.

Williams negó con la cabeza.

—No, no pensaba que ibais tras él hasta que disparasteis a los motores.

Adriana avanzó hasta que su visor facial se detuvo a menos de tres centímetros de la nariz del hombre, observando su reacción. Esperó hasta que él cerró finalmente los ojos. Satisfecha, volvió a conectar la radio.

—De acuerdo, Bonifacio, puedes soltar la cápsula.

—Adriana, ¿estás segura? —intervino Mike.

—Jai está a punto de tomar al asalto esa nave sin nosotros, Mike. No tenemos tiempo; es necesario que actuemos con rapidez y regresemos a su lado.

—De acuerdo. Acaba de salir disparado.

Adriana fue hasta la silla del piloto de la inutilizada nave y se quedó allí de pie, y contempló en uno de los monitores como la diminuta cápsula se volvía cada vez más pequeña.

La pequeñísima llamarada de su tobera se apagó finalmente con un parpadeo.

La voz de Bonifacio crepitó en la radio.

—Está sujeto con cinta adhesiva en el extremo del saliente de la cámara estanca, justo por donde entró. —Lanzó una carcajada.

Adriana corrió al lugar indicado. Palpó a lo largo de la parte superior del reborde de la entrada con delicadeza y encontró el chip donde él dijo que estaba.

Lo soltó y lo miró. No era apenas más que una oblea endurecida, diminuta y gruesa, que descansaba en la palma de su mano. «Tantas

molestias para algo tan pequeño», pensó mientras lo deslizaba al interior de un bolsillo trasero.

—¿Lo tienes? —preguntó Mike.

—Eso creo. Voy a regresar para verificarlo —respondió ella por la radio.

—Empiezo a acercarme.

Adriana penetró en la cámara estanca, y Williams la siguió.

—¿Qué pasa conmigo?

—Tú te quedas a bordo de la nave. —Adriana le puso una mano en el pecho y le empujó hacia atrás—. Alguien acabará viniendo a por ti.

—¿Acabará?

—Te dará tiempo para pensar en la clase de personas para las que eliges trabajar.

La puerta se deslizó entre ellos, y Williams la miró a través de una portilla.

Adriana le dio la espalda y se trasladó a bordo del *Petya*. Fue hasta la cabina y entregó el chip a Mike, que lo conectó al ordenador de la nave.

—Es bueno.

—Entonces salgamos de aquí cagando leches.

Mike miró los monitores que seguían la pista a la cápsula de salvamento.

—¿Estás segura de que no quieres ir tras él?

Adriana se mordió el labio.

—Que se pudra en su cápsula. Va a ser un viaje largo. Imagino que quien sea aquel para el que trabajaba no va a sentirse contento. Las personas como Bonifacio tal vez piensen que los Jackals se han convertido de repente en seres amables y peludos, pero está loco si piensa que el Covenant se está ablandando. Es hombre muerto, aunque no lo sabe aún. Marchemos.

—Sujétate bien, entonces —dijo Mike—. Nos vamos de aquí.

La silla más próxima crujió al sentarse Adriana en ella. Habían reforzado los asientos para que soportaran a Spartans con la armadura completa, pero las sillas todavía se quejaban del peso.

Mike hizo dar media vuelta al *Petya* y encendió el motor principal, lanzándolos a toda velocidad en dirección a la nave Jackal que Jai iba a asaltar.

La Spartan esperó que llegasen allí a tiempo.

Porque se sentiría un poquitín desilusionada si se perdían toda la acción, comprendió Adriana.

43

EL «MIGHTY SPARROW» APROXIMANDOSE AL HABITAT TIAGO, EL RUBBLE, 23 LIBRAE

El carguero *Mighty Sparrow* avanzaba con suma lentitud tras la masa protectora de un asteroide vagabundo mientras Juliana aseguraba a unos Jackals muy inquietos que el asteroide no alcanzaría al *Infinite Spoils*.

Un accidente laboral.

Una nube de restos de roca, agua, vapor y fragmentos de metal completaba la confusa ilusión.

En el puente, un tenso teniente Keyes mantenía la vista puesta en las pantallas, observando con atención. Todo el mundo en la cabina de mando llevaba su traje, armas a las caderas y estaban listos para cualquier cosa. Echó una ojeada a Li y a Kirtley, que habían conseguido integrarse en el atestado puente, ayudando donde fuera necesario.

—¿Tienes el impulsor de masa cebado para hacer saltar sus escudos, por si acaso esto no funciona? —preguntó a Juliana.

—Sí, pero en ese caso tenemos que asumir que ni siquiera los Jackals creerán que el ataque a su nave lo realizaron miembros huidos del UNSC.

De todos modos, Keyes dudaba que creyeran que esto fuera obra de un solitario navio del UNSC, pero Juliana quería una salida, por si acaso no hallaban planes de los Jackals para el Rubble.

Personalmente, Keyes consideraba que el Rubble debería limitarse a asumir que los Jackals planeaban una invasión y atacar primero, y dejarse de

intrigas como ésta.

Pero era agradable volver a estar en acción contra el Covenant de un modo u otro.

—Prepárate, entonces —murmuró entre dientes Keyes.

Estaban cerca.

—La capitana Kig-Yar se está relajando; sus ordenadores le indican que la roca no la alcanzará. Me está chillando por ser descuidada —informó Juliana.

—Todos los equipos en marcha, pues —dijo Keyes—. Ahora o nunca.

El cuerpo de Juliana centelleó con un repentino incremento de las ecuaciones que fluían por él a modo de decoración.

—Los equipos de asalto a la cámara estanca salen en diez, nueve…

Keyes se volvió hacia Delgado.

—Dispáralo.

El piloto puso en marcha la secuencia del propulsor y el asteroide entero se apartó para dejarlos de cara a la nave Jackal. La parte más espesa de la nube de escombros se encontraba entre ellos y la nave extraterrestre cuando el *Mighty Sparrow* recorrió de un salto el trecho que quedaba con los propulsores llameando.

—Cuatro, tres… —salmodió Juliana.

—¡Sujétense para el impacto! —gritó Keyes.

—Dos, uno.

Chocaron, y el *Mighty Sparrow* chirrió y se estremeció al estrellarse su casco contra el *Infinite Spoils*.

—ODST, pueden salir para la intrusión —ordenó Keyes.

—Saliendo —informó Faison a través de la radio, a la vez que se oía el golpear de la puerta de una cámara estanca en el mismo canal.

—Me dirijo a apoyarlos —informó el Spartan Jai.

—Estamos acoplados. Una maniobra magnífica, Delgado —dijo Keyes —. Nuestro casco aguanta; las fugas son de poca importancia. —Soltó el aire que no había advertido que retenía.

Juliana carraspeó.

—La capitana Kig-Yar se queja de que somos unos mentirosos cobardes.

Keyes rio entre dientes.

—Debo suponer entonces que ha comprendido que la están atacando.

A lo lejos empezó el tiroteo, con el silbido del plasma respondiendo al ataque.

—Sí —repuso Juliana—, yo diría que sí.

—Tenemos contacto —informó Faison.

—Sácame —dijo Juliana—. Tenemos que estar preparados para conectar en cuanto tengamos la oportunidad.

—De acuerdo.

Keyes se inclinó hacia adelante y extrajo con suavidad el chip, en realidad una pequeña tarjeta del tamaño de una caja de cerillas, de su habitáculo en el terminal. El holograma de Juliana se desvaneció con un parpadeo, y él introdujo la tarjeta en el bolsillo superior mientras abandonaba la cabina.

Un par de ODST flanqueaba la cámara estanca, con los rifles de combate listos para entrar en acción.

—¿Qué tenemos? —preguntó él.

—Un contingente muy reducido de Jackals. Tenemos asegurado el pasillo de entrada. Faison está obligándolos a retroceder en dirección al puente.

Retumbó el sonido de granadas rebotando por las paredes.

—Nos hemos abierto paso hasta el puente —informó Faison—. Todavía se combate fuera de la nave junto a la otra cámara estanca de acceso. De todos modos, tiene el camino despejado hasta mí. Envío a Jai de vuelta para traerlo.

—Lo espero aquí —dijo Keyes, mientras los ecos de la úldma explosión se disipaban por fin y el nítido sonido de los alaridos de un Jackal herido los seguían.

44

EL «INFINITE SPOILS» FRENTE AL HABITAT TIAGO, EL RUBBLE, 23 LIBRAE

Jai sacó rápidamente su metralleta y paseó una mirada escrutadora por la nube de humo dejada por las granadas. Había Jackals tumbados por todas partes en el puente, lanzados lejos por las explosiones.

Nada se movía en la neblina, pero Jai se dedicó a pasear, disparándole una bala en la cabeza a cada Jackal por si acaso.

—El puente es seguro —informó.

Los ODSTs entraron en tropel detrás de él.

—El puente está despejado —confirmaron.

Se habían abierto paso con rapidez entre los Jackals en su ascensión hasta el puente, con Jai corriendo al frente. Cinco Jackals, incapaces de ocultarse tras sus escudos de energía, habían muerto en los pasillos. Lo mismo le había sucedido a la tripulación del puente.

Pero por el sonido de las voces de combate, el grueso de los Jackals había salido corriendo de la nave para enfrentarse al ataque inicial procedente del muelle.

Más o menos un buen centenar de ellos habían defendido la cámara estanca contra aquella amenaza, sin imaginar ni por un segundo que iban a abordarlos desde el exterior. Fue de lo más fácil impedir que regresaran dentro.

La IA y el teniente Keyes tenían talento para aquello, pensó Jai.

—Spartan, ¿puede volver atrás y proporcionar protección al teniente? —preguntó Faison.

—Voy hacia allí —respondió éste, y paseó una última mirada por el puente.

Los ODST estaban amontonando los cuerpos de los Jackals muertos en un rincón.

Regresó a paso ligero por el corredor.

Los ODST le lanzaron veloces movimientos de cabeza a modo de saludo mientras pasaba, algunos mirándolo directamente, atónitos, mientras regresaba pesadamente en dirección al *Migbty Sparrow*. Pasó ante Li y Kirtley, que corrían hacia el puente con un par de ODST protegiéndolos.

Keyes aguardaba en la cámara estanca. Al mismo tiempo que Jai pasaba al interior, el auricular del Spartan crepitó.

—Jai, aquí Delgado.

—Adelante —dijo él.

—Transmito un mensaje del *Petya*. Informan que han tenido éxito y están de regreso. Eso es todo.

—Gracias —dijo Jai, y sonrió dentro del casco; Adriana y Mike se habían ocupado del asunto—. ¿Preparado? —preguntó a Keyes.

—Sí. Y a propósito, Spartan.

—¿Sí, señor? —Jai bajó los ojos hacia él.

Keyes alzó la cabeza para sonreírle.

—Muchacho, es agradable verlo aquí fuera con nosotros.

Tantas cosas todavía podían salir mal, pensó Jai. Pero habían asaltado una nave Jackal, destruido la mayoría de datos de navegación, y tenían el control del resto. Plasta el momento todo iba bien.

—Jai, Faison, Keyes. —La voz de Delgado irrumpió en los pensamientos de Jai—. Tenemos un problema. Llega una nave. No es nuestra. Covenant.

—¿Ya? —Keyes frunció el entrecejo.

Jai posó una mano en el hombro del teniente.

—Vamos, teniente Keyes, tenemos que movernos con rapidez, en ese caso.

45

TRANSPORTE KIG-YAR SIN NOMBRE, EL RUBBLE, 23 LIBRAE

Thel miró el monitor, sin ser capaz de creer lo que veía: un carguero humano acoplado con el *Infinite Spoils*. Y escuchaba el canal de combate Kig-Yar, donde éstos hablaban a gritos sobre ataques humanos llevados a cabo por los soldados del UNSC. Zhar dirigió la mirada hacia él.

—Este Rubble se vuelve cada vez más extraño, capitán. Thel sacudió la larga cabeza.

—Por extraño que pueda ser esto, no debe sorprenderte. Los humanos son herejes; fue una estupidez por parte de los Kig-Yars pensar que podían establecer una alianza con ellos.

—Sin embargo, la cámara estanca está ocupada. ¿Qué hacemos ahora? —preguntó Zhar.

—Dispara a la nave humana —ordenó Thel—. O se apartará, o tendremos que abrirnos paso.

Thel se recostó en su sillón de mando, contemplando cómo saltaba el plasma en dirección a la nave humana.

46

EL «MIGHTY SPARROW» CERCA DEL HABITAT TIAGO, EL RUBBLE, 23 LIBRAE

Delgado aferró los costados de su sillón de navegación cuando la cabina se estremeció. La presión del aire descendió: habían agujereado la nave. Cerró el visor de su traje y selló los guantes. Entorpecía operar en una consola, pero estaba claro que aquella bañera no tardaría en estar invadida por el vacío.

El monitor mostró a la nave Covenant efectuando otro disparo de plasma contra ellos. Delgado hizo una mueca cuando el *Mighty Sparrow* chirrió. Un gran pedazo del techo de la cabina se hundió y todos los cristales se hicieron añicos.

Aquello no iba nada bien. Tenían que salir pitando.

—Estamos perdiendo el carguero —informó—. Saque a sus hombres de esta nave, Keyes. Parece que los Jackals tienen refuerzos.

—Entre en el *Infinite Spoils* con los ODST, entonces —dijo Keyes—. Abandonen el *Sparrow*. Es una causa perdida. Si dejamos al *Sparrow* acoplado, les costará más atravesarlo. Nos abriremos paso por los muelles.

Delgado abandonó la cabina. En la cámara estanca uno de los hombres de Keyes lo esperaba. Faison, si recordaba correctamente el nombre.

—Regresé para asegurarme de que todos mis hombres habían salido —vociferó Faison, volviendo a ponerse el casco. Delgado pudo ver el pasillo por el que acababa de pasar corriendo reflejado en el visor—. Keyes y Jai

están en el puente, introduciendo la IA en el sistema. Nos dirigimos a los muelles. Quiero encabezar la huida por allí.

—Iré con usted —dijo Delgado.

Correr junto al líder de los Helljumpers tenía que ser una apuesta segura.

Recorrieron pasillos a la carrera, con Faison en cabeza, doblando esquinas con su rifle de combate a la altura de la barbilla. Delgado lo seguía con la pistola desenfundada.

Tenía queesforzarse para mantener el ritmo del marine, no obstante. Las piernas le dolían, los pulmones le dolían. Todo era un único dolor inmenso.

Faison dobló una esquina muy por delante de Delgado y brilló una ráfaga de plasma. Faison cayó al suelo con un gruñido, disparando a la vez que caía. El olor a carne quemada inundó las fosas nasales de Delgado.

Delgado dobló la esquina disparando la pistola a baja altura para alcanzar a un Kig-Yar que corría por el pasillo de abajo. Éste lanzó un aullido, el escudo de energía cayó al suelo y Faison le asestó un tiro en la cabeza.

—¡Maldita sea! —gritó Faison.

Sonaba enojado, no herido, pero a pesar de eso, el suelo estaba resbaladizo con su sangre. El disparo lo había alcanzado cerca de una arteria, supuso Delgado. Incluso sin tener en cuenta la parte quemada, Faison estaba mal.

—Se suponía que este pasillo estaba despejado.

—Podría haber permanecido escondido hasta ahora. —Delgado se acuclilló frente al marine.

Lo habían alcanzado en el muslo derecho. Mientras maldecía al Jackal, Faison utilizó un cuchillo para cortar largas tiras de tela de la pernera izquierda.

Delgado lo ayudó a fabricar un improvisado torniquete, atándolo alrededor de la parte superior del muslo del herido para reducir la hemorragia. Era ya un harapo empapado de sangre cuando terminaron de atarlo.

Delgado se limpió las manos en los pantalones.

—Necesita un médico.

Faison recostó la cabeza cubierta por el casco en la pared y gimió.

—Lo sé —gruñó—. Pero si hacemos venir a alguien aquí, los pondremos en peligro.

Delgado se sentó contra la pared opuesta.

—¿Qué está haciendo? —preguntó Faison.

—Esperar a la ayuda con usted —dijo el otro.

Faison empujó el rifle a través del suelo.

—No, usted siga adelante. Tendrá más posibilidades de salir de aquí si se encamina a los muelles. Mantenga los ojos abiertos.

—No pienso dejarlo atrás —replicó Delgado.

—Déjeme su pistola —dijo el marine—. Coja mi rifle. Me han disparado en el muslo y ya he perdido demasiada sangre. No voy a salir andando de aquí, piloto. Sencillamente no va a suceder.

—Tiene hombres a sus órdenes. Podemos hacerlos regresar a través de los muelles para que lo recojan —sugirió Delgado.

—No voy a gastar vidas para salvar la mía —contestó Faison; cambió de posición e hizo una mueca de dolor. Luego se quitó el casco de un tirón, arrojándolo al suelo junto a él—. Doblé el pasillo demasiado de prisa, bajé la guardia, y he pagado el precio.

—Y si yo no estuviera tan hecho polvo, habría estado justo allí, a su lado —dijo Delgado.

—El combate es así de aleatorio, a veces.

Faison señaló con un gesto la pistola de Delgado, y éste le arrojó a *Señora Síes*. El marine la examinó.

—Una arma extravagante.

—Tiene una larga historia —respondió Delgado.

—Apuesto a que sí —murmuró Faison—. Lamento tener que pedírsela, pero le irá mejor con el rifle. Ahora váyase, rápido.

Delgado se puso en pie y agarró la muñeca del otro en un prolongado apretón de manos.

—Es un buen hombre, Faison. Para ser del UNSC.

Faison rio.

—Apuesto a que duele decir eso.

Delgado sonrió.

—En realidad no, soldado. En realidad no.

—Váyase —siseó Faison—. Por favor.

Delgado dobló la esquina con el rifle de combate alzado y listo, sus pisadas resonaron quedas en las paredes mientras dejaba al marine del ODST tras él en un charco de sangre.

Una vez que hubo avanzando por el pasillo hizo caso omiso de las órdenes de Faison y llamó por radio a Jai.

—Faison está herido. Si puedes regresar a este lugar en algún

momento… Realmente necesita un médico. Necesitará ayuda… Nos tendieron una emboscada.

47

EL «INFINITE SPOILS», FRENTE AL HÁBITAT TIAGO, EL SUBBLE, 23 LIBRAE

Keyes observó como Juliana aparecía sobre la consola extraterrestre. Su figura ondulaba y centelleaba.

—Las cosas están empeorando aquí fuera —dijo a la IA—. Tenemos Jackals en los muelles en cantidades ingentes que todavía resisten, y refuerzos ante la puerta en el otro lado. Abandonamos el *Mighty Sparrow*. Por favor dime que todo esto ha valido la pena.

Juliana hizo como si no existiera mientras sus ojos centelleaban con un blanco incandescente y caía de rodillas.

—La seguridad es fuerte —musitó, y luego abrió los ojos de par en par —. Pero sí ha valido la pena. Corremos un auténtico peligro. Todos nosotros. Sácame, teniente, y llévame de vuelta al Rubble. Tengo la información que necesito, y es necesario que actuemos con rapidez. Los Kig-Yars vienen a por nosotros. El Rubble tendrá que oponer resistencia. Sácame de aquí, Keyes. ¡Ahora!

Keyes extrajo el chip y lo guardó en un bolsillo.

—¿A los muelles? —preguntó a Jai.

El visor dorado del Spartan se volvió hacia él.

—Tengo que hacer algo. Su hombre, Faison, está herido. Delgado preguntó si podíamos ayudarlo.

Keyes asintió.

—Vaya en su busca.

Jai abandonó la estancia pesadamente, y Keyes se volvió hacia los ODST del interior de la cabina.

—Salgamos de aquí.

48

EL «INFINITE SPOILS», FRENTE AL HABITAT TIAGO, EL RUBBLE, 23 LIBRAE

Thel subió a bordo del *Mighty Sparrow* con un gruñido de enojo. La nave humana había obstruido el intento de abordaje y habían tenido que trasladarse a bordo con naves de asalto, usando fuego de plasma para abrir boquetes y entrar en el carguero humano allí acoplado.

Aquello lo puso de muy malhumor. Y con Unggoys dando vueltas por allí y chocando unos contra otros, el estado de ánimo de Thel se había ensombrecido aún más.

Se inclinó en dirección a Zhar.

—¿Ha hallado alguno de ellos el modo de librarnos de esta nave humana?

—No —respondió Zhar, echando una mirada a los Unggoys de pie por toda la cabina, pulsando botones y parloteando unos con otros.

Thel suspiró.

—Deja a cinco Unggoys aquí para que suelten la nave con sopletes de plasma una vez que crucemos la cámara estanca.

Regresó con paso decidido a la cámara estanca y se abrió paso a través de ella detrás de varios Unggoys. Éstos se desperdigaron ruidosamente en abanico por delante de él al interior de los corredores.

La nave Kig-Yar daba la impresión de estar vacía. Ningún Kig-Yar había intentado siquiera defender la cámara estanca. ¿Los habían matado a todos?

Y si así era, ¿dónde estaban los humanos?

Zhar lo siguió al otro lado. Una vez cerrada la cámara, el sonido de aparatos que soldaban y cortaban les llegó amortiguado y al cabo de un momento un sonoro crujido inundó el pasillo, luego se hizo el silencio.

—Han soltado la nave humana. El Diácono Unggoy y Saal dicen que van a remolcarla y arrojarla lejos —comunicó Zhar—. Hasta el momento, ninguna otra nave humana ha venido a husmear.

—Estupendo. —Thel miró a su alrededor—. Unggoys en dirección al puente. Zhar y yo aseguraremos la otra cámara estanca del lado de los muelles y eliminaremos a cualquier KigYar que haya ahí.

Obedientes, los Unggoys marcharon pasillo arriba.

Zhar dio una palmada al rifle de plasma que sostenía.

—En marcha, pues.

El viejo amigo de Thel se puso en cabeza, doblando esquinas mientras Thel lo seguía con rapidez, cubriéndolo mientras se adentraban pesadamente en la nave cruzando un mamparo tras otro.

Zhar dobló una esquina y se echó hacia atrás cuando unos disparos humanos golpearon su armadura. El viejo Sangheili respondió al fuego, y los tiros cesaron.

El humano, ahora muerto, con la espalda apoyada en la pared, ya estaba herido antes de que ellos llegaran. Una gran quemadura de plasma en el muslo había derramado la extraña sangre roja de la criatura sobre el suelo. Zhar le había disparado una sola vez, directo a la cabeza.

—Estaba sentado —dijo Zhar—. Me sobresaltó. Apenas si pude hacer un disparo.

—Tienes suerte de que no dispusiera de un arma más poderosa. —Thel apartó de una patada la pistola que yacía junto al cadáver.

—Ya lo creo.

Lo cierto era que Zhar sonaba un tanto afectado. Se acuclilló frente al humano muerto.

—Me pregunto por qué dejaron a uno de los suyos atrás de este modo. ¿Era una trampa?

—Quién sabe cómo piensan —dijo Thel—. ¿A quién le importa? Son herejes. No merecen siquiera vivir.

Zhar era incapaz de dejar de darle vueltas a alguna idea que tenía metida en la cabeza.

—No sé, Thel. Sois un auténtico Zelote, lo sé, y jamás dudaría de la palabra de los Profetas, pero hemos combatido a los humanos durante años

y creo que muestran alguna capacidad para el honor. Fijaos, dejaron atrás a uno de los suyos que sangraba y estaba deshonrado para que nos sorprendiera con una trampa y muriera con honor. ¿No creéis que eso indica algo profundamente noble respecto a ellos?

Thel bajó la mirada hacia el alienígena muerto y pensó en ello.

—Piensas demasiado, Zhar.

Mientras lo decía, Thel vio moverse algo con rapidez con el rabillo del ojo. Zhar sacó a toda prisa su rifle de plasma y disparó, justo cuando el enorme humano protegido por una armadura gris disparaba a su vez con su propio rifle.

Thel desenvainó la espada de energía al mismo tiempo que el humano acorazado chocaba contra él, haciéndolos rodar a ambos por el pasillo hasta que golpearon contra un mamparo con fuerza suficiente para hacer que a Thel se le tornara borrosa la visión y la espada escapara de su mano.

—No puedo apuntar bien —gritó Zhar, mientras Thel forcejeaba para sujetar el rifle del poderoso humano.

El rifle humano disparó con estruendo contra el suelo varias veces mientras peleaban por él, y entonces Thel agarró el cañón con las dos manos.

Contempló su reflejo en el visor alienígena y rugió a la vez que doblaba el arma, esforzándose por inutilizarla. El visor dorado le devolvió la mirada, implacable, a Thel. No hacía ningún sonido, a pesar de que el alienígena forcejeaba con la misma energía.

¿Qué criatura elegía no mostrar su rostro si no se trataba de una carente de alma y sin vida? Thel volvió a rugir.

—¡Demonio! ¡Hereje! ¡Alienígena impío!

Asestó cabezazos al visor dorado, impulsado hacia atrás el cuello del humano con cada tremendo golpe.

El humano lo empujó y sacó de un tirón un cuchillo primitivo del pectoral de la armadura.

Los dos guerreros permanecieron de pie, mirándose fijamente el uno al otro durante una décima de segundo. Thel comprendió de repente que ambos morirían, peleando hasta el final, igualados en fuerza.

Igualado en fuerza con un humano. Thel escupió sangre morada por la boca. Aquello era una sorpresa.

El humano echó una ojeada al otro marine muerto, negó con la cabeza, y luego salió corriendo por el pasillo.

—Sigámoslo —jadeó Thel, sin aliento, pues aquel golpe le había roto una

costilla.

—¿Qué era eso? —preguntó Zhar, asomando con cautela su rifle de plasma por la esquina.

—No lo sé —respondió Thel—. Pero era bastante fuerte.

Se reunió con Zhar al doblar la esquina.

—Parece que se dirigía a los muelles. Vayamos tras él.

Zhar cojeaba un poco, y Thel experimentaba dolor al correr, pero ninguno de ellos iba a permitir que tales cosas los hicieran ir más despacio. Los dos Sangheilis corrieron a toda velocidad, gruñendo de vez en cuando, en dirección a la cámara estanca del muelle.

Llegaron allí justo a tiempo de ver al humano de la armadura gris desaparecer al otro lado del saliente y salir a la carrera a la enorme y tenebrosa zona de atraque, donde las balas trazadoras humanas y el plasma del Covenant inundaban el aire.

Había cadáveres de Kig-Yars alrededor de la cámara.

Zhar se puso a un lado, Thel al otro, olvidándose del extraño humano por el momento.

—Parece que los Kig-Yars protegían la nave —dijo Zhar—. Pero Ies sorprendió el ataque desde el interior.

—Los humanos están retirándose a los muelles, de vuelta al interior de sus hábitats —observó Thel—. Nos han hecho un favor. Han evacuado la nave.

Cerró la puerta de la cámara con una carcajada y se acercó a Zhar, a quien dio una palmada en el hombro.

—Protege esta puerta, viejo amigo. Me dirigiré al puente y pondré la nave en marcha. Recogeremos a Saal y luego veremos cuáles son nuestras opciones.

Zhar asintió.

—Pero también deberíais inspeccionarlo cuando salgamos de aquí para ver qué era lo que los humanos hacían a bordo —indicó—. No necesitamos más sorpresas.

Thel pensó en el dolor de sus costillas y lo que había parecido un encontronazo de cerca con la muerte, y asintió.

¿Qué era aquel humano?

49

MUELLES DEL HÁBITAT TIAGO, EL RUBBLE, 23 LIBRAE

El sonido de las puertas de la esclusa de la nave al cerrarse resonó por toda la caverna que los Kig-Yars tenían como plataforma de atraque. Los larguiruchos extraterrestres hicieron una pausa, dirigiendo la mirada a las puertas. Dos de ellos corrieron hacia la esclusa, golpeando con fuerza la puerta, mientras unos sonoros ruidos metálicos acompañados de silbidos indicaban a todos los que estaban en la plataforma que su nave se desacoplaba.

Delgado contempló como el pánico se propagaba por los Kig-Yars a medida que comprendían lo que había sucedido. Las criaturas se habían mantenido apelotonadas en el extremo opuesto de los muelles, cerca de la cámara estanca de su nave. Eso había hecho que la salida a los muelles resultara una operación peligrosa, pero los Kig-Yars habían comprendido que permitir a los humanos abandonar su nave era mejor que atraparlos en ella. Ahora se preguntaban sin duda quién diablos estaba pilotando su nave.

Keyes, agachado en el extremo opuesto de un contenedor de carga que ambos usaban para protegerse, hizo una seña a Delgado para que se acercara. La mole inmensa del Spartan Jai estaba de pie detrás del teniente.

—Lamento oír lo de Faison —dijo Delgado.

La noticia había corrido mientras habían permanecido inmovilizados por los Kig-Yars. A los extraterrestres, con sus escudos de energía y sus francotiradores, les estaba yendo mucho mejor ahora, en la enorme y

despejada plataforma de atraque, que en los angostos confines de su nave.

Keyes asintió. Parecía cansado, pensó Delgado. Todos aquellos hombres eran responsabilidad suya. Los cuatro muertos en la zona descubierta de los muelles pesaban sobre él. Ahora también lo hacía Faison.

—Jai tiene una idea —anunció Keyes.

El Spartan dio un paso al frente.

—Que todos cierren sus trajes, Keyes. Todo el mundo listo para el vacío. Sólo unos pocos Jackals están equipados. Si damos con un modo de expulsar el aire de todo el muelle…

—Necesitamos a Juliana para eso —indicó Delgado.

Uno no podía simplemente expulsar la atmósfera de un hábitat sin hacer uso de complejas anulaciones de automatismos.

Keyes sacó el enorme chip del bolsillo que contenía a Juliana.

—Jai lo cubrirá; sólo necesita llegar a alguna parte donde conectar esto. Vuelva a activar a Juliana y haga que vacíe el muelle. Nosotros liquidaremos a los que queden.

Delgado depositó, casi con reverencia, el chip de la IA en su bolsillo. La habían creado para que dirigiera las operaciones mineras de una corporación de Madrigal, para que ayudara a guiar asteroides hasta plantas de procesado por todo el sistema. Puede que hubiese sido una IA comercial, en nada parecida a los pensadores superpotentes que utilizaba el UNSC, pero de algún modo había conseguido mantener de una pieza a todo el Rubble desde la caída de Madrigal. Juliana había sido la protectora del Rubble durante tanto tiempo que era casi como una deidad tecnológica, un dios al que todo el mundo se dirigía en busca de ayuda para sus problemas.

Y cabía en su bolsillo.

Escrutó los muelles.

—Allá. —Señaló a Jai una consola que usaban los supervisores para el funcionamiento de los muelles—. Eso debería ser factible.

Quedaba muy lejos del grueso del tiroteo.

—¡Entonces, adelante! —dijo Keyes.

El ritmo de fuego de los ODST aumentó mientras Jai y Delgado corrían hacia allí, pasando agachados de un conjunto de contenedores y largueros estructurales a otro.

Se detuvieron apenas a poco más de cuatro metros de la consola.

Delgado tragó saliva. Desde la posición que había ocupado, la consola parecía quedar resguardada. De cerca, reparó en que estaba al descubierto. Aunque estaban lejos de los KigYars, éstos eran buenos tiradores.

Jai también reparó en ello, porque el Spartan se volvió y alargó una mano enguantada.

—Dámela a mí, yo la conectaré.

Delgado contempló dubitativamente la mano del Spartan. Le estaría entregando uno de los activos más importantes de que disponía el Rubble.

¿Hasta qué punto confiaba él en aquellos Spartans del UNSC?

Hasta el momento habían trabajado para la obtención de los mismos objetivos. «Si no empiezas a confiar en alguien en algún momento dado —pensó—, entonces jamás volverás a confiar».

El Spartan ofrecía arriesgar su vida al salir allí al descubierto e intentar salvarlos a todos.

¿Qué prueba más necesitaba Delgado?

Inspiró profundamente y entregó a Juliana.

Jai cogió el chip con su guantelete acorazado y echó a correr. Durante un breve segundo pareció que los Kig-Yars no lo habían descubierto, que Jai llegaría hasta la consola y estaría de vuelta antes de que ellos advirtieran nada.

Pero cuando el Spartan se irguió e insertó el chip, una descarga de fuego de plasma achicharró la pared sobre su cabeza.

Delgado se asomó y disparó frenéticamente su rifle contra los Kig-Yars.

Varios disparos de plasma rozaron a Jai, pero éste mantuvo el chip protegido hasta que la figura de Juliana apareció por encima de la consola.

—¡Regresa! —gritó Delgado—. Ella está en el sistema.

Disparos que erraron el blanco por muy poco ennegrecieron la armadura gris mientras Jai regresaba corriendo a ponerse a cubierto, disparando su rifle de combate al mismo tiempo. Tres Kig-Yars se desplomaron, muertos. A Delgado lo maravilló la precisión del Spartan. A aquella distancia, separándolos varias decenas de metros de muelle, todo lo que Delgado había podido hacer había sido hostigar a los Kig-Yars.

Jai aplastó la espalda contra el contenedor a la vez que un disparo de plasma chocaba contra el otro lado haciendo hervir el metal.

El auricular de Delgado crepitó, y la voz de Juliana sonó en su oído.

—Gracias, Delgado, gracias, Jai. ¿Qué necesitáis de mí?

—Saca el aire de aquí —pidió Delgado.

Juliana no contestó, pero al cabo de un segundo todas las cámaras estancas que daban a los muelles se abrieron con un estallido en medio de los graves aullidos de las sirenas de emergencia y las luces parpadeantes de advertencia. El vacío absorbió el aire, que pasó junto a ellos con un gran

estruendo, y el sonido del fuego de plasma cesó.

Todo acabó en unos pocos minutos. Los ODST intervinieron y abatieron a los poco Kig-Yars que llevaban el equipo puesto y eran todavía capaces de respirar y pelear.

Los otros extraterrestres murieron de un modo horrible, debatiéndose, asfixiados, con las largas bocas abiertas y paralizadas en alaridos silenciosos.

Keyes y el ODST Markov contemplaron la carnicería una vez que la presión regresó a los muelles. Keyes parecía un tanto horrorizado ante la masacre. Markov parecía levemente complacido.

Jai estaba de pie detrás de ellos, alzándose imponente por encima de sus cabezas, rifle en mano.

—El *Petya* nos ha alcanzado —dijo a Keyes—. Yo sugeriría que lo usen como centro de mando temporal. Impedirá que vuelvan a capturarlos, como mínimo.

Keyes se pasó una mano por los canosos cabellos y asintió.

—Gracias, Spartan. Lo necesitaremos. Juliana informó de que esto no es más que el principio. Los Kig-Yars traman algo. Juliana podría transmitirnos esa información a su nave.

Jai se colgó el rifle al hombro y marchó con pasos lentos y pesados hacia una de las esclusas cercanas. Al cabo de un momento, Delgado lo siguió, los dos agradecidos de abandonar el muelle repleto de Kig-Yars muertos.

50

NAVE «INFINITE SPOILS» OCUPADA POR SAINGHEILIS, EL RUBBLE, 23 LIBRAE

Thel revisó los informes que Zhar había reunido pacientemente para él. Los humanos habían escarbado en la red de combate Kig-Yar, que estaba mal protegida.

—Éstos son detalles sobre dónde está el Reducto Unggoy —dijo Zhar—. Incluyendo número de efectivos, naves, cómo trasladarán a los Unggoys al Rubble para un ataque, y planes para una invasión de uno de sus hábitats llamado «Éxodo». Los humanos disponen ahora de todo el plan de batalla de los Kig-Yars.

—Bueno, son criaturas inteligentes —repuso Thel, y apagó el visualizador—. Tú mismo lo dijiste, si no recuerdo mal.

—Esto es inquietante, sin embargo —continuó Zhar—. Significa que el Kig-Yar, Reth, puede haber estado diciendo la verdad. Thel suspiró.

—¿Que planean engañar a los humanos para que les den la ubicación de su mundo de origen?

—Sí. Y que llevaba a cabo un deber sagrado para un Jerarca. Debéis admitir tal posibilidad al inspeccionar esos planes para atacar a los humanos. Llevan años preparados.

Thel se frotó la parte inferior de una mandíbula pensativamente.

—Es una posibilidad. Estoy de acuerdo.

—En ese caso, podemos haber contrariado al Jerarca —sugirió Zhar—.

Vos precisamente deberíais saber cómo hiela eso mi corazón.

—Un Jerarca —precisó Thel, cautelosamente.

—¿Qué queréis decir?

—Lo que quiero decir es que se nos dio un conjunto de órdenes que nos colocan en conflicto con órdenes dadas por otro Profeta.

Zhar negó con la cabeza.

—Estas cosas rayan en la herejía.

—Entonces no vuelvas a hablar de ellas —dijo Thel—. Pero eso no cambia nuestra situación.

—Pero…

—Así que enviaremos un mensaje a Reth —siguió Thel, intentando añadir una nota de tranquilidad a su voz—. No nos aproximaremos ni atacaremos el asteroide Éxodo que los Kig-Yars quieren. Atacaremos otras partes humanas del Rubble, destruyendo a los humanos que hay allí.

Zhar tragó saliva.

—¿Será eso suficiente para convencer al Profeta del Pesar de que hicimos lo que nos pidió?

—Destruiremos el Rubble —refunfuñó Thel—. Lo trituraremos desde esta nave Kig-Yar. ¿Cómo dudarán de nuestro fervor, entonces, Zhar? Ofreceremos a Reth nuestra conformidad para dejar en paz su hábitat, y a lo mejor obtendremos una ventaja.

—¿A lo mejor?

Zhar abandonó la cabina en un estado de ánimo sombrío, y Thel se sentó en el sillón del capitán con una mueca de desdén. Éste no era el asiento estándar del Covenant; estaba diseñado para Kig-Yars. Era un insulto y una expresión de sus impulsos rebeldes. Y lo que era aún peor, resultaba incómodo para los Sangheilis. De todos modos, sería un buen punto desde el que supervisar la destrucción del Rubble.

Cuanto antes se pusiera fin a aquel lío, antes imaginaba Thel que se reanudaría una vida más normal. Traiciones e intrigas no eran su fuerte.

Los Sangheilis eran casi siempre más… directos.

Thel dio un puñetazo a la consola que tenía delante en un gesto de frustración, haciendo añicos la pantalla y abollando el metal.

51

METISETTE, 23 LIBRAE

Peter Bonifacio se soltó del asiento del piloto de la cápsula de salvamento. El motor de larga distancia había agotado la energía; lo había mantenido al máximo para alejarse todo lo posible de los condenados Spartans que habían dado caza al *Distancia*. En aquellos momentos navegaba en dirección a Metisette. ¿Cuál era aquel condenado código Kig-Yar? Bonifacio buscó entre trocitos de papel en sus bolsillos hasta que localizó la diminuta tarjeta.

Introdujo la frecuencia en los controles de la cápsula de salvamento y transmitió la emergencia.

Luego aguardó muy nervioso hasta que el altavoz crepitó con el sonido de voces Kig-Yars.

—Peter Bonifacio. Adelante.

—Necesito ayuda —soltó abruptamente Bonifacio—. Estoy en una cápsula en dirección a Metisette. ¡Necesito que me recojan!

—¿Y llevas contigo nuestros datos de navegación?

—¿Eres Reth? —preguntó Bonifacio.

Transcurrió un momento mientras se transmitía la pregunta y luego se traducía.

—Soy Reth —fue la respuesta—. ¿Nuestros datos? Bonifacio tragó saliva nerviosamente. Sin lugar a dudas era Reth, se dijo. Había llevado a cabo gran cantidad de transacciones con el Kig-Yar. Esto eran negocios. Y un

socio como Reth comprendería un contratiempo. Trataba con una especie interesada en el comercio, igual que él mismo. Reth comprendería.

—Me robaron los datos —admitió por fin.

—¿Robado? ¿De qué nos sirve esto? ¿Por qué te molestaste siquiera en llamar para admitirlo?

Bonifacio no podía estar seguro debido a la demora y el tono monocorde del aparato de traducción, pero le dio la impresión de que Reth sonaba enojado.

—Sé adonde llevarán los datos —respondió a toda prisa—. Por favor, si vienes a ayudarme, te ayudaré a conseguirlos.

Otra pausa antes de la respuesta.

—Eres un pedazo de inútil que te has enriquecido con nosotros, Bonifacio. Te dimos armas para que las pasaras de contrabando y obtuvieses beneficios. Te dimos derechos de acoplamiento, y te ayudamos de todos los modos que se nos ocurrieron. Y todo lo que pedimos fue este único favor, y nos has fallado.

—¡No! —chilló Bonifacio en la radio, y empezó a farfullar—: No puedes abandonarme, sencillamente me lo debes. Trabajábamos bien juntos. Funcionábamos bien juntos.

Sólo llegó silencio del otro extremo.

—Te diré adonde los llevan si me haces este último favor —suplicó Bonifacio.

—¿Adonde los llevan? —preguntó Reth.

—Al asteroide Éxodo —respondió él—. Y si me haces el favor de recogerme, te diré dónde está.

Reth lanzó una carcajada.

—Ya sé dónde está, gracias. Vamos a hacerlo nuestro muy pronto.

El miedo le secó la boca a Bonifacio. Había estado equivocado, comprendió. Sobre los Kig-Yars. Probablemente sobre todo. Pero todavía tenía que intentar salvar su vida.

—Pero…

—Te haré un último favor, Bonifacio —dijo Reth—. No vendré a recoger tu cápsula. Porque justo ahora, si te recogiera, los últimos momentos de tu vida serían de verdad espantosos. Adiós, humano.

La radio quedó en silencio.

Bonifacio estaba solo, flotando en dirección a Metisette, contemplando por las diminutas ventanillas de su cápsula de salvamento el lejano orbe rojizo.

Se preguntó si se agotaría el aire antes de que la calefacción dejara de funcionar.

52

EN ALGUNA PARTE CERCA DE CHARYBDIS IX

El Profeta del Pesar estaba de pie delante de una pantalla gigante que mostraba a su flota congregada a lo lejos: puntos diminutos de luz aguardando para ser lanzados a través del espacio dondequiera que él desease.

Hizo dar la vuelta a su sillón para contemplar al otro individuo presente en la habitación: el Profeta de la Verdad.

Pesar frunció el entrecejo cuando Verdad lo reprendió.

—Como siempre, has actuado con demasiada precipitación.

—¿Por qué? —gimió Pesar—. He enviado a mis cazadores en busca del origen de lo que pensaba que eran problemas. He dado caza a los humanos. He actuado.

—No has actuado bien. Mi plan era más elegante.

A Verdad, pensó Pesar, siempre le gustaba llevar a cabo sus intrigas. No debería haberlo sorprendido tanto descubrir que Verdad estaba tras el diseño de aquellas armas de contrabando.

Eran simplemente un intento de descubrir furtivamente el mundo natal de los humanos, había dicho Verdad, sin más acciones militares de la flota. No importaba que Pesar supiera que ellos podían aplastar a los humanos, uno de sus mundos tras otro. A Verdad le preocupaba en especial el secreto de los humanos y el primer contacto que habían tenido con ellos.

Puesto que los tres Jerarcas habían trabajado muy duro para ocultar

aquel secreto.

—¿Importa ahora lo que hemos hecho? —preguntó Verdad—. Tenemos un problema, y hay que solucionarlo. Es necesario que la flota regrese a este mundo. Si los Kig-Yars tienen la localización del mundo de origen de los humanos, podemos usarla, así como a los Unggoys acuartelados allí. Si no es así, entonces debemos destruir todo rastro de este… experimento.

—Estoy de acuerdo —dijo Pesar, encontrándose una vez más siguiendo la iniciativa de Verdad.

—Los Jiralhanaes que traicionaron a tu capitán Sangheili deberán ser destruidos. Su lealtad es encomiable, pero la información de lo que vieron debe morir con ellos. No necesitamos a nadie en Suma Caridad hablando sobre esto.

Pesar le dio la razón.

—¿Viajarás a este mundo con nosotros y contemplarás a la flota en acción?

El Profeta de la Verdad movió la cabeza afirmativamente.

—Quiero ver todo esto concluido, sí. He hecho trasladar mis efectos personales a tu nave insignia. Ostentaremos el mando conjuntamente. Juntos solucionaremos cualquier problema. Como hemos hecho siempre.

Pesar se volvió y miró a la pantalla, con sus imágenes en directo de la flota. Verdad decía perogrulladas, palabras sobre ser camaradas ahora que su experimento había fracasado. Pero sólo serían camaradas con un secreto compartido mientras vivieran los humanos.

Si alguna vez se deshacían de la amenaza que constituían los humanos, entonces Verdad ya no necesitaría a Pesar. Si alguna vez tenía la posibilidad de destruir a los humanos primero y mantener el control de su posición en el Covenant, comprendió Pesar, tendría que moverse con rapidez. Más de prisa que las intrigas de Verdad.

Pesar se arrancó de sus pensamientos sacudiendo la cabeza.

—Entonces es hora de que vayamos allí —dijo.

Y utilizando los controles de su trono flotante, contactó con el puente de la nave y dio la orden para que la flota efectuara el salto.

CUARTA PARTE

53

EL «PETYA», CERCA DEL HABITAT TIAGO, EL RUBBLE, 23 LIBRAE

Delgado se sentó en la cabina del carguero Spartan, encontrando que resultaba extrañamente tranquilizador estar a bordo otra vez.

Keyes se había unido a los Spartans a bordo del *Petya*, junto con Markov y Delgado. Los demás ODST permanecieron fuera, en los muelles, limpiándolo todo tras el tiroteo.

Delgado sentía que estaban sucediendo cosas por todo el Rubble. Juliana se había sumido en alguna especie de vasta y diseminada modalidad de procesamiento que hacía que a la IA le fuera difícil concentrarse en una única zona concreta. Pero les había pedido a todos que se prepararan para una conferencia, y por lo tanto, simplemente aguardaban. Mike efectuando comprobaciones en el *Petya*, Jai y Adriana en la parte trasera examinando la armadura de éste tras el combate.

Keyes deambulaba por el puente, a la espera de información, con gesto frustrado. Markov se limitaba a mantener la mirada fija en el suelo de metal, un tanto traumatizado por la muerte de su oficial al mando, Faison.

No obstante, todos entraron en tropel en el puente cuando Juliana regresó por fin para manifestarse.

—Lamento mi ausencia —dijo, apareciendo por encima de la consola de comunicaciones—. Estaba verificando los datos capturados de la nave Kig-Yar. También estoy haciendo entrega de esta información a todos los

miembros del Consejo de Seguridad del Rubble.

Se desvaneció, y en su lugar apareció la luna Metisette. Aumentó de tamaño hasta que sus nubes flotaron frente a los reunidos en la cabina, y la imagen creció hasta que apareció un óvalo irregular en el suelo rocoso de la superficie.

Otro salto en la perspectiva mostró que eran los restos de un cráter. El fondo estaba cubierto de líquido, alimentado por alguna especie de río con una cascada. Delgado contempló las formas situadas al borde de la cascada.

—¿Qué son esas estructuras?

—Los Kig-Yars han creado un hogar natural para cientos de miles de Unggoys —dijo la voz de Juliana—. Esta construcción, levantada sobre una cascada de metano, donde las neblinas están lo bastante cargadas de ese gas como para que los Unggoys puedan respirar sin utilizar máscaras, recibe el nombre de el Reducto. Justo ahora, mientras hablamos, están preparando a los Unggoys para una invasión del Rubble.

Juliana dejó que aquella información calara.

—¿Cuándo se movilizarán? —preguntó Keyes.

—Dentro de las próximas veinticuatro horas —respondió la IA.

La imagen de Metisette desapareció, reemplazada por imágenes de naves Kig-Yar abandonando la órbita para descender a Metisette.

—En cuanto embarquen a los Unggoys.

Aquellas imágenes desaparecieron también, reemplazadas por la de Juliana. Ésta ladeó la cabeza, como escuchando a alguna otra persona.

—El consejo quiere saber qué dicen nuestros contactos Kig-Yars sobre todo esto.

—Eso los alertaría de cualquier clase de defensa que el Rubble pudiera poner en marcha —masculló Keyes.

Juliana asintió.

—¿Puedo exponer otro punto importante?

—Por favor —dijo Jai desde la entrada de la cabina.

El Spartan se había quitado el casco y sus ojos castaños estaban fijos en Juliana.

—Los Kig-Yars están enterados del Proyecto Éxodo.

Delgado se dio cuenta de que Juliana había dejado caer una bomba. Su secreto mejor guardado, algo de lo que ni siquiera él había estado enterado, estaba en los bancos de datos de los Kig-Yars. Eso lo enfureció.

—Y una vez que Bonifacio les hubiera entregado los datos de navegación, los Kig-Yars iban a utilizar el asteroide como transporte de

tropas para invadir la Tierra.

Delgado sintió una vaga sensación de náusea.

Keyes parecía confuso, pero no hizo ninguna pregunta por el momento. Aquélla era la primera vez que había oído hablar del Proyecto Éxodo, y si bien era capaz de colegir lo que podría implicar, esperaba de la IA alguna información más consistente.

Juliana aguardó a que también aquello hiciera efecto.

—Me siento reacia a perder el Rubble. Es todo para lo que existo. Yo digo que ataquemos primero. Que usemos nuestros impulsores de masa como si fueran MAC. Que volvamos a poner a Keyes y a sus hombres a bordo del *Midsummer Night*. Si iniciamos el ataque mientras su fuerza principal está en tierra, tenemos posibilidades de ganar.

Keyes jugueteó con un bolígrafo mientras miraba a su alrededor.

—El *Midsummer Night* tiene capacidad para enfrentarse a aquella nave Jackal grande, pero podrían aplastarnos por simple superioridad numérica con todas esas naves que tienen estacionadas por todo el Rubble. Y luego está la otra cuestión: ¿Han estado trabajando solos estos Jackals? Porque si no es así, todo lo que tienen que hacer es pedir refuerzos. Una fragata indetectable no servirá de gran cosa contra lo que el Covenant acostumbra a traer a un combate.

—No puedo hablar respecto a eso —dijo Juliana—. Pero ahora tenemos otro problema. El Consejo de Seguridad se está preparando para una reunión. Me están dejando fuera. Esto no es algo que yo pueda anular sin atraer la atención. Delgado, María era el pariente más próximo de Diego, y le han concedido un puesto temporal en el consejo para que lo represente. ¿Puedes ir allí? No quiero que quedemos al margen de esto.

Delgado se puso en pie inmediatamente.

—Llevadme allí. Entraré.

Jai y Mike intercambiaron miradas. Jai negó con la cabeza.

—No queremos arriesgarnos a llevar al *Petya* al centro del Rubble. Ya nos estamos exponiendo bastante teniendo a la IA y a Delgado a bordo.

—Usaré coches tubo —repuso Delgado.

Fuera de las altas columnas de mármol falso de la Cámara del Consejo, María Esquival observó a Delgado. Las dependencias estaban profundamente enterradas en el corazón de Korrah, uno de los primeros hábitats del Rubble, y él se había dado prisa en acudir allí.

—Conseguiste llegar aquí muy de prisa.

La mujer daba la impresión de no haber dormido en días, pues tenía

bolsas bajo los ojos. Apartó un mechón rebelde de pelo.

Delgado rompió el protocolo y le dio un largo abrazo.

—Siento tanto lo de Diego…

Ella se soltó y alzó los ojos hacia él.

—¿Dijeron que ese bastardo de Bonifacio está en una cápsula de salvamento en alguna parte con los Kig-Yars?

—Hasta donde sabemos, sí. Cuando esta crisis finalice, yo personalmente daré caza a esa cucaracha.

María carraspeó.

—El Consejo de Seguridad acaba de celebrar una reunión de emergencia para resolver qué hacer a continuación. Yo sustituí a Diego. No tenía derecho de voto, pero podía hablar si era necesario.

—Lo sé. ¿Qué puedes contarme?

—El resumen es que te estamos agradecidos por todos los riesgos que has corrido, aunque creo que la mitad del consejo está preparado para lincharos a todos vosotros por liberar a todos los prisioneros del UNSC sin localizadores y sin autoridad para ello.

—No teníamos mucho tiempo para consultarlo o pedir permiso, y Juliana estaba ayudando.

—Eso los inquieta casi tanto como cualquiera de las otras cosas. Ya sabes que la IA ha superado con creces su edad útil.

Delgado asintió.

—Es imprevisible. Pero creo que, en el fondo, lo que le importa es el Rubble. ¿Qué va a hacer el consejo?

—Esto no te va a gustar.

—¿De verdad? —Delgado enarcó una ceja.

—Han llamado a los Kig-Yars. Quieren ver si puede llevarse a cabo alguna negociación.

Delgado miró a María de hito en hito.

—¿Que ellos qué?

—Compréndelo… Desde su punto de vista, los Kig-Yars no han hecho más que ayudar. Y no me sermonees sobre la destrucción de Madrigal. La cuestión es que muchísima gente confía en los Kig-Yars, aquí. Han trabajado con nosotros para construir el Rubble. Han comerciado con nosotros. Los consideran aliados.

—¿Realmente lo hicieron?

—Están esperando una respuesta.

Delgado se alejó, negando con la cabeza.

—Les hemos enseñado totalmente nuestras cartas.

María bajó los ojos al suelo.

—No sé. A lo mejor no. Sólo estamos pidiendo reuniones. No estoy segura de qué más podemos hacer salvo prepararnos para defendernos. Tenemos un consejo, es el modo en que funciona el Rubble. Ellos han hablado.

—Pero están equivocados —le espetó Delgado.

—¿Qué querías que hiciésemos? —preguntó ella—. Nos gobiernan representantes con nuestros votos.

—Esto es un desastre.

—Puede que no. —María le agarró el brazo—. Además, todo lo que hemos hecho es pedir reuniones. No hemos hecho preguntas. Sin lugar a dudas, con toda la actividad reciente alrededor del Rubble tendría sentido que estuviéramos nerviosos.

Delgado la miró.

—Realmente espero que así sea.

54

EL REDUCTO, METISETTE, 23 LIBRAE

Reth descansaba sobre una mullida colección de almohadones en algo que intentaba parecerse a un nido. Le habían vendado la piel, cubierto cortes y moretones con medicinas que apestaban, y estaba aturdido por la medicación contra el dolor. Las lesiones que le habían provocado los Sangheilis todavía le dolían, pero empezaba a notar como si lo peor hubiera pasado ahora que un sanador Kig-Yar se había ocupado de él.

El sonido suave de los ventiladores lo arrullaba hasta casi adormecerlo cuando la puerta de su habitación se abrió.

—No había que molestarme durante este ciclo de sueño —protestó Reth, con los ojos todavía cerrados.

—Se trata de los humanos. —Un Kig-Yar menor se postró junto a los pies de Reth—. No hacen más que contactar con nosotros pidiendo reuniones.

—¿Sobre qué? —Reth abrió los ojos.

La habitación estaba decorada con diversos objetos artísticos procedentes de todo el espacio Covenant apilados al azar en rincones y colgando de estantes de cualquier modo. Todas eran piezas robadas o intercambiadas procedentes de la variedad de especies con las que los Kig-Yars tenían tratos; una profusión de formas, colores, tamaños y funciones. Podrían haber parecido cachivaches reunidos al azar, pero cualquier Kig-Yar que estuviera en la habitación sabía que era el tesoro de Reth. En la

esquina había un bello casco de entrenamiento Sangheili, tallado en una madera noble y pintado de negro. El trofeo más preciado de la colección de Reth.

Los Sangheilis no se desprendían de sus objetos artesanales con facilidad. Reth había tenido que esforzarse mucho para hurtar aquél en concreto.

—No quieren decirlo —respondió el Kig-Yar postrado junto a sus pies.

Reth se incorporó, haciendo una mueca cuando la herida del hombro volvió a abrirse y a sangrar.

—Comunica a todos los Kig-Yars del Rubble que salgan de ahí. Que estén listos para actuar como nuestra oleada de primera línea. Es posible que los humanos estén barruntando algo de nuestro plan. No dejemos a nuestros hermanos donde puedan ser presa fácil de los alienígenas.

—Sí, señor. Pero… hemos trabajado con estos humanos durante tanto tiempo… Hemos construido cosas buenas con ellos. ¿Está seguro de que debemos destruirlos?

Reth suspiró.

—Los Jerarcas llegarán en cualquier momento. ¿Quieres dar la impresión de que estabas ayudando a herejes? Nuestra tarea es obtener la localización de la Tierra y destruirlos. Y es lo que vamos a hacer.

Reth sentía que el tiempo se acababa. Si los humanos empezaban a mostrarse inquietos, iba a tener que lanzar naves Kig-Yar contra el Rubble antes de que los Unggoys estuvieran siquiera en sus transbordadores para la invasión.

No importaba, pensó. Eso no haría más que ablandar al Rubble antes de que lo tomara.

Una vez que tuviera el asteroide Éxodo, se dijo, todas estas chucherías robadas de su habitación no significarían nada comparadas con aquel premio gordo.

55

EL «PETYA», JUSTO FRENTE AL HABITAT TIAGO, EL RUBBLE, 23 LIBRAE

Keyes se volvió hacia Jai, que estaba en la parte posterior de la cabina.

—Usted y su equipo deberían irse. El consejo parece pensar que las cosas no han cambiado: incluso podrían intentar impedirnos regresar a bordo del *Midsummer Night*. No veo el sentido de que tengan que permanecer con nosotros.

—Tampoco le veo el sentido a marcharnos —repuso Jai.

—Podría convertirlo en una orden —indicó Keyes.

—Usted me supera en rango. Podría muy bien ordenarme hacerlo.

Jai miró a Keyes. La segunda mitad no pronunciada de la frase era que Jai se negaría a cumplir la orden.

Keyes enarcó una ceja y tomó aire para replicar al Spartan, pero desde detrás de él Mike tomó la palabra.

—Diga lo que quiera sobre los Spartans, teniente, pero una cosa que no hacemos es dejar a camaradas soldados atrás para que mueran.

Jai alzó un dedo.

—Con nosotros a su lado recuperar su nave no será difícil. Con las cartas de navegación del *Petya* y los ordenadores sincronizados…

—No abandonaremos a civiles para que los masacren —lo interrumpió Keyes.

Ya tenía que vivir con haber dejado que Charybdis IX se las apañara por

su cuenta. No era capaz de resignarse a huir de otra pelea más.

—El Rubble no siente ningún cariño por el UNSC —replicó Jai—. La mayoría son Insurrectos.

Keyes se preguntó si el Spartan era en realidad tan insensible. Había sido adiestrado para no hacer otra cosa que matar Insurrectos, y parecía ser incapaz de deshacerse de aquel adiestramiento. O quizá Jai lo estaba poniendo a prueba de algún modo.

—Hay niños, Spartan, y ciudadanos. Los matarán salvajemente. Les ofreceré mis servicios, y estaremos preparados para luchar por el Rubble.

Jai cruzó los brazos.

—Oiga…

—¡Los Jackals están saliendo del Rubble! —gritó Dante Kirtley.

Keyes alzó de golpe la cabeza, sorprendido.

—¿Están saliendo?

—Tiene razón. Eche una mirada.

En la parte delantera, Mike tecleó en una de las muchas pantallas que tenía ante su asiento.

Naves Jackal abandonaban poco a poco el Rubble, según los contactos que mostraba el radar e informes procedentes de toda la estructura.

—Igual que ratas de un barco que se hunde —masculló Keyes.

Jai se adelantó para mirarlo más de cerca.

—¿Lo sabe el consejo? ¿Dónde está Juliana? Haga que la condenada IA venga aquí, tiene que haber advertido esto.

Keyes retrocedió. El Spartan sonaba preocupado.

—Vaya, vaya, que geniecito, Spartan —bromeó Juliana, que había aparecido junto a ellos.

—¡El tiempo se acaba! —exclamó Jai—. No hay tiempo de sentarse y debatir la situación. Necesitamos actuar con rapidez.

—¿Qué sucede? —preguntó Keyes, reparando en que la frustración del Spartan provenía principalmente del hecho de liderar un equipo pequeño y ahora ser parte de un comicé que intentaba dilucidar cómo defender toda una comunidad.

Jai estaba un tanto fuera de su elemento.

Keyes, por otra parte, había estado esperando que sucediera algo. El Rubble era, en esencia, una nave muy grande y lenta, y llevaba a cabo correcciones de curso continuamente.

—Soy portadora de noticias —dijo Juliana—. El consejo ha reconsiderado su enfoque en base a este comportamiento. He hecho que

vuelvan a votar. Están dispuestos a tomar en consideración nuestros planes. En segundo lugar: a bordo de aquella nave Kig-Yar robé algunas claves cifradas. He estado siguiendo la pista a sus conversaciones. Tenemos problemas aún mayores que un simple ataque Kig-Yar. Los Kig-Yars esperan la llegada de oficiales de alto rango de la cúpula misma de la jerarquía Covenant, y posiblemente de una flota Covenant dentro de poco.

—¿Cuándo? —inquirió Keyes.

—Ni siquiera ellos lo saben. Simplemente… pronto.

Keyes miró a Jai.

—¿Todavía cree que podemos oponer resistencia, ahora?

Jai negó lentamente con la cabeza.

—¿Toda un flota Covenant? Si no ocurre algún pequeño milagro, estas personas están condenadas.

Keyes sintió que tenía que darle la razón. Fue una sensación escalofriante.

—El consejo está de acuerdo —indicó Juliana—. Han decidido lanzar el hábitat Éxodo y evacuar el Rubble.

—¿El hábitat Éxodo? —preguntó Keyes—. Mencionaste el nombre antes. Tengo que preguntarlo: ¿qué es?

Jai se dio la vuelta para mirarlo.

—De acuerdo, tiene que ponerse un poco al día.

56

RUBBLE EXTERIOR, 23 LIBRAE

Thel recorrió el puente con paso majestuoso.

—¿Todas las naves Kig-Yar están abandonando el Rubble? Zhar exhaló a través de las mandíbulas en un audible suspiro de dicha.

—Sí. Ahora no tendremos que preocuparnos por si disparamos sobre ellos. Una razón menos que los Profetas tendrán para condenarnos cuando lleguen.

—Contacta con Reth —ordenó Thel, reprimiendo su irritación con la obsesión de Zhar por los deseos de los Profetas.

Ellos eran Sangheilis: guerreros nobles. Aquellos titubeos no eran buena señal.

—Tendremos que hablar tras su huida.

Zhar inclinó la cabeza y empezó a teclear en la consola. Thel hizo caso omiso del farfullar de Zhar con lejanos KigYars, ascendiendo a lo largo de la cadena de mando, hasta que el rostro alargado de Reth apareció en una de las pantallas.

Thel se volvió de cara a la imagen. El Kig-Yar lucía aún vendajes sobre las heridas que Saal le había infligido.

—Capitán —lo saludó Reth. Su voz chorreaba ira—. Has robado el *Infinite Spoils*, el orgullo de mi flota.

Thel agachó la cabeza.

—No estoy aquí para recriminaciones, Reth. Tú harás lo que se te ha

pedido. Yo sólo puedo hacer lo mismo, pues ambos somos soldados del Covenant. He ofrecido mantenerme alejado de tu objetivo principal, pero también voy a empezar a atacar a los humanos.

—Haz lo que desees. Mantenlos ocupados, Sangheili. Cuanto más tiempo estén sin mirar en dirección a esta luna, mucho mejor.

La imagen del Kig-Yar desapareció con un parpadeo. Thel paseó la mirada por los nerviosos Unggoys y el ahora malhumorado Zhar.

—Ese Kig-Yar hará todo lo posible por acabar con nosotros cuando hable con su Jerarca —dijo Zhar—. ¿Por qué hablar con él, capitán? No sirve para otra cosa que recordarle que estamos aquí.

Thel hizo caso omiso de Zhar.

—Prepara las armas de la nave.

Fue hasta una pantalla que mostraba la imagen de su primer blanco, un pequeño asteroide minero en el borde del Rubble.

Los impulsores de masa de larguísimos cañones podían arrojar lingotes de metal a través del Rubble donde fuera que los necesitasen. Las máquinas de mayor tamaño podían enviar tales proyectiles a través del sistema entero, de planeta en planeta.

Resultaban armas efectivas contra naves en caso de apuro, Thel lo sabía. Había tropezado con unos cuantos impulsores de masa readaptados al servicio de humanos astutos con anterioridad.

—Destruidlo —ordenó, y contempló como varias esferas de energía salían como bólidos a través del espacio vacío entre ellos para estrellarse contra el asteroide, haciéndolo añicos en medio de una llameante destrucción.

Por lo general, el corazón le daba un brinco cuando disparaba contra sus enemigos. En este caso, Thel sintió como si se limitase a llevar a cabo los gestos apropiados.

No tenía ni idea de qué pensarían los Profetas de todo aquello. Pero tenía que cumplir con su deber.

Y los Sangheilis sabían mucho sobre deber y nobleza.

Lo llevaban en la sangre.

57

EL «PETYA», HABITAT TIAGO, EL RUBBLE, 23 LIBRAE

El primer ataque sobre el Rubble provino del *Infinite Spoils*.

Keyes hizo que Mike pasara la información a una de las pantallas más grandes del *Petya*.

—Van tras los impulsores de masa —informó Juliana.

—Se han dado cuenta de que son armas condenadamente buenas —dijo Keyes.

Otro golpe. Había esperado que los Jackals no hubieran advertido el potencial defensivo de los equipos de minería. Habría sido una sorpresa muy útil.

Delgado se unió a ellos, sin aliento después de haber atravesado el muelle a la carrera para llegar al *Petya*.

—¿Están iniciando el ataque?

—El consejo está haciendo un llamamiento al Rubble para que evacúen al hábitat Exodo —le comunicó Juliana—. Hay naves entrando en acción para defender los impulsores de masa y los hábitats más poblados mientras sigue adelante la evacuación. Se está trasladando el Exodo en dirección a una de las extremidades del Rubble, de modo que los civiles puedan llegar a él por coche tubo. Estoy poniendo en marcha un itinerario de emergencia. Todos los vehículos van en una única dirección.

—¿Cuánto tiempo hará falta para evacuar a todo el mundo? —preguntó Keyes.

—Trasladar a un millón de habitantes una vez que Éxodo esté atracado necesitará doce horas. Conmigo dirigiéndolo. Pero luego existe otra cuestión —continuó Juliana, y volvió la cabeza para mirar a los Spartans—. El Éxodo difícilmente irá a ninguna parte sin los datos correctos.

—El Protocolo Colé es incuestionable —dijo Keyes—. No podemos arriesgarnos a entregar esos datos.

—¿Ni siquiera para salvar un millón de vidas? —preguntó Delgado.

—Eso pondría en peligro a miles de millones más —contestó Keyes—. Ni siquiera mire a los Spartans, dese la vuelta y míreme a mí. Yo cargaré con el peso de la decisión. No podemos hacer que el riesgo recaiga en planetas enteros.

Juliana poco más o menos que siseó su frase siguiente:

—No me he mantenido firme al borde del descontrol durante años intentado salvar todo esto sólo para contemplar como el UNSC le da la espalda.

Keyes cerró los ojos. Sentía como si el peso de todo el millón de vidas le aplastara el cráneo. Quería hallar un modo de ayudar. De todos modos. Pero…

—Juliana, hay cientos de miles de Grunts adiestrados preparándose para subir a naves Jackals, y una supuesta flota Covenant preparándose para atacar este sistema. Calcula tú las probabilidades: ¿qué harías si fueses yo?

Juliana hizo una momentánea pausa, examinando simulaciones y posibilidades, sin duda.

—Denos algo, teniente. Según los registros de su nave es famoso por pensar de un modo creativo. Ahora sería un buen momento para hacerlo con originalidad.

»Necesitamos su ayuda —susurró la IA—. Una última resistencia heroica no es lo que hace falta. Necesitan que los salven.

Keyes se sentó pesadamente en una silla. Contempló las imágenes de Grunts Unggovs formando filas en medio de las enormes construcciones de la cascada de metano líquido.

Empezó a pasar imágenes de la gran cantidad de naves Jackals. Cientos de ellas posadas sobre el suelo de Metisette, a excepción del puñado que acababa de retirarse del Rubble y estaban ocupadas eliminando impulsores de masa así como otros sistemas con aspecto de armas.

Repiqueteó con el bolígrafo sobre la pantalla, echando en falta la pipa de herencia familiar que acostumbraba a sostener. Seguía allá en el *Midsummer Night*, con todos sus otros efectos personales.

—Juliana, los hábitats y asteroides, las partes del Rubble… ¿tú lo mantienes todo alineado, no es así?

Alzó los ojos y vio que la IA asentía.

Volvió a bajar la mirada hacia las fuerzas del Covenant. Estaban todas en el suelo.

Vulnerables, si uno disponía de las armas adecuadas.

O algo muy parecido.

Keyes se levantó, y los ojos de todos los que estaban en el puente lo siguieron.

—El Éxodo no es el único hábitat con motores; todo el Rubble puede moverse. Juliana está constantemente manteniendo toda la estructura del Rubble alineada. Lo que significa que todos los asteroides tienen motores. Lo que también significa que, con tiempo suficiente, el Rubble puede usarse como un arma a medida que se va vaciando y abandonando.

Juliana no lo había visto, comprendió Keyes, porque era casi una forma de suicidio. La IA vivía para el Rubble. Era una parte de ella.

Pero lo habían perdido. El Éxodo era el modo en que aquella gente sobreviviría. ¿Así que por qué seguir protegiendo el Rubble?

Keyes señaló las fuerzas que formaban en la superficie de Metisette.

—El Covenant ha destruido mundos humanos estando en órbita sobre ellos. ¿Por qué no devolver el golpe por una vez?

Dirigió la mirada hacia los Spartans, y le sorprendió ver un trío de sonrisas burlonas.

El Equipo Gris iba a participar.

58

EL «PETYA», HABITAT TIAGO, EL RUBBLE, 23 LIBRAE

Jai advirtió que crecía la excitación en el ambiente. Habían pasado de mirar a la derrota directamente a la cara, de prever la pérdida de un millón de vidas, a comprender que Keyes había dado con la semilla de una estrategia que podía funcionar.

Juliana resplandecía, con figuras abstractas fluyendo más y más de prisa sobre el espacio holográfico de su cuerpo. Era como si respirara cada vez más rápido, como si padeciera un ataque de pánico, y entonces empezó a aminorar.

—Creo… creo que veo lo que estás pensando, Keyes.

Jai se dio cuenta de que el teniente la había estado observando con atención.

—Juliana, ¿puedes ayudarnos a hacerlo?

—No… no será fácil —respondió ella.

Jai y Keyes intercambiaron miradas. Esta era su mejor oportunidad. Si la IA se interponía en su camino, todo podía irse a pique.

Jai se aproximó.

—Juliana, todos ellos te necesitan ahora más que nunca. La IA concentró su atención en él, como si lo viera por primera vez.

—Ah, Spartan, ¿estás preocupado por mí?

Jai pestañeó, no muy seguro de qué decir, y Juliana rio.

—Estás preocupado por mí, ¿no es cierto? Es halagador, Spartan. Muy

halagador. Pero lo que quería decir era que iba a ser difícil esquivar las defensas y sensores de los Jackals.

En una de las pantallas aparecieron destacadas tres estructuras enormes, que luego fueron extraídas de la imagen y ampliadas.

—El objeto número uno es la unidad central de procesamiento de sus redes de sensores. Un edificio grande. Eliminadlo y les quitáis la posibilidad de ver acercarse nada.

»Estos otros dos son armas Covenant antinavíos, montadas para mantener a salvo su Reducto. Dispararán a todas las naves que no sean del Covenant. Tendréis que esquivarlas para aterrizar. No tan sólo eso, puede que sean lo bastante potentes para destruir cualquier pedazo del Rubble que les arroje.

Jai las estudió.

—¿Tendremos que saltar justo en la zona central del ataque para inutilizarlas?

—Hacedlo —dijo Juliana—, y descargaré el Apocalipsis sobre ellos, te lo prometo.

Keyes se inclinó hacia adelante y la miró a su vez.

—Para esto necesitarás ODST. ¿Podemos conseguir que el consejo nos permita regresar a bordo de mi nave?

—Estoy segura de que cooperarán, a estas alturas —repuso Juliana.

—Será necesario trasladarte —dijo Keyes—. Puedo ofrecerte un sitio a bordo del *Midsummer Night*, poseemos la potencia de procesamiento que necesitas. Es decir, si Éxodo no tiene toda la potencia aún. Sé que no está finalizado.

—No voy a ir a ninguna parte. Permaneceré en el Rubble —respondió la IA—. Alcanzar Metisette y el Reducto desde aquí requerirá cálculos intrincados. Necesito conducir los pedazos donde pueda llevar a cabo ajustes en el acto para potenciar su efecto.

Nadie dijo nada durante un momento.

Keyes miró al holograma.

—¿Estás segura de esto, Juliana?

—Viví para el Rubble. ¿Qué soy sin él? ¿Y quién más puede hacer esto? Todos sabéis que me aproximo al descontrol. Yo, desde luego, sé que es así. —Juliana rio por lo bajo—. ¿Cuántos consiguen elegir cómo morirán? ¿Y cuán pocos de un modo tan poético? Además, no podéis quedaros con todo el mérito.

Las palabras flotaron en el aire mientras todo el mundo dejaba que

hicieran su efecto. Todos estaban llevando a cabo acciones similares, y podían muy bien compartir el destino de la IA.

Jai tocó el brazo del teniente.

—El Éxodo. ¿Qué hacemos?

—Haga que el *Petya* permanezca a cierta distancia del Éxodo con los datos de navegación. Si fracasamos, que el *Petya* huya a toda velocidad. En cuanto tengamos éxito, no obstante, creo que deberíamos arriesgarnos, ¿no le parece? Les damos los datos de navegación cuando se transmita el «todo despejado». El *Petya* y el *Midsummer Night* pueden emparejarse y cubrir al Éxodo mientras emprende el vuelo hacia… donde sea que vaya a ir. Nosotros seguimos nuestro camino, y ellos se dirigen a las profundidades de la galaxia, lejos del Covenant, utilizando saltos aleatorios.

—Aun así nos enfrentaremos a un consejo de guerra —dijo Jai, curioso por ver cuál sería la reacción de Keyes.

—Aun así habremos salvado un millón de vidas —respondió Keyes—. Creo que vale la pena. Nos mantendremos junto al Éxodo el tiempo suficiente para asegurarnos de que todo está despejado.

Jai se puso en pie, muy erguido, tras la breve conferencia celebrada.

—Bien, pues, pongámonos en marcha.

Adriana se adelantó.

—Quiero tomar parte en el descenso a Metisette.

—Adriana…

—Tú cogiste la nave Jackal por tu cuenta. ¿Me pides que tampoco tome parte en esto?

Mike se levantó y Jai negó con la cabeza.

—El *Petya* necesita a su piloto. No podemos permitirnos perder la nave.

Los tres no habían trabajado como un equipo de combate desde que estallara todo aquel lío en el Rubble, pero de todos modos, sus misiones siempre parecían ser una cosa de último minuto.

Y a Jai no le hacía la menor gracia la idea de intentar detener siquiera a Adriana en esta ocasión, ahora que ésta sabía que les esperaba un buen combate en Metisette.

Conociéndola como la conocía desde hacía tanto tiempo, Jai sabía que la Spartan estaba realmente ansiosa por pelear.

59

EL «MIDSUMMER NIGHT», ABANDONANDO EL CUIDAD, EL RUBBLE, 23 LIBRAE

Delgado había ofrecido sus servicios como piloto, y Keyes había aceptado. Ahora Delgado se movía junto con los demás a bordo del *Midsummer Night*, sorprendido por los corredores angostos, mamparos bajos, y la falta de confusión en el aluvión de personas que regresaban a la nave. Todo el mundo tenía una misión: hacer que el *Midsummer Night* se dirigiera a Metisette a la mayor velocidad posible.

Cuando llegó al muelle del *Midsummer Night*, a Delgado le mostraron un Pelican.

—Perdimos a un piloto condenadamente bueno en Charybdis IX —dijo un camarada piloto de cabellos rubios que pintaban canas y mandíbula prominente. Su uniforme llevaba cosido un rectángulo de tela que indicaba que su nombre era Finlay.

—Lamento oírlo —repuso Delgado, paseando alrededor de la máquina de larga cola.

—Malditos Insurrectos —escupió Finlay—. Le derribaron limpiamente de un disparo.

Delgado miró desafiante al piloto rubio.

—¿Hay algún problema?

—Sí. —Finlay le lanzó un puñetazo a la barriga que hizo que Delgado se doblara hacia adelante entre toses—. Nó me gustan los Insurrectos.

Vosotros, hijos de puta, ya nos habéis costado suficiente… ¿y ahora tenemos que cubriros el culo en alguna especie de misión?

Delgado retrocedió trastabillando y Finlay dio un paso al frente. Delgado plantó los pies en el suelo y golpeó con la cabeza al hombre en la cara. Finlay se tambaleó hacia atrás, con la mano sobre la nariz ensangrentada.

—Condenado…

No pudo seguir hablando. Pilotos y un oficial lo rodearon, apartándolo de Delgado.

—No soy un maldito Insurrecto —dijo éste al pasar junto a él.

Uno de los otros pilotos se puso a su lado.

—Está un poco afectado por todo esto. Él y Jeffries eran buenos amigos.

—¿Jeffries era el piloto que murió?

—Sí. Un tipo agradable. Un piloto fantástico.

Delgado dejó de andar.

—Lamento oír eso. Pero yo no lo maté.

El otro piloto asintió.

—Lo sé. Vamos. Le echarán un remiendo a Finlay y lo tranquilizarán. A pesar de toda su irritación, puedes confiar en él en el aire, ¿entendido? Sin embargo, deberíamos dejarle un poco de espacio.

Delgado asintió y siguió al piloto fuera de allí.

El plan era hacer que el *Midsummer Night* entrara a toda velocidad en la atmósfera superior de Metisette y luego desacelerara mediante aerofrenado. Una vez que la fricción de la atmósfera hubiera aminorado su velocidad, se soltaría a los ODST y a los Spartans.

A continuación, el *Midsummer Night* saldría disparado hacia las alturas, volvería a salir, y efectuaría un rizo para colocarse en órbita de modo que sus Pélicans pudieran recoger a las fuerzas dejadas en tierra.

Pero había muchas probabilidades, Delgado lo sabía, de que incluso si tenían éxito, si los Spartans y los ODST tardaban demasiado, estuvieran todavía en la superficie cuando las partes evacuadas del Rubble cayeran sobre el asteroide.

Entonces, Delgado no haría ninguna falta.

La cubierta del *Midsummer Night* vibró. La nave había abandonado su atraque en El Cuidad y aceleraba en dirección a Metisette.

«Ahí vamos», pensó Delgado.

62

EL «MIDSUMMER NIGHT», EN ZONA HACIA METISETTE, 23 LIBRAE

Keyes estaba de vuelta en el puente del *Midsummer Night*, pero esta vez ocupaba el sillón del comandante. No había pensado en Zheng durante algún tiempo. Habían estado sucediendo demasiadas cosas.

Pero mientras se dirigían con un retumbo de motores en dirección a Metisette, se preguntó qué pensamientos habrían pasado por la mente de Zheng de estar él en aquel mismo aprieto.

A Zheng lo habían temido como a un líder suicida, dispuesto a lanzar su nave contra el Covenant. Una valoración injusta, Keyes lo sabía. E irónica. Porque aquí estaba Keyes ahora, lanzando a su propia nave y tripulación a una misión que muy bien podría tener el mismo resultado.

Había ascendido a Dante Kirtley a operaciones. Rai Li seguía en armamento. Un oficial subalterno, el teniente de segundo grado Jason Burt, se encargaba de las comunicaciones.

Y había hecho que redirigieran navegación a la silla del comandante, porque lo que estaban a punto de hacer era mucho más que delicado.

—¿Cómo te va Juliana? —preguntó Keyes.

—Lanzando masa y quemando combustible, teniente.

Por todo el Rubble se habían ido seccionado los tubos de acoplamiento a medida que los últimos ocupantes se abrían paso a través de ellos.

Agentes con megáfonos gritaban y dirigían el tráfico en dirección al

hábitat Éxodo, pero lo mismo hacía todo artilugio informático del Rubble. Juliana se había hecho cargo y éstos anunciaban a gritos la necesidad de evacuar. La IA había mostrado a Keyes algo del organizado caos.

—Acabo de eliminar los cinco relés de comunicaciones Kig-Yars —informó Juliana.

La IA había utilizado los últimos impulsores de masa para disparar proyectiles hiperquinéticos de metal contra cada uno de ellos. En aquellos momentos, las comunicaciones Kig-Yars habían quedado reducidas a lo que alcanzaba el campo visual.

»Y aquí vienen esos molestos navios Kig-Yars que han estado dando vueltas por ahí.

Keyes sonrió. Era una pequeña trampa para los Jackals. Sabiendo que se acercarían, naves del Rubble provistas de misiles acechaban alrededor de los impulsores de masa para tenderles una emboscada.

Juliana pasó a Keyes imágenes que mostraban destellos de fuego y proyectiles trazadores iluminando el vacío, y la respuesta en forma de fuego de plasma a medida que las naves KigYars y las del Rubble combatían por los impulsores de masa.

—¿Dónde está el *Infinite Spoils*? —preguntó Keyes.

Era la nave que lo ponía nervioso. Aquella nave Jackal podía medirse de igual a igual con su fragata a juzgar por lo que había visto mientras estaba a bordo de ella.

—Se mantiene atrás. ¿Dijiste que había Sangheilis a bordo? —preguntó Juliana.

—Vimos Élites, sí —respondió Keyes—. Cuando nos retirábamos.

Una pantalla surgió de golpe del brazo del sillón mostrando un diagrama del lugar donde acechaba aquella nave. Avanzaba hacia varios de los grandes hábitats, ahora afortunadamente abandonados.

La pantalla saltó a un vídeo que mostraba plasma desgarrando los enormes asteroides y haciendo hervir la roca mientras nubes de vapor salían disparadas junto con metal convertido en escoria.

Con suerte, la destrucción de aquellas partes del Rubble mantendría a distancia a aquel monstruo hasta que Keyes acabara con su tarea.

Luego esperaba con ansia el momento de enfrentarse a él.

Apagó las panorámicas e hizo aparecer Metisette.

—Buena suerte, Juliana —dijo.

Los hábitats desacoplados que Juliana gobernaba avanzaban lentamente, muy por detrás del *Midsummer Night* en una trayectoria separada.

El Rubble se movía lentamente detrás de Hesiod en la misma órbita alrededor del sol que el gigante gaseoso. Y Metisette describía una órbita alrededor de Hesiod. Lo que significaba que Metisette pronto desaparecería detrás de Hesiod desde el punto de vista del Rubble. Keyes corría en dirección a Metisette al mismo tiempo que esto sucedía, y su señal a Juliana, una línea visual directa, se perdía a medida que la atmósfera tormentosa de Hesiod comenzaba a interponerse entre ellos.

La trayectoria de Juliana era diferente. Los pedazos del Rubble bajo su control eran mucho más lentos, y ella los movía hacia adelante desde su punto de arrastre detrás de Hesiod a una posición en la que Metisette debería estar cuando saliera de detrás de Hesiod durante su trayecto orbital.

Para ser rigurosos, el Rubble no caería sobre Metisette. En su lugar, la órbita de Metisette haría girar a la luna alrededor de Hesiod a una velocidad vertiginosa y la estrellaría directamente contra los pedazos que Juliana había colocado allí.

El efecto, de todos modos, era el mismo.

El Reducto quedaría destruido.

Si todos ellos hacían su trabajo.

Keyes hacía avanzar a la fragata a tal velocidad que ésta daba sacudidas. El reactor podría estar a punto de sobrecalentarse, sin embargo, nadie musitaba ni una palabra sobre el hecho de estar llevando la nave al límite. Todos sabían que necesitaban cada segundo adicional.

—¿ODST preparados? —preguntó Keyes.

—Están listos —informó el teniente Kirtley.

—Aerofrenado en cuatro minutos. Que todo el mundo se sujete bien.

El *Midsummer Night* estaba ahora en la sombra de la luna, lanzado hacia ella igual que una flecha en dirección a una diana. Keyes podía ver los remolinos y contornos de las nubes de la luna.

Esta creció a lo largo de los minutos siguientes hasta ocupar la cabina de mando con su extraña luz de tonos anaranjados y rojos. Keyes dirigía su nave muy al interior de la espesa atmósfera, contando con la inmensa fricción para que redujera la velocidad del *Midsummer Night*.

Lo había calculado al milisegundo, lo había consultado con Juliana, y en aquellos momentos todo lo que podía hacer era dejar que los ordenadores de la nave continuaran con el rumbo… y mantener la esperanza.

Habían captado contactos Jackals, pero la aproximación era demasiado veloz para que éstos entablaran combate. Habían atravesado el cordón antes de que los Kig-Yars advirtieran siquiera que estaban allí.

—¡Aerofrenado! —gritó Keyes.

Chocaron con la atmósfera de Metisette y la nave empezó a corcovear y cabecear. Un oficial subalterno que estaba de pie a poca distancia fue lanzado a través del puente.

—Di órdenes de sujetarse a los asientos, maldita sea —rugió Keyes mientras el joven se agarraba a la silla de alguien, con el brazo doblado en un ángulo imposible y el rostro ensangrentado—. Está poniendo en peligro a la tripulación del puente.

El hombre se alejó gateando y encontró un lugar seguro al que sujetarse, gimiendo lastimeramente debido a las heridas.

Una bola de fuego creció alrededor de la fragata, que se iba calentando a medida que seguían avanzando atronadoramente a través de la atmósfera alta de Metisette. Las planchas de la cubierta crujieron y gimieron a medida que se reajustaban. Keyes echó una mirada a las lecturas. Perdían velocidad de un modo espectacular.

También perdía integridad el casco. La fricción consumía las placas de protección a gran velocidad.

Keyes dio un golpecito a la pantalla. Un segundo conjunto de rutinas precargadas entró en acción. Los propulsores se encendieron, frenando aún más la nave.

Lanzó una ojeada al mapa topográfico de Metisette que Juliana había descargado en los ordenadores de la nave.

—¡Un minuto! —gritó Keyes.

Se acercaban al Reducto.

Se moverían de prisa cuando lanzaran a los ODST al exterior. Sólo podía esperar que las cápsulas y los soldados pudieran lidiar con lo que venía a continuación. No sabía de nadie que hubiera intentado lanzar a ODST en una maniobra como aquélla.

Transcurrieron los segundos mientras esperaba. Sonó una alarma de brecha en el casco, y Keyes dirigió la mirada hacia Kirtley.

—Abrasiones en el casco, no hay daño estructural grave. Era de esperar —informó el teniente.

El aerofrenado les había hecho perder gran cantidad de protección, pero la nave aguantaría.

—Los ODST saldrán en diez —dijo Keyes, y tecleó en la consola para dar la autorización.

Los ordenadores del *Midsummer Night* se ocuparon del resto, escupiendo a los ODST fuera del muelle igual que bombas lanzadas sobre

una ciudad enemiga.

Keyes los contempló caer como si fueran peligrosas esporas negras en otra pantalla. Alzó los ojos cuando se dispararon las sirenas de emergencia.

—¡Fuego antiaéreo Covenant! —gritó Rai Li.

Proyectiles de plasma ascendieron al encuentro de la nave.

Keyes apagó los propulsores y encendió de golpe los motores principales. «Al frente a toda máquina», pensó, haciendo una mueca, mientras el plasma rozaba los costados de la nave.

El *Midsummer Night* dio un bandazo y se abrió paso al frente, pugnando por escapar de la gravedad de la luna y volver a colocarse en órbita.

—Vamos, preciosa —se encontró murmurando Keyes en voz queda a la nave—. Tú puedes hacerlo.

61

EL REDUCTO, METISETTE, 23 LIBRAE

Jai sintió como el SOEIV se aplastaba contra él cuando disparó los cohetes para aminorar la velocidad justo antes de estrellarse contra el suelo. La parte frontal se desprendió, y Jai salió a la superficie de Metisette con el rifle de combate alzado.

Cuatro SOEIV ya habían llegado al suelo cerca de él. Dos ODST salieron a trompicones; uno cayó de rodillas.

—Mierda, ni siquiera puedo ver correctamente —masculló en el canal de radio.

—Basta de charla —dijo Jai.

El lanzamiento desde la nave había sido brutal y el trayecto accidentado, con fuego antiaéreo Covenant que los iba eliminando. Incluso a Jai le había crispado un poco los nervios todo ello.

Pero ya estaban en territorio enemigo. Tenían que estar atentos y actuar con rapidez. Llevaban cuatro horas de oxígeno sujetas a la espalda con recambios de respiradores y tanques, y tenían que finalizar aquella misión tan rápido como fuera posible.

El aire era espeso, y una fantasmal niebla roja lo cubría todo alrededor del grupo. Jai siguió mirando a su alrededor. Habían aterrizado a menos de dos kilómetros de su objetivo: el edificio en forma de obelisco junto a las riberas del río de metano que albergaba el equipo de sensores capaz de detectar al Rubble.

En el mapa de Juliana no parecía tan imponente, pensó Jai.

—Nos lanzamos con tres Shivas —comunicó por radio Jai—. Decidme que al menos uno de ellos consiguió llegar abajo. Echó una breve ojeada a sus insignias de identificación para averiguar sus nombres.

Mutuku tiraba con fuerza de la parte frontal de un SOEIV. El morro se desprendió y un ODST totalmente equipado cayó fuera.

—Jones no lo logró.

El otro Helljumper, Adams, abrió de un tirón la otra cápsula.

—Su bomba, señor.

Jai corrió hasta allí. «Estupendo». Miró en derredor. Las demás cápsulas SOEIV debían de haber aterrizado por todo el condenado lugar. Ellos eran los únicos de quince que se suponía que tenían que caer aquí.

Tendrían que ser suficientes.

Arrastró el Shiva fuera de la cápsula. Una estructura plegable con ruedas se soltó cuando tiró de ella.

—Formad. —Jai resoplaba por el esfuerzo de empujar la estructura bajo el enorme misil.

Una vez debajo de éste, presionó un botón, y las ruedas se desplegaron.

Con los dos marines cubriéndole los flancos, Jai empezó a tirar de la cabeza nuclear en dirección al edificio.

Mutuku abrió fuego. Jai miró a su derecha y vio a dos Unggoys que caían al suelo, muertos.

Al frente aparecieron más. Jai los abatió a tiros, reparando en que sólo llevaban armas ligeras.

—Los hemos cogido desprevenidos —comentó Mutuku—. Sólo llevan pistolas.

—Mejor para nosotros, entonces —dijo Jai—. Seguid avanzando.

Llegaron más Grunts Unggoys; un veloz ataque frontal en dos oleadas de diez. Jai acabó con ellos mientras Mutuku y Adams contenían sendos ataques laterales.

Echaron una carrera hasta la puerta del edificio, que Jai derribó de una patada. Arrojó una granada al interior y se agachó cuando una nube de cascotes salió volando por encima de él.

Había tres Kig-Yars protegidos tras escudos de energía en el rincón opuesto de la habitación. Jai dejó el Shiva atrás y se puso a cubierto tras la esquina más próxima.

Mutuku y Adams atrajeron la atención de los Jackals con una ráfaga de fuego de rifle; Jai arrojó una granada detrás de ellos. Cuando se volvieron

para protegerse de la explosión, Jai acabó con ellos.

—Tenemos que limpiar el edificio —dijo Jai.

—Nosotros defenderemos la puerta —repuso Adams.

Jai echó a correr por el corredor por el que habían venido los Jackals. Dobló una esquina y se encontró cara a cara con otro. Alzó la culata del rifle sin pensarlo dos veces y le asestó un golpe en la barbilla. El extraterrestre cayó hacia atrás lanzando un surtidor de sangre morada.

Jai apenas aminoró la velocidad de su carrera.

Ascendió por un conjunto de rampas sin que nada se cruzara en su camino, pero cuando empezó a ir de habitación en habitación, encontró gran cantidad de Grunts.

Iban armados con pistolas de plasma. Jai apenas se molestó en llevar la cuenta; se limitó a pasar de habitación en habitación, como una máquina gris de matar.

En quince minutos había recorrido todo el edificio. El resto de pisos superiores parecían contener sólo material. Sí había Grunts escondidos allí, estaban acurrucados de miedo y no iban a representar un problema.

Regresó a la carrera al vestíbulo donde esperaban los dos Helljumpers.

—¿Cómo están las cosas?

Adams ajustó la mira de su rifle.

—Un puñado de Grunts intentó llegar hasta la puerta. Los abatimos. Pero creo que hay muchos más ahí fuera armándose para venir a nuestro encuentro.

El edificio estaba a un kilómetro corriente arriba de cientos de miles de Grunts que aguardaban para subir a bordo de cientos de naves Jackals. Jai torció el gesto ante la idea de un número tan abrumador de Grunts atacando. Ni siquiera necesitarían armas, podían limitarse a arrojarse directamente sobre ellos con las manos vacías.

—Habrá más —dijo.

Convencido de que tenían la situación bajo control, arrastró el Shiva por el pasillo. Había localizado una puerta gruesa que daba a lo que parecía una sala de mantenimiento.

Abrió la puerta de una patada y sonrió. Toda una habitación de cachivaches Covenant: consolas, sillas, pantallas…

Llevó el Shiva al centro de la habitación y extrajo la carretilla, haciéndola pedazos para dejarla inservible de modo que no pudiera moverse el misil con facilidad.

—Jai, están presionando fuerte —transmitió Mutuku por encima del

sonido de disparos de plasma cayendo a poca distancia. Los rifles de combate repiquetearon—. Quizá un centenar de Grunts esta vez.

—En seguida voy hacia ahí —prometió Jai.

Amontonó cachivaches Covenant sobre el Shiva tras comprobar el lector de la parte frontal. El temporizador indicaba que tenían dos horas antes de que los Pelicans regresaran a rescatarlos.

Una vez que tuvo el misil cubierto lo dejó allí, cerrando la pesada puerta tras él.

—¿Está bien guardado, nuestro regalo? —preguntó Adams desde un lado de la entrada.

Jai alzó su rifle y escrutó las tinieblas del exterior. Gran cantidad de Unggoys muertos yacían en medio de la neblina.

—A salvo, por ahora.

—Pues ahora nos quedamos aquí quietos hasta que eliminen los cañones antiaéreos.

Una explosión a lo lejos les hizo dar un salto.

—Bueno, ahí va uno —dijo Jai, comprobando su munición con aire satisfecho.

62

EL REDUCTO, METISETTE, 23 LIBRAE

Adriana abrió los ojos en el interior del HEV. ¿Cuánto tiempo había estado sin sentido? El HEV (Vehículo Humano de Entrada) se había estrellado contra un edificio antes de que los retrocohetes hubieran dejado de funcionar, deteniéndolo casi por completo. El vehículo había rebotado pared abajo y chocado de morro contra el suelo, sufriendo grandes abolladuras. Ella había perdido el conocimiento debido al golpe.

En la oscuridad le era imposible saber si veía bien, pero tenía un dolor de cabeza insoportable y lo que parecía un latigazo cervical.

Dio una palmada al interruptor de expulsión de la tapa y los pasadores explosivos de la cubierta emitieron un sonido sordo. Apenas se movió un centímetro, pero haces de luz naranja penetraron entonces a través de las rendijas entre la tapa y la cápsula.

El HEV estaba boca abajo en el suelo.

Adriana lanzó una imprecación.

Colocó las rodillas hacia arriba, empujándose con fuerza contra las sujeciones y el acolchado para comprimirlo y poder deslizar los pies bajo el cuerpo.

Las rodillas de la armadura rechinaron y arañaron la tapa, pero por fin consiguió plantar los pies.

A continuación empujó todo el HEV hacia arriba, alzándolo sobre los hombros. Lo echó hacia un lado, donde cayó con las sujeciones de cara

arriba. Habría sido muchísimo más fácil de haber aterrizado de ese modo, pensó.

Miró a su alrededor.

—¡Oh…!

Decenas de miles de Grunts se volvieron hacia a ella. Con oleadas de actividad pasando por sus filas empezaron a agitarse como el viento corriendo entre la hierba alta. Puesto que nada había surgido de la cápsula en un principio, no le habían prestado atención y habían permanecido en fila para subir a bordo del transporte de tropas gigante que los esperaba en aquella plaza.

Adriana tenía que haber aterrizado fuera del Reducto, cerca de uno de los emplazamientos de antiaéreos. No aquí.

—… mierda.

Volvió a introducirse a toda prisa en el HEV al mismo tiempo que los disparos de las pistolas de plasma impactaban en los laterales.

El HEV contenía una reserva de combustible para los propulsores para permitir a los soldados saltar con facilidad a una ubicación nueva. Pero eso requería que estuviesen de pie, en la posición en que estaban diseñados para aterrizar.

Adriana disparó el arranque de emergencia con el HEV tumbado, y éste salió disparado por la plaza de casi dos kilómetros de largo. El vehículo avanzó penosamente entre Grunts que salieron volando por los aires en medio de surtidores de sangre azul intenso, sin dejar de dar bandazos y estremecerse mientras se abría paso a través de la apretujada masa.

Los motores petardearon, luego se pararon, y el HEV frenó en seco sobre la helada roca.

Adriana saltó fuera y se acurrucó detrás de él con el rifle de combate en una mano y sacando a toda velocidad un lanzacohetes con la otra. Había conseguido apartarse de la masa principal de Grunts. Aquellos que todavía rondaban por allí eran incapaces de decidir si ir a por ella o seguir subiendo a bordo de su navio. Una brecha colosal de color morado en el centro de la formación Unggoy indicaba el camino por el que había salido disparado el HEV.

Un centenar de Grunts abandonaron finalmente la formación para correr hacia ella. Adriana disparó en ráfagas cortas y controladas, contemplando como una oleada tras otra de criaturas caía al frente y moría.

Eran demasiados.

La munición se le acababa rápidamente, y en aquellos momentos cientos

de Grunts indignados habían desenfundado sus pistolas e iniciado un segundo asalto a su posición.

«No tengo munición suficiente», pensó, comprobando su visualizador frontal. Y no quería utilizar los cohetes. Eran su último recurso.

A la mierda, ésa era una situación de último recurso; era ella contra una luna repleta de Grunts. Asomó con el lanzacohetes al hombro y lanzó todo lo que tenía antes de volver a agacharse para ponerse a cubierto.

Mientras la plaza hervía con el fuego de los cohetes, buscó señales luminosas en su visualizador frontal. Algunas de las señales pertenecían a HEV que contenían suministros de armas, lanzados al mismo tiempo que los HEV normales. Necesitaba uno justo en aquellos momentos.

Descubrió uno a un kilómetro de distancia.

Adriana arrojó a un lado el lanzacohetes vacío y salió disparada de la enorme zona al descubierto llena de Grunts antes de que éstos pudieran volver a agruparse.

Sonrió de oreja a oreja mientras se aproximaba a un HEV de mayor tamaño que había chocado contra el costado de una de las muchas estructuras altas que circundaban la plaza. Los Jackals se habían limitado a varar naves en tierra y convertirlas en edificios, conectándolas entre sí. Era algo casi tan destartalado y estrafalario como el Rubble, pensó, mientras arrancaba la tapa del HEV.

Un quad casi le cayó encima.

—¿Un Mongoose? —musitó.

No le servía de nada. El todoterreno de cuatro ruedas significaba que eras un blanco en bicicleta.

Varios Grunts dieron la vuelta a uno de los arcos del edificio. Adriana levantó el Mongoose por el manillar, usándolo como un escudo, y se empotró contra el pequeño grupo, aplastando a los Grunts contra el suelo con él.

El Mongoose funcionaba bien como arma, un martillo gigante de cuatro ruedas que utilizó para aplastar a otros tres Grunts en medio de estallidos de sangre morada, hasta que las ruedas hubieron saltado y el chasis se combó y, finalmente, se partió.

Adriana arrojó lejos la destrozada máquina. Sus músculos pagarían por ello más tarde, pero por el momento había demasiada adrenalina en su sangre para que lo advirtiera.

A lo lejos, una larga fila de Grunts avanzaba entre la neblina y los edificios hacia ella.

Comprobó su munición y se preparó para la embestida, justo cuando una explosión a lo lejos atrajo su atención.

Necesitaban destruir todos los emplazamientos antiaéreos. Lo necesitaban más de lo que necesitaban unos cuantos Grunts extra muertos. No importaba cuántos matase, ellos seguían lanzándosele encima. Necesitaba pensar más estratégicamente.

Salió corriendo en dirección al distante río de metano, visible merced a los bancos de niebla que creaba la cascada al alcanzar los terrenos cálidos del Reducto.

Fuego de plasma alcanzó las rocas cerca de ella, levantando nubes de vapor y salpicaduras de material fundido que le quemaron la armadura. Adriana corrió más de prisa de lo que jamás lo había hecho durante su adiestramiento, o en combate.

Tenía que actuar con inteligencia. Tenía que hallar un modo de encontrarse con los ODST que intentaban eliminar el segundo emplazamiento.

La espesa niebla la obligó a aminorar un poco la marcha, pero le dio la oportunidad de recuperar el aliento. El rastreador de movimiento de su visualizador, anegado hasta aquel momento, se despejó, y mostró señales amigas.

Había cuatro Helljumpers inmovilizados por Grunts en el margen del río tras sus HEV.

Adriana llegó corriendo por detrás de ellos.

—¿Cuál es la situación?

—Dos francotiradores Jackals. Una barbaridad de Grunts. Cada vez que intentamos abandonar la niebla y correr hacia el cañón antiaéreo nos disparan. Han eliminado a algunos de nosotros.

—¿Tenéis las cargas listas para el cañón antiaéreo? —preguntó ella—. ¿Quién las colocará?

Uno de los Helljumpers alzó una mano.

—A Dobey lo alcanzaron en la cabeza al tercer intento. Pero yo puedo colocarlas.

—Se suponía que seríais dieciséis. —Adriana sacó el cargador casi vacío de su rifle e introdujo uno nuevo.

—Diez de nosotros consiguieron llegar a tierra, perdimos a seis intentando subir a esa condenada cosa.

Adriana miró fuera, a los ondulantes bancos de neblina anaranjada. Los enormes peñascos de hielo y roca en el borde del Reducto resultaban

buenos escondites, tanto sumergidos de la niebla como fuera.

—Pararemos a los cinco intentos de acabar con esa arma, ¿de acuerdo? Yo iré delante.

No estaba segura de durante cuánto tiempo más podría mantener aquel ritmo. Pudo sentir el martilleo de su sangre desde el mismo instante en que se levantó rodeada por un mar de enemigos.

Comprendió entonces que casi había perecido en una llamarada de gloria, hasta que había divisado el río y recuperado el sentido común.

Pero todavía luchaba por pensar con claridad y no simplemente reaccionar.

Tomó un par de piedras grandes y las arrojó a la derecha, donde finalizaba la neblina. Dos agudos estallidos de plasma las vaporizaron.

Eso fue suficiente para que Adriana estableciera con exactitud de dónde salían los disparos.

Arrojó entonces un par de granadas en un arco alto, una inmediatamente después de la otra, usando su fuerza sobrenatural para lanzarlas más altas de lo que podría hacerlo cualquier humano normal.

Contó dos segundos, luego transmitió por radio:

—¡Seguidme!

La carrera a través de la neblina duró unos cuantos segundos. Esquivó pedazos de roca que le llegaban a la altura de la cintura mientras llevaba a cabo su ataque, y justo cuando estaba a punto de irrumpir fuera de la niebla, unos quince metros por delante de los Helljumpers que pugnaban por mantenerse a su altura, dos granadas estallaron tras el par de peñascos donde había supuesto que se ocultaban los tiradores.

Era toda la distracción que necesitaba para recorrer el terreno hasta el peñasco tras el que se protegía el primer Jackal. La criatura se volvía ya para enfrentarse a ella cuando Adriana apartó de un manotazo la larga arma Covenant que empuñaba y lo golpeó.

Agarró al Jackal por los pies, haciéndolo girar en el aire, hasta que encontró una roca y lo estampó contra ella. El extraterrestre murió en medio de una convulsión, con la columna pulverizada contra la roca y el traje dejando escapar aire.

La roca a su alrededor se hizo añicos, y la Spartan se lanzó tras otro peñasco.

Tres Grunts cayeron sobre ella, y Adriana utilizó el resto de su preciosa munición para asestarles tres disparos a la cabeza, inhalando profundamente antes de cada uno para fijar la puntería. Apenas advirtió los

arañazos del fuego de plasma de las criaturas.

La explosión de una granada desde la posición del otro francotirador atrajo su atención. Rodeó a la carrera otro peñasco, con el rifle alzado y listo, y encontró a un Helljumper acabando con el tirador con una pistola.

El visor facial plateado giró para mirarla.

—Todo despejado —transmitió el Helljumper.

El tirador había alcanzado a uno de ellos mientras atacaban la posición. Pero el Helljumper con las cargas seguía en pie.

Elevándose por encima de la bruma y los peñascos que había junto al río estaban las largas patas en trípode de la batería antiaérea Covenant.

Adriana señaló con la mano.

—Coloca los explosivos en esa cosa lo antes posible, soldado. Vosotros dos, seguidme, vamos a crear un perímetro. Él los coloca, nosotros defendemos el lugar.

Se inclinó sobre el Helljumper muerto para recoger sus cargadores de munición extra, y antes de volverse a erguir le dio un golpecito en el casco.

—De acuerdo, caballeros, hagamos esto. Tenemos una hora antes de que regresen los Pélicans.

Se desplegaron en abanico al interior de los peñascos, vigilando por si aparecían más Grunts y Jackals.

63

METISETTE, 23 LIBRAE

Delgado evitaba dirigir la mirada a su copiloto. No quería que el piloto del UNSC viera la lívida expresión de miedo de su rostro mientras daban sacudidas y brincaban abriéndose paso a través de la densa atmósfera de Metisette.

Keyes se había abalanzado sobre la luna a gran velocidad, utilizando su atmósfera espesa como una sopa para que aminorara la velocidad de la nave y luego regresado a toda prisa a la órbita para dar la vuelta sobre sí mismo y soltar a los Pelicans.

Varias naves Kig-Yars más pequeñas habían ido tras ellos, pero la mayoría de los transportes de tropas que habían despegado de Metisette permanecían bien alejados de la fragata del UNSC.

Las naves Kig-Yars que los atacaban eran pequeñas, pero por otra parte también lo era la fragata de Keyes. Éste las atrajo hacia sí, dejándolas de la zona de lanzamiento.

En su mayor parte estaba saliendo bien.

Siempre y cuando las armas antiaéreas no disparasen cuando Delgado y los otros cinco Pelicans hicieran su aparición sobre el Reducto, el demencial y sumamente frágil plan funcionaría.

Delgado contempló como las nubes se abrían, y lanzó violentamente su Pelican a la derecha para esquivar un imponente transporte Kig-Yar que alzaba el vuelo y se alejaba del complejo.

Regresó al rumbo con un bamboleo, y echó una mirada a la derecha para ver a otro Pelican con la cola doblada descendiendo en picado hacia el suelo haciendo un trompo.

—Ese era Finlay —dijo alguien en la radio.

Delgado entró bajo por encima de los restos de los emplazamientos antiaéreos con una sonrisa, y se posó frente al enorme edificio en forma de obelisco. Los otros Pelicans efectuaron entradas similares y aterrizaron formando una hilera.

Torpemente intentó localizar el interruptor que hacía descender la rampa, pero el copiloto lo solucionó. En cuanto la rampa golpeó el suelo, sonó el traqueteo de botas subiendo y penetrando en la nave.

Delgado se volvió y se encontró con los dos Spartans de pie detrás de él. Sus armaduras eran apenas reconocibles: abolladas, con la fibra de carbono quemada, descascarillándose debido al calor, el plasma y el mal trato recibido.

Parecía como si hubieran combatido a través del mismo infierno, pensó Delgado.

Los Helljumpers se sujetaron a toda prisa a lo largo de los costados de la plataforma, aunque varios permanecieron en la parte trasera del Pelican, devolviendo el fuego a la compacta masa de Unggoys que empezaba a inundar la zona. Los disparos de plasma cruzaron el aire y golpearon los costados del Pelican.

Los Spartans miraron atrás, y luego dieron un golpecito a Delgado en el hombro.

—Ya estamos todos. Vamos, vamos, vamos —oyó chillar a Jai en la radio —. Al Shiva le quedan diez minutos.

Delgado tenía un contador reflejado en su visualizador frontal; sabía condenadamente bien cuánto tiempo tenían.

Puso los motores a toda velocidad saliendo por encima del Reducto y moviéndose río arriba tan de prisa como pudo mientras los Helljumpers disparaban sus últimas ráfagas desde una rampa que se cerraba.

Una vez lejos del Reducto, y con la presión de vuelta en la cabina, Delgado inició una lenta ascensión en espiral junto con los otros cuatro Pelicans.

Un fogonazo muy intenso iluminó el interior del Pelican. El Shiva había estallado. A medida que la explosión inicial se desvanecía, pudieron ver la columna de humo provocada por la detonación elevándose hacia el cielo y convirtiéndose poco a poco en un hongo gigantesco.

Entonces, el lento rumbo en espiral de Delgado lo dejó fuera de la vista.

64

EL REDUCTO, METISETTE, 23 LIBRAE

Reth estaba sentado ante una mesa mientras un sanador lo examinaba de arriba abajo. Estaba dentro de un centro de mando cuando ocurrió la monumental explosión, y puesto que muchas de las naves Kig-Yars varadas en tierra para formar el esqueleto del Reducto eran naves de combate, estaba, en aquel momento, bien protegido.

Pero había recibido una dosis elevada de radiación.

El sanador le dio unas pastillas, y Reth ascendió con paso decidido hasta una terraza cerrada tallada a partir de una gran cámara estanca. El Reducto era un desastre. Era una buena cosa que fueran a abandonarlo para tomar el Rubble pensó. Reconstruir todo esto resultaría muy costoso.

Había cabecillas Unggoys aguardando para verlo, anonadados por el daño que los humanos habían causado y preguntándose qué efecto tenía en el calendario de trabajo que tenían en mente para la urbanización de Metisette como un mundo para ellos.

Reth gruñó.

Humanos.

Cuando el Profeta le encomendó aquella tarea, Reth lo aceptó para elevar su prestigio, y el de los Kig-Yars, y también disfrutó del placer culpable de trabajar con humanos. Los objetivos de éstos, centrados en la obtención de beneficios, y el amor por el comercio, el contrabando y la piratería de los KigYars habían encajado, por lo que se sintió levemente

desilusionado al tener que destruir a los humanos que habitaban el Rubble como el punto final de aquel espléndido experimento.

Ahora, no obstante, se preguntaba si los Profetas no tenían razón. Los humanos eran réprobos sin escrúpulos, demasiado peligrosos para dejarlos vivir. El llamamiento de los Profetas a exterminarlos empezaba a tener sentido para él.

Reth esperaba con ansia el momento de hacerse con el Rubble. Y aún más el apoderarse del Éxodo y de la ubicación de su mundo de origen guardada allí.

En aquellos momentos, lo quemaría todo con mucho gusto para el Profeta.

Abandonó la terraza y se puso una capa larga y su suministro de aire para la caminata a través de la plaza, así como un par de pistolas de plasma. Salió a la plaza donde hordas de Unggoys aterrados permanecían de pie.

A todos les habían administrado medicamentos antirradiación. Muchos habían muerto en la explosión, pero Reth había hecho que un buldócer se llevara los cuerpos de allí y dejara expedito el camino para que los Unggoys que aguardaban en las madrigueras inferiores formaran filas y subieran a bordo de los transportes de tropas. La bomba sólo le había hecho perder unos pocos miles, afortunadamente, ya que la estación de comunicaciones y escaneo estaba a kilómetros río arriba de la plaza situada en el corazón del Reducto.

Era hora de hacer que los humanos pagaran por sus acciones, pensó, mientras avanzaba en dirección a su transbordador acompañado de sus oficiales Kig-Yars de alto rango.

Los Unggoys temblaban y miraban hacia el cielo, que se estaba volviendo más luminoso.

Reth se detuvo y alzó los ojos. Bolas de fuego gigantescas descendían a toda velocidad, aumentando de tamaño por momentos.

Los humanos habían eliminado las baterías antiaéreas y la capacidad de Reth para ver… para ver venir esto. Corrió hacia su transbordador, apartando a empujones a los asustados Unggoys.

—¡En marcha! —chilló al piloto de la cabina—. ¡Despega!

El transbordador puso en marcha los motores y empezó a alzarse, Reth vio como el primer meteorito gigante se estrellaba contra el Reducto.

Pero ¿de dónde habían salido?, se preguntó, mientras la onda expansiva arrojaba a un lado su nave y la lanzaba contra el costado de uno de los enormes edificios.

Los restos del transbordador cayeron al suelo en forma de escombros y quedó medio cubierto por las rocas que caían sobre él.

Un Reth aturdido alzó la mirada a través del cristal resquebrajado de la nave, y se encontró mirando directamente a una gran bola de fuego que descendía en picado justo sobre él.

Tenía una forma irregular, pensó, con enormes abrazaderas de acoplamiento sobresaliendo en un lado, fundiéndose a causa del calor.

«¡Un trozo del Rubble!», comprendió justo antes de que éste chocara, vaporizándolo todo en una inmensa liberación de energía hiperquinética y destrucción.

65

ORBITA DE METISETTE, 23 LIBRAE

Thel contempló los refulgentes restos en forma de cráter del Reducto desde la órbita.

—No queda nada de la flota de Reth. Tampoco hay ni rastro del mismo Reth.

Una extraña quietud descendió sobre el puente del *Infinite Spoils* mientras tanto Zhar como Thel contemplaban la destrucción que los humanos habían causado en Metisette.

Thel miró a los Unggoys que trabajaban para ellos, y pensó en Saal, rumiando en algún lugar en las profundidades de la nave.

—Algunos podrían decir que hemos llevado a cabo bien nuestra misión, Zhar. ¿Crees que los Profetas pensarán así cuando lleguen?

Zhar lo miró, con las mandíbulas flexionándose ligeramente como si paladearan el aire en busca de pistas sobre lo que Thel podría querer como respuesta. Su mente, en el pasado orgullosa, se había vuelto errática ante la idea de que los Jerarcas podían haber tenido objetivos distintos, y que ellos habían resultado atrapados en mitad de alguna maquinación entre los Profetas del Pesar y la Verdad.

Thel sabía que el honor Sangheili exigía que se alzaran por encima de ello. Carraspeó.

—La flota invasora de Reth está sumida en la confusión. Los Jerarcas no se sentirán felices si nos quedamos aquí y permitimos que los humanos que

quedan escapen con la ubicación de su lugar de origen y la única posibilidad que todos estos Unggoys leales tienen de sobrevivir.

Thel miró a los Unggoys del puente mientras éstos prestaban suma atención a sus palabras sin mirarlo directamente. Así pues, a lo mejor los Sangheilis podían j ugar a la política, pensó Thel para sí, o al menos dejar de lado el deseo por el combate directo durante un tiempo, a pesar del hecho de que les corría por la sangre.

—¿Qué queréis decir? —preguntó Zhar.

—Los Jerarcas quieren súbditos leales y creyentes auténticos —dijo Thel —. No puedo imaginar qué les sucedería a todos estos supervivientes Unggoys si no intentan tomar ese asteroide en el que los humanos intentan abandonar el sistema.

Ojos Unggoys contemplaron torvamente como Thel paseaba de un lado a otro del puente.

Zhar tosió.

—Todos perderían la vida.

Thel asintió.

—Ya lo creo. —Se volvió hacia los Unggoys que había allí—. Decid a vuestros hermanos supervivientes que aborden el asteroide Éxodo. Les proporcionaremos cobertura para tal acción, pero luego nos mantendremos a distancia. Esa nave humana es un adversario demasiado superior a esta desmañada embarcación Kig-Yar.

Fue hacia el otro extremo y apagó la pantalla que mostraba las ruinas del Reducto.

—Los Unggoys tomarán el asteroide, o morirán intentándolo.

Si querían que los Jerarcas los dejaran vivir, no existía otra opción.

Zhar se puso en pie y fue hacia donde estaba Thel.

—¿Si los insignes Jerarcas no puede ponerse de acuerdo en estas cosas, en qué otras cosas discrepan, y qué otras cosas podrían ser simplemente manipulación de los Profetas, capitán?

Thel agarró el brazo de éste, y Zhar gruñó. Pero Thel miró a su camarada Sangheili a los ojos y musitó:

—Tal forma de pensar se halla en la senda de la herejía. No te abandones a ella.

Zhar se zafó y abandonó el puente.

66

HÁBITAT ÉXODO, EL RUBBLE, 23 LIBRAE

En cuanto los protocolos de evacuación entraron atronadoramente en vigor, el día de Karl Simón había pasado a ser una nebulosa de tubos y largas colas a la espera de abordar un hábitat de cuya existencia no había sabido nada hasta aquel momento. Y era un hábitat que iba a hacerlos volar hacia un sistema nuevo. Lejos del hogar.

Un hogar que estaba siendo atacado.

Le recordó el día que el Covenant atacó Madrigal: las mismas filas nerviosas de gente, rumores transmitidos en voz baja, y miedo flotando en el aire.

Al final, a Karl lo habían trasladado al Exodo en un carguero de suministros abarrotado. Había mirado por la ventana del piloto y visto los cráteres y la superficie llena de hoyos de lo que parecía una luna diminuta.

El Éxodo era un asteroide de casi diez kilómetros con forma de patata, con un diámetro de más de tres. El carguero era una mota de polvo a su lado, y su mole ocupaba las ventanas hasta donde podían ver a medida que se aproximaban a él.

«Nosotros hemos hecho esto», pensó Karl con un momentáneo ramalazo de orgullo.

Lo habían metido a empujones en lo que parecía un estadio cerca de la parte central de la nave, recorriendo kilómetros y kilómetros de pasillos, mientras seguía las instrucciones de una tarjeta que le habían entregado en

el transbordador.

Otros cien mil refugiados, cuyos murmullos resonaban por las paredes y techos, tenían sillas asignadas que se correspondían con los números de sus tarjetas.

Pero entonces, en cuanto Karl se sentó, apareció un ujier.

—¿Karl Simón?

—¿Sí?

—¿Voluntario de la Fuerza de Defensa del Rubble?

—Sí.

Karl se había apuntado durante los primeros tiempos del Rubble, cuando miraban diariamente hacia arriba del hombro, esperando que el Covenant regresara.

—Venga conmigo.

El ujier condujo a Karl fuera de las hileras de sillas con sujeciones en las que se ordenaba a todo el mundo que se atara. Fuera, el ujier la señaló un corredor.

—Sígalo hasta llegar al final. Lo necesitan allí.

Era un kilómetro y medio que Karl recorrió tan de prisa como pudo. Estaba ligeramente sin aliento cuando llegó a una plataforma despejada cerca de la parte delantera del asteroide, donde había treinta hombres de pie con rifles y pistolas custodiando la entrada. Un anciano minero de pelo canoso lo miró de arriba abajo.

—¿Voluntario para la Defensa?

—Así es.

—¿Está entrenado en combate cuerpo a cuerpo y adiestramiento en armas de fuego?

Karl asintió. El encargado le entregó una placa de datos y una pistola.

—Tenemos aproximadamente tres mil Unggoys que han conseguido entrar, y se esperan aún más. Estás reclutado. Las puertas que tenemos detrás conducen al centro de control, al puente del Éxodo. Los extraterrestres no pueden pasar de aquí. ¿Entendido?

—Sí, señor —respondió Karl, y ocupó su puesto justo cuando el suelo empezó a temblar.

—¿Qué diablos es eso? —gritó uno de los otros hombres, que alzó una metralleta al ver a un hombre de más de dos metros diez equipado con una armadura gris doblara la esquina.

Todos miraron atónitos como la media tonelada de humano con armadura se acercaba a ellos.

—Tengo algo que la tripulación del puente necesita —dijo, y alzó un pequeño estuche negro para chips en la mano enguantada—. ¿Les importaría dejarme pasar?

La Fuerza de Defensa del Rubble se hizo a un lado, con uno de los fornidos mineros sosteniendo amablemente la puerta abierta para que el gigantesco soldado pasara al interior.

67

EL «MIDSUMMER NIGHT», CERCA DEL HÁBITAT ÉXODO, 23 LIBRAE

La tripulación del puente del hábitat Éxodo llamó al *Midsummer Night*. Keyes miró en dirección al teniente Burt, que estaba en comunicaciones.

—Páselos.

El *Midsummer Night* había estado cubriendo el lento vuelo en dirección a los bordes del sistema para prepararse para un salto de Slipspace durante casi todo un día. Cazas Unggoys y Kig-Yars los habían perseguido y hostigado todo el camino, dejando marcas en la superficie del asteroide y de vez en cuando haciendo blanco en la fragata, pero incapaces de detenerlos. Los desesperados grupos de abordaje Grunts ponían nervioso a Keyes. Había tenido que tomar la repentina decisión de que los Spartans entregaran los datos de navegación, pero todos los indicios apuntaban a que los voluntarios de la defensa del Rubble mantenían a los Grunts inmovilizados. Y lo que era más importante, bien lejos del puente de mando. Los Grunts, con sus tanques de metano y ningún sitio al que ir una vez que el Éxodo penetrara en el Slipspace, acabarían muriendo asfixiados, así que Keyes había decidido que el millón de vidas valía aquel pequeño riesgo. El Covenant ya había matado a suficientes colonos. Era hora de salvar la vida a algunos de ellos. No tenía ni idea de qué problemas podían esperarle como resultado de tal decisión, pero las vidas salvadas lo valdrían.

Estaban ya lo bastante lejos como para penetrar en el Slipspace.

Un ingeniero hizo su aparición, con el mono sucio y bolsas bajo los ojos.

—Teniente Keyes, le pido disculpas, pero el Consejo de Seguridad insistió en que contactara con usted.

El consejo del Rubble. Keyes casi se había olvidado de ellos.

—¿Qué sucede?

—El Éxodo no será capaz de efectuar el viaje. No poseemos ni el alcance ni la potencia motriz. Esperábamos tener más tiempo para conectar un mayor número de motores a la red. Con la presunta llegada de una flota del Covenant, tenemos que irnos con lo que tenemos ahora… Y lo que tenemos ahora, bueno, se quemará; o si efectuamos gran cantidad de saltos pequeños, necesitaremos literalmente siglos para cruzar la galaxia lejos de donde el Covenant o la gente del UNSC pudieran osar aventurarse alguna vez, como planeamos originalmente.

El hombre parecía derrotado.

—¿El consejo lo sabe? —preguntó Keyes.

—Sí. Están debatiendo qué hacer. —El ingeniero miró al suelo.

—Pero ¿puede el Éxodo efectuar un viaje, sólo que no tan lejos como era la intención en un principio? —preguntó Keyes.

El consejo no quería regresar a las colonias. ¿Serían tan cabezotas como para poner en peligro al Éxodo y a todos los que había en él para intentar dejar al Covenant y a las colonias atrás de todos modos?

—Sí.

El ingeniero trabó la mirada con la suya, y Keyes comprendió que al hombre le preocupaba lo mismo.

—Póngame con el consejo —ordenó Keyes, y pensó en la última vez que había hecho un discurso.

«Olvida intentar sonar conmovedor —pensó—. Limítate a exponerlo». Su deber era convencer al consejo de que se dirigieran hacia las Colonias Interiores. Era su mejor apuesta para poder sobrevivir.

Los miembros del Consejo de Seguridad ocuparon la pantalla. El Rubble no funcionaba como una tecnocracia en aquellos momentos, no mientras estuvieran apiñados en los lugares que les habían asignado por todo el asteroide.

Aquéllos eran sus dirigentes. Y Keyes tenía que convencerlos.

—Hola, soy el teniente Keyes, del *Midsummer Night* —dijo con una tenue sonrisa.

Cruzó los brazos a la espalda. Era una costumbre adquirida en las aulas, y le impediría ir en busca de la pipa que había encontrado junto a sus

pertenencias, afortunadamente intacta.

—Soy un luchador, pero como comandante de esta nave, sé algo sobre tener las vidas de personas en mis manos. No les vendré con sandeces. Tienen suficiente potencia en los motores para alcanzar una colonia interior con rapidez, donde existirá un cierto grado de protección y acceso a recursos. La otra opción es arriesgarse a un viaje lento y largo a un destino que no tiene ninguna de esas cosas, pero en el que ustedes conservarán toda su capacidad de decisión.

»No sé lo que el UNSC hará, y no puedo garantizar que a todos los que tengan vínculos con Insurrectos los acepten. Pero recuerden, están decidiendo por un millón de vidas. Un millón de vidas que podrían marcar la diferencia en el futuro combate contra esos extraterrestres mal nacidos que destruyeron el Rubble. A menos que elijan dejar que el Covenant gane.

Keyes los recorrió con la mirada, y María Esquival se puso en pie.

—Lo sometimos a votación —dijo— antes de que usted llamara.

Keyes inspiró con fuerza.

Ella mostró una leve sonrisa.

—Nos proponemos llegar al sistema 18 Scorpii. ¿Querría usted escoltarnos, teniente?

—Desde luego —asintió Keyes—. Efectúen saltos aleatorios al exterior hasta que limpiemos el asteroide de Grunts. Tenemos que asegurarnos de que ni uno solo de ellos siga con vida antes de dirigirnos hacia las Colonias Interiores.

Su informe ya iba a resultar bastante condenatorio de por sí, pero aparecer con un asteroide repleto de pruebas… Bueno, Keyes se figuró que pronto volvería a pasar algún tiempo entre rejas. Pero no podía darle la espalda a un millón de vidas. No podía dejárselas al Covenant. Otra vez no.

María asintió.

—Tenemos equipos peinando concienzudamente el Éxodo.

Keyes aguardó hasta que la pantalla se apagó con un parpadeo, luego paseó la mirada por su tripulación del puente.

—Sigue siendo complicado —afirmó—. No respiren aún. Esperemos que los ordenadores del *Petya* puedan mantenernos sincronizados.

—A decir verdad —intervino una voz desde el fondo del puente—, abandonamos el *Petya*.

El Spartan situado en la parte posterior se quitó el casco. Era Mike. Alargó un chip.

—¿Es esto lo que creo que es? —preguntó Keyes.

—Cartas de navegación. —Mike se sentó ante la antigua consola de Keyes—. Llevé a cabo simulaciones sobre la sincronización de nuestras dos naves. Las probabilidades no fueron buenas. Tenía más sentido deshacerse del carguero. Hice uso de los servicios de su tripulación; descargamos gran cantidad de la carga más útil en su muelle. También soltamos un par de Pelicans para tener más espacio.

Keyes enarcó una ceja.

—¿Y cuándo autoricé yo esto?

Mike conectó los datos de navegación, descargando la información de cartas estelares en los ordenadores de la nave.

—Me tomé algunas libertades. No quedaba mucho tiempo cuando usted apareció. Jai y Adriana echaron una mano; y todavía siguen almacenando cosas. Perder sólo un par de Pelicans es buen precio por los datos, teniente Keyes, ¿no le parece?

Keyes irguió la espalda y contuvo una sonrisa.

—Jamás vuelva a intentar dirigir mi nave por mí.

El Spartan no respondió, pero conectó un vector aleatorio fuera del sistema.

—Vamos en la misma dirección. Transporté las coordenadas personalmente en un disco desde su nave a ésta. No se pueden interceptar. ¿Dará la orden?

Keyes contempló el espacio a través de las ventanas del puente.

—Envíenles la señal. Enciendan los mecanismos de transmisión de Slipspace.

Por todo Éxodo los motores se pusieron en marcha al instante, y el asteroide avanzó penosamente para penetrar en el Slipspace, desgarrando y abriéndose paso al interior de un agujero en el universo.

Era torpe, pero el asteroide consiguió llevarlo a cabo, y el Midsummer Night lo siguió, dejando atrás los restos del Rubble.

68

ÓRBITA DE METISETTE, 23 LIBRAE

Bonifacio iba a la deriva en órbita alrededor de Metisette. Las baterías de su cápsula estaban casi sin carga, y la condensación goteaba de los ojos de buey.

Había visto la destrucción del Reducto desde la órbita, a los asteroides atravesando la atmósfera.

Desde entonces, las cosas habían estado tranquilas.

El aire empezaba a enrarecerse dentro de la cápsula, y resultaba difícil respirar. De vez en cuando oía voces Kig-Yars en la radio, y a veces la veloz cháchara Unggoy, pero ninguno de ellos quería responder a sus peticiones de ayuda.

Ni siquiera las llamadas efectuadas al Rubble habían recibido respuesta. Había rogado y suplicado, incluso ofrecido recompensas, pero sólo había obtenido estática.

Estaba allí sentado, abrazándose el pecho, cuando un sonoro pitido atrajo su atención.

Bonifacio se acercó y miró los escáneres.

Una nave de morro bulboso había aparecido en la órbita a poca distancia, abandonando con suma pericia el Slipspace, de un modo como ninguna nave humana podía hacerlo.

Otra apareció de repente en el espacio detrás de ella, luego otra, y otra más. Toda una flota Covenant se materializó frente a Bonifacio.

Éste sería un grupo nuevo de miembros del Covenant. Miembros que no lo habían abandonado, pensó Bonifacio, y fue hasta la radio. Se rendiría. Sí, sería una herramienta del Covenant, un esclavo suyo, pero viviría.

Sí, viviría.

Agarró el micro y llamó al enorme crucero que se movía a poca distancia, y siguió llamando hasta que vio que cambiaba de rumbo.

El corazón le dio un vuelco.

Lo había hecho. Había logrado sobrevivir. Iban a recogerlo. Sonrió mientras observaba como el crucero aceleraba, y luego frunció el entrecejo.

Seguía acelerando. Se acercaba tanto que podía verlo por las ventanillas de su cápsula, aumentado de tamaño por momentos.

Una bola de energía tomó forma bajo la nave. Bonifacio chilló y apoyó una mano contra la viscosa y húmeda portilla, como para rechazar el plasma que salió disparado y alcanzó su diminuta cápsula.

El colosal crucero Covenant se abrió camino a través de los restos vaporizados a la vez que ajustaba su órbita.

69

EL «INFINITE SACRIFICE», ÓRBITA DE METISETTE, 23 LIBRAE

Thel se arrodilló y efectuó una reverencia ante la pareja de Jerarcas que tenía ante él en el puente del *Infinite Sacrifice*. Una guardia de honor de cinco Sangheilis formó alrededor de sus sillones flotantes.

—Levanta —dijo el Profeta de la Verdad—. ¿Ordenaste a los Unggoys que asaltaran el vehículo humano después de la muerte del Kig-Yar Reth?

—Sí, Jerarca —contestó Thel—. Era una oportunidad para obtener la ubicación de su mundo de origen. Pero ahora sabemos que los Unggoys y cualquier Kig-Yar que estuviese con ellos han fracasado.

—¿Cómo es eso? —preguntó el Profeta del Pesar.

—El aire se habría agotado a estas alturas.

Las pesadas coronas de los Jerarcas se balancearon mientras éstos lo meditaban.

—Desde luego —asintió Verdad—. Nos quedan sólo KigYars que imaginaban que ayudaban a los humanos, siguiendo órdenes de Reth. Traidores potenciales, todos ellos. Y también estos Unggoys, procreando fuera de la ley Viajando sin permisos.

Pesar negó con la cabeza.

—Un desbarajuste.

—Un desbarajuste que ha puesto muchas cosas al descubierto —siseó Verdad.

Por un momento, un silencio incómodo flotó en el aire. Entonces, Pesar asintió en dirección a Verdad.

—Destruiremos a todos los traidores.

Thel sintió que se le ponía rígido el cuello. No había sabido darse cuenta de la situación y ahora pagaría el precio supremo por sus errores. Los Jerarcas pedirían su cabeza.

Vadam sufriría. Su linaje resultaría sospechoso.

El suelo bajo sus pies pareció tambalearse, y entonces Thel se quedó rígido. Zhar avanzó.

El guerrero Sangheili había hecho aparecer la empuñadura de su espada de energía, pero aún no había liberado su poder.

—Zhar —siseó Thel, horrorizado.

Zhar parecía luchar consigo mismo.

—¿De modo que nos mataréis también a nosotros, capitán? —exclamó Zhar—. ¿Cómo animales? Después de todo lo que hemos servido. ¿Cómo puedo tolerar tal deshonor? El deshonor de mi linaje.

La guardia de honor blandió sus picas de energía, con los extremos titilando con refrenado plasma azul.

Zhar dio otro vacilante paso al frente, y Thel desenvainó su propia espada y la encendió.

—¿Zhar?

Su viejo amigo volvió los ojos hacia él.

—Ya he desenvainado —dijo—. No me quedaré quieto y permitiré que ellos me deshonren.

—Yo también he desenvainado —dijo Thel con tristeza.

Zhar saltó al frente, pero Thel también lo hizo, embistiéndolo de lado y ensartando la garganta de Zhar con la espada. El arma chisporroteó y escupió sangre Sangheili.

Thel arrojó a Zhar contra una pared, luego lo decapitó con un veloz mandoble.

Contempló absorto el revoltijo de sangre y el cuerpo de Zhar, luego se volvió hacia los Jerarcas, depositando su espada en el suelo, lejos de él.

¿Qué otra cosa podía haber hecho?, se preguntó Thel. Zhar lo había forzado a ello. Avanzar hacia los Jerarcas con una espada en la mano era una locura.

Pesar parecía conmocionado, pero recuperó la compostura y condujo su sillón fuera del enorme puente.

—Qué locura puede llegar a ser este honor Sangheili —masculló

mientras se marchaba—. Deberían tener cuidado, no sea que vayan a perder el rumbo.

Pero Verdad contempló a Thel con mirada analítica.

—Dime tu nombre, noble guerrero.

—Thel 'Vadamee —respondió él.

Verdad se acercó más, y la guardia de honor avanzó con él.

—Tú vivirás. No digas nada de lo sucedido aquí.

—Sí, Jerarca —asintió Thel.

—Preséntate al capitán; él te encontrará alojamiento hasta que regresemos a Suma Caridad. —También Verdad abandonó el puente.

Thel esperó hasta que estuvieron bien lejos, luego se levantó. No miró al cuerpo de Zhar mientras iba hacia el enorme capitán Sangheili para recibir sus instrucciones.

La misión había finalizado, y Thel daba gracias por ello. Quería mandar una nave que fuera parte de una flota, no que fuera por su cuenta. Pero liderar una misión, lejos de los Profetas, en la que sus decisiones pudieran o no provocar su ira…

Thel 'Vadamee no quería volver a estar en esa posición nunca más.

70

FRAGATA DEL UNSC «READY OR NOT», ZONA EXTERIOR DE 18 SCORPII

El comandante Arthur Resnick, de la fragata *Ready or Not*, disfrutaba de una patrulla rutinaria en los bordes del sistema de 18 Scorpii. La lenta marcha le proporcionaba tiempo para ponerse al día con el papeleo, y estaba ocupado revisando el texto de una placa de datos repleta de informes cuando su oficial de navegación se quedó repentinamente rígida.

—¿Señor?

Resnick echó una veloz mirada a la pantalla.

—¿Qué demonios es eso?

El informe mostraba algo… enorme que se abalanzaba sobre el sistema en el Slipspace. La imagen escaneada les había sido remitida por medio de una red de sensores de una estación de alerta precoz situada más en el exterior del sistema.

—Eso tiene que ser Covenant —dijo—. Ninguno de nosotros tiene nada tan pesado.

La masa no encajaba con nada que tuvieran registrado.

—Tiene casi diez kilómetros de longitud —dijo la oficial de navegación, y sonó anonadada—. Sea lo que sea.

—Envía el aviso.

El planeta Falaknuma tendría que equiparse lo mejor que pudiera. No disponían de gran cosa en lo referente a naves del UNSC. Falaknuma servía

principalmente como base para una sección de los Prowlers de la ONI, y un puñado de fragatas.

Iban a aplastarlos con suma rapidez, a juzgar por pasados encuentros con el Covenant.

Resnick apagó la pantalla de su placa de datos.

—Preparen el MAC. Pongan el reactor a su máxima potencia operativa…

—Señor. —El oficial de comunicaciones se levantó—. Está transmitiendo una identificación de amigo-enemigo del UNSC. El *Midsummer Night*.

Resnick echó una mirada en dirección a navegación. La teniente Onika frunció el entrecejo.

—Hay otra señal ahí. Por el tamaño podría ser una fragata.

—Podría ser una trampa.

—Estén alerta, pero esperen a mi orden de disparar —dijo Resnick—. Nos mantendremos a distancia y observaremos de qué va esto durante un momento.

Entonces, el colosal objeto emergió al espacio real y por fin consiguieron una lectura precisa sobre él.

Un asteroide de casi diez kilómetros de longitud, dejando una estela de escombros, con un motor que fallaba, y una fragata del UNSC detrás de él.

—Comunicaciones, abra un canal —ordenó Resnick.

En la pantalla apareció un hombre de cabellos canosos cortados según las normas de la Marina.

—*Ready or Not*, aquí el teniente Keyes, del *Midsummer Night*. Somos todos amigos. No disparen. —Keyes sonrió de oreja a oreja—. El asteroide está lleno de refugiados procedentes de detrás de las líneas del Covenant. Son todos civiles de lo que una vez fue Madrigal. Hay aproximadamente un millón de personas. El aire empieza a estar enrarecido, el asteroide tiene agujeros abiertos por fuego enemigo, y los motores están en estado crítico. Necesitamos sacar a estos civiles en cuanto estén en una órbita estable.

La tripulación del puente del *Ready or Not se* quedó mirando atónita al enorme asteroide que pasaba junto a ellos.

Alguien en la parte posterior del puente profirió lo que estaba en la mente de todos:

—¡Joder!

Resnick se dio la vuelta rápidamente.

—De acuerdo, pongámonos a ello. Comunicaciones, hay que transmitir

esto a toda prisa a lo largo de la cadena de mando y a la Autoridad Administrativa Colonial. Manos a la obra… Están en juego las vidas de personas.

El puente se puso en movimiento a toda velocidad mientras empezaban las tareas de rescate.

QUINTA PARTE

71

SUMA CARIDAD

—Hemos perdido mucho —dijo el Profeta del Pesar.

Verdad miró a su compañero Jerarca.

—No. Purgamos a Kig-Yars y Unggoys que podrían haber causado problemas debido a sus inclinaciones a trabajar con humanos. Y gracias a las armas modificadas hemos encontrado otros dos mundos suyos a los que atacar.

—Ninguno de los cuales será su mundo de origen —refunfuñó Pesar.

—Es un paso adelante —repuso Verdad.

Desde su salón del trono, en las alturas de Suma Caridad, contemplaron a sus súbditos. Oleadas de San'Shyuums avanzaban bamboleantes por la ciudad, flotando en el aire en grandes grupos, gabarras de Unggoys volaban de un punto a otro, y peregrinos procedentes de todos los mundos del Covenant abarrotaban las calles.

—Es necesario que tengamos más cuidado con respecto a los Sangheilis —dijo Pesar—. El honor y la nobleza podrían algún día interferir con las órdenes.

Verdad se deslizó lejos de la escena ciudadana y penetró en el centro de la estancia, donde haces dorados de luz centelleaban a través de una ligera neblina de humo de drogas.

—Tal vez —asintió—. Pero algunos de ellos parecen apasionadamente leales, y muy útiles. Valoro la lealtad.

Pesar lanzó un gruñido.

—Yo valoro los resultados.

—Entonces es bueno que trabajemos juntos —repuso Verdad—. Por el bien del Covenant.

Pesar tomó uno de los cuencos e inbaló.

—Por el bien del Covenant, sí. En todo lo que hacemos.

Los dos jerarcas habían resuelto el episodio de rencor que había surgido entre ellos. Sus planes volvían a estar sincronizados.

«Por ahora —pensó Pesar—. Por ahora».

72

ALCAZAR VADAM, YERMO, SANGHELION

—¿La Flota de Justicia Específica? —preguntó Lak'Vadamee.

El anciano Sangheili paseaba por los muros del alcázar con Thel. Éste llevaba una nueva capa de capitán que flotaba y lo golpeaba a impulsos del frío viento de la montaña.

—Jamás había oído hablar de ella.

—Es una nueva reorganización de las flotas. En contra de los deseos de los consejeros Sangheilis. Me han dado el mando de un crucero dentro de esa flota.

—Una nueva era extraña, Kaidon.

Thel miró más allá, por encima del valle Vádam, en dirección al lejano mar.

—Más extraña de lo que oso decir. Incluso cuando añado mis líneas a la saga familiar.

—Pero nuestra nobleza aumenta, ¿verdad? —preguntó Lak.

—Por ahora —respondió Thel—. Pero he visto a humanos tan fuertes y rápidos como cualquiera de los nuestros. Y he visto lo que les sucede a aquellos que decepcionan a los Profetas.

—Somos Vadam —dijo Lak—. Perseveraremos.

Thel hizo intención de decir algo, pero permaneció en silencio. Lak había adiestrado a Thel cuando éste había formado parte de los jóvenes del alcázar. Había magullado y pateado a Thel, lo había endurecido para ser el

guerrero que era en la actualidad. Le había hecho conocer la historia, que aprendiera sagas y enseñado a razonar. Si no podía confiar en Lak para que fuera un consejero de confianza, entonces Thel no tenía amigos y estaba solo en aquel universo.

—Jamás debes repetir esto, pero vi a los Jerarcas discutir entre ellos, lo que costó la vida a muchas almas —dijo Thel por fin—. ¿Es herejía que no pueda sacudirme de encima la inquietud que me crea?

—Hay herejías y herejías —repuso Lak en voz queda.

Thel apoyó la mano sobre la piedra que tenía delante.

—¿Qué quieres decir con ese acertijo, anciano Lak?

—Hace mucho tiempo, nuestros antepasados creían sin la menor duda que los artefactos Forerunners que encontrábamos desperdigados por nuestro mundo eran objetos que había que venerar. Podíamos estudiarlos y rendirles culto. Pero eso era todo. Destruirlos, incluso desmontarlos, era herejía.

»Entonces llegaron los Profetas, que querían los artefactos para estudiarlos. Querían violarlos y examinarlos. Así que combatimos para impedir esta herejía, y tanto Profetas como Sangheilis estuvieron a punto de perecer en la lucha. Ahora dejamos que los Profetas hagan lo que quieran y estudien esos artefactos. El poder hizo cambiar a la herejía. Pero ¿cuál es la auténtica verdad? Quién lo sabe… —Lak se encogió de hombros.

—Eso se acerca a lo herético —apuntó Thel, dirigiendo la mirada a su viejo maestro.

—Soy un Sangheili viejo —repuso éste—. Me han golpeado en la cabeza demasiadas veces, y me siento confuso con facilidad. ¿Qué sé yo de teología?

Thel refunfuñó:

—Perseveraremos entonces, anciano, herejías o no, y nos esforzaremos por seguir el sendero. Yo podría incluso alzarme por encima del simple puesto de capitán.

—Ésa es la actitud a adoptar, Kaidon. Disfrutad de vuestros momentos de triunfo ahora. El futuro no tardará en venir; no hay motivos para pensar excesivamente en él. Si lo hacéis, acabaréis siendo una criatura anciana que ha pasado demasiado tiempo preocupándose.

Thel siguió a Lak escaleras abajo al interior del alcazar, donde los ancianos del Vadam aguardaban para felicitarlo por su éxito y su ascenso.

Había que vivir, pensó Thel alegremente. Y también disfrutar de la calidez de un alcázar productivo y viril.

73

CUARTEL GENERAL LOCAL DEL UNSC, FALAKNUMA, 18 SCORPII

Keyes saludó y permaneció tieso como un palo frente a los dos hombres de la mesa que tenía delante.

El almirante Colé le hizo una seña para que se sentase.

El otro hombre, un agente de la ONI, pasó lentamente las páginas de un informe con un cuidado exagerado mientras Keyes contemplaba fijamente al almirante Colé, el héroe de Harvest y el hombre que había dedicado su vida a hacerle frente al Covenant.

Keyes era consciente de que el lento pasar de las páginas era teatro, pero funcionaba. Keyes estaba nervioso y sudando bajo el uniforme de gala.

Ésta era la parte en la que lo degradaban de vuelta a las aulas.

Sin embargo, mientras volvía a repasar todas sus acciones de las últimas semanas, halló pocas cosas que lamentar. Estaba en paz consigo mismo. En ciertos aspectos, había conseguido desterrar el sentimiento de culpa de no haber sido capaz de ayudar a su hermana, muerta o atrapada en algún lugar de las Colonias Exteriores, al rescatar a aquel millón de personas.

—Teniente Jacob Keyes —dijo el agente de la ONI en tonos sibilantes—, un regreso sorprendente de su misión.

El almirante Colé dio unos golpecitos en la mesa.

—Para empezar: riesgos para la navegación.

El asteroide Éxodo se había estado cayendo a trozos mientras entraba,

despedazándose entre sacudidas debido a resonancias que los ingenieros no habían previsto provocadas al intentar conducir a un asteroide de diez kilómetros de largo a través del Slipspace.

Una vez en órbita alrededor de Falaknuma, la evacuación frenética de emergencia de casi un millón de residentes del Rubble había sido un éxito. Pero el asteroide se había desintegrado poco después. Falaknuma tenía en la actualidad un anillo de detritos a su alrededor, y el UNSC estaba utilizando fragatas con cañones MAC para romper los pedazos de mayor tamaño en trozos lo bastante pequeños para que los consumiera la atmósfera del planeta.

Pero eso significaba impedimentos para entrar y salir de Falaknuma hasta que todo hubiera salido de la órbita y se hubiese desintegrado, lo que según los expertos tardaría años.

—Luego está la cuestión de que ha introducido un número desconocido de Insurrectos entre la población. Algunos se han escabullido de los campamentos. Quién sabe cuándo empezarán a regresar para mordernos —dijo el agente de la ONI.

Keyes permaneció con la vista fija al frente.

—Sí, señor.

—Y yo he perdido a un comandante —precisó el almirante Colé.

—Comprendo, señor.

Colé jugueteó con un bolígrafo.

—¿Por qué, teniente?

Keyes lo miró.

—Un millón de civiles, señor. Tras las líneas enemigas. Era mi deber hacer algo. Cualquier cosa, señor.

—Un buen argumento —repuso el almirante, con gran sorpresa para Keyes—. Descanse, Jacob. Hizo lo mejor que podía hacer bajo unas circunstancias condenadamente adversas. Lo hizo bien. Gran cantidad de estos civiles son personas con experiencia en el trato con el Covenant, a lo que la ONI está dando un buen uso mediante los informes que obtiene. Parece que este grupo del Rubble está lleno de pilotos. Estamos reclutando a muchos de ellos. Y recuperar gente de detrás de las líneas… maldita sea, eso es siempre una victoria, tal y como lo veo yo.

Keyes no pudo evitar sentirse atónito.

—Gracias, señor.

—Lo que es más importante, veo que se esforzó denodadamente para mantener en vigor mi protocolo.

—Sí señor.

—Buen trabajo, entonces, comandante.

—Gracias, señor. —Keyes aceptó el cumplido, luego hizo una pausa y volvió a mirar al almirante Colé, quien rio entre dientes y empujó un juego de galones a través de la mesa hacia él.

—Ha sido ascendido, comandante Keyes. No podemos dejar que se nos escape alguien que piensa como usted, ¿no cree? Unas cuantas maniobras como esa proeza en Metisette y estará en los libros de texto, sin tener que volverlos a enseñar jamás.

—Gracias, señor.

—Están reparando el *Midsummer Night*, Keyes. Tiene tiempo para coger un permiso, regresar a su sistema natal y ver a la familia. Recupérese y prepárese para el siguiente asalto.

Indicaron a Keyes que podía retirarse.

Fuera encontró a Jai, Adriana y Mike.

—Pensaba que ustedes pertenecían a otro cuerpo del ejército —dijo.

—Estamos aquí para pedir un Prowler —respondió Jai—. ¿Cree que nos darán uno? Tenemos que regresar al trabajo.

Mike suspiró y cruzó los gigantescos brazos.

—Yo digo que cojamos uno ahora y pidamos perdón más tarde.

Keyes sonrió.

—¿Va a haber más merodeos por ahí, tras las líneas del Covenant?

—No podemos decírselo —respondió Adriana—. Tendríamos que matarlo si lo hiciéramos.

Keyes sonrió, y Jai se levantó, alzándose imponente por encima de él, y alargó una mano.

—Fue un placer trabajar con usted, señor —dijo.

Se estrecharon las manos, todos ellos, y luego Keyes se dio la vuelta y salió.

74

CUARTEL GENERAL LOCAL DEL UNSC, FALAKNUMA, 18 SCORPII

El almirante Colé volvió la cabeza hacia el hombre que tenía al lado.

—Hombres como él nos salvarán, ya lo sabe. Necesitamos a más como Keyes.

El agente de la ONI, un tal comandante Hadley, no lo contradijo. Bajó la mirada al papeleo que tenía delante.

—Los Spartans quieren otro Prowler. Parecen perder el suyo con regularidad.

Ahora le tocó el turno a Colé de no efectuar comentarios. Finalmente, Hadley regresó a sus papeles.

La puerta se abrió con un chirrido y entró una tonelada y media de Spartans vestidos con armadura gris. Los tres permanecieron en pie, sin inmutarse, ante la mesa.

—Vamos a darles el Prowler —dijo Hadley—. Y van a regresar. Más al interior, esta vez.

Les arrojó una carpeta que incluía los detalles de su siguiente misión.

—Las cosas no serán fáciles, y estarán aún más lejos de nuestras líneas.

Los tres Spartans estudiaron minuciosamente los documentos.

—Así es como nos gusta, señor —dijo el líder del equipo—. Somos el Equipo Gris.

Colé los imaginó a todos sonriendo entusiasmados ante la idea de tener

que regresar al otro lado de las líneas enemigas.

75

PUESTO DE RECLUTAMIENTO DEL UNSC, HALKIA, FALAKNUMA

Ignacio Delgado, antiguo residente del Rubble, estaba sentado en aquellos momentos repantigado frente a un musculoso reclutador de la Marina ataviado con el uniforme de gala. Habían estado intercambiando pullas con Delgado, que se sentía cada vez más aburrido e irritado con todo el proceso. Preguntas sobre sus orígenes, linaje, afiliaciones políticas, ideales… Eran todo sandeces, en realidad, pensaba Delgado.

Acababa de regresar de un funeral celebrado por Diego, al que habían asistido refugiados del Rubble que vivían en tiendas y alojamientos temporales en Falaknuma. Había abrazado a María mientras ésta lloraba.

Y a mitad de camino, había tomado la decisión de venir aquí.

Vio la placa de datos que el reclutador tenía sobre la mesa. «Problemas con la autoridad», había escrito.

El reclutador cumplía ahora con las formalidades, sin mostrar interés por Delgado a menos que éste tuviera intención de convertirse en un marine. Le darían un arma y unas botas, sin duda. Pero no una nave.

Parecía que era demasiado tarde para hacer las paces con el reclutador, imaginó Delgado. Estaba perdiendo el tiempo.

—Procesaremos esta solicitud tan pronto como sea posible, entonces —dijo por fin el reclutador, percibiendo el deseo de Delgado de largarse.

Pero antes de que pudiera volverse hacia la siguiente persona de la fila,

un hombre con un uniforme negro fue a colocarse sigilosamente junto al reclutador y le mostró su identificación.

—Comandante Hadley, señor. ¿Qué trae a un agente de la ONI a un simple puesto de reclutamiento?

Hadley bajó la mirada hacia el reclutador, luego la posó en Delgado.

—Él. —Señaló a Delgado.

Tomó la placa de datos y tecleó en la pantalla.

—El señor Delgado no siente el menor cariño por el Covenant, ¿no es cierto, señor Delgado?

Delgado negó con la cabeza.

—No, no, no lo siento.

El oficial de la ONI sonrió.

—Bienvenido a la Marina entonces, señor Delgado. Pasarán a buscarlo al campamento de refugiados dentro dos días. Tenga sus efectos personales en orden para entonces.

El reclutador tenía la boca abierta.

—¡Señor, la comprobación de los antecedentes de este hombre mostró vínculos con Insurrectos conocidos!

—¿Cuántos reclutas ha conseguido que hayan peleado mano a mano con el Covenant? ¿O nave contra nave? —preguntó el comandante Hadley al reclutador.

—Pero su perfil psíquico…

—Oh, estoy seguro de que el señor Delgado pasará por experiencias de las que le cambian a uno la vida en el campamento de adiestramiento de reclutas. De hecho, ya tengo un instructor en mente para él. Y si el señor Delgado no fracasa, habrá un Prowler de la ONI con un puesto para él. ¿No fracasará, verdad, señor Delgado?

Delgado alzó los ojos hacia él.

—Haría feliz a demasiadas personas el que me lo plantease siquiera.

El comandante Hadley lanzó una carcajada.

—Así pues, ¿por qué se alista, señor Delgado?

—Me gustaría abatir unas cuantas naves del Covenant, señor de la ONI.

Hadley se volvió hacia el reclutador.

—¿Lo ve? Es perfecto. Ya me cae bien.

—No estoy en la Marina hasta que firme, ¿verdad? —preguntó Delgado.

—Exacto —dijo el reclutador.

Delgado le hizo un lento corte de mangas al oficial de la ONI, luego presionó la huella del pulgar sobre la placa de datos.

—Nos veremos, señor Delgado. —Hadley se alejó.
—Puede apostar a que sí —le gritó Delgado.

76

APARTAMENTOS PARA OFICIALES, MARE INSULARAM, LUNA

Cuando Keyes abrió la puerta de su apartamento en Luna, encontró a Miranda mirando un holograma de una antigua batalla naval. Le había enviado un mensaje de radio para decirle que podía abandonar la residencia y dirigirse a casa antes de que él llegara.

Barcos altos con aparejos de cruz abarrotaban el centro de la salita, maltratados por el mar embravecido mientras intentaban alinear los costados de sus naves para poder disparar los cañones con la máxima eficacia.

Miranda estudiaba la batalla desde varios ángulos, rebobinándola, y tenía simulaciones alternativas desarrollándose en secciones distintas del apartamento.

Keyes depositó su equipaje al otro lado de la puerta, fue hacia su hija y la agarró con fuerza para darle un prolongado abrazo.

—Vaya, ¿de qué va todo eso? —preguntó ella—. No eres tan pegajoso normalmente.

La soltó.

—No es nada. Es sólo que me alegro de verte.

Comprendió que él era un poco la fría figura paterna de la Marina, que la instaba a estudiar y la mantenía por el camino recto. Hasta tal punto era así que el abrazo la cogió por sorpresa, incluso a pesar de que él llevaba

semanas fuera.

—¿Esto son deberes? —preguntó Keyes, mirando la batalla.

Miranda congeló la imagen.

—No, sólo algo con lo que estoy jugando.

—Me gustaría salir, pasear por Armstrong Alley, comprar un cucurucho de helado.

—De acuerdo.

Fuera, mientras cerraba la puerta con llave, se negó a mirar arriba, a través de la transparente cúpula lunar, al cielo nocturno y las estrellas.

Para Keyes, las estrellas ya no eran cosas lejanas y sorprendentes. Ahora estaban ocupadas por la amenaza del Covenant, siempre acechándolos y acercándose cada vez más. Un adversario implacable.

Aquella noche mantuvo la cabeza mirando al frente, pasando ante las estatuas de bronce de los exploradores lunares y bustos con siglos de antigüedad de los astronautas que habían pisado por primera vez Luna muchísimo tiempo atrás.

Incluso podría disfrutar de un hermosa salida de la Tierra desde las terrazas.

Porque aquella noche no era más que un padre, que salía con su hija y disfrutaba de los sencillos placeres de la vida.

AGRADECIMIENTOS

En primer lugar, mi enorme agradecimiento a mi muy paciente esposa, Emily. No tan sólo por aguantar todas las horas que estuve jugando a Halo (en especial cuando volvía a jugar todos los juegos con la excusa de «pero esto es trabajo, cariño»), sino también por aguantarme mientras luchaba por cumplir con el plazo de entrega previsto.

Mi siguiente agradecimiento va dirigido a mi buen amigo Josh Smith, quien insistió en que me hiciera con una Xbox 360 cuando mi vieja Playstation pasó a mejor vida, convirtiéndome de ese modo en un fan de Halo en cuanto les puse las manos encima a los juegos.

Me gustaría dar las gracias a la gente de Bungie por un juego tan fabuloso, y por acogerme en el redil y dejarme participar en este universo tan fenomenal con *El Protocolo Colé*. Un agradecimiento especial a Frank O'Connor y Robt McLees por sus correcciones y sugerencias y sus brillantes ideas en general, y a Frank (otra vez) y a Brian Jarrard por su aporte general respecto a los conceptos que conforman el núcleo del libro. También quisiera dar las gracias a Eric Nylund y Joe Staten por acoger a un autor nervioso entre sus filas. Gracias a Alicia Brattin y a Alicia Hatch de Microsoft Game Studios por coordinar el proyecto y darme la bienvenida a bordo.

También quisiera hacer llegar mi agradecimiento más sincero al editor de este libro, Eric Raab de Tor, por estar justo allí, en medio de todo el barullo, conmigo, con sugerencias, revisiones, correcciones, estrés compartido, y ayudarme a no perder el ánimo cuando era necesario.